

mīr

*Que sea
la última vez...*

MÀXIM HUERTA



Novela

Annotation

«Una vida no es suficiente para amar, lo sé. Pero por qué no aprovechar la que tengo en las manos. He cogido aire, le he mirado, me he agarrado segura a su mano derecha y cuando he sentido que me apretaba fuerte para hacerme sentir que él estaba allí, yo he sido ahora la que le he dicho:

—*Je t'aime*».

MÀXIM HUERTA

Que sea la última vez...

m̄r

A mi madre. A mi padre

«No te preocupes por el corazón, Eva.
Siempre podrás poner ese trofeo en su
lugar.»

Eva al desnudo

LISTA DE LA COMPRA:

Lexatin 5 mg Trombocid pomada
Tranquimacid, Secalip 145, Daflon 500
mg, Atarax 25 mg, Myolastán, Voltarén
Retard 75 mg (las recetas están en el
Vuitton de paseo) Tiritas para los zapatos,
de ésas de silicona Sacarina Tila Poleo
menta Canela en rama 1 kg de limones

LLAMADAS:

Llamar a Ramiro

Villacastín, Paloma y Bea // Nati //
Joaquín de Meliá // Luis (pienso matarlo
por el reportaje) // Bibiana quiere ir a los
toros // Fernando (tema demanda) //
Marisa y Montero, invitación confirmada //
Óscar, Luca y Curro, cena // Felicitar Ane
embarazo // Fabien Vallerian // Ramiro

Ramiro Ramiro

Reserva en Piu de Prima, 22.00 h
Francesca Cambiar cita con Rita Navarro,
urge consulta bótox Zulema debe recoger
toda la ropa de la Retoucherie

5 de octubre

Estimada Sra. D.^a Margarita Gayo:

Nos complace comunicarle que la revista semanal *Teleprograma* ha decidido entregarle este año, en su 45 aniversario, el **Premio Especial Toda una Vida**. Su larga y prolífica carrera televisiva ha sido parte de estas páginas casi desde sus inicios, de modo que será para nosotros un orgullo contar con su presencia en la ya clásica entrega de premios TP que se celebrará el **23 de febrero** próximo.

En breve nos pondremos en contacto con usted y agradecemos de antemano su presencia. Felicidades y gracias.

Fdo.: José Manuel Hernández-Gandía, dtor. Ediciones TP

CAPÍTULO 1

DÍA DE ANIVERSARIO

Viernes, 8 de octubre

Llevo dos lexatines, una tila y una hora y 50 minutos pegada al teléfono. No me lo puedo creer. Me he quedado pegada a la pared desde que he abierto el sobre, emocionada, y me he puesto a leer la carta del TP. Premio a Toda una Vida, Dios santo. ¡Dios santo! Tengo sesenta y un

años, todo el mundo me echa cincuenta, o menos, y me quieren «honrar» con un premio que debería tener mi madre o la abuela de Letizia Ortiz. Pero qué se habrán creído, ¿que pienso retirarme? Aggg. Esto debe de ser una maniobra del jefe de la cadena para poner a la insoportable y jovencísima Luchi Lobo en mi horario. Si no es así no lo entiendo. Se supone que me debería sentir orgullosa, feliz, alegre, emocionada, buscando vestido para la gala, pensando en la dedicatoria del premio, llorando de satisfacción, contándoselo a mis amigas... ¡Mucho más!, que debería estar dando saltos por el salón como una perra en celo chorreando babas y, sin embargo, me va a estallar la cabeza.

Vieja, si es que me están llamando vieja. Como si estuviera corrompida, putrefacta, fermentada de años. Pero tal

cual. Así, con todas sus letras. VIEJA. V-I-E-J-A. «Toda una vida», toda una vida, tooooda una vida... Me sé la carta de memoria. Podría recitarla con la misma intensidad que la bruja de Luciana da los politonos de móvil al 5554. Tengo ganas de salir a la escalera y ponerme a gritar como una descosida, pero no lo haré porque soy una señora. Bueno, porque soy una señora y porque ayer me puse el bótox en la cara para la cena con Ramiro y no es cuestión de echar a perder la sesión.

11.30 h.

—Marga, llevas dos horas comunicando.

—¿Ramiro?

—Sí, querida. Soy yo. No hay manera de hablar contigo. Siempre igual.

—¿Qué querías? —le contesté seca,

queriendo que me dijera «qué te pasa» y así desfogarme a gusto. Pero no, él no se da cuenta de nada, podría venir un tsunami y quejarse de una ligera humedad en el ambiente.

—Pues saber a qué hora hemos quedado, la cena, Marga. La cena de nuestro aniversario.

Tal cual. Es un caldo de arroz, sin sustancia. Con menos gestos que un rínger de Texas.

—A las diez —le dije. Confieso que se lo he dicho casi dramatizando un forzado titubeo de telenovela colombiana. «Aaa laaas dieeeez.»

—Muy bien. ¿Te recojo en algún sitio?

—No sé.

—¿Cómo que no sabes?

—No sé...

—Marga, ¿dónde te recojo?

Callé unos segundos para hacer visible mi malestar, para que leyera en la pausa mi angustia vital provocada por un maldito premio que —todavía— no merecía.

—¿Marga? ¿Marga? Estos putos móviles... —se quejó—. ¿Marga? ¿Te recojo o no te recojo? ¿Me oyes bien?

—No te preocupes —susurré—. Estaré esperando dentro, tengo cita con la manicura y no sé cómo ni cuándo acabaré —esto último me había quedado muy dramático, muy total. Muy final de película de Olivia de Havilland. Pero no. Ramiro es impasible al desaliento, frío ante el calor.

—De acuerdo. Besos.

Doce minutos más tarde estaba tirada en el sofá. Aterrada. Me puse a mirar la

agenda del móvil en busca de amigas compasivas y terapeutas, Conchita era la que mejor me podría entender. Ella sabe lo que es tener un marido que te lleve por el camino de la amargura, que te den un premio antes de tiempo y aun así estar monísima siempre. Como yo. Pero no era momento de llamarla. Casi estuve a punto de marcar el teléfono de la presidenta de mi club de fans para que organizara una manifestación de protesta. Descabellado, claro. Pero es lo que tiene sentirse perdida. Seguí buscando amigas en la agenda... ¡Claro! En horas de zozobra hay que maniobrar con patronos de altura, así que de entre todas mis íntimas camaradas inseparables, Marina Cuesta es la que estaría preparada para la tormenta que, presentía, se avecinaba.

—Marina, ven a casa. Te necesito. No

puedo hablar por teléfono, estoy fatal.

—A ver, hija, ¿qué te pasa? —este tono era típicamente de Marina, seguro, maternal incluso.

—Estoy... —no podía articular palabras—. Vente, *please*. Además, por teléfono llevo dos horas hablando y me da que me graban, últimamente graban a todo el mundo...

—¿¿Tu crees?!

—... desde lo de la Obregón no puedes ni pedir una pizza tranquilamente, Marina.

—¿Qué cosas tienes, Marga! Ahora mismo voy, tengo la galería de cambio y he dejado a los interioristas con la nueva distribución. ¿Te llevo algo?

—Huy, no necesito cuadros... estoy saturada... pero si no te importa pásate por el Starbucks y tráeme un café *moka tall* sin

nata y doble *shot* de café.

—Lo de siempre.

—No, no... con doble *shot* de café.

Tengo cena con Ramiro y quiero estar despierta.

—Te veo en un tris —me consoló con su tono.

Marina Cuesta tiene una galería de arte. Bueno, tiene dos. Una en Madrid y otra en París. Ha sido directora de ARCO durante cuatro años y se pasa el día eligiendo. Eligiendo ropa, eligiendo cuadros, eligiendo chulos para tirarse, eligiendo bolsos, eligiendo restaurante, eligiendo revistas, eligiendo clínicas, eligiendo telas, eligiendo regalos, eligiendo nuevas promesas del arte... En los últimos cuatro meses ha perdido ocho kilos con la dieta disociada, así que

además se los ha pasado eligiendo en los menús la manera de cuadrar proteínas sin tocar un gramo de carbohidratos. Me envió la dieta escaneada por *mail* con anotaciones realmente interesantes: «Desayuna café con leche descremada y una tostada o dos de pan integral con mermelada diet, procura que sea de esa de la que no lleva etiquetas, está más rica y será el único sabor dulce de todo el día. A media mañana una fruta, ni se te ocurra plátano, claro. Puedes optar por un yogur sin tropezones desnatado. Almuerza carne o pescado. Y la cena igual. Te salvarán las sardinas de lata y los huevos duros. Olvida todas las P; me explico, verás: ni patatas, ni pasta, ni postre, ni pollas... ja, ja, ja. Cuando tengas hambre, un té. Nada más. Te quedarás divina. Si tienes ganas de alcohol bebe vino (esto te va a costar poco,

borrachuza)»).

Marina estudió en el Liceo Italiano pero domina también el francés y el inglés a la perfección. En el colegio del consulado aprendió a ser una experta en las relaciones públicas, se maneja como nadie con empresarios, marchantes de arte o ex ministros; uno de sus ex estuvo al frente de la cartera de Cultura en los ochenta, así que consiguió hacerse una de las agendas más importantes del país. «Marina es intocable», me repite siempre Ramiro porque no la soporta.

—¿Tú crees que es normal que se gaste una fortuna en ese chucho lameculos que mete en un bolso?... ¿cómo se llama?

—*Massiel*.

—No, la perra ya sé que se llama *Massiel*, que ya le vale, me refiero al bolso en el que lleva todo el día colgando al

pobre animal.

—Es un Chanel. Y es precioso.

—Un chucho en un Chanel.

—A ti qué más te da, Ramiro.

—Mira, Marina no es normal...

—Le tienes manía.

—... que se gaste tres mil euros en un bolsón para que se lo cague y se lo mee el pobre animal. ¿Eso te parece normal? Y tampoco es de recibo que se gaste el presupuesto del Getafe en unas vacaciones para que se relaje del estrés de la capital. ¿Tú ves normal un masajista para un perro? ¿Tú crees necesario que lo alimente de paté?

—Es que la pobre *Massiel* sólo quiere paté de finas hierbas, ¿qué va a hacer Marina?, ¿matar al perro?

—No estoy hablando de que mate al perro, ¡coño!, sino de que sea sensata.

Ramiro no la soporta. Marina no soporta a Ramiro. Y yo... yo no soporto que haya perdido tantos kilos porque ahora lleva una talla menos que yo. Este año es la cuarta vez que sale como la mujer mejor vestida del país según el *¡Hola!* Y detrás de ella las de siempre: Paloma Cuevas, Nati Abascal, Nieves Álvarez, Nuria González, Rosario Nadal... etc. Yo nunca he estado en esa bendita lista. Sin embargo, ninguna de éstas estará en la de «las más queridas». Trece años llevo siendo de las cinco primeras, ¡trece! Y puedo comprarme todos los Valentinos y todos los Suárez que llevan ellas si me pongo rumbera. La periodista Azucena Roncal me lo ha dicho mil veces, que no entiende cómo no me ponen entre Cari Lapique y Tessa de Baviera si les doy dos mil vueltas a alguna de las teñidas. Yo

tampoco lo entiendo, pero si se creen que me irritan colocando a otras en los primeros puestos se equivocan. Hijas de puta. A veces es mejor no salir porque una empieza a leer la lista por el final (como los periódicos) y... aggg... mejor irte directamente a los horóscopos. Paloma Barrientos siempre me recuerda: «Hija, a nosotras qué más nos da, con no parecer a estas alturas Fabiola de Bélgica tenemos bastante».

Últimamente mi amiga Marina se ha fijado en un artista joven argentino, un tal Pato Antelme, que yo creo que se está tirando. El anterior «protegido», Arístides Quiñones Campusano, era un venezolano que conoció en un mercado de arte de Montevideo, justo donde fue a relajarse quince días después de la ruptura con Tristán Velo de Castro. Pato tiene

veinticinco años, el venezolano, veintitrés y el gallego, veintiuno. Todos juntos suman la edad de su ex marido, sesenta y nueve. Patricio, Pato, la tiene loca. Yo no entiendo de arte y no sé si tendrá futuro el chaval, pero entiendo de hombres y sé que su mejor arte con Marina no está en esa especie extraña de miniesculturitas que tanto le muestra. Será que tiene el tótem escondido.

—¿Qué te parece, Marga? —me dijo mientras me alargaba un grifo.

—Un grifo.

—Maaaaaarga, por el amor de Dios, no caigas en la bobería de todo el mundo. Pato recrea el maltrato del mundo desarrollado en unos objetos cerrados, mudos ante la opulencia de Occidente. Tú, querida, ves un grifo de Roca pero es un grito de angustia, un canal que se cierra

ante la posibilidad de los que pueden abrirlo. Un objeto que pide una mano. Una obra que necesita de alguien para ser abierta. Cerrado es la opresión, abierto es la vida. A ver si me explico...

Y se quedó tan ancha. Yo seguía viendo un grifo monomando de acero cromado que en pocas semanas acabaría exponiéndose primero en la Bienal de Valencia, por obra y gracia de la hermanísima del ex consejero del ex presidente, y después en la Bienal de São Paulo, una de las más importantes del mercado latinoamericano. Ahora el chaval es conocido y millonario, así que no tardará en buscar madrinas mejores y, fundamentalmente, más jóvenes. A Marina le da igual, en el fondo es consciente de que ella y su colchón son un pasaporte a la fama, al *top* de los más considerados en el

arte. Es la mejor.

A las doce me he quedado KO. Son las 12.47 h. Qué mala mezcla los lexatines y la tila. Con un gin tónico de Zafir lo soluciono. Y si no, me meto un Red Bull, que me pone como una moto.

12.50 h. Llamada a Boris. Debe de estar en casa pero no contesta, desde que ha venido de Nueva York «más enamorado que nunca de Rubén» no coge el teléfono ni muerto. Intento de nuevo. Nada. «Me he vuelto a enamorar», me repite últimamente. Qué cosas. Lo mismo me tengo que ir con Ramiro a la City a ver si se me anima la entepierna y pongo las bujías a punto.

12.53 h. Llamada a Natalia. Su

marido está de gira y me dejó dicho que me pasara por casa. Ring, ring. «La señora no se encueeeentra. Estará en su celular.» Claro, la llamaría al móvil, pero no sé qué he hecho que al enviarle un mensaje de móvil he borrado el número. Me pasa cada dos por tres. ¡Ya no hacen teclas para mis uñas...!

—Su gin tónico bien servido, con tres cubitos, doña Margarita —Zulema me deja el vaso sobre la mesa. Perfectamente servido. Es divina. Los pantalones parecen nuevos cuando los plancha, las camisetas como si las sacara de la estantería de Burberry, las faldas bien estiradas en la percha, las blusas por colores, del crema al azul marino (blancas y negras en su zona), los zapatos son cosa mía, pero los limpia tanto que alguno tiene más brillo... que

podría revenderlos en un telemaratón. ¿Pegas? Pues que en la cocina repite un poco los menús, pero al menos hace un gazpacho que te chupas los esmaltes, parece hija predilecta de Dos Hermanas, siempre a punto, siempre fresco, siempre a mano para abrir la nevera y servirme un vasito... El café me lo trae de Colombia, pero ya no sé cómo explicarle que no lo intente meter en las capsulitas usadas de la Nespresso. «Es una pena tener que tirarlas, tan lindas, señora.» «Da igual, Zulema, déjalo.» Es la mejor. Me tiene un botiquín que ya lo quisieran en la Rúber y un mueble bar que es la envidia de las amigas. ¿Que quieres whisky?, todos, ¿que quieres ginebras?, todas, ¿que quieres ron?, todos, ¿que quieres vodka?, más y mejor. Tengo la sensación de que sirve copas en Fortuny cuando me voy de finde al parador de

Aiguablava. O lo mismo me monta en casa
saraos para celebrar el día de Bolívar y se
hace la reina de la barra americana. Me da
igual. Prefiero no verlo, yo sólo veo las
faldas ordenadas por colores. Menos mal,
que si no fuera por ella... Ay, no sé. Si no
fuera por ella estaría perdida.

—Señora, se había quedado dormida.
He abierto un poco las ventanas, pero
debería sentarse en el porche, hace un
fresquito bueno para el mes que estamos.
Le sentará bien. ¿Necesita algo más? Me
tiene preocupada...

—Gracias, Zulema. No te preocupes
por mí... déjame sola...

Zulema se ha quedado en la puerta del
salón, junto al cuadro de Antonio de Felipe
que me recuerda que una puede ser joven
eternamente. El canalla me dibujó en
colores rojos y naranjas, con un collar de

perlas que me regaló Ramiro, sin una puñetera arruga. A Inés Sastre la dejó que parecía la mismísima Audrey Hepburn. Claro que eso no tiene mérito, lo plausible fue ver cómo dejaba hecha una quinceañera a Sara Montiel, lisa como una carretera recién asfaltada. Qué arte, coño. Yo me veo reflejada en un cuadro de dos por dos, enorme según mi hija, pero pequeño para lo que yo quería, como una artista de cine del cinemascope. Porque yo no soy del Dolby Surround, yo soy del cinemascope. Le di una foto y me devolvió un mes después la obra envuelta en papel de estraza (de aquel con el que envolvían en mi pueblo las sardinas de caja), con una nota y un ramo de flores blancas, como a mí me gustan. No me lo quiso cobrar. Marina dice que es demasiado pop, pero a mí me encanta. Me hace sentir tan joven y

tan Warhol. Soy muy de las *Happy Few*...

—Zulema... ¡Zulema!

—¿Sí?

—Tú crees que... —dudo mientras me muerdo el labio inferior— estoy... —no sé cómo decírselo— sigo... estando... ¿joven?

—La señora está bellísima —me contesta como dejándome en paz—. La señora está bellísima siempre. Nadie diría que...

—¿Qué?

Zulema se ha quedado fría en el marco de la puerta. Y no me extraña. Se ha metido en tal jardín que o se sale de él bien podado y fumigado o la pongo a pintar cenefas de jarrones chinos en el garaje con laca de uñas. Me he quedado helada, más que el gin tónico que llevo entre manos. No habrá querido insinuar abiertamente que «estoy bellísima a pesar de mi edad», o

peor, «que nadie diría que soy una vieja». O mucho peor: que soy mayor. Aggg. Ya puede agarrarse a la Virgen de Guadalupe porque o sale de ésta o se hace el camino al Machu Picchu de rodillas con el cuadro de Antonio a sus espaldas. Uggg. Tengo que tragar saliva.

—¿Qué has querido decir? ¿QUÉ HAS QUERIDO DECIR? ¿Nadie diría qué? ¿Que qué? Eh...

Cogió fuerte el pomo de puerta y me miró como si estuviera loca.

—Disculpe, señora. No, no, no. Nadie diría, digo, que la tienen que maquillar en la tele... yo la veo estupenda siempre.

La respuesta es justa y calma mi estado de ánimo. Por un momento hasta el cuadro de Antonio de Felipe ha abierto los ojos como una gata pisada y yo me he

puesto como las cobras en alerta. La mala pécora es rápida. Lo que decía yo. Es la mejor. Por eso la tengo con los papeles, con todos, y hasta tiene a una hermana bien cerca, a cien metros; nos la trajimos para que se quedara con los Spinolla-Hernández de Bohórquez, que viven dos parcelas más abajo, y dos sobrinas que trabajan en un Masajes a Mil haciendo uñas.

—Suenan el timbre, señora.

—Debe de ser Marina.

—Voy a abrir... —Zulema sale hacia la puerta. Huye, diría yo.

A mí, mi trabajo me gusta. Los estudios no están muy lejos de mi casa en la Moraleja. Sobre las ocho tengo el coche de Fernando en la puerta, me espera lo que me cuesta tomarme un café y ponerme las

gafas de sol. Llueva o truene no me las quito hasta que mi Anita empieza con la reconstrucción. En el coche voy sentada detrás, así dejo el bolso y me da para ir cómoda hojeando *El Mundo*, *El País*, el *Abc* y *La Razón*, me llegan por correo a casa y siempre se los queda el chófer. Tampoco es cuestión de subir cargada hasta mi despacho como si fuera la cerillera de Dickens. Es la segunda planta. Llevo trece temporadas y tienen la santa costumbre de, cada dos, cambiar la redacción como si fueran unos grandes almacenes, para que te pierdas. Al principio, cuando llegué a esta cadena, todo estaba en el edificio A, a los cinco años pasamos al B, primera planta, en los últimos años hemos recorrido todas las redacciones del edificio C. Al menos el plató se ha mantenido firme en la misma

nave durante trece años. Miento, la tercera temporada nos pasaron —por obras— al de *Los niños hablan*. Bajamos seis puntos, yo no sé si sería por el plató, porque la cochina de la Otra había empezado un *reality* con camareras de whiskería que iban en pelotas todo el día o, esto es lo que más me fastidia, porque el plató era gafe.

—O nos cambiáis de plató o rescindo el contrato. Tú verás —le dije al productor ejecutivo.

—No podemos, Margarita.

—¿Que no podéis? ¡Estamos bajando de audiencia! —le espeté en medio del pasillo.

—Y qué culpa tiene el plató... ¿No serán los contenidos?

Lo habría matado. Tenemos desde hace años las mejores entrevistas, los mejores invitados y los mejores redactores,

que curran como el que más y cobran como todos. ¡Los contenidos!

Acabamos la temporada en un 17, pero a la siguiente estábamos en nuestro plató de siempre. Hubo que desalojar a la puñetera de *Cosas de quinceañeras*, que había heredado mi plató y la magia del estudio, claro. Con un programa de mierda estaba haciendo 24. Los que debería haber hecho yo durante esa maldita temporada. Eso sí, tuve que llamar a mi vidente de cabecera para que me hiciera una limpia con inciensos y sus cosas. Puso tres velas a quemar sin que se enteraran los de escenografía y bajo unas tablas yo escondí tres bolsitas con arroz, lentejas y cristalitos de Egipto. No soy supersticiosa pero no le hago ascos a un «arreglito» floral. Mi Cristo de Medinaceli lo sabe porque se lo repito cada viernes de marzo. «Ecce homo,

he aquí a la mujer.» Le hablo como Pilatos se dirigía al pueblo judío entregando al Hombre, ofreciéndome para que no me quite la audiencia. ¿Qué necesidad tiene la gente de dejarme por otra?, ¿qué necesidad?... Por eso yo me voy siempre a los Capuchinos de Madrid, me cuelo benditamente con la amabilidad de alguna fiel/admiradora y pongo mis velitas. Tres. Una por mi madre, otra por mi hija y otra porque estemos siempre por encima del 20%. Luego me voy a tomarme algo al Palace, que me pilla tan cerca, para recuperar fuerzas con unas tortitas con nata y quitarme los tacones un segundito. Benditas alfombras gordas.

La audiencia me cuida, pero yo también la cuido. La última temporada hemos tenido una entrevista en exclusiva con Carmen Martínez Bordiu recién

llegada de París, hemos sorteado dos piezas únicas del Pazo de Meirás, horrendas pero auténticas, sacadas del trastero de la Collares; entrevista con Jesulín, que nos enseñó todas sus ambiciones, incluida la casa; sorteamos diecisiete orejas disecadas que colapsaron la centralita de la cadena; dimos en vivo y en directo la operación de vesícula de la folclórica y el cambio de sexo de una concursante de *reality*; conocimos a una señora que hacía collares con piedras del riñón de su marido, que, por lo visto, tiene un organismo que los fabrica sin dolor y cada dos meses, una exclusiva de escándalo; además, una pintora manca guatemalteca me realizó un retrato pintado con los pies —también en directo— que fue una maravilla de observar, y, para acabar, una vidente que... que...

—Las cartas me dicen que hay un cambio muy importante en su vida; diría yo que algo para toda su vida.

En su momento no entendí nada. Hoy, después de abrir el correo, lo he entendido todo.

Pero es que por mantener el 20 no sólo me entrego y me voy a los Capuchinos, es que, además, me he hecho la procesión del Cristo de los Alabarderos, la del Divino Cautivo, María Santísima de los Siete Dolores, ¡a bajo cero!, el Cristo de la Vida Eterna y Nuestra Señora de la Paz en palio de respeto. A la iglesia de San Ginés también me suelo pasar, no por el chocolate, que también, sino por ver a la Virgen de la Soledad, que tiene una de las caras más bonitas de Madrid. ¿Alguien da más? Pues, por si fuera poco, llevo en la cartera dos escapularios y tres estampas

bendecidas, una de la Virgen del Remedio, otra de San Judas y la de Santa Gema de Galgani.

Todo esto me sirve. Me siento segura. Tengo el camerino lleno de regalos de mis admiradoras. Guardo poco, lo bueno; lo que me da malas energías lo empaqueto y lo devuelvo. Tengo espadas toledanas de todos los tamaños, *caganers* de Pujol, Ronaldinho y Carod Rovira, muñequitas de sevillanas en miniatura, mantas zamoranas, figuritas de Sargadelos, vino de la Rioja, de Navarra, de Valladolid, del Penedés, de Valencia... ¡Ay, las de Valencia! ¿Por qué las de Manises tienen un afán de enviarme platos de porcelana? Echo cuentas y llevo más vajillas en toda mi carrera que *La Razón* en cinco años. Angelines, la sastra, se persigna cada vez que entra, baja un instante la mirada.

Luego ya sigue con las tallas y los ajustes, pero nunca falla en su gesto delante de mi Cristo. En la pared, junto al espejo de cuerpo entero, también tengo dos cuadros. Uno que me enviaron de la asociación de bordadoras de Alborache con mi cara hecha de punto de cruz y otro, ya de color sepia, con una foto de RTVE de mi primera aparición en televisión... No me acuerdo del año, ni falta que me hace. Yo era presentadora del tiempo, vamos, yo fui la primera presentadora del tiempo del Ente. Maldonado era divino pero yo no disfrutaba. Estaba de las borrascas, de los anticiclones y de colocar simbolitos donde no tocaba hasta el *pirri*. Y no podía salir a la calle sin que me reconocieran.

—Anda, mira, ¡la del tiempo! —y yo me giraba feliz. Joven y reconocida.

—¡A ver si acierta, leñe!

Los del norte me tenían frita. ¡Ni que tuviera yo la culpa de que las nubes la tengan tomada con el tercio norte peninsular...!

Ahora lo recuerdo con cariño, el justo, pues soy de éstas poco nostálgicas que tiran para adelante, olvido lo que me da la gana, pero sin duda una adelantada a mi tiempo. Que había que ponerse minifalda antes que las demás, yo me ponía la minifalda. Que había que hacerse mechas, yo me hacía mechas. Que había que ponerse hombreras, yo más hombreras que nadie. ¡Es que me las hubiera puesto hasta en el bikini! Fui tan ochentera como hizo falta. Y eso que me hacían más pequeña. De tetas he ido servida, así que no he tenido que entrar al quirófano más que lo justo y necesario para mantenerme firme. Bueno, a nadie le importa. Una

adelantada a mi tiempo, siempre lo han dicho en los periódicos. «La Gayo arrasa con la competencia», «No hay quién tosa a la Gayo», «Imparable Margarita».

Sufrí más emociones que Hermida en toda su carrera.

«El hombre llega a la Luna, la mujer a la meteorología.» Dios bendito, cómo me quedé con ese titular. Pensé que si dejaba el tiempo se iba a enfadar hasta Neil Armstrong. Qué odisea por los pasillos de TVE. Me miraban como si hubiera pintado unos cuernos en el retrato de Franco. Los que iban de modernos, pelo largo y chaquetas de pana, paraban en cafetería y susurraban «adelante, guapa» como si yo no tuviera los santos arrojios para pasarme las isobaras por el *toto*. Me corté el pelo y dejé el tiempo. Eso sí, con marca de la casa.

—A partir de la tarde crecerán nubes de evolución en el norte de Castilla-La Mancha aunque la jornada se presenta sin riesgo de tormentas de verano. En el área del Estrecho se repetirá la situación de ayer, soleado como en toda Canarias. Calor tropical en Lanzarote y Fuerteventura, superarán los 35 grados. No tan caluroso pero sí intenso será el calor en toda Cataluña, olvidándonos de los chubascos de la última semana. Cielos despejados en casi todo el país. Pasen una buena tarde y hasta siempre.

Todo bien. En apariencia. La cuestión es que ni hubo nubes en Castilla-La Mancha ni calor tropical en Lanzarote. No paró de llover en dos semanas. Concretamente, en Barcelona todas las sillas y las floristas de las Ramblas acabaron más allá de la estatua de Colón,

flotando junto al barco de la Trasmediterránea. Semejante tromba de agua no sería olvidada en años. Y mi nombre tampoco. «La Gayo abandona a tiempo.»

No me molesta, aunque soy consciente de que me llaman la Gayo. Pero el único que los tiene cuadrados para decírmelo en la cara es José Luis, de cafetería. Cada mañana, cuando llego a la tele, huelo el cruasán caliente y mi café solo doble acercándose por las escaleras cuando me los sube en una bandeja hasta mi despacho. Llegamos casi al mismo tiempo. El café, el cruasán, José Luis y yo.

—¡Buenos días, compañera! —es increíble lo enérgico que es a esas horas de la mañana, ¿a qué hora se levantará cada día?—. ¿Cómo está la Gayo?, aquí tiene lo de todos los días, su café con su sacarina y

su cruasán calentito...

—Gracias, José Luis —le digo agradecida y somnolienta. Lleva los mismos años que yo en esta cadena y por su barra han pasado todos. Todos. Sabe reconocer un éxito de audiencia por cómo le piden las cañas. En el fondo, en el micromundo de la redacción, el único éxito rotundo de audiencia es el suyo; nadie deja nunca de pasar a verle. Por su café, por su sabiduría, por sus consejos... por su chispa. «Ay, Gayo, qué de canallas y qué pocos quedan como los de entonces —me confiesa a menudo—. Los de ahora son unos arribistas, vienen a por la pasta y se olvidan de hacer televisión. A ellos les obsesiona hacer gimnasia y a ellas les basta con ponerse unas tetas de plástico.» Bueno, bueno, bueno. Cuando me dice esto yo sólo pienso en la risueña Luchi

Lobo, que fue salir de Miss España, ponerse unas en la clínica Mallorca y tener programa para ella solita. Se me abren las carnes cuando me la cruzo en maquillaje. ¿Que me pongo por la mañana una blusa blanca?, se la pone ella más escotada por la tarde. ¿Que me compro unos Louboutin?, ella también. ¿Que salgo en sandalias de Prada?, ella busca otras con más tacón. Me enerva. Un día casi la mato. Acababan de contratarla horas antes de tropezarme con sus 95-60-90, sus veintipocos años, sus piernas infinitas, sus uñas francesas, su minifalda y sus tacones de infarto; infarto como el que me estaba a punto de sobrevenir en dos minutos.

Sala de maquillaje. Planta baja.

—Margarita, ¡qué ilusión verla! —el tratamiento de usted me parecía excesivo pero giré la cabeza, asentí con la mano al

estilo Reina Madre y me volví al espejo donde me estaban maquillando. «Menuda pieza», pensé.

Mientras untaba la esponjilla en la base tono 545 Anita me explicaba al oído: «La fulana esa se llama Luchi, es la nueva chica de la cadena, ha firmado esta mañana. Fue Miss Castellón el año pasado, Miss Simpatía en el certamen de Marina d'Or y Miss Cabello Bonito, o Pelo Pantene, ahora no me acuerdo bien».

—No sabe la ilusión que me hace trabajar también en esta cadena, me encanta, me parece lo más compartir pasillos, peluquería, comedor... ¡Comedor! Podríamos almorzar juntas algún mediodía. Mi madre dice que a ver si aprendo y me convierto en una grande como usted. Tengo que imitarla en tantas cosas... tantas...

El «usted» me hacía eco entre las sienes. Pude pararla con una mirada, pero no tenía ganas de frenarla en seco. Lo mismo se atolondraba en su bobería y me regalaba cuatro o cinco cumplidos de los que suben el ánimo. Me alimento de barritas energéticas, pero también de piropos. Dicen que la Cantidad Diaria Recomendada es de por lo menos un par. Error el mío. La rubia, por simple, se estrelló.

—Ay, ay, ay... hoy mismo he firmado por dos años un contrato blindado con esta cadena. Verá que estoy megafeliz, *hiperhappy* y superalegre de formar parte del elenco de presentadoras. Me han dicho que nos van a hacer una foto todas juntas para la próxima temporada. ¡Es guay! Podíamos, he pensado... —la muchacha pensaba, sin duda, a demasiada velocidad

— que estaría bien ir combinadas en algún color. Por ejemplo el rosa chicle, un salmón suave, algún turquesa... ¿Qué le parece, doña Margarita?

Anita no levantaba la mano de mi cara, iba y venía con el *eyeliner* negro dando pinceladas enérgicas para que apenas pudiera levantar los párpados. Ella, sabia como un mono de Gibraltar, suponía que tenía las pupilas dilatadas en rojo echando sangre de irritación. La rubia, ella solita, estaba de pie, a mi espalda, frente a mi espejo, con su monólogo digno de una miss.

«¿Qué piensas de Rusia?» —tenía ganas de preguntarle a la niña relamida y petulante, pero me mordí los labios.

—Me parece ideal su programa, ya me gustaría imitarla. Hasta ahora he presentado en el Canal de Torresgarcía,

hacia la continuidad de los espacios, decía los horóscopos y en verano he estado de playa en playa con una caravana para buscar la canción del verano... Ay, ha sido superdivertido, pero estaba cansada de tanto bikini, tanto bikini, tanto bikini; de hecho, algunos días me ponía bañador para variar, pero es que la marca en la cintura me parece terrible, además —apuntó—, al señor Torresgarcía le parecía mejor en bikini para el tipo de programa que estaba haciendo. A mí también, ¡es verano!, ¿no? Los tacones eran lo peor en la tarima que nos colocaban, era un plató móvil, ¿sabe?, sobre todo para bailar batuka, que es cansadísimo, y además, tiene algo que no soporto: hiperdesarrolla los muslos demasiado y acabas pareciendo una Nancy con los tobillos gordos. No me gusta. Ahora aquí será distinto. Empiezo un

curso de preguntas y respuestas. Regalaremos tres mil euros cada mediodía.

—Y tú... —no pude reprimirme—
harás las preguntas, supongo...

No me entendió. «Las respuestas son superdifíciles», añadió aclaratoria. Anita carraspeó para que no se oyera mi puntualización mientras le decía a Christian, el peluquero, que pusiera el secador en marcha. El silencio pudo haber sido muy bello hasta que la bendita joven se atusó el pelo con una mano llena de pulseras, se giró hacia la puerta y, en un ademán de irse, todavía tuvo su última ocurrencia.

—Doña Margarita, estoy emocionada, de verdad. Tengo que decírselo o me muero: es la primera vez que la veo en persona, y la sigo desde que era pequeña —y salió hacia el pasillo con un golpe de

melena.

La habría estampado contra la foto de Emilio Aragón. «DESDE QUE ERA PEQUEÑA.» Desde que era pequeña. «¡Será hija de puta!», no me pude callar. Solté tal manotazo que los diecisiete frascos de Chanel se pusieron a punto de nieve.

Yo no soy maniática, pero a mí en mi plató no me gusta que entren pelirrojos. Se me hace raro. Me distraen la atención del público y yo acabo imaginándome que son herederos de Enrique VIII, que de pequeña me daba un mal rollo tremendo. Sólo de verme encerrada en una almena para toda la vida me ahogo, me sugestiono con el pelirrojo delante de mis narices y me falla la respiración. Bah, con eliminarlos me quedo tranquila, pero yo maniática no soy. Y eso que mi camerino es el 13. Tengo mis

cosas. Siempre entro con el pie derecho, nunca me pongo prendas de color amarillo, nadie se puede poner amarillo y si pillo a alguien de amarillo sale pitando del plató aunque me quede con un cámara menos. Amarillo no, ¡coño!, por encima de mi cadáver. Las figuras de elefante en el decorado las permito, pero si veo una bicha, aunque sea pintada, dibujada o insinuada en tela, estampado o vídeo... mato. Tampoco consiento que en maquillaje, el único espacio de la televisión para relajarse, pongan la radio muy alta. A Marifé le da por conectarse a Cadena Dial y se hace todos los *playbacks* con el cepillo de alisado. Tiene mucho arte porque «soy de Chiclana y hago lo que me da la gana» dice, tiene un pelazo largo y rizado a lo Rosario Flores y un taconeo divino, pero no es cuestión de que a esas

horas de la mañana el santuario de Lourdes de la restauración parezca una *rave* de tecnofolclóricas. Cuando me voy acercando por el pasillo noto cómo bajan el volumen para que yo no me entere, pero me entero, vaya que si me entero. Con los secadores, el murmullo de comentarios y la tele bajita, lo justo para oír las noticias, me sobra y me basta para tener mis minutos de concentración sin perder detalle. Antes me gustaba que subieran a mi camerino a maquillarme y peinarme, me hacía más exclusiva y el productor ejecutivo de entonces me lo permitía; lo que pasa es que acababa por no enterarme de nada (no sé si es mejor, porque debería mantenerme al margen de todas las intrigas de la cadena) y sin enterarte acabas por no tener información. La información es poder. Y más aquí. Si en el Kremlin

hubiera habido una buena peluquería no hubiera hecho falta un Gorbachov. Así que volví a maquillarme donde todas, así mato dos pájaros de un tiro: me entero de todo, me pongo al día y además por un rato no me critican.

—¿Qué, criticándome? —dije una mañana al entrar.

Las pobres estaban calladas, a sus cosas, ordenando botes, limpiando pinceles y rellenando frascos con maquillaje de granel, que es lo que se les pone a los invitados. Se asustaron.

—¿¡Nosotras!?! —se giraron hacia mí—. No, no, no. Estábamos... —dudaban— a lo nuestro.

A mí la entrada me había quedado muy Chus Lampreave ante Marisa Paredes. Secuencia 29, cuando la madre irrumpe en la diminuta cocina de Rossy de

Palma. «No hago nada a gusto de tu hermana. Tiene las mismas rarezas que mi hermana Petra, que en paz descanse... Es igualica que ella...» Aquello las puso firmes y prevenidas por si alguna vez sí que las pillaba criticándome de verdad. Me las he ido ganando en respeto y cariño. De hecho, no fallo ante ningún cumpleaños de todas y cada una de las maquilladoras y peluqueras, cuando toca les traigo un regalito, alguna bobería del Zara Home, y quedo estupenda. Es mejor tenerlas de mi lado. A todas. Luego me han ido invitando a sus bodas pero, lo imaginan, no es cuestión de quitarles el protagonismo en su día más especial. Si voy yo, a ver quién mira a la novia. Y lo que es más, plantarte en una boda, hacerte fotos con toda la familia o las vecinas es realmente agotador. Me conformo con el abanico que

me traen de recuerdo. Qué manía les ha dado por los abanicos en las últimas celebraciones, da igual que sean civiles o religiosas; en un verano te haces con más abanicos que el ballet de Víctor Ullate. Yo en mi boda, ahora que recuerdo, di un frasquito de cristal con tres bombones. Pero, claro, es mucho más caro.

Mi maquillaje está todo en una caja con mis iniciales. MG. Todo marcado con emegé para que no vaya rondando entre unas y otras. Todo me lo compro de Guerlain, todo. Desde los pinceles a las cremas, los antibrillos, las bases de maquillaje, las sombras, los brillos de labios, los antiojeras, los correctores, los matificadores, los coloretes, rímel, lápiz de labios, laca de uñas, perfiladores... todo. Todo menos los rizadores de pestañas, que me los traen de París. En un viaje con

Ramiro descubrí por casualidad en el 176 del bulevar Saint-Germain una tienda, preciosa, que es experta en pestañas. Shu Uemura. Es japonesa, creo. Lo tienen todo ordenadito con un detalle típicamente francés que es finísimo, por colores y por números. La Depsey Water de Rosemary es fantástica para la piel, la mezclo con mi perfume y lo hago distinto, no soportaría acudir a una fiesta y que mi olor fuera reconocible. Pero no soy maniática.

13.12 h. Mi casa. Salón.

Zulema ha abierto la puerta y allí está Marina totalmente «preppy», que no es otra cosa que el buen vestir de toda la vida según los pijos de ahora, con sus gafas de sol y mi café moka en una mano.

13.12 h. ¡Oh, qué alegría! Los últimos minutos, doce concretamente, me los he

pasado llorando. Y se me nota.

He llorado porque se me hace una montaña imaginarme en el escenario del Palacio de Congresos donde se celebrarán en febrero los premios TP. He subido catorce veces, tantas como me han premiado los lectores, siete como mejor presentadora y las otras siete como mejor programa. No hay otra presentadora más premiada en este país, la siguiente tiene cuatro (y dos son porque su cadena se lo amañó con los de la revista. «Había que promocionarla un poquito», según me dijeron). Yo tengo los catorce TP, dos Ondas, un Madariaga, un Micrófono que me entregó Luis del Olmo en Ponferrada y una Antena de Oro. Pero el TP *toda una vida* me ha provocado un ataque de aluminosis en mi autoestima. Agg, qué terrible. Sé, lo presiento, que el peor

momento será cuando digan mi nombre y todos los invitados se vayan poniendo en pie, uno a uno, y empiece un aplauso interminable, rotundo y merecido, hasta que ponga el tacón en el escenario, emocionada, vibrando pero segura, y ya desde arriba, desde el centro, aguante un minuto largo de ovación. O dos. Dos minutos largos de ovación. Uf. Tengo pánico a la lágrima inoportuna que me tire abajo el maquillaje delante de todos. ¡Estaré horrible! Y por mucho que quiera evitarlo con un vestido de Gucci, habrá miles de ojos observando a la «toda una vida» con aspecto de Elizabeth Taylor. Sí, bella, famosa, estrella, brillante pero... ¡vieja!

13.13 h. Marina Cuesta y yo.

—Querida, ¿tú crees que es forma de

recibirme? —ha dicho Marina al verme—. Toma, tu Starbucks.

—¿Es moka, *tall*, sin nata?

—Es moka, *tall*, sin nata.

—¿Te puedes creer que me vengo abajo cada dos minutos?, ¿que me fallan las piernas?, ¿que me estoy sugestionando con que soy una mujer podrida, acabada, sin futuro...?

—Para, para, ¡para! Para, Marga, que te veo por dónde vas. Déjame que cuelgue el bolso —abre el armario de la entrada donde está toda mi colección y lo deja junto a otro idéntico—. A ver si luego me equivoco —me advierte—, que llevo las pruebas de imprenta de la exposición de Pato.

—Esto del premio TP es cosa de los de la cadena, alguna maniobra de beneplácito para largarme de la manera

más fina, con aplausos y todo —digo enfurruñada.

—Estás loca. Pero me encanta. Tenemos que solucionarlo.

—No exactamente. Lo que tengo es que asumirlo.

—¿Por qué?

—Admitámoslo, Marina, estoy mayor, se me nota y me lo notan. Me van a echar con un TP DE ORO por vejestorio.

—¡Vale ya!, ¿eh?, basta de automutilarte. Mejor será que salgamos a comer aunque sea a un Vips.

—Mira qué bien, no te lo tomes a mal, pero encima la que engorda soy yo.

—Estás ceniza, ceniza, ceniza. Dos cosas te voy a decir: dame el moka ese, lo primero. No sé qué hago consintiéndote todo. Ya no son horas de picar. Y dos, Rita Navarro tiene algo estupendo, novísimo

aparato parecido al LPG que te licua la grasa en cinco tardes y la que quiera estar gorda es porque quiere. Nos menean el culo para probar y, chica, totalmente gratis, ya sabes cómo es Rita de espléndida con las clientas.

(Huy, es verdad, tenía que llamarla. Me lo había apuntado esta mañana en la moleskine. Llamar a Rita. Es un remanso de paz esa camilla y esa mujer. Está pendiente de todo, allí vamos las grandes para un pinchacito o para una limpieza de cutis. Todas, hasta la Botella. Pero lo sé por mis fuentes, porque ella es una tumba, si Rita fuera puta no habría quién le sacara una chispa de la clientela.) SMS: «RITA, TE LLAMO LUEGO. URGE. BÚSCAME HUECO MAÑANA».

Zulema ha dejado entreabierta la puerta de la terraza y se oyen los pájaros

del jardín. El laurel está estupendo, la lavanda parece un almohadón árabe y los hibiscos que planté el verano pasado en tinajas han cogido el protagonismo de las rosas. Madrid me gusta. Nos hemos sentado fuera en las hamacas para disfrutar aunque sea de la pérdida de control sobre una misma.

—Marina, tengo el síndrome de Bette Davis.

—¿Qué dices, loca?

—Me voy a morir en cuanto me den el TP. Son gafes.

—Eso era en San Sebastián. Y no era el TP, coño. Era la Concha de Oro.

La he mirado como si me diera lo mismo. Porque a mí me da lo mismo. Para el caso es lo mismo. Es lo mismo que me quieran hundir a mí o a Bette Davis, que la palmó en cuanto le dieron el homenaje.

—Tienes cada cosa que no sé si llevarte al Circo del Sol o a la López Ibor. Anda, vámonos.

18.00 h. La comida ha sido un show. He venido medio borracha, o borracha entera, y Zulema ha corrido las cortinas para que me quedara dormida en el salón. Entre pecho y espalda nos habíamos zampado unos entrantes, jamón ibérico, tabla de patés, quesos manchegos variados y una lubina que ha acabado pareciendo un trabajo de macramé con tanta espina quita, tanta espina aparte, tanta espina saca de la boca, tanta espina traga con el vino, más vino, otra copa de vino, más vino, ponme... ay, ay, ay, qué risa, huy, huy, huy, el vino cómo sienta de bien, caray, caray, caray, qué cuerpo tiene, ja, ja, ja. Hemos llegado al postre con dos botellas a repartir más el

aperitivo que hemos tomado con la espera. Total, que ahora estoy tumbada pensando que mi marido y yo celebramos aniversario de bodas esta noche y no sé si estoy preparada ni para la cena ni para mi marido. Debería ir machacándome dos omeprazoles para prevenir el estómago. Ha sido una comida espantosa...

—¿Tomarán un aperitivo las señoras para empezar? —ha venido atento el camarero.

—Pues sí, la señora y yo tomaremos... dos cervezas bien fresquitas.

—No, Marina, no. Yo mejor una clara con limón; no vaya a ser que tomemos vino y me ponga mala con la mezcla que llevo hoy.

—Las dos tomaremos cerveza, fría —ha dicho Marina retándome con la cabeza

—. Muy fría —ha matizado guiñándole un ojo.

—Muy bien, señoras.

—Vamos a celebrar que... a ver... ¿qué quieres que celebremos?

—Pues hoy no tengo ganas ni de brindar por los años de casada, ni por el premio, ni por mi hija que está saliendo con un rastas de Benicássim... y menos por los datos de la última semana, nos está comiendo la perra de la competencia.

—Pues venga. Brindemos por Pato Antelme, que me está follando como no recordaba.

—¡Quieres bajar la voz, mona!, ¡qué burra eres! Ja, ja, ja.

—Ay, menos mal, ya te ríes... que habías traído una cara de menopáusica que para qué.

—NO somos unas quinceañeras.

—Pues mira, no, y mucho mejor porque ya no tengo que preocuparme por si me quedo embarazada del argentino.

—Ja, ja, ja.

—... Ni predictor, ni pastilla, que me cambiaba el humor, ni diu, ni...

—¡Marina!

—Está bien. Está muy bien. Es cariñoso, inagotable y cuando me abraza con esa fuerza que sólo dan los veinte me entrego, me pierdo, me... Tampoco te voy a dar muchos datos, que llevas toda la vida con Ramiro y eres toooda una señora.

—Eso no quiere decir que sea una mojigata, bo-ni-ta.

—Lo sé, lo sé. Pero la experiencia es un grado.

—¿Les parece bien este vino? —dijo el camarero mostrándonos la botella—. Lo probará, ¿quién?

—Lo probaré yo —soltó Marina ladeando la cabeza con la melena y mirando al infeliz—. Si te parece bien...

—Mmmm... muy bien, señora.

—Por cierto, Marga, Nati me ha dicho que el sábado que viene hacemos el reportaje para el *¡Hola!* Tiene toda la producción en sus manos y me parece que vas a salir estupenda.

—Anda, ¿y por qué no me ha llamado a mí?, ¿o a mi secretaria? —solté sorprendida.

—Nos encontramos ayer en Suárez. Emiliano padre me ha dicho que vendrá a la exposición de Antelme, la que pienso hacer en París. Iba divina.

—¿Cuándo no va divina la Abascal?...

—Iba en vaqueros y una camiseta de algodón con una blazer azul marino. Sería

de Yves. ¡Cómo lo echo de menos!

—¿A tu ex? —le solté.

—A Saint Laurent, boba.

—Ya sé, ya sé. Era broma. ¿Sabes algo de él?

—Le vi hace un mes, en el Reina Sofía, con una rubia altísima que le hacía más pequeño todavía. Le ha dado como a Sarkozy, se pone zapatos con alzas, pero ni con ésas. «Ese toritooo, el torito bravo, lleva botines...» Ja, ja, ja. Parecía su padre y... el mío. Nos dimos la mano, le di la enhorabuena por la contrata que ha hecho con las Koplowitz y punto.

—Tampoco le echés en cara que vaya con una más joven. Tú haces lo mismo.

—Ay, ya lo sé, pero yo no quiero amigos, quiero amantes. Y cuando un amante pasa a ser amigo... mal. Admito un amigo que de pronto se convierte en

amante, pero al revés... ¡Buf! Chin-chin, ¡ponte más vino!

—Eso. Más vino —le dije con la mano estirada mientras volcaba la sal en la mesa—. ¡Marinaaaa!, ¡la sal! LA SAL.

Las dos cogimos una pizquita con la mano izquierda y por encima del hombro derecho lanzamos los malos augurios con tan «buena» suerte que Marina, con más puntería que nunca, la tiró encima de los comensales de detrás. Acertó de lleno en una de ellas.

—¡¡¡Ayy!!!

El «ay» era de Marisa de Borbón.

—Ay, cómo lo siento. ¡Marisa! Perdona...

—¡Marina! Huy. ¿Qué taaal?, huy, huy, no me lo puedo creer... Margarita Gayo... Vaya, qué alegría. ¿Qué hacéis? —nos preguntó mientras se retiraba del

escote la impertinente sal—. No importa, no importa. Voy al baño y enseguida os veo.

—Está fantástica.

—Es supersalada.

—Y tú deja de beber vino...

—Brindemos. *Cheers!* Por ti, por mí... y por el TP.

—Qué oportuna... Cuéntame cómo es Patricio... —para esquivar el tema y en busca de información, no en vano soy periodista desde que tengo uso de razón y lo mío es la pregunta.

—Patricio, Pato, es... A ver cómo te digo... ¿Sabes a quién se parece?, pero en joven, eh. Al marido de Valeria Mazza. Alejandro Gravier. Así que imagina si tuviéramos un desliz qué hijos nos iban a salir...

—Qué arte tienes... el desliz sería de

la naturaleza, guapa. Que tienes...

—Los que tú. LOS QUE TÚ.

—Pues mira, cuatro hijos tiene ya Valeria. Los mismos que Ana Aznar, ¿no?

—Ana tiene tres. Está esperando el cuarto... me lo ha dicho... —casi desvelo mi fuente.

El camarero volvió con la segunda botella de vino. Qué casualidad, justo cuando a Marina le había dado por retocarse los labios con el *gloss*. Mirada, morritos, descorche, mi copa, su copa, mi brindis, tu brindis, su brindis, nosotros brindamos, vosotros brindáis... Ellos brindan. ELLOS. Al fondo, en la mesa bajo el cuadro de Sorolla, estaban los de la editorial. Justo los mismos que han decidido que es el momento de matarme en un escenario. Mi cabeza ha empezado a echar humo. «Si les gusta, si les viene bien

a los señores, si quieren audiencia en esa maldita gala que nadie ve, que me preparen una bañera con agua caliente en medio de los focos y me desangro como Marat. Aunque les parecerá mejor un coche a toda velocidad, retransmitido en directo, claro, en el circuito del Jarama y con un fular me ahogo en plan Isadora Duncan. ¿O qué tal si me encierran en una torre de El Escorial custodiada por pelirrojos y me dejan morir mientras las cámaras retransmiten todo a la orden de Mercedes Milá? Por mí, como si me entregan luego a la ciencia o me disecan para la exposición *Bodies*.» Fui a encontrarme con los del Teleprograma justo en la misma sala del mismo restaurante en el que estaban ellos celebrando sus 45 años de revista y yo... yo... celebrando... ce-le-bran-do...

—Marina, ¿qué estamos celebrando?
He perdido el norte con el vino.

—Qué te pasa...

—Mira quién está al fondo, en la mesa que está bajo la barca pintada...

—Bajo el Sorolla —sabe de arte, aunque un Sorolla se reconoce borracho.

—Son los del TP. Los que me dan el premio —exclamé vocalizando la última palabra. P-R-E-M-I-O.

—Pues mira qué bien. Esperamos aquí o vamos. Hacemos que nos vean o vamos a verlos. Tú eliges. Porque antes o después se van a dar cuenta de que estamos aquí. Marisa va a volver del baño, nos vamos a levantar, nos van a ver... Hija, eres la Gayo. Medio restaurante se ha dado cuenta cuando entrabas...

—Yo esperaría. Si no muero con las espinas de la lubina... los mato.

—Ponme vino y déjate de culebrones.

Dicho y hecho. El director de la revista, que también debía de llevar unas copitas, al ir hacia el baño me reconoció y vino raudo a nuestra mesa. Insensible a mi carácter, diría yo. Me conoce desde hace años pero no sabe bien cómo soy en estado puro, en 3D. Es un hombre resuelto pero no sé si no iba a ser su mejor día. Al saludarme, de entrada, fue cortés.

—Margarita, qué ilusión verte —me dijo mirando fugazmente las tetas de Marina.

—Yo también, yo también... —dije dilatando la pausa.

—¿Te ha llegado nuestra carta? Quería llamarte yo antes, pero se empeñaron en los formalismos. Tú sabes...

—(...) —sonreí muy egipcia.

—Estamos más encantados que

nunca. Sé que aceptarás el premio y que va a ser la mejor noche, para ti y para nosotros. Nada mejor que premiar a la única estrella-estrella que tenemos en televisión.

«Viva», «la única estrella de la televisión viva», pensé mientras se me iba poniendo cara de Nefertiti. Sin embargo sólo articulé, como Zulema, un «ajá».

—Lo dicho, no quiero molestar —concretó mientras remiraba a Marina—, hablamos por teléfono y precisamos todo. Será una gran noche. Homenaje a Margarita Gayo y casi medio siglo de revista. ¡Llámame para lo que necesites! —se despidió, dando ligeros tumbos.

Por un momento creí que yo era Celia Gámez y que el homenaje sería a lo Paralelo de Barcelona. Qué horror. Cada cosa en su sitio. Y cada palabra en su

lugar. Yo no tuve energía para tener más que un ligero arranque de sinceridad que le dejó inseguro.

—Pepe, ¿tú crees que... es necesario premiarme? ¿No tenéis otra? Me vais a obligar a ampliar la estantería donde no me cabe un premio más, que por tener tengo hasta el de fallera de honor de Valencia...

—Qué humor tienes, Marga... eres única, no me extraña que sigas líder se ponga quien se ponga —y se fue hacia su mesa, donde estaban los satélites ideólogos del TP DE ORO.

—Míralos, Marina, agg, el escuadrón de la muerte.

—No te hagas la chula, que no has querido decirle nada.

No tenía ganas de decir nada.
Estaba sin ganas. Sin ganas de decirle que

me han hecho sentir una señora mayor de la comunicación, señora al fin al cabo.

De vuelta con Marina en el coche me he evadido de los temores que me provoca pensar mucho. Cuanto menos piensas, más feliz. Y cuanto más feliz menos vueltas le das. Mira cuánto sonríen los tontos. Es clave. Los quebraderos te los dan los propios quebraderos. Yo me ahogo en un vaso de agua, pero luego no me lo nota nadie. Soy de las que salen lloradas de casa. Antes muerta que demostrar flaquezas.

SMS, BANDEJA DE SALIDA.

ENVIANDO:

«RAMIRO, SI QUIERES ANULAMOS LA CENA. BS».

Me he pintado las uñas de rojo. Son

las siete menos cuarto. Es entretenida la liturgia de pintarse. Uf. No sé. Ahora mismo me quito este color de puta italiana, no me convence. Me acabo de comer dos galletas holandesas con un poleo menta. Debería ducharme. Qué pereza con este resacón prematuro.

SMS RECIBIDO. BANDEJA DE
ENTRADA:
«COMO QUIERAS. NO TENGO
PROBLEMA».

Este hombre no tiene carácter. Claro que... mejor.

RESPONDER SMS. ENVIAR: «STOY
CANSADA».

La bravura de los veinte años se va

cuando menos te lo esperas. Se va a los treinta, a los cuarenta no te acuerdas y a los cincuenta ves que todo empieza a requerir un esfuerzo. A los sesenta echo de menos los arrebatos. La osadía que tenía cuando nos conocimos no la encuentro ni en las fotos.

1 SMS RECIBIDO. LEER: «COMO QUIERAS, CARI».

He sacado dos cajas, las de viajes. Me gusta tenerlas desordenadas y así me voy sorprendiendo cogiéndolas al azar. La primera que ha salido es una de Sicilia. Ésta de París. Es de la primera escapada. Blanco y negro. Madre mía, qué guapa estoy. La belleza perdida me pone melancólica. Compró el billete en el aeropuerto, lo elegimos sin motivo y nos

prometimos amor con un crepe de chocolate. Ahora me engordan. Ahora no rechazaría una cena con un «como quieras, cari».

19.00 h. En punto. Las uñas mejor de color porcelana. ¡Dónde va a parar! Ahora me ducho y me pongo la blusa de Burberry Prorsum con los zapatos nuevos beige. «Piedra. Color piedra, doña Margarita. Es perfecto para su tez.» No se puede ser más boba que la niña de esa tienda. ¿Piedra? Tengo hambre. Y no se puede ser tan complaciente como Ramiro. Tiene sangre de horchata, siempre ha tenido sangre de horchata pero los veinte años lo tapan todo, hasta los defectos. «¿Nos escapamos?» le decía yo, y él, tan guapo, me decía: «Como quieras». A mí entonces eso me resultaba la respuesta de un alma

libre, de un ser sin preocupaciones, de un tipo duro, de un motero abierto al mundo y nihilista. Hoy, cuarenta años después, se ve como lo que era: un sin sangre. Que digo pan, pan, que digo vino, vino. Ea.

19.10 h. Pues nos vamos de cena. Claro que nos vamos de cena. Ahora soy yo la que tiene ganas de cena. Ñoquis al pesto, concretamente. Y si el lunes no me entran los vestidos de las pruebas en sastrería... ¡que los cambien! ¡Hombre, ya!

19.15 h. Tengo también la opción de siempre: ensalada caprese, tomate y mozzarella.

ENVIAR SMS. ESCRIBIR. TEXTO:
«YA NO ESTOY CANSADA».

19.16 h. 1 MENSAJE RECIBIDO.
ABRIR. LEER: «OK».

¡¿OK?! De qué me sorprendo. Son ganas de hacerme mala sangre. Ganas de hervir. La ducha debería ser baño, debería ponerme al baño maría para que se me cierren los poros de la sensibilidad como mi madre cerraba los botes de conserva debajo de paños viejos. Y si me quedo insensible, mejor. Hervida. Indiferente a las vacilaciones de este majadero de tres al cuarto al que le da igual una cena con su mujer que una reunión de la Volkswagen. A Dios pongo por testigo de que no vuelvo a casarme con nadie ni en lo que me queda de vida ni en la siguiente reencarnación.

Mañana del lunes anterior. 12 del mediodía. Arranca cabecera programa.

«Estamos en directo», grita el regidor. 5...
3, 2, 1. Dentro.

Voz en *off*. Sumario del programa: ¿es posible la reencarnación? ¿Quiere saber qué era en su vida anterior? Atentas, mamás. ¿Cómo quitar las manchas más rebeldes? Nuestro experto en salud: ¿es incurable la psoriasis? Propuestas de lencería y ropa de hogar. Muy buenos días y bienvenidos a BUENOS DÍAS, ESPAÑA. Con ustedes, Margarita Gayo. «Qué tal, buenos días. Son las doce (mirando el reloj), bienvenidos. No es lo único que hoy tendremos. Me gustaría avanzarles que por primera vez y en exclusiva van a ser testigos de la cámara oculta que hemos hecho a unos jóvenes...»

—No se les verá la cara, dilo —indica el director por el pinganillo—. Dilo, que nos comemos un marrón, Marga.

—Por supuesto no se les verá la cara. Somos un programa serio. Unos jóvenes de 14-15 años que han decidido contarnos cómo es un fin de semana auténtico, cómo lo pasan mientras las madres y los padres estamos de cena o durmiendo. Su relato es escalofriante pero revelador. Para ello nos hemos ido a...

—No, no, no lo digas, no lo digas — me advierte la voz.

—... hasta un pueblo que no identificaremos. Al fin y al cabo, esto que verán hoy puede pasar en cualquier instituto del país. Les repito, insisto, que son sólo adolescentes. Cambiando de tercio, amigas, porque eso será un poco más adelante... ¿Qué les parece si nos metemos de lleno en uno de los temas más apasionantes que siempre nos han inquietado? La reencarnación. Para ello

contamos con el padre jesuita Antonio Capella, maestro hipnótico y parapsicólogo.

—Buenos días, Antonio. Bienvenido a nuestro programa.

—Hola, bienhallada.

—¿Existe la reencarnación? —dije de lleno. Para atacar con seguridad. Soy de la vieja escuela. Bueno, de la escuela clásica. Uf.

—Existe, existe, claro que existe. A quién no le ha ocurrido en alguna ocasión que ante una imagen, situación o conversación se ha sentido desconcertado y ha pensado «esto ya lo he vivido anteriormente» aunque no hayamos estado en ese lugar y ni siquiera tengamos noticias de ello. ¿Verdad? Pues si nos sometemos a una hipnosis profunda lograremos recordar recuerdos que no

pertenecen a la vida presente. Por ejemplo...

—... di que hoy asistiremos a una de esas sesiones... —oí por el pinganillo—, que éste se enrolla.

—Hoy, ustedes, por cierto, asistirán a una sesión hipnótica en la que...

—... una joven descubre que nació en 1798...

—Una joven descubre que ha nacido hace varios siglos, en...

—... mil setecientos noventa y ocho...

—1798.

—Efectivamente —dijo sonriendo el parapsicólogo—, hace dos siglos.

—Nuestras cámaras han estado presentes en una de sus sesiones junto a una chica que se ha prestado voluntaria a ser grabada, una joven que quería saber qué vida anterior había vivido.

—Efectivamente.

—Pero, Antonio, ¿por qué todos los que creen en la reencarnación aseguran que han sido Napoleón o Cleopatra? A nadie le da por decir que ha sido fontanero, taxista, obrero de la construcción —el público, que siempre está de mi lado, carraspeó; y se oyó alguna carcajada asertiva ante mi ocurrencia. Siempre lo hacen. Una se lo gana con los años.

—... je, je, je... —oí por mi pinga. Mi director también.

—Esto es muy complejo. No todos hemos sido Napoleón, claro —soltó el especialista a la defensiva—. Ni Marilyn Monroe, ni Walt Disney, ni María de las Mercedes... Lo que pasa es que el inconsciente es una especie de archivo gigantesco que memoriza muchas vivencias de la humanidad, es como un

alma común con vidas pasadas, presentes y futuras. Asumimos como propias vidas que no nos pertenecen. Le recuerdo que la energía nunca desaparece, se transforma y, es muy probable, cabe la posibilidad, que nos pasemos la vida transformándonos en el mismo ser. Siendo siempre el mismo. Todo es cíclico, después de la noche llega el día, después de la primavera llega el verano, el otoño, el invierno y vuelta a empezar...

—... huy, ve cortándole que se cree que puede estar toda la mañana...

—Muy interesante, señor Capella. Pero... y, digo más, ¿es posible que por los gestos o las facciones de una cara, la mía por ejemplo...

—... hoy estás guapa, Marga... —la VOZ.

—... mirándome así de cerca usted

pueda vislumbrar o adivinar qué he sido en vidas pasadas? —el público enmudeció. Ya los tengo conmigo. Sé lo que da morbo cuando tengo un buen tema entre manos. Con esto no se zapea.

—Le informo que nosotros no adivinamos, estudiamos —dijo corrigiéndome el experto—. Antes de venir hemos hecho un estudio de su cara, de sus ojos, cargados de información, y hemos podido descubrir... Habría sido mejor una sesión hipnótica, que usted hubiera hecho una regresión en nuestro centro donde todo lo tenemos más fácil para el control de la mente.

—... a publicidad...

—Pero, bien, con los datos que tengo de usted, en otra vida ha sido...

—... a publicidad, vete a publicidad, Marga...

—Perdóneme, ya sabe cómo es la televisión. Hacemos una pequeñita pausa y me lo dice —el hombre se quedó clavado en la silla, sonó la música de sintonía y nos levantamos en el plató. Me acerqué a disculparme por el frenazo en seco. «Aquí ya sabe cómo va todo, no hay que dejar respirar a la competencia, nos vamos a publicidad en un buen momento, hay que dejarlo alto, y volvemos con más fuerza, así aprovechamos que ellos también se han ido a pausa», le expliqué. «Ya sé, ya sé, he estado dos veces en otros platós, uno en los estudios de Castilla-La Mancha Televisión y en otra ocasión en Canal 9, en la televisión valenciana», me soltó. «Pues ya lo sabe.» Salimos a fumar un cigarrillo en los siete minutos que dura el intermedio de anuncios. Una azafata se quedó con él por si necesitaba agua o conversación. Yo,

a estas alturas profesionales, no estoy para dar conversación.

—El tío este mola —oí a la voz de sonido—. Ahora le suelta que ha sido Madame Bovary y nos quedamos tan a gusto... ja, ja, ja. «O Margaret Thatcher, je, je.» «Ésa está viva, gilipollas.»

—Les podéis decir a los de sonido que me cierren el pinganillo. No tengo necesidad de oír su radio macuto.

—Ay, lo siento, Marga, lo siento —dijo el regidor mientras abría el walky y les gritaba un «queréis callaros o cortar el auricular de la presentadora, coño»—. Dos minutos y entramos.

El público, que también aprovecha el descanso para salir al patio, airearse, estirar las piernas y mirar si tienen mensajes en el móvil, fue entrando poco a poco hacia las gradas. «Vaaaaa, queda un

minuto.» «Treeeeinta segundos, Marga.»
Apagué el cigarrillo. Me senté con el experto.

—«Recuerda. Lo de la otra vida tuya»
—me recordó por el pinga el director.

—Hola de nuevo. Si comprendemos la naturaleza de la mente aceptaremos la existencia de vidas pasadas... Me toca asumir qué he sido en una vida pasada, ¿no?

—Veamos. Según el Camino Gozoso de la Buena Fortuna numerosas personas piensan que cuando el cuerpo deja de realizar sus funciones después de la muerte, la mente cesa y deja de existir, al igual que una vela se apaga tras consumirse la cera de la que está hecha.

—«... ay, Dios... que has sido apicultora...»

—Otros creen incluso que si se

suicidasen acabarían con sus problemas y sufrimientos, pero ambas ideas son incorrectas.

—«... ¿te estás enterando?...»

—Nuestro cuerpo y nuestra mente son entidades distintas y por lo tanto, aunque el cuerpo se desintegre después de la muerte, el flujo de la mente sigue intacto.

—«... me está dando miedo... que te lo diga ya y nos cambiamos de invitado.»

—Entonces, ¿qué he sido yo en una vida anterior? —para finiquitar. Me iba imaginando Agatha Christie, Madame Curie, Rosa Luxemburgo, Isabel la Católica... La prensa del corazón daría el titular rotundo, «Margarita Gayo ya fue reina en su vida anterior». Huy, huy, huy.

—El cerebro es un objeto físico que se puede ver, fotografiar o someter a una

operación quirúrgica. En cambio la mente no. Es energía. Y, como le he dicho antes, en algunas ocasiones unos nos pasamos la vida reencarnándonos en la misma persona siempre. Éste es su caso. Usted siempre ha sido usted.

—«... pues vaya...» —dijo mi director por el pinganillo.

—¡Qué alivio! Pero entonces, ¿qué edad cósmica tengo?

No tuve más respuesta. Yo siempre había sido yo. Bendito ignorante. Mucho ruido y pocas nueces, ni Evita Perón, ni Ava Gardner, ni la Jacqueline Kennedy ni la Callas. Por no ser, no me había dicho ni la Pasionaria. «Pues muchísimas gracias, con eso nos quedamos más tranquilos. Sobre todo yo.» Le despedí. Me quedé con las ganas de titular y de quitarme de encima tanto muerto rondando por mi

cabeza. «La próxima vez traemos a uno al que no le importe hacer un arreglito al final, que tampoco hace falta que los expertos sean tan expertos», le recriminé al director. «Qué le habría costado decirme algo similar, una garantía de titular guapo.»

La ducha de las ocho y media me ha sentado mejor que los lexatines; al final, tanta farmacia es psicossomática. Pero aun así seguí rondando el tema de las reencarnaciones inagotables. Lo peor era sentir que año a año, siglo a siglo, había estado casada con el mismo. Me pasé todas las siguientes noches imaginando a Ramiro de romano, a Ramiro de fenicio, a Ramiro en la Revolución francesa, en el Oeste americano, en el desembarco de Normandía... como en *Érase una vez el*

hombre. Todo el rato Ramiro y yo, pegada, con toga, con sandalias, con moños, con caballos, con coletas...

Estoy lista. 21.30 h. Al final, los botines de Prada. Nada de zapatos. Pantalón y chaqueta escotada de Armani. Ya tiene cinco años y sigue igual. Me la puse en la recepción de la Embajada de Italia, en una presentación de vinos y luego otra vez, no me acuerdo si era la presentación del libro de Teresa o el estreno de *Alatriste*. Conjunto amortizado. Como Ramiro y yo. Estoy condenada a este hombre. Se me aparece en sueños. «La energía ni se crea ni se destruye, se transforma», me dijo el parapsicólogo. ¡Ja! No conoce a Ramiro, no ha habido ni la más mínima transformación. Ni cuando lo apunté a pilates, «ponte recto, ponte

recto», ni en la piscina del club de golf, ni de juegos con los amigos en el pádel. No se transforma. Él no es energía, es toda masa. Es tan uniforme, tan rutinario, como el hueco que deja en su sofá.

A las diez estaba esperando dentro del restaurante tal y como le había dicho esta tarde. Calle Hortaleza. Centro de Madrid. La zona ahora me encanta, pero mira que fue un asco durante muchos años. De soltera viví en Barquillo, que era la mejor calle, en un ático dúplex que se ha quedado mi hija. Treinta y tres años, acuario... Yo era periodista en ciernes y allí nos reuníamos todas las estrellas del periodismo. Algunos se han quedado por el camino, como M.A.P., que no supo entender que eran años de evolución, de cambios, de adaptarse. Ahora es concejal

en un pueblo de Toledo. De urbanismo, creo. Mi casa era perfecta para recibir: una cocina mínima abierta al salón desde donde se veían los embrollados tejados de Piamonte a través de la terraza donde hacía la fotosíntesis de abril a octubre. Una escalera de caracol, puedo contar las caídas, subía a la habitación y al baño. Poca cosa más pero, ay, llena de vida, de libros y de discos. Ahora todo les cabe en un MP3, antes... Huy, me pongo mala. Barquillo 40, seguro que sigue oliendo a porros, mi hija es igual que yo.

«Su copa de Montalcino», me trae el camarero del Piu di Prima. Hortaleza, Barquillo, Augusto Figueroa, San Lucas, Gravina, Fuencarral están ahora llenas de modernas y de gays. Tengo tantos amigos gays, son tan monos y visten tan bien; con las lesbianas soy igual, las adoro. No

puedo negar que son fundamentalmente profesionales, es imposible ocultarlo. «¿Le parece bien un poco de escamas de parmesano...?», mientras me deja un platito junto a la copa. Me gusta tomarme algo sola aunque sean cinco minutos. Marina dice que es un gesto de mujer autosuficiente, segura de sí misma. «Últimamente estoy segura de pocas cosas» apunto en mi moleskine. «Aquella dama desafió al destino, aquella dama desafió al destino, aquella dama desafió...» escribí sin darme cuenta.

Aquella dama desafió al destino,
Aquella dama desafió al destino,
Aquella dama desafió...

Hay cosas que no puedo negar. Cuando Ramiro entra en un restaurante las

señoras se giran. Las mismas que se han girado cuando yo entro y las mismas que me lanzan sonrisas de complicidad del tipo «la sigo cada día». Yo entro con la celeridad justa para que miren bien y para ir sembrando público y recogiendo frutos. La carrera de una presentadora no se hace sólo de entrevistas y de exclusivas, también de saber estar. Cuando Isabel Gemio llevó el pelo corto todas se cortaron el pelo como ella, cuando Julia Otero se puso de punta el flequillo pasó lo mismo. Hasta Ana Blanco provocó en sus emuladoras algunas quemaduras de pelo con tanta plancha. Cada vez que te imitan, triunfas. No lo digo yo, lo dice Lorena, mi peluquera estilista. «Vienen pidiendo tu corte, el color de tus mechas», me advierte cada vez que hacemos algún cambio. Mi melena no es exagerada, pero tampoco

deja indiferente. «Evidentemente, nunca repetimos.»

—Marga, ¿dónde estás? —me dice Ramiro por el móvil.

—En la mesa del reservado.

—He pasado hasta el reservado y hay una pareja de novios.

—Ramiro —me temo lo peor—, ¿dónde estás?

—En el Come Prima, donde has dicho. He llegado puntual.

—Hemos quedado aquí, en el Piu di Prima —lo sabía, lo sabía, lo sabía. Lo sabía. ¡Qué despiste tiene este hombre, por Dios!

22.20 h. Dos copas de Montalcino, dos cigarrillos. El plato de parmesano está vacío y le he dicho al camarero que no me ponga otro, que espero al marido-que-

Dios-me-ha-dado porque no tardará en llegar. Las buenas costumbres hay que mantenerlas. Cuando le conocí fue precisamente por eso, por un error. Él entonces era cámara de televisión y yo una recién estrenada reportera, la meteorología ya estaba olvidada afortunadamente. «Te vas con el nuevo», me dijo el jefe de informativos. Cogí las llaves del coche que teníamos como unidad móvil y le dije, «sube, conduzco yo, a la vuelta tú». Efectivamente. Al llegar a la puerta de la compañía discográfica Belter para una entrevista con el grupo que iban a lanzar entonces (Parchís), quedamos en que buscaba hueco, aparcaba y nos veíamos allí. Cuando acabamos semejante reportaje con las cinco fichas de colores cogió las llaves del coche y me preguntó: «¿Dónde lo has dejado?». O lo dije mal o me

entendió a su estilo. Esperé diez minutos, quince, veinte, media hora... Una hora. Ramiro fue a parar a la puerta de un bar donde casualmente estaba Santiago Carrillo con un desconocido Gerardo Iglesias a quien le pasó la secretaría general del PCE poco después; los grabó charlando, nos felicitaron en redacción y pasamos a formar pareja profesional. La suerte me ha acompañado siempre.

Con Ramiro, no sé. Menú para mí: ensalada caprese. Menú para él: prosciutto di Parma con rucola, tagliatelle con pesto genovese, scaloppine al marsala con patatas y una pizca de melanzane. Carpaccio. Para compartir, un tiramisú doble. Hemos repetido con el café.

—Me voy a morir —le suelto.

—Si no comes, claro —soltó

cogiendo mi chocolatina que venía con el café.

—¡Qué dices! —le digo jadeando—. No estoy hablando de la ensalada, hablo de mí.

—Hablas de ti. Pues dime.

—Pues eso, que tú y yo estamos aquí de celebración de casados, estamos callados, como siempre, no nos decimos nada, o casi nada, miramos la hora... y no pasa nada.

—Me quieres decir qué túrmix te has montado en la cabeza...

—No sé, Ramiro, dime tú.

—No cambias, Marga.

—Que no cambio, que no cambio...

Me paso el día en la tele, me tengo que bregar por ser la número uno, por parecer una de cuarenta, por estar al día, por ser y parecer moderna... y estar pendiente de tu

hija.

—No digas «tu hija», es nuestra hija.

—Pues eso, «nuestra». A que no sabes dónde está, a que no sabes si ha terminado, a que no sabes si tiene novio, si ha encontrado trabajo... —le dije enfadada.

—Sí lo sé, Marga. Lo sé.

—¿Lo sabes? —me ha callado con su convicción.

—Pero... ¿tú te crees que yo también soy otro espectador al que entretener? A mí no me hagas grandes frases. Y ahí te equivocas, Marga, te equivocas. Tengo sesenta y tres años, trabajo feliz y vivo feliz. Y sobre todo, tranquilo. Tú deberías también estar feliz y... —tarda en seguir— trabajar feliz. Y estar tranquila.

—¿Tú crees? —le digo titubeando.

—Sí, Marga. Sí. Te siguen, te felicitan, te premian... ¿qué más quieres?

—No me hables como si fueras mi jefe de prensa. ¿Eh? —era una forma de callarle.

—Ni tú a mí como si fuera la competencia.

La competencia de las últimas semanas estaba dando coletazos de lagartija. Les habíamos cortado en seco dos temas que estaban grabando y nos habíamos dado prisa por tener a la hija de la folclórica, al viudo de la folclórica y a la amiga de la folclórica. Cinco puntos de diferencia no bastan cuando en dirección te piden «la diferencia de siempre». La carrera acaba con mi salud. No es normal la velocidad a la que toca trabajar hoy en día, a mí me gusta estar relajada en el plató y ahora me toca ir de un lugar a otro como si fuera un títere atado a los hilos de la audiencia: el director, la cadena, los

invitados, el público, la juventud... No puedo estar presentando y pensando en qué está haciendo la Otra a la misma hora, acelerar si ellos aceleran, lanzar una imagen potente de una maltratada cuando la Otra da desfiles de moda o alargar las preguntas para llegar a la publicidad a tiempo. Al principio todo era redondo.

—Al principio todo era redondo —
me ha fallado el inconsciente.

—¿Qué era redondo, Marga, qué?

—Todo.

23.45 h. Es tarde. Hemos llegado a casa con la radio puesta en el coche, los deportes. Una superestrella del Real Madrid está lesionada para más de un mes. Decepción por un frustrado fichaje del Manchester que no logro memorizar. Un crack del Barcelona quiere irse al Chelsea

porque «no es feliz». Ramiro me ha dicho un «te quiero» que me ha sonado a rutina, como si tuviera una querencia de canción cansada. La inercia de la pareja va consumiendo las burbujas del primer «te quiero», un día lo dices y empiezas a gastarlo como un autómeta. No sé por qué me estoy acordando de Sandie Shaw en blanco y negro.

23.50 h. He colgado el Armani en la percha. Podía haberme puesto la blusa de Burberry Prorsum que compré para hoy. También los zapatos. Buf. Bajo un poco las luces.

00.00 h. «Toma.» He abierto la cajita y había unos pendientes de Vasari, son dos aguamarinas talladas en lágrima engarzadas en oro blanco. «Gracias,

Ramiro.» El beso ha sido de buenas
noches.

CAPÍTULO 2

UNA SEMANA DE PREMONICIONES

Sumario del programa. Lunes, 11 de octubre. Voz en off. «Entrevistamos a Lolita Flores, nos descubre sus nuevas canciones y nos habla del amor. Cómo elegir el mejor ramo de novia. Blancos y radiantes. Sobreviví a un incendio, hoy en el plató la mujer quemada de Algeciras. Y además, la pasarela de Milán, vestido a vestido. ¡Arrancamos! Con ustedes,

Margarita Gayo.»

—Buenos días a todos, ya son las doce. Qué bien empezar la semana con esta fuerza y con tanto tema que estoy segura que les va a encantar. No me olvido del tiempo, qué bien se está portando el cielo, ¿eh? Les parece que empecemos con...

He tenido un sueño erótico toda la noche. Absolutamente toda la noche. Estaba vestida de bailarina en una escuela de danza que se veía totalmente borrosa, yo era una de las alumnas y no sé cómo explicarlo pero de pronto desaparecían todas y yo comenzaba a dar vueltas junto a una farola iluminada. No sé quién era él, desde luego, Ramiro no. Sin embargo ha sido la noche de sexo más real de todo mi matrimonio pero ha tenido que

despertarme el bocinazo de un coche, leche. Lo que no sé es si era dentro del sueño o fuera de él. Se me hace extraño porque no ha sido nada inocente, ha sido una aventura con todas las consecuencias y con tutú de por medio. Madre de Dios. Digo yo que será habitual soñar de esta manera, pero me he levantado agitada de la cama, pelín culpable, tanto que me he ido a serenarme a la cocina con un vaso de agua. Zulema se ha pensado que me encontraba mal.

—¿Le pasa algo, señora?

—Pues... no. No sé. Supongo que sí...

La verdad es que estoy bien, que estoy muy bien —me he vuelto a ir a la cama con la sensación de haber celebrado el día del aniversario a solas.

A veces no tengo ganas de

levantarme, ni de venir a la tele, ni de subirme al coche de Fernando ni de atarme al pinganillo. Es matemático, el día que tengo menos fuerzas, más velocidad me toca llevar y más temas en la escaleta del programa me ponen. Y al revés, si vengo torera, con ganas de entrar a matar... los toros son mansos. Hoy mismo, cuando ha llegado la especialista en moda con los dichosos ramos de novia, se me ha puesto cara de florista, a todo decía que sí, todo me parecía maravilloso y todo eran alabanzas cuando, en el fondo, hace semanas que no recordaba semejante avalancha de horteradas. Qué jerigonza de bufonadas llenas de lazos y perlitas para el día más feliz de tu vida. ¡Ja! «¿Cuál te quedarías para tu boda?», me suelta Mariví. Bueno, ja, ja. He puesto la cara de los domingos y sonriendo he dicho que me

los llevaría todos. «Lo sabía», suelta la incauta.

—Son preciosos, ¿verdad? ¿Qué novia se resistiría a llevar uno de esos?

—Eso, qué novia se resistiría...

—¿Te gustan? —me suelta.

—¿Tú qué crees? —reconozco que mi respuesta es demasiado críptica para la colaboradora, pero no suelo mentir en directo. No suelo, digo. Porque cuando se avecina una de las gordas, en las que o quedas bien con tu público o dices la verdad, me toca quedar bien con mi público. En el fondo, yo en mi programa soy una brocheta que va pinchando langostino, rape, calabacín y champiñones. Sé que unas cosas gustan, otras no tanto, pero, en ese mercado de variedades que monto cada día, el resultado final es lo estético. Luego la prensa crítica me viene

con que hago concesiones por la audiencia o con que me he acomodado. Ya les vale, zombies.

Lolita ha venido guapa, morena. Anita ha decidido subirme el color del maquillaje aprovechando una pausa, «mírame —me dice—, cierra los ojos». Y mientras los cerraba, con dos gotas de colirio para borrar el cansancio, me ha subido dos tonos el color de la cara con polvos más oscuros para que no pareciéramos las Baccara, una bien negra y la otra bien blanca. Ha finiquitado la armonía de tonos raciales con mi Kiss Kiss de Pearl Gloss.

—Es que parecéis un calendario de la UNICEF en cuanto os sentéis juntas —me suelta Anita sonriéndome.

—O un anuncio de Benetton.

—Me has leído el pensamiento.

De reojo he visto como la redactora, la rubia de flequillo, es que no me acuerdo nunca de su nombre, estaba aleccionando a la invitada del incendio. Mi director dice que o les dices que cuenten bien el drama o se pierden por las ramas. Yo sé que la tele impone y que sentarse conmigo debe de intimidar, pero es lo que toca. A la segunda pregunta están entregadas, se olvidan de las cámaras y de la novedad. Me gusta mirar a las invitadas a los ojos, es una forma de que se sientan en casa y me vayan respondiendo tal y como se lo han contado a la redactora antes de entrar en directo.

La redactora rubia insiste: «Cuando le pregunte Margarita sobre el incendio diga lo que me ha dicho antes, que estuvo a punto de perder la vida, que las llamas iban

avanzando por la casa y que tuvo que coger a su bebé de dos meses y correr hasta el balcón arrastrándose entre el fuego».

—Mujer, es que... —oigo decir a la pobre señora.

—No se preocupe, usted lo cuenta, que la historia es muy dura y hay que pedir responsabilidades al Ayuntamiento. Los de servicios sociales están para lo que tienen que estar.

—... quiero decir, que tampoco es que fuera arrastrándome por el suelo. Salí hasta el balcón a pedir auxilio a las vecinas.

—Ya. Si la entiendo, pero a ver si me entiende a mí —le explica con bondad—. Y si tiene ganas de llorar no se reprima, que Margarita para eso es superdulce y muy humana, la entenderá muy bien. Usted aquí puede arrancarse a llorar. Ya

sabe cómo es de implicada con estos temas de actualidad...

—Ya, ya. No, si nos hemos quedado sin casa.

—¡Pues eso!, diga «nos hemos quedado sin casa», tal y como me lo cuenta a mí.

—Bueno, bueno. A ver si me acuerdo bien.

—Claro, señora, claro que va a acordarse. Olvídese de que están las cámaras... ¡Piense en sus hijos desahuciados!

A la señora la estaba observando yo mientras le ponían el micro a Lolita y era imposible que se olvidara de las cámaras. Había venido con un vestido de brillos, broche de diez centímetros incluido, pendientes a juego, todo resplandeciente, tanto que si no ardíamos en directo por los

reflejos poco nos iba a faltar. Arregladísima, peinadísima y con las dos manos vendadas hasta los codos. Terrible. Vi como también le suavizaban el maquillaje discretamente. «Luego me podrán dar la cinta del programa, ¿verdad?», le susurró a la redactora, que asentía con dulzura. «Claro, señora.»

—Y... perdona... cuando acabe la entrevista... ahora cuando me siente... Después de la entrevista que me hará Margarita... ¿puedo hacerme una foto con ella?

14.00 h. Fin de programa. Gracias a Dios. Ha ido bien pero no sé si será lo que esperaban con los cambios que hemos introducido. Yo salgo satisfecha. La actuación ha sido en directo, la invitada de sucesos ha estado emotiva y las bufonadas

de las bodas, demostración en directo incluida de una especialista en ramos de novia, ha sido eso, una bufonada. Lolita y yo nos hemos ido a comer con su hija, que estos días está en Madrid.

—Y eso de las bodas... ¿tiene audiencia? —me ha preguntado Lolita camino de Kabuki. (Teníamos capricho de comida japonesa, sushi y sashimi variados, y eso que el cilantro y el wasabi me sientan fatal.)

—Ni te cuento. Eso, los bautizos y los divorcios nos dan muchísima audiencia. Las tres B: bodas, bautizos y bochornos. Lo que más. Es poner imágenes de novias y sube el *share*, apenas tocan el mando a distancia. No ves que la que más y la que menos se ha casado o está a punto de hacerlo o tiene una hija casadera...

—¡Qué cosas! No cambiamos,

Marga, no cambiamos.

—Uno siempre cree que su boda va a ser especial y al final todas son iguales — le digo mientras me abre los ojos con sarcasmo.

—¿Tú crees? —se mea de risa.

—Ay, hija, si es verdad. Todavía me acuerdo del día de tu boda, qué follón, nosotros no pudimos ni entrar a la iglesia.

—Bueno, bueno, bueno... Es que aquello fue un show. Habíamos invitado a todo el mundo... y ea... la iglesia estaba como en una salida de Jueves Santo en la *Madrugá*.

—Yo no he visto cosa igual.

—¡Vamos! Pero si allí cabían mil doscientas personas y habría más de cinco mil.

—No, si me acuerdo... si me acuerdo. Yo no sé cómo no pasó algo grave.

—¡Te parece poco que no llegué ni al altar!

—... y el calor que hacía. Qué manera de sudar...

—El brazo, cuando llegué a casa, lo tenía morado de los apretones de mi padrino, ay, el pobre Cordobés... ¡estaba peor que mi madre!

—«¡Si me queréis, *irsen!*» —me ha salido del alma. No he podido evitar soltarlo.

La bicha de la editorial me ha enviado un mensaje para unas fotos acordadas con su revista. «REINA, RECUERDA EL REPORTAJE QUE TE PEDÍ. LO HE COMENTADO A MI JEFA. YA SABES QUE COMO LO HAGAS CON LOS OTROS... ¡TE CUELGO! JA, JA. BS.» Espero que sea mejor que el anterior

porque me sacó indecente, con unas ojeras que clamaban al cielo y dos arrugas en la comisura de los labios más típicas de perro pachón que de una mujer como yo. Al cerrar el sms de la bicha me he dado cuenta de que en la bandeja de entrada tenía el de Rita Navarro con la cita cambiada para hoy. No me puede venir mejor para ocupar la tarde y relajarme. Tengo el nivel de nervios extrañamente revuelto y lo que me apetece es tumbarme en una camilla en silencio. Me vendrá estupendamente. Además la comida japonesa me ha abierto las ganas de masaje.

Hemos vuelto a la Moraleja, Fernando ha dejado a Lola y a su niña, qué mona que está, y hemos pasado por casa para ducharme rápidamente, cambiarme y

volver al centro. Son las 17.20 h. La cita es a las seis. Por Dios, que no haya atasco de entrada... Miro el móvil de una manera inconsciente, es irreflexivo, abro y miro los mensajes en busca de algo nuevo o de citas viejas, porque la mayoría de las veces se me olvida comprobar la agenda. Antonia es la mujer más efectiva del mundo, como secretaria no tiene precio. Me va enviando mensajitos con «te toca hacer esto», «te toca hacer lo otro», «no olvides el cumpleaños de Luis», «felicita a Iñaki por su cambio», «evita desmaquillarte, tienes cena», «llama a tu hija, ha llamado» y, por supuesto, los datos de audiencia de la Otra. Los míos me los envía cada mañana el director. Si no fuera por ella iría entre descuido y descuido. No es una mujer cariñosa ni tampoco adúladora, Antonia evita siempre los

comentarios sobre el programa, ni los buenos ni los malos, porque según ella está «para otras cosas». Lo que pasa, reconozco, es que de la misma manera que cuando me ve llegar por la mañana a los estudios me mira por encima de sus gafas y percibe si vengo cansada, si me vendrá bien un café o un poleo menta, o una charlita frívola, yo, mirándola tras el ordenador, también sé si está cansada, si necesita un día libre o si debo felicitarla. Son muchos años. Me lee el correo, hace la criba y contesta con su letra a los compromisos más importantes o envía fotos firmadas, ha conseguido imitar mi letra, si son cartas de los espectadores. «Hay que contestar a todos», me dice. Es tanta la confianza que tengo depositada que a veces olvido mi clave de hotmail y es ella la que me la recuerda. Mala cabeza

la mía, porque siempre tengo la misma. Me conoce tanto que las entrevistas que envían por *mail* las hace ella y me las reenvía para que cierre los detalles. La de esta mañana la tengo todavía por corregir.

—¿Dónde le gustaría vivir?

Donde vivo actualmente (bien).

—Su lugar en el mundo.

Madrid siempre (tampoco hace falta que pongas NY, el 80% de tus espectadoras no lo ha visto ni en fotos).

—Un viaje pendiente.

La India (te hará parecer actual y solidaria. No me preguntes por qué).

—La felicidad es.

No pensar en mañana.

—Cualidad que más admira en una persona.

La capacidad de volar (esto es de Benedetti, les gustará).

—Su peor defecto.

Mi excesivo perfeccionismo (sin duda, trabajadora).

—¿Y su mayor virtud?

Sé escuchar (esto lo saben, repetirlo está bien).

—Una fobia.

Las arañas (hay que poner cualquier bobada).

—Y ahora una manía.

Huy, no tengo manías (ayyyy, Marga).

—Un momento inolvidable.

Mi boda (les emocionará a las lectoras románticas).

—Elija una canción.

Cualquiera de los Rolling (es de tu quinta, pero sigue actual).

—Y una película.

Eva al desnudo (siempre la mejor).

—Pida de comer.

Una ensalada.

—Un olor que la seduzca.

Mademoiselle de Chanel (primero he puesto romero, lavanda y cosas así, pero mejor aparecer sofisticada. Este test es para *Woman*).

—En su mesilla de noche hay...

Un libro (ja, ja, ja, besos).

—¿Qué no puede faltar en su casa?

Champagne para las visitas, me gusta recibir.

—Tiene diez minutos libres y...

Hago llamadas de teléfono (alguna verdad).

—Un momento del día.

Cuando empiezo el programa/cuando llego a casa.

—Le indigna.

La incultura, la INSOLIDARIDAD

(seguro que la indiferencia, ¿no?).

—Y le divierte...

Las risas de los niños («un copazo» hubiera sido más sincero).

—¿Qué no haría jamás?

Ser deshonesta con mi público.

—Le hubiera gustado ser...

(te lo dejo que lo pongas tú).

Alguna vez, no será la última, al abrir una revista me he tropezado con una entrevista que no había ni revisado. Me gusta leerme porque se me hace nuevo. Me entra risa, me sonrojo, me apuro, me alegro, me gusto. Pero de tanto releer sus respuestas, las de Antonia, llego a creerme que lo he dicho yo. Una vez me preguntaron por mi superhéroe favorito, dije con la boca llena «Supermán» y la chica del micro me miró sorprendida.

«¿Pasa algo?», le dije. Resulta que estaba en medio de la presentación de *Spiderman*, tercera parte o cuarta, no me acuerdo, y en una revista de moda había dicho un mes antes que era «fan de sus redes». Peor aún, «tengo todos los cómics de Stan Lee desde jovencita, me apasiona». Bueno. Ahora siempre digo Spiderman. Aquella noche tenía a Tobey Maguire sentado dos filas delante de mí. Zona Vip del cine Avenida.

17.50 h. La cita es a las seis pero llego antes. Mejor para pasar directamente y cerrar unos minutos los ojos en la oscuridad de la segunda sala de espera. A ver cómo le explico que me pesa algo en la boca del estómago, un nudo de presentimientos o de malestar.

He pensado que debería evitarme la limpieza de cutis y la exfoliación e

hidratación de piernas porque hoy debo regalarme algo más suave. Quiero paz, al menos en el cuerpo. No tengo el aguante que creen que tengo. Ahora le diré a Rita que me pase con el japonés y me deje entregada a la Nintendo de sus manos. Es maravilloso. La última vez me dormí yo no sé cuánto rato y desperté cuando oí un clic en la puerta. Me había dejado a solas un largo rato y yo seguía sintiendo cómo las manos iban recorriendo mi cuerpo. Era raro. Estaba sin estar. Consigue que el relax continúe de arriba abajo incluso cuando él ya está fuera de la sala. Los japoneses tienen estas cosas. Me quedo desnuda, no me cuesta quedarme así porque apenas hay luz en el cuartito de los masajes, dos velas de vainilla iluminan discretamente y perfuman la estancia. Yo tengo un problema con la vainilla, que me

gusta como huele pero odio su sabor. Aquí se hace dulzona y cariñosa, ligeramente erótica. Tampoco mucho, por el amor de Dios, no quiero parecer una fresca que viene aquí a tumbarse y que la toquen, no, no, no. Pero en la oscuridad, en el silencio, y el aroma bailando entre sus dedos y mi piel me voy relajando hasta desaparecer de la camilla. A veces me parece que se oye algo de agua, salpicando entre las piedras de alguna cascada, pero es tan leve que dudo. Hoy al cerrar los ojos pensaba que estaba en la playa. Hace tiempo que no voy a la playa. El aceite con el que ha empezado a frotarse las manos se me hacía familiar, como si lo tuviera por casa. Sé que me nota tensa cuando empieza a tocarme, de hecho no me relajó hasta que se me va la cabeza completamente, sigo anudada a los complejos de una señora de

sesenta y un años que intenta ser moderna. Me gustaría escribir esto que estoy pensando tumbada, pero tampoco es cuestión de salir de aquí, abandonar la sala, buscar mi bolso, coger la moleskine y tomar nota de los sentimientos. Me acuerdo de *El paciente inglés*. Tendré que volverla a ver. En el fondo del párpado se me ha quedado la luz de la vela bailando suavemente. Me está tocando las piernas, ya no las siento. Sube. Mientras se humedece una mano sigue dejando la otra caliente sobre mi muslo. La cadera. La zona lumbar. Más arriba, hasta las cervicales. Huele a vainilla, pero ya no sé si es el recuerdo. Me estoy durmiendo. El agua parece que sí suena en la habitación. Me ha girado la cabeza al otro lado. No me pesa. Parece que se me escapan los años hacia el suelo, que se van con el agua. No

soy capaz de abrir los ojos para mirar si las velas siguen encendidas. Ya no pienso en la playa, estoy en pleno Japón. Paseando vestida de geisha. La columna se hace blanda cuanto más duros se hacen sus dedos. No sé si me he girado. Estoy boca arriba, abrigada con la toalla. Calmada. Me separa ligeramente las piernas. No las siento. Vainilla. De pequeña me obligaban a hacer flanes de vainilla, pero se me atragantaban. Soy adolescente, no peso apenas, me escapo entre la sábana, entre sus dedos. Me duermo.

— «**Click, click**» —la puerta se abre. Me despierto y miro la hora. El reloj lo tengo en el bolso, con el móvil. Estoy aquí. Veo su sonrisa entre la luz que se ha elevado ligeramente. Hay dos velas más y la puerta entreabierta.

—Pensaba que estaba en Japón... de

verdad... qué hora será... estoy... me siento como una geisha... —le digo agradecida. Al salir me doy cuenta de que he estado más rato, como la otra vez. Hora y media. Son casi las ocho de la tarde.

19.55 h.

—¡Rita, Rita...! No puedo sentirme más a gusto. Le firmo un cheque de doscientos euros feliz. Me encanta Japón y toda esta cultura milenaria.

—A mí también, pero si lo dices por Jin... él es de Tailandia —me informa Rita con mirada cómplice.

23.00 h. De cena me he comido dos trocitos de queso, prohibido según mi régimen; los tenía puestos Zulema en una jarrita con aceite y romero. Hummm. Qué rico, de verdad. Mi copa de vino. He

picado algo de mermelada de tomate en una tostada y un poco de paté de finas hierbas. En el salón está Ramiro viendo la tele. Bueno, simplemente delante de la tele, mejor dicho. Dormido. En fin.

Martes, 12 de octubre. Sumario del programa. Voz en off. «¿Saben cuánto es capaz de comer un hipopótamo? Visitamos el zoo más grande de España. Hoy, cara a cara dos mujeres enfrentadas por el mismo hombre. El armario de Letizia Ortiz, todas las claves. Y en directo Alaska, al rojo vivo. ¡Arrancamos! Con ustedes, Margarita Gayo.»

Mientras llegaba al plató me he cruzado con las concursantes de *Fórrate & fórrate*, que se han quedado mirándome en un corrillo junto a la máquina de zumos naturales. Descaradas. Iban todas con unas

minifaldas de vergüenza, que a mí eso me da igual, lo que he vivido yo no lo van a vivir ellas, lo digo por la desfachatez de quedarse mirando todas. Primero mis zapatos, susurros, luego mi estampado, susurros, y luego mis pendientes, susurros. Acostumbro a ir por los pasillos de la cadena tomándome todo el tiempo del mundo, sin prisa, tengo los horarios en el cerebro y no hay realizador que me tenga que levantar la voz porque me excedo del tiempo que han ajustado, pero al ver la licencia que se tomaban las siete muchachitas he acelerado el paso hasta sastrería.

—¿Las has visto? —le digo a Angelines.

—¿Las del *Zórrate & zórrate?*, unas frescas —sentencia tajante mientras revuelve unas perchas.

—Pues te puedes creer que se me han quedado mirando con una insolencia que no tenía yo a sus años —le digo mientras me siento.

—Bah. Las eligen de no sé qué agencia y las visten con cuatro camisetitas que hagan mucho escote y mucha pierna. Es una charcutería ese programa. A nosotras nos tienen mártires con el «no las tapéis tanto, que esto es espectáculo, carne, carne». Bueno, a mí plin, cojo la tijera y monto un desollo que no dejo ni las etiquetas.

—¿Son de firma esos pingos que traen?

—Es que me da igual la marca que sean los vestiditos que traen, si quieren show, yo tengo tijera. Pero bueno, casi todas van de Dolce & Gabbana.

—Pues corta sin miedo. Parecen

ropas de gogós.

11.50 h. El programa a punto de empezar y yo he tenido que pasar por delante de las mujercitas todavía una vez más. Lo que más apuro me da no es tanto verlas ahí enmascaradas y sonrientes a la espera, disfrutando un éxito de quince días; es precisamente esto último, que en dos semanas hay otras diez muchachas exhibiéndose ante el circo de focos. Vanessas, Andys, Lindas, Rebeccas, Judites, Jéssicas, Marissas... Sueltan la lengua a tanta velocidad como se gastan luego esos dos mil euros que les dan por participar.

—Míralas, tan monas, y tú y yo a su edad estábamos llorando por la muerte de Sissí emperatriz.

—¡Ya nos vale! Pues fíjate, aquella

castaña de rizos se le da un aire a la Romy Schneider —nos hemos quedado mirando a una de las chicas.

—Cuidado, Angelines, que si empezamos con la memoria histórica acabaremos hablando de la familia Telerín, *Adiós, cigüeña, adiós* y de la *Cabalgata fin de semana* de Bobby Deglané.

—Cómo me gustaba a mí *Lo que nunca muere*, y aquella... cómo se llamaba...

—¿*Dos hombres buenos* o *Ama Rosa*?

12.00 h. He empezado con una sonrisa de oreja a oreja. Seguía el serial de manera obligada, de camino al colegio todas las casas tenían la radio puesta y se iba oyendo de ventana en ventana. Recuerdo el día que entrevisté a Juana

Ginzo, fue como revivir la infancia. Era una actriz invisible que en cada casa le poníamos una cara, un pelo, una ropa. La voz de Juana, de aquella Rosa. ¡Uf! Qué ñoña me pongo. Hoy me he puesto un Etro maravilloso que sin quererlo me ha recordado a Mary Hopkins cuando cantaba aquello de «Qué tiempo tan feliz». «¡Arrancamos, con ustedes, Margarita Gayo!» Cuando estaba oyendo el sumario del programa y de todo lo que han preparado para el programa de hoy me daba cuenta de lo poco que ha cambiado la comunicación.

12.20 h. Mensaje de Antonia durante una pausa de publicidad. MAÑANA COMIDA CON EL CONSEJERO DELEGADO DE LVMH. No sé por qué no ha bajado al plató a contármelo. Debe

de estar contestando cartas. Ni me acordaba. Debería ir de traje sobrio. Anoto en mi moleskine: blusa blanca, pantalón vaquero, tacones negros y bolso Dior. No, Dior no. Un Vuitton será mejor. Uf. ¿Cuál? ¿El gaucho? Qué duda más tonta.

Programa en directo:

—El armario de Letizia Ortiz está lleno de básicos, ¿no?

—No es una mujer a la que le guste llamar la atención y precisamente por esta obsesión de «ser natural» nos llama más la atención.

—¿Qué prenda de las que lleva la princesa es la que podríamos definir como «estilo Letizia»? —la pregunta la acababa de leer en el guión. Menos mal, porque el director estaba a por uvas repasando los temas de mañana.

—Sin duda los tacones.

—Tenemos un príncipe muy alto —
he matizado.

—... sin duda... —ahora recuerdo por
qué contraté a esta colaboradora, me
apasiona su acento argentino, lo hace
parecer todo tan glamuroso que una corre
peligro de acabar hablando como una
tanguera—, me parece que (estamos
viendo las *sapes*) todos esos tacones
pueden ser la marca de la casa. Todos
altísimos y todos últimamente con una
pequeña plataforma, muy a la moda, que
además le sirve para «ponerse a la altura»,
¿no?

—Me gustan éstos del lazo rosa —he
dicho.

—Bellísimos. Fijáte también en estos
que hacen juego con su bolso... o estos
otros de la hebilla... La princesa Letizia es

muy fan fatal de los *peep toes*.

—Son muy sexys.

—Muchísimo, y además hacen el pie muchísimo más elegante, más delicado. Evidentemente, como estamos hablando de grandes tacones, el agujerito de los *peep toes* los hace menos voluminosos, más ligeros.

—Gracias, Amanda. Bellísima tu selección de *sapes* de *sapestra Prinsesa* — al final se me ha pegado el acento y el público se ha puesto a reír. Me encanta cuando ríen sin que el animador de público les marque la pauta, muchas veces porque una no tiene ni idea de qué les está gustando.

El programa de hoy, bien. Veremos el dato de audiencia de mañana. Es inevitable regresar al camerino pensando en cuántos espectadores me habrán seguido con el

programa de hoy. Ayer tuvimos un 20%, la Otra un 16 y los terceros un 11, no sé cómo les aguantan el programa. Llevan una mala racha que les dura demasiado. Les estarán presionando para subir sea como sea; pero a nosotros nos presionan para no bajar. Así que si alguien tiene que ponerse a remodelar que sean los otros. Mi director ha ajustado unos cambios para seguir arriba, todo muy en mi estilo. Tantos años haciendo tele y no van a ponerme ahora a hacer el Juego de la Oca. Mi público quiere verme como siempre, con mi puesta a punto, al día, pero como siempre. «Vamos bien después del pequeño bajón.» Lo ha dicho la subdirectora. La verdad, antes me conformaba con un 30% pero ahora tener un 20 es cosa de afortunados. Ya no sé si es mucho o poco, con tanta cadena de

televisión, que aparecen como setas, hay que repartirse la tarta; pero a ver cómo se lo explicas al productor ejecutivo que sabe lo que cuesta mi contrato. Y no lo pienso bajar. «La Gayo sigue líder», ponía esta mañana en las hojas de televisión que me han pasado con el resumen de prensa. Cuando hay tenis en La 2 estamos muertos. Cuando no es Nadal, es Alonso, cuando no es Alonso, es la selección, cuando no era la selección, era Induráin. ¡Que les pongan a presentar a ellos!

14.05 h. Salgo de los estudios para subirme al coche con tan buena suerte que todas las frescas del *Fórrate & fórrate* estaban a punto de subirse a una «minivan», supongo que para devolverlas a sus madrigueras. Todas allí, en fila, maquilladitas, lozanas, jóvenes. Tan putas.

Las traen y las llevan a los estudios secundarios donde se graba el programita. Una nave en medio de un polígono cercano que debe de ser un asadero de pollos, toda gris, casi sin ventilación y, lo peor, sin sala de maquillaje. De modo que las habrán fumigado de laca para que les dure toda la grabación. A mí se me hace agotador ese trajín, pero les miraba las caras y se las veía felices. Y mucho más cuando de pronto aparca un coche, yo sabía quién iba dentro, y sale deslumbrante Luchi Lobo, vestida de blanco, con gafas de sol enormes.

—Luchi, es ¡Luchi! —bueno, se han puesto como locas.

—Hola, hola. Hola a todas —las ha gratificado con un gesto con la mano que tenía libre.

—Luchi, por favor, ¿te haces una foto

con nosotras?

—Claro.

—Sabes una cosa... —le ha dicho una de las surferas en plan camarada—. Yo también fui miss como tú, Luchi. Quedé entre las diez finalistas de Miss España.

—Qué mona. Pues mira, como yo, lo mismo un día estás trabajando aquí —le responde abriendo muchísimo los ojos.

—Me encantaría. Estoy estudiando arte dramático.

Vamos, lo que faltaba. Otra más. Si no fuéramos pocas, parió la abuela. 14.10 h en mi reloj.

Y allí estaban todas, en busca de la foto del día, del mes, del año, ordenándose como un equipo de fútbol para la presentación de la temporada. Unas arriba, de pie, otras abajo intentando no estallar las minifaldas y Luchi en medio. «Qué

guapa de blanco», le coreaban. Se han movido tantas veces que era imposible no quedarse mirando. «Ay, me cambio de sitio, que vamos las dos de rojo», «vale, ponte allí», «espera, que me tapas, que yo no llevo tanto tacón», «no, no, dos de naranja juntas no, *please*». Alucinada. Y Fernando arrancando el coche a lo lejos. Me he dicho a mí misma: que tarde un minutito más que yo no me pierdo la organización de las Olimpiadas. Si les llegan a dar a todas éstas la coreografía de Pekín se monta tal parranda que aún estamos viendo los fuegos artificiales. Una de las chicas, cuando ya estaban todas sacando sonrisa y sacando pecho, ha preguntado por la cámara de fotos. «¿La cámara?» No llevaba ninguna, ¡no llevaban ninguna cámara y aún estaban con el enredo de colores y alturas!

—¡Ay, que no llevamos cámara de fotos! —para matarlas.

—Coged mi móvil, que es nuevo — ha soltado la que se parecía a Romy Schneider mientras sacaba de su bolso su iPhone. Debía de ser la más lista.

—¿Quién nos hace la foto? ¿Quién nos hace la foto? —preguntaban a gritos.

Lo mejor era ver a Luchi aguantando la juerga rodeada de *sexybooms*. Yo estaba entretenida con el show. Entretenida hasta que una se ha girado y me pregunta: «Por favor, señora, ¿nos puede hacer la foto usted?».

Muerta.

Muerta. Muerta.

Muerta. Muerta. Muerta.

—¿Cómo?, ¿qué habéis dicho?

—Que si nos puede hacer usted la foto, por favor, señora —yo no sé cómo he

pedido que me repitieran la pregunta. La había entendido perfectamente. Luchi me ha mirado con una sonrisa de extraña complicidad entre la multitud de Vanessas, Andys, Lindas, Rebeccas, Judites, Jéssicas, Marissas... Y yo que, efectivamente, soy una señora, me he adelantado dos pasos, he cogido el iPhone de la muchacha austriaca y he disparado el flash. Al menos, he sabido cómo hacerlo, me hubiera reventado tenerles que preguntar dónde se aprieta. Seguidamente me he subido al coche. Fernando ha cerrado la puerta. «¿Qué tal ha ido el programa?», me ha dicho al arrancar. «Muy bien, Fernando, muy bien.»

Estoy ya en casa. Zulema me sirve una tila. Me he puesto un dvd. En *Eva al desnudo* Margo Channing salía a la

escalera y avisaba rotunda a los invitados: «Abróchense los cinturones que esta noche habrá tormenta». Rebobino y la escucho de nuevo. «... habrá tormenta». Soberbia Bette. A mí ya no me engañan todas esas Evas que halagan, seducen, elogian a escritores, presentadoras, productores, directores... Las conozco de un vistazo. La ambición es joven. Siempre. Y yo tengo muchas jóvenes en mi armario colgadas junto a los Chanel.

23.30 h. En el sofá me entra la risa boba, debe de ser el whisky doble. Ramiro se medio despierta de su sueño. Qué hombre. Está en pijama. Me estoy acordando de la foto que les he hecho a las infelices esta mañana. Si logran adivinar qué escote es de cada una van a tener un bonito recuerdo con Luchi Lobo. No he

dejado a una viva, todas con las cabezas cortadas. Ji, ji. Ramiro se ha ido a la cama sin decir nada. Uf, qué pereza de hombre. Buenas noches.

Miércoles, 13 de octubre

He vuelto a tener otra vez el sueño erótico de las bailarinas, bueno, sin las bailarinas, yo sola en la sala de baile con... él. He hecho mil esfuerzos para seguir dormida cerrando los ojos con nervio, pero sólo he podido ver que me rodeaban burbujas doradas. A ver si me van a llamar para hacer el anuncio de Freixenet. Me vería divina con algún galán de éxito a mi lado brindando por el país y deseando feliz año; sería un golpe estupendo para mi carrera. Toda de dorado, esponjosa, elástica, bailarina... uf. ¡Qué éxtasis! Lo

raro del sueño de hoy es que hemos hecho el amor sin cuidado, sin delicadeza, es como si no tuviera la novedad del otro día, como si me hubiera acostumbrado a su piel. No era Ramiro tampoco en esta ocasión, claro.

—Buenos días, Marga.

—Buenos días, Ramiro —no sabía qué cara ponerle. Me estaba dando la sensación de que se me notaba en la cara que había vuelto a... soñar. Y esto me hace pensar que la nuestra es una relación absolutamente terminada, que nos hemos hecho mayores. Bueno, bueno, bueno... ¡qué digo! Que se ha hecho mayor él, porque en el sueño de hoy, adúltera total, yo era una jabata que sabía continuar cualquier incitación al sexo sin miramientos. Me he ido a la cocina con ganas de beberme toda el agua y después

me he quedado en el baño poniéndome hidratante, ha sido extraño tocarme las piernas porque era otra vez el sueño. Huy.

Sumario. Voz en off. «Hoy, miércoles, entramos en las casas más caras del país. Alucinen con mansiones de setecientos metros cuadrados. Y también visitaremos las más pequeñas. Hoy, entrevista con Bárbara Rey en su regreso al circo. Tremenda paliza en plena calle a la luz del día, imágenes grabadas con el móvil que sólo verán aquí. Moda de alta costura con Dior, Galliano y Lacroix. Arrancamos. Con ustedes, Margarita Gayo.»

Me parece excesivo lo de contraponer las mejores con las peores casas, pero reconozco que ha sido demoledor. Al

menos no se nos ha ido de las manos. Sin embargo me ha costado una agria discusión con el director lo de poner las imágenes del móvil con la paliza a la chica de catorce años, «es para hacer denuncia social», me suelta, sabiendo quién soy. «Es morbo, ni sabemos de dónde es la niña, ni sabemos dónde ha acabado ni si hay denuncia», le explico. «¡Pero se ve bien, Marga!», me suelta. Ah, más claro, agua. Se me ha hecho eterno el bloque de la dichosa denuncia social, me toca navegar con barca rajada fingiendo que voy en catamarán a toda vela. Los espectadores lo asumen como propio y tan tranquilos, pero mañana me cuesta una crítica en algún periódico digital. Respiro, inspiro, respiro, inspiro, respiro tal y como me ha dicho mi profesor de yoga. Hummm... hummm... hummm... Con este director no puedo

continuar, pertenecemos a mundos diferentes, a mí no me gusta esta lucha por darlo todo de semejante manera tan brusca, tan zafia, tan tosca. Es un cateto, un cateto de universidad, que también los hay. Salen en hordas clonados por un maestro Atila, doctor en mal gusto y ambición, que les habla de ética profesional con imágenes de muertos. Le piden audiencia desde los despachos de arriba, lo sé, lo admito, pero no puedo, acaban conmigo. Durante la entrevista mi director ha estado instándome a que alargara el tema de «la chavala de la paliza», según él. «Dale al rollo, venga, Marga, que seguimos con las imágenes en primer plano», coreaba por el pinganillo. «Pedazo de leche la que le dan, ¡mira!» «Jooder.» Me estaba hartando. Discretamente me he quitado el pinganillo y lo he echado en el café con sacarina.

—¿Me oyes, me oyes, eh? —me repetía.

Al quinto «me oyes» ha ido al café.

He removido la taza pausadamente con la cucharilla y he dicho «qué les parece si nos vamos un minutito a publicidad». Y el otro como loco haciéndome señas, «todavía no, todavía no, todavía no, Marga, un minuto más». Yo me lo estaba imaginando como en esas películas en que el protagonista hace un experimento y acaba convertido en una pulga. En su caso en una larva. Publicidad.

—Huy, no me he dado cuenta. No te estaba escuchando, debe de haberseme caído el pinganillo por algún sitio. Los de sonido me van a matar —he dicho como haciéndome la boba cuando el director ha saltado sobre mí, desesperado, durante la

pausa.

Soy una señora, me lo repito para cuando me fallan los remos de la cordura, y me digo «si tuvieras ya el TP a mano se lo estampabas en la crisma». Hoy habría sido una mañana perfecta para callarlo de esa manera.

14.00 h. Temo que la comida con el de LOUIS VUITTON se cambia de día. Me lo ha dicho Antonia con sus mensajes de móvil. 20,7% tuvimos ayer de audiencia. Hemos subido.

14.30 h. Marina me ha llamado porque está preparando una escapada a París para las dos. «Me vendrá bien», le he dicho. De hecho, algo de aire nuevo puede ser especial. Estamos invitadas por Anna Wintour, directora de *Vogue USA*, para

presenciar un desfile de alta costura. ¡Puede ser ma-ra-vi-llo-so!

MARAVILLOSO. Lo de maravilloso con todas las sílabas es muy de Marina, que me remarca lo que quiere subrayar con intensidad. Ha reservado habitaciones en el Meliá Vendôme de la rue Cambon, donde nos quedamos siempre que hacemos escapadas a París. Ahí tenemos cerquita las tiendas de Saint-Honoré y, sobre todo, mi café favorito, el del Hôtel Costes. Creo que me ha dicho algo de que renueva su galería parisina, pero como me he puesto a darle vueltas a los caprichos que me apetece comprar pues se me ha ido el santo al cielo. No le he prestado ni atención. Que sí, que sí, le iba diciendo, mientras me imaginaba en Lafayette. A Ramiro se lo diré esta noche, le hará poquita gracia que me vaya con Marina, pero tal y como lleva

de seta las últimas noches me da absolutamente igual. Tampoco es cuestión de que le pida permiso para hacer una escapada, que no soy una adolescente. La última fue con él y no pasó nada. Nada. Creo que no saqué ni la cámara del bolso. Aprovechamos una reunión que tenía en Berlín con los de Volkswagen y me pasé el día paseando como una boba por el centro. ¡Qué frío, por Dios! La cena que preparó, al menos, fue en la Alexanderplatz, con unas vistas espectaculares. Cené poquito porque me pasé de la raya en el almuerzo comiéndome más *currywurst* de la cuenta. Quedé con una corresponsal amiga mía de TVE y se le olvidó decirme que el restaurante era giratorio. Acabé como una peonza y con las *currywurst* en el baño de la televisión alemana. Al bajar, me daba igual estar en Berlín, en Bonn, en Zúrich o

en las Ramblas de Barcelona. «Voy un poquito bebida de tanta cerveza», le dije entre risas. No era cuestión de parecer una novata, a fin de cuentas no me mareo nunca ni en el barco que tenemos atracado medio año en Menorca. Vamos, que al final Ramiro se durmió después de la cena y yo me quedé mirando por la ventana.

—Ramiro, ¿para esto hemos venido a Berlín? —pregunté mirando embobada la antena de la TV comunista.

—Estoy cansado, Marga. ¿No te ha gustado la cena? —respondió tumbado.

Claro que me había gustado, pero también me habría gustado deshacer la cama de aquella habitación tan alemana, tan rígida, tan militar, tan ordenadísima. ¡Quería montar una buena faena y no dejar vivo ni uno solo de los ejes de simetría que el decorador ideó para esta habitación!

Preciosa estaba yo con mi conjunto de La Perla sentada en el balcón, desde la planta 37 del hotel, mientras escuchaba el ruido de las fichas del casino. La sinagoga estaba iluminada.

16.20 h. Pensar en un viaje me abre el apetito. Y más París. Zulema me ha puesto dos crepes con jarabe de arce que me están sentando tan bien como un café con pinganillo. El arce es poco parisino, bien es verdad, pero si me pongo Nocilla, nata y algo de azúcar abandonaré estos 59-60 kilos en los que basculo últimamente, que son geniales para una mujer como yo a la que nadie pondría en los sesenta y un años y que sigue cabiendo en una talla 38. Fantás-ti-ca. ¡Mira, me quito! Voy a pedirle a Zulema otro chorrito de jarabe de arce, ¡qué coño!

16.25 h. Me he puesto jaranera. Tengo ganas de armarla.

16.30 h. Me voy a ir al centro. A Serrano. A distraerme.

16.44 h. Fernando está con el coche en la puerta. Se me ha metido en la cabeza pasar un rato divertido y mi lugar favorito desde hace años es El Corte Inglés. Es un parque de atracciones para lo que se me ha metido en la cabeza. Me pirra la planta de papelería desde que vine a vivir a Madrid. Hoy habrá cambio. Estoy zumbona.

16.55 h. Fernando me deja en El Corte, esquina con Ortega y Gasset, si acabo pronto me doy una vuelta por Jimmy Choo para hacerme un regalito. He

visto desde la ventanilla unas sandalias de tacón altísimo que deben de ser incómodas pero imposible superarlas en estilo. Me da igual, tampoco tengo que ir a la vendimia, las adoptaré en cuanto acabe mi entretenimiento favorito. Luego me paso.

17.00 h. Entro segura, sin que se note que tengo las hormonas altas y los leucocitos revueltos. Mi planta elegida de hoy será... Miro el cartel de la entrada: supermercado, perfumería, juguetería, hogar, complementos, planta joven, hombre, mujer, electrónica, viajes, oportunidades... Ahí está. Oportunidades.

17.05 h. Subo por las escaleras mecánicas, las que están junto a los bolsos de planta baja. Huy, hay uno nuevo. Veremos al bajar. Voy subiendo. Primera

planta, segunda, tercera... cuarta... emocionada. Llego con las transaminasas por las nubes, me lo noto en la circulación de las piernas; si me hicieran ahora un análisis estaría revolucionada. La sangre me circula líquida, debo de tener los glóbulos rojos pajareros.

17.10 h. Emoción. Podrían disparar ahora mismo un castillo de fuegos artificiales, pero mejor pasar desapercibida. ¿Desapercibida Yo? Quiero decir: mejor hacer como si no pasa nada. Una tarde de compras.

17.12 h. Estoy agitada.

17.15 h. La turbación se me hace literatura: «En una noche oscura, / con ansias, y en ardores inflamada, / en busca

de aventura / salí, toda alocada / dejando atrás mi celda sosegada». Gil de Biedma es perfecto para estas ocasiones en las que disfruto como una quinceañera con una tontería absolutamente desconcertante.

17.23 h. Miro la hora. Tengo palpitaciones. Esto es excitante. Podría comprarlo, pero no. Noto un cosquilleo por los dedos casi erótico. He fichado el objeto. Es mío.

17.24 h. Bip, bip, bip, bip, bip, bip. Coño, ¡el móvil ahora! En los mejores momentos tiene que llamar alguien, como en el cine. Es Marina. Luego la llamo. Opciones: apagar. Apagado.

17.25 h. Me mira una señora, me ha reconocido. Normal. Esto lo hace más

excitante. Acelero el paso y me quedo por detrás de unos biombos chinos hechos de bambú brillante. Por apoyarme con prisa se me han quedado las manos como a una *vedette*, están forrados de purpurina roja. Intento limpiarme con un mantoncillo de flecos y resulta peor. Por la otra punta lo estaba cogiendo una señora, me suena su cara, que pretendía comprarlo. Lo suelto y salgo disimulando. Encerrona resuelta. Sigo.

17.26 h. Es la hora H. ¡¡¡A cien!!!

17.27 h. Mi objeto de deseo está en la esquina del mostrador. Fascinante. Un último segundo de emoción. Miro a mi alrededor. Lo cojo, lo meto en el bolso y salgo hacia las escaleras. Nadie me ha visto. Nadie. Soy más rápida que Florence

Griffith y mejor que Tippi Hedren en *Marnie, la ladrona*. Bajo por el mismo sitio. Escaleras mecánicas. Cuarta... segunda... primera... planta baja. La respiración está absolutamente encendida. La calle está a unos metros. En el bolso llevo el abrelatas en forma de zapato de tacón que podría haber pagado, apenas vale 4,95 euros, pero no lo puedo evitar. Necesito soltar toda la adrenalina con minirrobo. Entiendo perfectamente a Wynona Ryder cuando entró en los almacenes Sacks. Tampoco es para llamarla delincuente. Total, es un juego. Además, ¿quién iba a comprar un abrelatas de tacón?, ¿quién lo iba a necesitar? Eso. ¡Y por 4,95 euros!

18.30 h. Después de tomarme un café con leche en el Jardín de Serrano, ya con

los leucocitos y las transaminasas en su sitio, me he vuelto calle arriba. Se me habían metido entre ceja y ceja los zapatos de Jimmy Choo. Tengo memoria de elefante. Dicho y hecho. Sandalias compradas. Son fabulosas, estilizadas, parecidas al modelo Macy que llevó Jodie Foster en los Oscar. Me han hecho el descuento de siempre y se me han quedado por 1200 euros. Una ganga. No hay *celebrity* que no tenga unos «Jimmy».

«Marina, ¿me has llamado?... Acabo de ver tu llamada perdida... Es que no podía cogerte el teléfono... Aquí, todavía sigo en la esteticién... Tenía que volver... unas cosillas, ya sabes... Por cierto, genial lo de París... ¿que me han visto?... ¡¿en El Corte Inglés?!... huy, no, no, imposible, se habrán confundido... Qué va... Llevo toda

la tarde en la consulta... ¿En oportunidades?... ay, Marina, espera que me entra la risa... No, qué va, qué va. Consulta de belleza con Rita... ¿Mis cosas?... ¿qué cosas?... Qué dices... huy, huy, huy... Bueno, sí, estaba por Serrano, pero porque acabo de pasar por Jimmy Choo, me había encaprichado de unas sandalias, ¿viste los Oscar?... Que no, que no... Imposible, im-po-si-ble... Mañana hablamos de lo de París, estoy encantada. Nos puede venir muy bien... ¿iremos a tu galería, no?... Claro, claro...»

21.00 h. Me he ahorrado trescientos euros de los zapatos y 4,95 del abridor.

CAPÍTULO 3

LOS JUEVES, MILAGRO

Jueves, 14 de octubre

Ramiro se ha levantado pronto. Un poco más que de costumbre. Hoy sale hacia Santander a una convención de directores generales de la empresa. Me lo dijo anoche mientras picábamos algo de fruta en la cocina. Son las 7.30 h. Jueves. El olor del Lactovit me llega hasta la cama,

se cuela profundo en la habitación con el ruido del agua de la ducha. Seguro que está salpicando todo y deja el baño hecho un asco. Luego entro yo y parezco Gemma Mengual haciendo piruetas para no caerme.

—¡Ramiro!

—¿Qué, Marga?

—... que no salpiques, que te estoy oyendo desde aquí.

Hace algún tiempo me daba igual, me metía con él con la excusa de hacerlo todo juntos, enjabonarnos juntos, mojarnos juntos, despertar juntos bajo el agua, salpicar todo y desayunar después en el sofá de la terraza. Juntos. Ni me acuerdo de cuándo fue la última vez que pasó eso. Se acabaron los ritos para dar paso a las costumbres.

Yo, hoy, como todos los días, he

seguido remoloneando en la cama haciendo esfuerzos para volver a soñar como ayer. No ha habido manera, me he quedado con ganas de bailar entre burbujas. Empiezo a tener dudas de que fuera el deseo que llevo congelado o una señal. He tenido ganas de un nuevo capítulo en esa extraña escuela de danza borrosa llena de niñas con tutú. Me resultaba atractivo y emocionante lo que se me pasaba por la cabeza y por todas las partes de mi cuerpo. Pero justo cuando he cerrado los ojos con fuerza para intentar exprimir la deliciosa imagen, Ramiro me ha gritado desde el baño: «¿Te dije anoche que me iba a Santander?».

Hace meses que no tenemos el más mínimo contacto físico, siempre nos separa la mesa en las cenas de cumpleaños y aniversarios. El ritual del «hola, buenos

días» que me da cuando sale disparado hacia su trabajo es eso, un ritual. Sólo cambia el color del traje o el rastro de Carolina Herrera for Men.

«Sí, me lo dijiste... anoche», le he dicho entre las almohadas. La inercia de afeitarse debe de ser parecida a la del matrimonio eterno, ese que dura años sin saber qué extraña fuerza tira hacia delante. La espuma humedece, la hoja rasura y el bálsamo calma. Me recuerdo mirándole desde el espejo mientras él se ponía la crema y la convertía en una barba de Papá Noel, «HO, HO, HO», para después besarme en una batalla de besos blancos, cremosos. Un día a la semana no se afeitaba, los domingos solía ser, y otro me dejaba que yo le batiera la espuma con la brocha. Son juegos, como aquel de abrocharme el sujetador con un abrazo.

«¿Por qué cerramos los ojos cuando nos besamos?» La voz en *off* del sumario del programa me ha dejado paralizada. «¿Debemos confiar en alguien que no los cierra al besar?» Ramiro los cierra. Siempre. «¿Por qué hay personas que no los cierran?» (Yo hoy no los cerré. Me quedé mirándole.) «Hoy, además, el mejor vidente del país nos echa las cartas y nos leerá el futuro.» Un beso rápido. «Misterio y cine con la invitada de hoy, una auténtica estrella que triunfa en todo lo que hace»...

12.00 h. «... con ustedes, Margarita Gayo.» Buenos días. Bienvenidos, bienvenidas. Ya estamos a jueves, cómo pasa la semana, Dios mío.

Sé que ronca desde siempre por las noches, pero ahora me molesta.

—... Hemos pensado empezar con una de las actuaciones más especiales que hemos tenido...

Se ríe a golpes. Es un hombre de rutinas.

—... nos apasiona su fuerza, su entrega en el escenario...

Iba pensando a lo largo de todo el programa cada virtud, cada defecto de Ramiro.

—... la voz de una mujer que es actriz, que es cantante, que es...

Yo tengo insomnio, él no para de moverse.

—... además de bella es una mujer siempre entregada a las causas que defiende con la cabeza y con el corazón...

Ya no me sorprende con nada, ni con los pendientes.

—... es madre de artista, mujer de

artista...

Reconozco cada gesto como si siempre fueran los mismos.

—... la recuerdan en *La colmena*, *Divinas palabras*, *Fortunata y Jacinta*, *El marido perfecto*...

Y me pierde su pasotismo por mi trabajo.

—... y sin duda en *La pasión turca*...

Y su pasotismo en el amor.

—... con ustedes...

No sé qué hacer.

—¡Ana Belén!

La he presentado, el público ha dado un aplauso tremendo y nos hemos ido a publicidad. Siete minutos y medio. Anita me ha retocado el maquillaje, he corrido al baño y, a la vuelta, junto a la mesa me habían dejado un café caliente junto al

guión. He salido con tanta prisa de casa (eso me pasa por quedarme en la cama) que he venido sin desayunar. En el guión tenía varias anotaciones del director subrayando en rojo varias preguntas que me recomendaba hacerle a Ana Belén. «¿Dónde está la clave para mantener un matrimonio toda una vida?», «¿qué es lo mejor de Víctor Manuel?», «¿sigue el derroche de amor y la locura?», y, la más absurda, «¿nada sabe tan dulce como su boca?». Odio las preguntas con títulos de canciones porque no llevan a ningún sitio. Y más ésta. Parece que la guionista y el director se confabulan para meterme los dedos en la herida y girarlos como una minipimer buscando el daño. Qué poco tacto tiene la casualidad; el azar entra subido en una apisonadora sobre los sentimientos, te destroza el jardín y se gira

a mirar cómo lo ha dejado. Me reservo las emociones en el plató pero a veces «se me nota», me lo dice Angelines. «Hoy no estás bien, ¿verdad?» Ya puedo disimular con los focos, con la sonrisa, con el color del traje, con lo que quiera, que al final hay una radiografía que me da el resultado.

—Ana, ¿tú crees que el amor perjudica seriamente la salud? —no he podido evitarlo. O lo preguntaba o reventaba. Ana se ha echado a reír con un «por qué lo dices» que me ha dado la sensación de que me leía el pensamiento. Tenemos casi la misma edad y la generación nos une.

—A veces sí, Marga, a veces sí.

—Depende del amor, ¿no? —le he dicho.

—Y depende del humor, sobre todo. Sobre todo —me ha soltado con todos sus

dientes. Qué lista es y cómo torea las preguntas más personales.

12.45 h. Me crezco con un segundo café tocadito de alegría, se me pasa el ahogo. José Luis sabe cómo ponérmelos bien cargados. Un segundo cigarro en la segunda pausa de publicidad me pone en marcha si voy algo down.

A la una ha entrado el bloque de la adivinación y la astrología. *Los jueves, milagro.* Al principio esta sección la hacíamos los viernes pero me dio un yuyu tremendo una vez que coincidió en 13 y el plató se nos quedó a oscuras. En ese momento estábamos hablando de agujeros negros y cuando los electricistas consiguieron encender los focos de nuevo yo tenía cara de haber realizado un viaje de

ida y vuelta a Marte. ¡Uf! Fue como una sobredosis de bótox. Me quedé sin gesto. Desde aquel día las cosas de los astros y los futurólogos las pongo en jueves. No quiero tentar al diablo. Además, *Los jueves, milagro* es una de mis películas favoritas, tenía yo diez años cuando Berlanga la estrenó y todavía me saca la sonrisa ver aquella España tan pacata y tan reprimida pero tan humana y auténtica. Nada como inventarte un milagro para promocionar un balneario.

Topacio ha entrado en el plató con su sintonía. Tiene buen ojo para el futuro pero un mal gusto para la música que no hay pinchadiscos que lo resista. Nos pidió *Trébole* de Rocío Dúrcal como musiquilla para su cabecera y yo me negué en redondo porque me iba a entrar risa cada vez que la oyera y no era cuestión de hacer

menos creíble la sección para los que ya son bastante incrédulos con la futurología. *Trébole* no, le dije. Se le ocurrió la banda sonora de *Ghost*. Había que pedir derechos. Carísimo y además predecible. Al final optamos por dejar algo parecido al *Concierto de Aranjuez* de sotofondo para no molestar demasiado. Tiene su punto justo de misterio y de evocación romántica. Bien, pues cuando ha sonado la guitarra de la sintonía Topacio ha entrado con una blusa de organza bordada que me ha dejado sin palabras y casi sin espacio en el set de la bola de cristal. Confío plenamente en todo lo que dice.

Estamos en directo.

—Oros, copas, espadas y bastos. Aquí las tienes —dijo desplegando toda su artillería del Más Allá. Me gusta porque al usar baraja española lo hace más cercano.

—¿Nos vas a leer el horóscopo directamente de las cartas? —se lo pregunté impresionada porque me había percatado de que había empezado a manejar las cartas de otra manera distinta a cuando viene a casa. Es un astro del mus y al principio, cuando se estrenó en el programa, barajaba como si fuera a repartirlas.

—Hoy te voy a leer el futuro a ti —gritó Topacio mirándome.

—¡Cómo! —miré directamente al director, que sonreía desde el monitor—. Esto no me lo habíais dicho, sois unos canallas.

—Baraja y corta por donde quieras —me instó.

—Ay, ay, ay... que esto me da miedo.

—«Vamos, Marga, que la audiencia está pegada ahora mismo» —me dijo

desde el pinganillo el organizador del enredo.

—Piensa en lo que quieras, en lo que más desees. Quiero que focalices toda tu atención en las cartas, en todas y cada una de las cartas que tienes entre manos, baraja con energía, oros, copas, espadas, bastos... —decía mientras la iluminación del plató iba bajando de intensidad.

—Voy a ver qué pienso... —le dije.

—No quiero que busques algo que pensar, quiero que eso, ESO, que te ronda la cabeza sea el motor que hace mover tus manos y barajar en este momento las cartas...

—... Ya saben ustedes que estamos en directo y que yo no tenía ni idea de que en lugar de decirnos los horóscopos de la semana próxima hoy ibas a atracarme de esta manera... Son las... Es la una y siete

minutos —dije mirando el reloj del plató.

—ESO que ha cambiado tu vida últimamente. ESO que te tiene distinta. ESO que te gustaría cambiar... Cualquier cosa que tengas en la cabeza debes focalizarla ahora en la mesa... Vamos, encauza tu energía mental...

Me quedé mirando las cartas. Iba pasándome de una mano a otra los bastos y las copas, las espadas y los oros. Pensando mientras las barajaba. Tengo una capacidad de concentración digna de un equilibrista. Me estaba olvidando de que había público en el plató, de que los técnicos se habían puesto a mirar, de que la concentración estaba contagiando a todos... Supongo que existía cierto morbo en el público por saber qué me predecía el adivino. El plató estaba casi a oscuras y mi mente en blanco.

—Sé que lo tienes, suelta las cartas, corta ya —me reclamó con teatralidad.

Corté. Puse dos mitades casi iguales. Me enerva el desorden.

—Veamos.

Empezaron a salir los oros, las espadas, los bastos, más bastos, el as de bastos, otro as... y pocas copas. Me extrañó.

—Veamos, veamos... El as de espadas es la carta de la verdad, nos dice que defenderemos una causa y aceptaremos la responsabilidad que lleva inherente. Nos dice que queremos que se haga justicia y se diga la verdad sobre algo. Poner a cada uno en su lugar.

—Me gusta —empecé a sonreír— lo de poner a cada uno en su lugar.

—Es curioso —dijo pausadamente justo cuando más abría mi sonrisa.

—¿Curioso el qué? —pregunté.

—«Ay, Dios, qué pico de audiencia»
—soltó la voz por el pinganillo.

—Es curioso... —siguió Topacio— la cantidad de bastos que te salen, Margarita. Y esta carta también. Muy curiosa. El dos de oros. Casi nunca sale. Es evidente que las cartas quieren decirte algo —yo estaba enmudecida ante la tensión—. Y lo que todavía me resulta más intrigante es que, a pesar de que las cartas nunca hablan de números, hoy veo de una forma absolutamente clara y cristalina un número.

—¿Sí?

—El veintitrés.

—¿El 23?

—Y eso, ¿qué quiere decir?

—No lo sé. Me sale un 23. Si te soy franco, en una consulta privada, más

concentrado que en este plató, podría seguir, pero hoy no. No puedo —el público había empezado a murmurar haciéndose, supongo, las mismas preguntas que yo. El realizador, que estaría al tanto, puso un rótulo en pantalla: A MARGARITA LE SALE UN 23. ¿QUÉ SIGNIFICA?

—«... qué tensión, Marga... ¿qué será?...» —me curioseaba la voz del director. «Yo qué sé», le hice levantando los hombros.

14.00 h. Cuando ha acabado el programa de hoy he tenido la sensación de que había pasado todo y nada. Lo confieso, esperaba que me hubiera salido una clase de bailarinas borrosas, que al menos hubiera visto en las cartas alguna clave de mis sueños. Al final me ha dejado más

intrigada y con un sabor de boca raro, como almendra amarga, porque no hay cosa que me ponga más de los nervios que no acabar un sudoku o que me llamen justo cuando la película se pone más interesante. De todos modos, la mañana ha sido divertida. Según Angelines tengo que volverme a poner la falda de hoy porque quedaba muy bien en cámara. Una señora del público se ha pasado el programa mirando mis zapatos y su amiga dándole codazos para que disimulara. A mí no se me pasa una. Soy un piloto de avión, conduciendo, mirando las nubes y atenta a la torre de control. En el despacho, Antonia me tenía puesta una bolsita con las revistas del corazón para llevármelas hoy jueves a casa: el *¡Hola!*, el *Lecturas*, el *Semana*, el *Diez Minutos*, el *Cuore* y dos números repetidos del *Telva* que me

sacaban junto a dos promesas jóvenes de la televisión, una rubita de pelo corto que no sé cómo se llama y otra de melena larga rizada que tenía halitosis.

14.35 h. Zulema me ha puesto una ensaladita variada, pechuga a la plancha troceada con setas y una copa de rioja. Al venir con el postre, un Vitalínea desnatado, me ha dicho que me había visto hoy en la tele. «No he entendido lo del 23», me suelta.

14.59 h. Empiezan las noticias. La chica nueva es mona, pero insulsa. Pestañea demasiado.

15.05 h. Los titulares son los mismos que ayer. No pasa nada. Cuando la actualidad está perezosa ya pueden poner

reportajes de lo que sea que no hay tutía que lo resista. Si nieva, si truena, si llueve, si hace sol... menos mal que existe el cambio climático y decenas de abuelos por todo el país para recordar delante del micro que «esto no se había visto en treinta años, no recordaba cosa así». ¿Qué harían sin ellos en el telediario? Apago la tele. Pongo el cedé que me ha dejado Marina. Suena bien. Abro las revistas. Son las mismas caras: Fonsi Nieto, Ariadne Artiles, Elsa Pataky, Eugenia Martínez de Irujo, Tita Thyssen, Álvaro Muñoz Escassi, Lara Dibildos... uf. En un suplemento de tele veo una entrevista con un trotamundos californiano que habla de la semana laboral de cuatro horas. «¿Qué es lo primero que se quitó de encima para simplificar su vida?», le preguntan. El jovencito contesta: «Redució la consulta del

e-mail a sólo dos veces al día». En ese momento me da por llevarle la contraria y enciendo el ordenador. Me pica la curiosidad. Desde que he salido del plató he ido espantándome la dichosa mosca del numerito. Me iba persiguiendo desde que hemos acabado el programa. Estoy evadiendo el tema haciéndome la escurridiza conmigo misma, lo que tiene menos sentido que jugar al escondite a solas. Al director le he dicho que no tenía ni idea. Es cierto. No se me ocurre qué pueda ser. La curiosidad es muchas veces una Inquisición que te tortura de una forma sibilina. El 23...

18.00 h. Las seis de la tarde y sólo he llegado a la conclusión de que el 23 era el número de David Beckham en el Real Madrid, que existen 23 discos en la

columna vertebral humana, que es un número primo, que el *Homo sapiens* tiene 23 pares de cromosomas, que Julio César fue apuñalado 23 veces cuando fue asesinado, que Juan XXIII fue papa y que, según la teoría de los biorritmos, todo el mundo sigue un ciclo físico de 23 días.

19.00 h. ¿Qué hago? Sigo buscando.

19.10 h. Lo que me faltaba, es el número sagrado de la diosa de la discordia, Eris. La hija de la noche. La guerra de Troya se montó por su culpa. Resulta que en la boda de Peleo y Tetis invitaron a todos los dioses y diosas; a todos menos a la diosa Eris, que no fue invitada por su naturaleza problemática (me recuerda a la...). Así que (esto me parece fantástico) apareció en la fiesta con la manzana de la

discordia, una manzana dorada en la que ponía «para la más guapa». Me lo estoy imaginando. Empezó una riña entre Afrodita, Hera y Atenea, que debían de ser unas frescas y las tres querían la manzana. Menuda debió de organizarse por el dichoso número 23 de la diosa. Qué pena que no hubiera revistas...

19.28 h. Miro la hora. Lo único que resulta gracioso es que Google me dice que el veintitrés es un *número feliz*. Esto me consuela.

1 SMS RECIBIDO: «TENEMOS PRIMERA FILA EN EL DESFILE ANIVERSARIO DE CHANEL. TÚ Y YO. PARÍS TOUJOURS». MARINA.

RESPONDER MENSAJE: «¿NO IRÁ NINGUNA OTRA

PRESENTADORA?»).

SMS: «¡QUÉ DICES, ES DE NIVEL!»).

RESPONDER: «MEJOR»).

SMS: «SÓLO VIPS Y LOS QUE CONSUMIMOS HAUTE COUTURE. SUPEREXCLUSIVO»).

Me imagino la envidia que tendrán Luchi Lobo y la Otra cuando les toque poner mis imágenes en sus programas. Yo salgo en revistas, ellas, en cambio, tan poquito... La última foto que me sacaron junto a George Clooney causó estragos. Isabel es muy buena gente y la mejor para estas cosas. Me invitó y, claro, allí estaban los del *¡Hola!* Angelines colgó la foto en el armario de sastrería, «para que la vean»,

decía. Corrió el rumor en la cadena de que cuando la sosa de Luchi al abrir una revista vio la foto tiró la bandeja de la comida al suelo enmoquetado de su camerino y tuvieron que venir a despegar los espaguetis de todos los rincones. ¡Para un día que come pasta! Semanas después me la encontré de espaldas fumigando el suelo con su perfume. Debía de oler todavía a salsa boloñesa. Tomo nota en mi diario: «No sé cuál es el secreto del éxito, pero la clave para fracasar es intentar contentar a todo el mundo», Bill Cosby/Bob Hope. Debería tatuárselo. Qué disgusto se puede llevar la Otra, que nunca la invitan a nada y encima, me he enterado, tienen que recortarle media hora de programa porque el concurso le está dejando una audiencia penosa. ¡Ay, París! Je, je. Se lo tengo que preguntar a Nati, que seguro que estará en

la *front row* de algún desfile. En el último, Marina me contó que estuvo sentada junto a Charlize Theron, Drew Barrymore y Christina Aguilera. «Está escuálida», me dijo.

Les ha dado a todas por estar en los huesos y no todas podemos ser Rosario Nadal, que está monísima, siempre enfundada en un Valentino o en un bikini minúsculo. Una pena que los focos la asusten, siempre sale con los ojos tan abiertos que parece espantada por un fantasma. «Parece que haya visto a la bruja de Blair», soltó un día la Sapo en una reunión de las nuestras, con tan mala suerte que estaba una amiga de Kyril y se lo contó. La Sapo es una de las periodistas más odiadas de este país y la llamamos la Sapo sin metáforas, es que es igualita que un sapo. Una vez la vi adormilada en un

avión y del susto me socorrieron las azafatas. Bueno, no sé a qué santo la Sapo estaría aquel día con nosotras porque no la invita nadie. Por culpa de su diarrea verbal nos toca hablar en clave de todas las famosas/amigas. Consecuencia: ella no se entera pero nosotras nos liamos con los motes. Entre la Presidenta, la Torera, la Postizos, la Negocios, la Forense o la Castro, la Teclas, la Pañales, el Colorines... acabamos con tics en la cara de tanto disimular.

De hecho, Beatriz un día le dijo a la Mejillones que le dijera a la Canapés que se viniera a comer con nosotras. Yo hasta el último día, hasta el momento en que entré en el restaurante, no sabía con quién iba a almorzar. ¡Oh, sorpresa! Ahora somos amigas, la Canapés, la Mejillones y yo, pero ninguna sabe que entre el grupo

de amigas andamos con los sobrenombres. Amigas en el infierno. Menos mal, porque prefiero tenerla cerca antes que andar zigzagueando en una fiesta para no tropezarme con sus ocurrencias. Además, un día te toca invitarla al programa y ¿qué haces? Por si fuera poco, es superamiga de la Cuadritos. Y siempre sale en portada.

No estuvo bien. NO estuvo bien cuando Bea —llevaba dos copazos de vino tinto— cogió la carta del restaurante y preguntó a todas entre risas: «¿Qué os parece si pedimos mejillones?... ¡para empezar! Eeeeeh». Lo dijo a voz en grito. Pensé que me moría delante de ella. De la Mejillones. La Canapés notó algo extraño, pero yo me mordí la lengua y dije que mejor algo de cecina, unos champiñones a la plancha y ya cada una lo que quisiera. Podía haber acabado ahí, pero es que la

Mejillones de pronto se animó y «vamos, venga, que sí, vamos a pedir mejillones, a mí me encantan».

—Claro que te encantan, las almejas también —dijo Bea. Resoplé.

Fue una salida desastrosa.

Se me ha hecho tarde en casa. Son las once. Mañana es viernes y me tocará quedarme un ratito a grabar los anuncios *sponsor* de la próxima semana. Crema hidratante, champú y teléfonos móviles. Lo tengo en el contrato, cosas finas, sobrias. Y, si no recuerdo mal, acabaremos la semana con el premio del coche, entregando un todoterreno. Me parece que me van a regalar uno, me vendrá bien para dejarlo en la sierra. Ramiro, lo conozco, dirá que qué hacemos con otro coche, que tampoco tengo que aceptar todos los

regalos. Que diga lo que quiera.

Se me hace raro irme a la cama sin él. Y eso que últimamente se queda en el comedor callado, dormitando embobado con un libro de fotos en las piernas o los *Reader's Digest* antiguos. Empezó hace treinta años a coleccionarlos y tiene el despacho colapsado de cajas. Algún día se las tiraré o le diré al marido de Zulema que las baje al garaje.

—Señora, me voy a acostar. Si no quiere nada, buenas noches.

—Tranquila, Zulema, buenas noches. Yo me voy ya mismo...

—... Una cosa, señora... Al ir a reciclar los periódicos viejos he encontrado esta carta... ¿es para tirar?

—Dame —le he pedido—, a ver qué es...

—No sé, no la he leído, pero como parecía un papel elegante...

Vaya. La carta del TP. El premio. El toda una vida. «Estimada Sra. D.^a Margarita Gayo: Nos complace comunicarle que la revista semanal *Teleprograma*... bla, bla... **Premio Especial Toda una Vida**. Su larga y prolífica carrera... bla, bla... un orgullo contar con su presencia... bla, bla... entrega de premios TP que se celebrará el **23 de febrero** próximo... bla, bla... En breve nos...

«¡El 23! Claro. El 23 de febrero. Eso es. Se me ha acelerado el corazón. Por pura curiosidad me he pasado todo el día metida en Internet con la zozobra de qué sería la premonición del vidente y resulta que es el día premio. Qué cosas. ¡Ésa era la señal! Me pidió que visualizara algo en las

cartas de la mesa mientras barajaba y debe de ser lo único que me da vueltas entre hemisferio y hemisferio... tampoco iba a ser la Segunda Guerra de Troya. El 23, el 23. Ya decía yo que sonaba raro. El as de espadas hablaba de que hay que poner a cada uno en su lugar y eso es. «Se hará justicia», me ha dicho. Uf... qué descanso. Llevo dos ibuprofenos a falta de Lexatin. ¡23! El número primo. A mí qué me importa, leche. Sherlock Holmes vivió 23 años en Baker Street. ¿Y qué? Ahora que lo pienso... ¡23 tenía que ser, coño!; el preciso día del golpe de Estado. El 23-F. ¡Mierda! Voy a parecer Tejero en el escenario.

CAPÍTULO 4

SANGRE POR APLAUSOS

Viernes, 15 de octubre

Vale. Lo reconozco, he dormido intranquila. No sé por qué. El desayuno me ha puesto las tripas del revés así que el viaje en coche ha sido realmente incómodo, sin la música de siempre ni las noticias. Fernando me ha dejado en los estudios y ha tenido el detalle de

acompañarme hasta maquillaje. Tengo que acordarme al volver a casa de decirle a Zulema que no compre leche condensada porque me la acabo poniendo toda en el café y al final no es café ni es nada. Engorda. Peligro.

Los viernes me dan igual. Es como si ya no estuviera en el programa. Lo hago con el piloto automático, pensando en irme pronto. Sumario, saludo, buenos días, entrevista, sonrisa, publicidad, temas curiosos, cosas de sociedad, publicidad y a casa. El director dice que se me nota que los viernes no tengo ganas y que mi actitud se parece a la de un guía del Museo del Prado enseñando cuadros. Su tono cuando me cuestiona mi actitud en el trabajo me crispa. Explicarle a un chiquito del que puedo ser su madre que ya tengo muchos años de carrera a mis espaldas y que sé

cómo embragar y cambiar de marcha se me hace insoportable. «Descuida», le digo. Será mamarracho.

Qué antipático se pone a veces.

José Luis me ha subido de la cafetería un sándwich para comer en mi camerino rápidamente y así ponerme a grabar de un tirón los anuncios de la próxima semana. Del armario se habían llevado en ese momento todos los vestidos que he sacado en pantalla esta semana para devolverlos a las tiendas y las perchas estaban entrechocando una con otra haciendo una melodía casi musical. Se me ha antojado que estaba sonando «ansiedad de tenerte en mis brazos suspirando palabras de amor» cantada por Los Panchos. A las tres estaba saliendo de la cadena.

No ha llamado Ramiro. Marina en cambio me había dejado varias llamadas

perdidas y un mensaje que ha llegado repetido. «Tenemos plan.» Pato Antelme, ella y yo nos iremos al reestreno de *El fantasma de la ópera*. Ha vuelto a Madrid con cantantes y actores nuevos pero con la intensidad teatral de Lloyd Webber. La primera vez que la vi me imaginaba siendo la inocente corista Christine que toma clases de canto en la oscuridad de las catacumbas, aunque un crítico demoledor jugó a componer una comparación televisiva y me equiparó con la temperamental diva la Carlotta. Se equivocó porque yo nunca abandonaré una prueba de vestuario como hizo la soprano. Sin embargo reconozco que tengo que superar algunos ataques de ira que me entran. Hace un rato, en la grabación de los anuncios, los de sonido han estado un poco torpes con el micro. He tenido que repetir

doce veces la misma grabación de lo de «crema hidratante EVAY, refresca tu cutis, refresca tu edad». DOCE VECES. A la decimotercera vez he pegado semejante grito —«¡a ver si somos más profesionales y estamos atentos!»— que la del producto, la estilista, los cámaras y el técnico de sonido se han quedado mirándome como si estuviera loca. Lo mismo lo estoy. La 13.^a vez no ha servido, la que lo ha dicho mal he sido yo. ¡Yo! Aggggggggggggggggggggg.

23.20 h. El Lope de Vega ha vuelto a parecer esta noche la Ópera de París en 1900. Esta noche he podido comprobar que hasta los reestrenos siguen estando repletos de gente de la tele, que el *Fantasma* sigue teniendo mucha magia y que, esto es lo principal, Marina está en plena forma. En el primer acto ha estado

jugueteando con el argentino sin remilgos recostada en la butaca del palco. En cuanto el de iluminación ha apagado la sala y han empezado a sonar los primeros acordes de la obertura «París 1881» ella se ha puesto manos a la obra con la joven promesa a mis espaldas. Yo miraba al escenario. Ellos no. Me daban envidia.

Me voy a la cama.

Sábado, 16 de octubre

Los sábados no suena el despertador pero tengo el cuerpo tan acostumbrado que me desvelo a la hora de todos los días. Hoy debería irme de tiendas. Hacer algo. Buf. Si Ramiro está en casa al menos es como que hay alguien más. Lo mismo debería comprarme un perro. Un cocker spaniel. O un gato. El que tiene Ruth es muy cariñoso

y sale en las fotos guapísimo, sería una buena opción para estos ratos tan grises. Mi hija me ha llamado para decirme que hoy no vendría a comer. Me fastidia porque se viene todos los sábados.

Sábado por la tarde

Hay momentos en los que una presentadora debe salir a la calle y darse un baño de masas. Éste es el momento. Se lo he dicho a Zulema, «llama a Fernando, que venga a recogerme». Me he puesto frente al espejo de mi baño, donde tengo de todo, y he empezado a desplegar las bases militares de maquillaje, sombras, rímeles, pinceles y lápices para después de la ducha. Si salgo a pasearme lo mejor es parecer yo misma. No entiendo a las que disimulan con las gafas de sol para que no

las reconozcan. ¿Quién les ha ido con esos cuentos de hacerse las ciudadanas anónimas? La fama es a base de saludos y cuando los tienen los evitan. Bah. Mirándome al espejo me doy cuenta del cambio fisiológico que experimentan los cuerpos con el paso de los años, va siendo de una manera tan paulatina, tan minuciosa, que apenas he percibido las diferencias con la Marga de hace diez años porque han ido sucediendo poco a poco. La cara es el reloj suizo más preciso del mundo. Hago todo lo que está a mi alcance para parar las hojas del calendario de las arrugas, pero se hace inevitable cuando te miras desmaquillada. Menos mal que guardo una figura que ya querrían algunas de treinta. Oh, teléfono.

—Marga, la noche ha sido sensacional... —es Marina, que está recién

levantada, se le nota en la voz—, ¡dos orejas y rabo! Como detalle que sepas que...

—No me des detalles, Marina. Evítatelos.

—Huy, no tienes buen día.

«Pues no. Estoy ahora con mi hija.» Necesitaba una mentira para cortarla y meterme en la ducha. Diez minutos de lluvia y chorros de agua por todos los sitios para ponerme las carnes prietas. Agua fría. Después me he puesto la música bien alta en el baño y he empezado a maquillarme como cuando era una cría en busca de amores. ¡Qué pena elegir tan pronto! Mi madre siempre estaba con la cantinela de «cásate, cástate, que es un buen hombre, que lo vas a perder». Y no lo perdí. Pero me temo que me perdí lo de después. Dior para las pestañas. La sombra

oscura me hace la mirada intensa. La necesito hoy. La verdad que me lo pasé bien con él. Sí. Rouge de Dior, también, para los labios. No quiero parecer una monja y si lo parezco mejor ser una del tipo Paz Vega en *Santa Teresa*. Me miro en el espejo y me veo tal como me gusta verme: Margarita Gayo.

19.00 h. Me ha dejado en Callao. Fernando en un principio me iba a parar en Jorge Juan para colarme en el callejón de Sybilla y subir hasta Velázquez, bajar por Goya y hacerme la esquina de Prada y Loewe. Pero cuando una quiere saludos de verdad, saludos con beso de achuchón, mejor los de Gran Vía, los de la calle Preciados, los de Sol y, si me arriesgo, los de la calle Carretas.

19.05 h. En cuanto he puesto el pie en la calle he oído la frase que más estaba necesitando en ese instante. «Mira, la de la tele.» Ha sonado directa y seca como el lloro de un niño al nacer que consigue relajar a una madre sudada y nerviosa. Lo ha dicho un señor de apariencia bonachona que venía acompañado de su señora hacia la parada de autobuses. Era la afirmación que necesitaba para crecerme. «Mira, la de la tele.» LA DE LA TELE. Da igual la tormenta de agradecimientos o fotos que se vengán encima a posteriori, el primer avistamiento es el más necesario porque viene a ser como una declaración de fe, un amén, un ¡TIERRA! que anuncia que has llegado al destino.

—¿Podemos hacernos una foto contigo? —me ha subido la moral.

—La hemos visto salir del coche, está

preciosa —genial para la autoestima.

—¡Qué joven al natural, Marga! — me deshago en sonrisas porque a mí no me cuesta quedar bien, me entrego en los abrazos y contesto a todos a no ser que sean chiflados.

He ido bajando hasta la Puerta del Sol con dos bolsas de Vuitton en la mano — tampoco era cuestión de parecer una desocupada que va como vaca sin cencerro por la calle— y el bolso en la otra. No sé cuántos metros de calle son pero la colección de miradas que me he hecho en media hora de paseíto ha sido emocionante. Habría que ver aquí a la Otra bajando con su cara de estirada y su melena absurda. A mí me sienta tan bien para el cutis un «guapa» que no hay vitaminas del doctor Chams que mejoren un surtido de piropos sinceros en plena

calle. Justo en la puerta de Zara me ha parado una cuadrilla de jovencitas que estudiaban periodismo y se han hecho una foto conmigo en grupo. ¡Parecíamos de la misma clase! Una me ha dicho que siempre ve el programa y que quiere ser como yo. Qué bien. No he podido caminar ni dos metros cuando todos los que estaban mirando al mimo del paraguas se han girado hacia mí. «¡La Gayo, la Gayo!», gritaban mientras venían en una riada de cumplidos hacia mí. En ese momento de la tarde yo ya estaba pletórica.

—Mira —le ha dicho una madre a su hija tirándole del codo—. ¿Sabes quién es? —la niña se ha quedado absorta sin decir nada.

—Qué niña tan guapa, ¿cuánto tiempo tiene?

—Dieciocho meses... va para

diecinueve —cómo iba a reconocerme la pobre criatura.

—Qué rica es y qué mona la lleva vestidita de cuadritos vichy.

—¿De qué cuadritos?...

—No nos perdemos su programa — ha dicho una amiga de la madre sonriéndome agradecida porque también saludaba a su pequeñajo.

—¿Cómo te llamas? —le digo para saludarlo.

—Dile, dile a la presentadora: me-lla-mo-ni-co-lás.

El marido nos estaba tirando fotos desde todos los ángulos hasta que le he dicho que no se preocupara, que nos poníamos en grupo toda la familia. «Pero qué buena es usted», me decía cortés la mujer de la niña. Nos hemos puesto en abanico para la foto mientras no paraban

de decirme que estuve genial con la chica del atentado, que les encantó la entrevista con Julio Iglesias y que a ver si tienen suerte con el sorteo del coche. Me estaban pidiendo lo imposible (el tongo se pena con una denuncia de la asociación de consumidores) pero si en ese momento llego a tener la solución del concurso se lo doy en mano. Me encariño con todos los que me saludan, me pasa como con los bolsos. No puedo evitar enamorarme de cada espectador que me dice «guapa», y eso que me ha costado tragar saliva en el escaparate de la perfumería cuando...

—Doña Margarita, está estupenda — hasta ahí bien la galantería del señor, pero ha seguido a pesar suyo.

—... mejor incluso que de joven, mucho mejor.

En la Puerta del Sol estaban los de la donación de sangre de la Consejería de Salud y me han hecho señas con el brazo cuando me han visto. «Por favor, doña Margarita, ¿quiere subir al autobús?» He cogido aire y he memorizado todas mis posturas de yoga en cinco segundos, porque decir un NO en medio de la avalancha de ciudadanos y fans me habría hecho parecer una desconsiderada. No podía. «Hay que dar ejemplo —me suelta uno—, usted mejor que nadie para que se apunten los demás.» Así que me he subido al autobús dignísima entre aplausos de los voluntarios de la Consejería y vivas de la gente concentrada. Mientras contaba las escaleritas iba cavilando en las fotos que tiraban desde la calle. Ojalá alguno sea fotógrafo de prensa y salga mañana en el dominical. Me sentía Conchita Velasco en

Las chicas de la Cruz Roja.

De repente he pensado que a lo mejor me estaba pasando con esto de hacerme la solidaria y la ciudadana ejemplar. ¡Qué inconsciente soy, Dios mío!

He dejado las bolsas y el bolso a la vista cuando me he tumbado en la camilla con el brazo estirado. ¡Ay! Me dan pánico las agujas desde pequeña y superar el miedo cuando todo el autobús te está mirando por ser la de la tele es digno de que embotellen mi sangre con etiqueta de gran reserva y la descorchen en Navidad. Me he puesto mala. Notaba el mareo. La cara se me desencajaba. Suerte que llevaba una base potente de Dior. Respiraba profundamente mis ejercicios aprendidos de relajación cuando al girar la cabeza hacia la ventanilla me ha parecido que el otro donante estaba mirándome los pechos.

Me he tapado con el brazo derecho. En la calle estaba la multitud. Buf. Soplaba. Iba pensando. Espero que no me hagan fotos al salir. Ahora sí que no. Sobra con las de antes. Ya no más. Puede sonar mal, pero no son Avedon ni Steven Meisel. Por hoy está bien de cámaras digitales y móviles de tercera generación. La sangre por los niños de África. Margarita, qué atrevida eres. ¡Ay!

—¿Ya está? —he preguntado casi sin voz.

—Sí, ya está. Tómese esta cocacola y este bocadillo, hay que recuperarse.

—Estoy bien, estoy bien, no os preocupéis —decía con un hilillo de ánimo—. Mejor me siento ahora en una cafetería —¡ni muerta me como ese bocadillo de chorizo para luego ir con las migas entre

los dientes y ese aliento tan vulgar!—. Gracias a todos, espero que os vaya bien, coged mucha sangre, que hace mucha falta en el mundo.

Cuando les he visto ir con la bolsita de mi donación hacia la neverita he ido rauda hacia la puerta del autobús, abajo estaban aplaudiendo los señores de la niña de cuadros vichy y todos sus amigos. Me han dicho que también iban a subir ellos. Yo no he tenido más cuerpo para nada y allí mismo he cogido un taxi.

Sábado noche

22.00 h. Me he dejado caer rendida en el sofá. El estímulo de unos piropos me ha costado un litro de sangre. Me voy a la cama, buenas noches.

Domingo, 17 de octubre

Ramiro puede que no venga hasta el martes. Me ha llamado a media mañana para decirme que siguen en Santander con la convención. No se le notaba muy abatido y evidentemente me ha llamado desde fuera del congreso porque se escuchaba el ruido de los coches. Ruido de terraza de bar. Martes o miércoles vendrá, según dice. Bueno. No es la primera vez. Me estoy acordando de la bolsa de sangre de ayer porque me noto atontada. La que me quitaron debía de ser la que navega mejor. He leído un recorte de *El País* sobre la felicidad que me ha enviado Marc desde Barcelona y que me vendrá bien para el programa. Tomo nota. Dinamarca, Puerto Rico y Colombia son, por este orden, los países más felices del mundo. La felicidad

ha aumentado en la mayoría de los países pero España se sitúa en el puesto 44 de la lista que ha hecho la Universidad de Michigan. Nos deben de tener manía para colocarnos tan mal en este informe. Y por delante de nosotros están Guatemala, México, Venezuela, la República Dominicana, Chile y Uruguay. Muchos más. Todos más felices que nosotros. No he podido reprimir la tentación de llamarle.

—Marc, no entiendo que sean más felices que nosotros los de Colombia. Pero si no tienen nada... Pero si allí no pueden ganar la lotería, ni tienen televisión, ni nada.

—¡Marga!, que es Colombia, no Ruanda.

—Tú me entiendes, Marc.

—Para que veas. La felicidad es otra cosa. Sabía que te gustaría el artículo,

según cuenta, léetelo, las libertades son más motivo de felicidad que los crecimientos económicos.

Cuando ha entrado Zulema en el salón todavía estaba al teléfono con Marc, me he quedado mirándola pensando que es más feliz que yo. La verdad es que se porta siempre bien conmigo, me sonrío haga mal o buen día. Feliz, la número uno, y sin conocer a Elena Benarroch, ni a la Preysler ni a Marisa Berenson, ni ha entrado nunca en Rita Navarro a hacerse una limpieza de cutis. Ni va a los estrenos. Yo veo un bolso y me lo compro. Veo unas sandalias y me las quedo. Incluso pago las cenas a amigas que me caen fatal. Me doy caprichos, me hago escapadas de fin de semana, me compro cuadros de la galería de Marina, me cambian el plató si me da la gana. Ella, en cambio, tiene la tarde de los domingos

libre y se va con sus amigas al parque del Oeste para sentarse después un rato en el Templo de Debod con un granizado de limón. Eso me cuenta. Y es feliz, la número uno. Estas cosas que se publican me sacan de quicio. Odio a la gente que generaliza, ni todos los andaluces son graciosos ni los castellanos austeros. Me desconciertan estas encuestas tan apocalípticas que nos dejan fatal. Ahora resulta que no somos felices. Ramiro en la convención de Santander seguramente sí que lo es, tan campante entre coches y comidas.

Me gustaría ser como Zulema. Ella debe de ser más feliz que yo por lo que dice el artículo, tanto o más que una de Dinamarca. Cuando ha regresado de su salida dominical se lo he preguntado. «Zulema, ¿eres feliz?» «Claro, señora,

¿por qué lo dice? Estoy muy agradecida. Yo aquí me siento muy feliz, para mí es un orgullo trabajar con usted, con una de las personalidades de la madre patria.» Me he ido a la cama con el quebradero de cabeza de que en la habitación de arriba dormía una mujer feliz. Una mujer más feliz que yo, en mi casa.

CAPÍTULO 5

Ô LÀ, LÀ!

Viernes, 22 de octubre

Menuda semana más mala de audiencia. Porque me voy a París en un rato, de lo contrario me plantaba en el Cristo de Medinaceli con un extintor dispuesta a apagar todas las velas del templo y encender unas nuevas. Para mis adentros sospecho que la bruja de Luchi Lobo se ha enterado de que voy y me las está gafando. Ella ha subido dos puntos de

share, los mismos que yo he bajado hoy. El productor ejecutivo está a la zaga. Para no cruzármelo en cafetería he estado toda la semana pasando por el pasillo de camerinos.

El lunes un 17%, el martes un 17,8%, el miércoles subimos a un 19% gracias a Dios y a que me dio un soponcio en directo con una señora que estaba empeñada en contarme que su marido es un camionero cabrón que se escapa de putas con su hijo, como si ella tuviera la exclusiva de los cabrones que hay repartidos por este país, tuve que cortarla a tirones de manga; el jueves, un 19,3 y el viernes acabamos en un 18. Uf. Qué pesadilla los medidores de audiencia. El día que me encuentre con una familia que tenga un aparatito de esos que controlan lo que hacemos le pego la mano al mando

con Loctite para que no cambie de canal nunca, al menos cuando salgo yo. Con las otras me da igual. Es increíble los disgustos que te puede dar una decimita de un tanto por ciento de audiencia. No estás tranquila nunca. Bueno, ahora sí. La maleta la tengo preparada en sastrería, Marina me espera en la sala Vip de la Terminal 4. Hemos quedado allí para tomar alguna cosita rápida y salir hacia el Sena, los bulevares, el Quai d'Orsay y la avenida Montaigne.

Me querría ir de vacaciones toda mi vida y no volver jamás. Jamás. Me llevo la Samsonite dura y grande, como si saliera para quince días.

He guardado bien doblado un equilibrio entre la sofisticación y lo necesario. Nunca coincide. Ja, ja. Me divierte tanto hacer la maleta como

deshacerla para colgarla en el hotel, debo de ser la única. Poca gente usa realmente los armarios del hotel. Yo me vuelvo loca como sean pequeños, estén sucios o, peor aún, mal distribuidos. Es genial ir seleccionando, sobre todo cuando te espera un buen plan para ponerte todo lo que elijas en cualquier rincón de París. Instalarme en el Vendôme y bajar arregladísima a recepción es algo tan excitante como las pestañas postizas que me llevo puestas. Shu Uemura tiene las mejores, y si no quieres que se noten, no se notan.

—No te habrás vuelto quijota.

Era Marina, por teléfono, alertándome pelín tarde de que no me llevara tanta ropa porque «allí tenemos todo lo mejor a nuestro alcance». Pero prefiero ir segura. Cargada como si saliera de gira con Norma

Duval. ¿Cómo me voy a dejar en casa el último Gucci, las últimas Fendi, el trocito de Armani, la cosita de Chanel, mis carolinas herrera...? ¡Los Jacobs! Son criaturitas que deben salir de paseo, si no se pudren. Son inofensivas. Además yo tengo una vida social muy agitada. Por semanas, unas más que otras. De acuerdo. La anterior la he olvidado. Grrr. Una vez me criticaron mi excesivo gasto en ropa en una presentación de un libro de autoayuda. Una pelirroja que fingía hacerme una entrevista se atrevió a decirme que debía pagarme dos horas de psicoanalista a la semana. Grosera. Y eso que aquel día iba con un Diane von Furstenberg de la colección Pre-Fall 2008. Lo que me faltaba, una niñata. Las ecologistas estas se creen que vamos a ir vestidas de Picapiedra para que ellas se forren con los

libritos esos de no hagas tal, no hagas cual, para lavar cerebros. ¡Pero cuantísima tontería tienen estas guarronas de circo en la cabeza! No lo hice. Yo no necesito psicólogos ni ayudantes. La puse en su sitio con una recomendación. «Lo que cuesta apadrinar un psicoanalista es lo mismo que los zapatos que llevo puestos», le solté. Sonaron los aplausos de mis amigas. Sobre todo de la Canapés y de la Mejillones. «Además, los zapatos los tendré siempre, su charla se me olvidaría al salir», la rematé. Lo había leído en *Cool & Chic*.

Lo que llevo en la maleta lo tengo apuntado en varios post-it, al final de los viajes me gusta hacer inventario por si se me olvida algo en los hoteles. He leído que a las cantantes famosas cualquier cosa que se les olvida en la habitación lo subastan

los del hotel en e-Bay. Hasta las bragas. No quiera Dios que me pase a mí. La notitas me vienen muy bien para evitar descuidos de última hora. Ni que decir tiene que la maleta la he hecho con Edith Piaf de fondo, a todo volumen, para aclimatar los conjuntos al destino.

PARA LA NOCHE: (*Rien de rien*).

Un LBD, *little black dress* de Balenciaga (cóctel, claro) con unos zapatos bicolor de cuero negro y charol plateado. Los de Chanel no, la revisión de Balenciaga. Mejor.

Blusa blanca de Alexander McQueen, cuello con lazo gigante (tres vueltas y lazada). Falda tubo negra Burberry. Stilettos Prada negros. (Estaré muy disciplinaria así...)

Un Lanvin azul petróleo. Plisado. Zapatos, ídem.

PARA EL DIA: (*Padam, padam* ha empezado a sonar).

Todoterreno gris perla de MaxMara.
Jil Sander negros.

Rebeca y jersey de Missoni.
Bailarinas Moschino.

Pantalón bombacho de paño marrón.

Top de punto de cachemir, gris.

Tres camisetas de Purificación
García.

Dos jeans. Armani y Gucci.

BOLSOS: (*Hymne à l'amour*).

El Doctor Bag de cocodrilo de
Valentino. En mano.

El *clutch* de volantes de Yves Saint
Laurent. ¡Es París!

ACCESORIOS: (suena la *Vie en
rose*).

Los complementos me han dicho que
me los dejaban en el bulevar de

Malesherbes 8, todo Prorsum. Genial.
Preguntar por Claire o Mathieu.

Angelines y Anita me han acompañado hasta la puerta de los estudios donde me esperaba Fernando para llevarme a la T4. Vamos bien de tiempo. Entre los tres han metido la maleta en el coche, así que es muy probable que tenga que ponerme a lidiar con el suplemento de peso en el mostrador de facturación. ¡Qué pesadilla! Cuando Iberia era monopolio jamás había problemas... Si hicieran media como con las audiencias, pues los que llevan menos por los que necesitamos llevar más. Así, entre unos y otros, pues salimos ganando. Si no le descuentan precio al que no llega al tope, ¿por qué tienen que cobrármelo a mí? Tengo la sensación de que se me olvida algo. Antonia me ha puesto en un sobrecito las

invitaciones de la próxima semana, si no vengo reventada de París intentaré estar en la *rentrée* de otoño de Ramsés y en la presentación de pedruscos que da Cari Lapique en Suárez. Según he subido al coche me he dado cuenta de que llevaba puestos los zapatos del programa, así que me los llevo también de excursión. Con un mensaje de móvil le he dicho a la sastra que me he dejado los zapatos en mi camerino, los míos, los nuevos, que los esconda bajo llave en el armario, que hay mucha bruja.

15.30 h. Vamos a 140 km/h por la M-30. Acaba de sonar el teléfono. Es Marina, que ya está en la sala Vip esperándome. Voy a por unas revistas, le he dicho.

—No queda mucho tiempo. El vuelo es en media hora, Marga.

—Voy ya, voy ya. Es *business*, nos esperan. Paso primero por el kiosco. Necesito chicles para el aterrizaje.

15.33 h. Sorpresa. Estoy en la portada del *Telva*. Sale mi foto y un titular: «Me gustaría ser astronauta». ¿Yo? ¿YO ASTRONAUTA? Pero cuándo he dicho eso. ¿Cuándo? NO hay cosa que más me horrorice que esos trajes hinchables que no hacen cintura ni pecho, ni caderas, ni parece una mujer femenina... parecen avechuchos Michelin. Aggg, qué falta de glamour. No he visto cosa más horrorosa que esos espantajos como buzos adormilados a cámara lenta y alimentándose de barritas de comida de perro, aggg, adónde voy yo subida a una nave, ¡adónde!... ¿adónde?... si no soporto ni los parques de atracciones.

ASTRONAUTA Y EN PORTADA. Ya ves, tanta dieta y tanto bótox para ponerme semejante funda de disfraz encima.

A los pocos minutos estamos sentadas en primera fila. Me abrocho el cinturón (la persona que viajó antes que yo en mi plaza estaba bastante más gorda) y la azafata deja mi abrigo en la percha. El avión no va ni lleno pero me han puesto pegas absurdas con el equipaje. Menos mal que la chica me ha reconocido y con dos fotos firmadas he arreglado el sobrepeso. Marina dice que debemos pasarnos por Saint-Honoré el sábado por la tarde, después de ver su galería. A esa misma hora en España estarán con la gala de chistes que le ha tocado presentar a Miss Luchi Lobo, lo pone en el *Qmd*. Según leo, la «famosa y prometedora presentadora ha sido la

elegida para la conducción de los tres especiales de humor que emitirá la cadena. La bella joven...». Vaya. Tampoco me tienen que entrar celos a mí por estas cosas, no me imagino haciéndome la graciosa con los aspirantes a Chiquitos. Que se lo quede ella, que falta le hace. A estas bellezas cuando empiezan a tener las tetas caídas se les cae también el contrato. Son de temporada. Siempre hay una más joven y más mona. Sigo leyendo. «También es muy posible que presente las campanadas junto a Mister España.» Bueno. Lo que faltaba. LO QUE FALTABA. Ahora resulta que va a ser ella la de las uvas, también. Esto me lo explica el productor ejecutivo. Voy a llamar a la tele. Mejor no. O sí. Uf.

He apurado hasta el último momento. Por si acaso. ¿Por qué ninguna azafata vo-

ca-li-za al hablar por el micro?

15.54 h. Mensaje de Antonia. «Sales en el *Telva*. Al final no contestaste toda la entrevista y tuve que poner de mi cosecha.» A buenas horas, Antonia. Faltaban respuestas. Faltaba ¿qué le hubiera gustado ser?, ¡ASTRONAUTA! Cuando abro el sumario de la revista me doy cuenta de que hay un especial con profesiones frustradas de gente famosa; a mí me han hecho un fotomontaje con una escafandra vestida de muñeco hinchable con tubos por el espacio y a la Otra la han puesto con Nacho Duato, Ángel Corella y Tamara Rojo porque «quería ser bailarina». Mierda. Voy a tener que empezar a contestar las entrevistas yo.

17.00 h. Uf. Vuelo con turbulencias.

El piloto pide disculpas en francés, inglés y español. Tengo el estómago a la altura de mis dos vueltas de perlas...

18.20 h. Aeropuerto de París. Roissy. Sanas y salvas. Viva. He dejado las revistas entre las butacas y he cogido mi abrigo del armarito. En sólo dos horas (Barajas-Orly) me he quitado de encima ese ardor de estómago que me ha provocado el anuncio de una Nochevieja adelantada por el *Qué Me Dices*. Si tiene que dar los cuartos como si quiere dar la campanada en bikini desde la Puerta del Sol o en traje de astronauta. A mí ahora me da igual. Marina y yo estamos ya en la ciudad de la luz, de Luis XIV y de Louis Vuitton y nos lo vamos a pasar bomba. Nada de malas caras ni de gestos torcidos, y eso que han tardado un poco en distribuir

las maletas en las cintas transportadoras del aeropuerto de Orly. El retraso le ha venido muy bien a Marina para ponerme al día de sus últimos movimientos sexuales con Patricio. En el avión, con tanto triquitraque, no me ha parecido oportuno que fuera explayándose sobre si ella se pone arriba, si él la coge por allí o si andan a gatas por el salón. Además, en cuanto una se pone a hacer confidencias se hace el silencio entre el pasaje Vip. ¡Cotillas! Me he pedido un vino tinto, he cerrado los ojos y he echado una cabezadita ligera para evitar los movimientos. Los del avión y los de Marina. «Tiene un rabo maravilloso», me ha soltado casi al mismo tiempo que decía «ahí están nuestras maletas». No sé cómo lo hace, yo estaría destrozada, supongo. Supongo. La he mirado callada mientras me contaba con multitud de

adjetivos referentes al arte cómo es el miembro de su *loveboy*. No se lo he visto pero...

—Mira la pantalla de mi móvil. ¿Qué te parece? —me preguntó con un brillo especial en sus ojos y la mirada perdida.

Allí estaba. La sorpresa del hemisferio sur. El aparato del muchacho fotografiado aparecía en el móvil a toda pantalla en tecnicolor como en la panavisión de la Metro Goldwyn Mayer. Toda entera y con mucha calidad de imagen. Ése era el motor que últimamente la tiene a doscientas revoluciones por minuto. La chispa de la vida. El cuerno de oro de Estambul. La Torre de Londres. El estoque de Ronda. La Tour Eiffel. ¡¡¡Ayyy!!! Una fotografía muy de cerca que según me dijo se la había enviado

antes de subir al avión. ¡Y yo recibiendo mensajes de Antonia! Las hay con suerte. No quedó ahí la cosa.

—Tengo más —me susurró con voz de contrabandista.

—¿Qué dices? —respondí con Antonia en la cabeza.

—Fíjate aquí —el muchacho aparecía desnudo en el balcón de un pisito de barrio obrero.

—HmMMM... qué bonito —tenía algo de envidia.

—Bonito no es la palabra. Está cañón, Marga —Marina decía la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

—Tienes razón. Es como los modelos de Calvin Klein.

—Mira aquí. Tre-men-do —Marina sólo miraba al móvil, se evadía en su pantalla.

—Sí. ¿Esto es su casa?

—No me digas que no te parece supererótico que me vaya enviando fotos privadas en mensajes multimedia.

—Pues si todas son como ésta...

—Ésta es mejor.

—Ah.

—De hecho, cuando me llama me aparece su... foto.

Cuando llegamos al hotel Vendôme todavía estaba repasando fotos del artista. Espero que «polla» no se entienda en francés porque el taxista nos miraba por el retrovisor de vez en cuando haciendo gestos raros. No me extraña, la lección de anatomía que me estaba dando mi amiga era propia de la doctora Amor recién salida de un *after hours*. Yo estuve a punto de decirle que por qué no llevaba fotos de sus grifos. Al fin y al cabo, París ahora iba a

rendirse a su creatividad.

20.00 h. Llegada. A mí me dan la 204 y a Marina la 205. Juntas como las gemelas de Sweet Valley. Tenemos un maravilloso balcón común a la rue. Salgo, aspiro el aroma de París en otoño y me vuelvo a meter. Hace fresco, pero se está bien.

20.30 h. Después de una ducha y de ponerme mi LBD totalmente perfumada de Mademoiselle estoy claramente radiante. Me veo genial. Estoy guapa. Me sirvo en un vaso con hielo los dos botellines de whisky que hay en el minibar para ponerme a tono. La parranda que nos espera en el George's, el ático del Pompidou, será tremenda, todo *made in* Chanel. El primer trago es siempre áspero,

pero el segundo se hace menos seco y con el tercero podría cometer el crimen perfecto. Marina llama a la habitación, toc, toc, taca, toc. «Abreee.» Va burbujeante, la conozco. Al abrirle da un pequeño tropezón con una de las toallas que se ha quedado entre el baño y la entrada.

—Coño, Marina. ¡Asesina!... — efectivamente, va ligeramente achispada —. ¿Hace calor en este hotel o es el champagne?, ¿lo has probado? Buenííísimo.

—Anda, vámonos. Estás espectacular —le digo.

—Tú también, querida. ¿Balenciaga?

—Sí.

—Lo sabía —volvió a perder el control sobre sus tacones. Pero esta vez nos entra risa—. Necesito un poquito de apoyo y de aire.

20.55 h. Madre mía. Qué noche. El Centro de Arte Georges Pompidou se ha convertido en un gran desfile de moda, la fachada está forrada entera con telas negras formando un acolchado que imita un gran bolso mítico, el 2.55. «Me siento como Noor de Jordania», me dice Marina, que va arrebatadora con un escote de impresión. Yo me veo más Rania. Allí está todo París, *le tout Paris*, no falta nadie. Las grandes embajadoras de la moda con diseños que superan fácilmente los 18 000 euros. Un camarero nos acerca una bandeja llena de copas de champagne. Esta noche sólo sirven rosé. Con el ritmo que llevamos espero que el chico del champagne vuelva pronto.

—¿Qué hay de Ramiro? —me preguntó Marina.

—¿Ramiro? —la miro desconcertada, no dejo de mirar alrededor.

—Ya sabes, el señor con el que estás casada.

—Cállate. Me siento liberada como en los baños de la universidad. ¡Chin chin! ¡Brindemos!

21.45 h. Absolutamente liberada. Chin chin. En esos momentos yo me habría bebido ya media botella de champagne yo solita. Marina estaba hablando en francés a carcajadas con unas señoras que nos acompañarán mañana: Hélène de Ludinghausen, con coleta blanca, y la millonaria Susan Gutfreund, que me dijo al acercarse que hoy en día hay mucha gente rica. Efectivamente, allí sí. Todos. De hecho, cerca de nosotras estaba Carroll Petrie, de ochenta y seis

años, siempre lleva Chanel para comer. «Dior le hizo su traje de novia —me explicaba Marina—, viste alta costura las veinticuatro horas del día.» Wow. «Es la dueña de Toys'r'us, casada varias veces, una colosal fortuna, modelo en su juventud, americana rica sureña, la Quinta Avenida de Nueva York es prácticamente suya...» En ese momento se acercó discretamente la multimillonaria.

—*Bon soir mesdames...* Buenas noches, veo que hay bellas españolas...

—Hablabamos del hijo de Judith Corrente, la coleccionista de arte; el chico participa en las regatas, es un as en Oxford, sin embargo ha perdido en Cambridge.

—¡Oh! —dijo abrumada Petrie.

—¡Qué pena! —farfullé sin dolor mientras alargaba la mano hacia otra copa.

—No me gusta llevar algo que puedan llevar otras —soltó de pronto Becca Casson cambiando de tema.

—La moda es vida, ¿verdad?

—Sin duda. La historia de mi armario podría ser la historia de mi vida social.

—Marina es la dueña y directora de la Galería Grand Pièce Unique y una gran entendida en moda —dijo Hélène a modo de presentación.

—Al fin y al cabo la moda es una forma de arte que te puedes poner... —dijo oportuna.

La más joven de todas, unos cincuenta años, era Daphne Guinness, unida a Givenchy por su familia. Ella es la encarnación de la moda. Igual que Betsy Bloomingdale, la de los almacenes. «Dicen que tiene medio millón de dólares en ropa», me susurró una desconocida de pelo

cardado que tenía a mi lado. No lo podía imaginar. El vestidor sería como Disneylandia, pensé.

22.30 h. Madame Chirac y Madame Pompidou paseaban juntas entre unos señores que debían de ser del Poder francés. Uno de ellos me recordó a Dominique de Villepin. El hombre más elegante del mundo dentro y fuera de la política.

22.45 h. La noche estaba febril. Muchos modelos masculinos iban y venían entre las señoras con aspecto de cazafortunas. Sonaba la música, era de Paris Dernier, unos pinchadiscos franceses que dirigía una tal Beatrice Ardisson y que hoy ponía banda sonora a la noche coquetamente desaliñada, eso que siempre

se dice de los parisinos. Cerca de los dj había mucho joven arrebatador. Se sabe que un chico es francés si lleva el pelo arreglado; trabajado, estudiado. Aunque sea un *look* desmelenado, si es francés, va todo medido. ¡Qué cultura de *coiffeur*! Un hormiguero de sonrisas blancas y hombros marcados enfundados en esmoquin claramente de firma. Algunos fumaban junto a los ventanales desde los que se veía Notre Dame a lo lejos y parte del Sena iluminado por los *bateaux mouche* de cenas flotantes. Marina me dijo que eran modelazos conocidos internacionalmente (Travis Fimmel, Bruno Santos, Jason Shaw y Adam Nosequé) y algunos españoles (Andrés Velencoso, Oriol Elcacho, Jon Kortajarena, Javier de Miguel...). Al mirarles la cara podías adivinar quién era quién, el de la campaña

de Etro, el de Gucci, el de Bvlgari, el de Ermenegildo Zegna o el de Tom Ford. Bailaban entre ellos con esa desgana alegre que se lleva tanto ahora y haciéndose unos a otros fotos de polaroid que secaban soplando o abanicando los positivos sobre sus cabezas. Otros más desconocidos, seguramente contratados como animación estética para la velada, llevaban pantalones negros muy estrechos y exhibían todo el torso al descubierto con el logo de Chanel dibujado en el lado del corazón, Dios mío, les habría mordido los pectorales a todos. Uno a uno. ¡¡¡No eran horas para pasearse así tan cerca de mí...!!!

—*Bon soir* —me acababa de saludar uno de los chicos que va a pecho descubierto.

—Encantada —dije literalmente.

—*Je m'appelle...* Me llamo Willy.

Willy Echevarría.

—Margarita Gayo, soy. Eso.

—¿Trabajas aquí? —su tuteo absolutamente viril y joven puso en ebullición todas las burbujas que hasta ese preciso momento andaban aburridas en monopatín por mi cabeza.

—No, soy española. He venido al desfile de mañana.

—Ah, yo también. Español y modelo —era evidente. Era un muchacho fuera de la vulgaridad, con aspecto de joven Cary Grant, afeitado, limpio, masculino, alto. Y me tuteaba.

—Hummm... ¿Modelo? —pregunté, dejando caer mi melena hacia mi hombro.

—Sí. Pero no soy tan conocido como los del ventanal.

—¿Aquéllos?, ah. Encantada —repetí boba.

—La estaba observando entre todas esas señoras mayores y me ha parecido que se estaba aburriendo con ellas. ¿Me equivoco?

—No te equivocas. Ejem. Uf. Son tan mayores... —yo misma me quedé boquiabierta de lo que acababa de decir. *Son tan mayores, son tan mayores, son tan mayores, alguna como yo, querido joven,* debería haber contestado, pero no lo hice, me estaba viendo joven y bella y me estaba sintiendo así. Empezamos a reír sin ton ni son. Me parece que el cosquilleo era por el champagne.

—Es tan chulo París. Llevo viviendo aquí más de un año, preparándome con la moda, intentando salir adelante con algún que otro desfile y sesiones de fotos.

—¡Fotos...! Qué interesante.

—De ropa interior. Me gusta

cuidarme, pero creo que mi interior tiene infinitamente más que ofrecer que lo que hay en esas fotos...

«Que no es poco», me quedé pensando.

—... por eso además estoy estudiando arte en la Sorbona.

—Es lo mejor que puedes hacer, estudiar algo más —aquí me salió la madre, así que retrocedí rápidamente sobre mis palabras—. París tiene algo especial, su luz, su atmósfera, su aire tan *chic*, ese aire de libertad, su noche...

Le miré como hace tiempo no miraba a un hombre. Con deseo. Su tono de voz era fuerte pero suave, hablaba como en voz baja, susurrando ronco. El modelo había hecho desaparecer todo el murmullo de señoras «mayores» que despoticaban sobre Dior o Lagerfeld en aquella sala

llena de sedas, tacones y señoritos con esmoquin. En ese momento, mirándole en la parte más alta y multitudinaria del Pompidou, sólo estaba él. Y yo.

—Llegamos hoy directamente de Madrid... para ver el desfile de mañana.

—¿Llegasteis? —dijo.

—Emmm... vine con una amiga... una amiga que se dedica al arte.

—Ah, qué bien, qué gusto —sonrió otra vez y sus intensos ojos azules llenos de pestañas parecieron iluminarlo todo. Le descubrí un aire añorado en la mirada, pero no infantil, sino de eterno viajero sorprendido y sincero, de esos deportistas que tienen cara de ganador aunque queden segundos en la competición. Esa seguridad detestablemente masculina que da calma. Sin embargo en mí estaba empezando a generar consecuencias fatales. El chico me

estaba gustando y la temperatura de mi sosiego ya no tenía rumbo.

—¿Te apetece una copa? —me invitó con un gesto de llevarme hacia algún sitio, abriendo el brazo, de hecho puso su mano en mi espalda.

—Claro. Claro —esta situación se me estaba haciendo nueva. Eran los nervios, no las burbujas.

—Me refiero fuera de aquí...

22.46 h. Ahh. Ahhhh.

¡¡¡AAAAAHHHH!!!...

23.00 h. Taxi sola hacia el hotel. Mejor. La cabeza me estalla. He tenido que decirle que no. Podría ser mi hijo, peor aún, el novio de mi hija.

00.00 h. Medianoche. No consigo

dormir.

Sábado, 23 de octubre

En el desayuno, Marina me ha contado que anoche se trajo a uno de los camareros al hotel. Yo ya lo sabía, incluso antes de que pasara. Si lo llego a escribir en una nota y la meto bajo llave en la caja fuerte de la habitación lo habría acertado. El afortunado ganador ha sido uno de esos modelos invitados que fumaban en los ventanales con aire de nuevos dandis. Empezaron a hablar de la nueva campaña de YSL en la que aparece la maniática de Naomi Campbell y se enredaron con la conversación alargándola hasta las calles de Le Marais, Hôtel de Ville, orilla del Sena, taxi y... *voilà*: habitación 205, final del trayecto. Cree que va a tener que cortar

con Patricio. «Le envió un sms y punto, no es cuestión de montar una novela de Jane Austen», dice resuelta. Está acostumbrada a solapar chulo con chulo. Me da una envidia.

—... Además, los chicos estaban impresionantes —ha dicho a modo de excusa mientras untaba relajadamente la tostada con una pizca de mantequilla con sal.

—Y nosotras bebimos mucho, Marina. Menos mal que el otoño en París me resulta siempre fantástico, y eso que... debe de haber llovido algo, las aceras están mojadas.

—Lo típico. Creo que tengo un poquito de resaca también, pero eso se nos va con el café.

—Eso espero... —dije distraída examinando el periódico. En las páginas de

sociedad aparecía parte de la fiesta de anoche, una columna llena de nombres de ricas parisinas, ricas herederas, políticos que asistieron al evento y muchas fotos de modelos que se hicieron en la alfombra de la entrada al Pompidou. «Madame Coco sigue siendo joven», aparecía en el titular. En un breve de la portada se anunciaba el desfile de hoy por el 125 aniversario de la creadora, pero quedaba relegado a un breve porque la crisis en la economía...

—Hacer el amor es apasionante, ¿verdad?

—¿Qué? —me pilló desprevenida.

—Ocasiones así las pinta el diablo y hay que aprovecharlas, el cuerpo te lo agradece. Como dirían las bailarinas del Moulin Rouge, «nuestro trabajo es vender champagne, no enseñar los cuerpos».

Marina es una mujer bendecida por la

vida, a la que la naturaleza y los sucesivos arreglos quirúrgicos la han hecho parecer una eterna joven llena de energía y belleza. Ella dice que es una adicta al amor y que esa dependencia la hace encadenar relaciones tratando de perpetuar el hipnotismo de la conquista. «El día que se evapora la magia me largo», me dice siempre; es su *leitmotiv* a modo de patología vital: «Cuando llegue a la meta ya no habrá sorpresas». Me gustaría entrevistarla un día en el plató para que sirviera como plan de desintoxicación de todas esas señoras que ahogan su ansiedad en el recuerdo perenne del anterior amor y se meten en una espiral de ansia intensa, obsesión, melancolía, agotamiento y aturdimiento, sin embargo dice que su vida privada es privada y que si la airea dejaría de ser interesante. Qué pena, su colección

de amantes me llenaría una serie de especiales sobre el enamoramiento. Todos bellos, todos deseables, algunos famosos. Una psicóloga amiga nuestra le dijo que, como todas las personalidades adictivas, suele ser una mujer insegura y que, o ha tenido una infancia difícil con carencias de afectos o, en el extremo contrario, ha estado sobreprotegida y no ha tenido que luchar por el cariño. «Bueno, bueno. Qué cosas tienes», replicaba entre dientes. Según estaba oyendo a la psicóloga me iba entrando risa, Marina combina juventud y sexualidad compulsiva sin necesidad de atarse a ningún hombre ni buscar en ellos protecciones extrañas. ¿Romántica? No. Es más bien una depredadora con necesidad de cariño. Una mujer fuerte a la fuerza. Sí, eso.

—La única manera de

desengancharse de un hombre es decir que no a todo. Ni coger llamadas, ni responder mensajes ni quedar para hablar... todo eso lleva al desastre. Siempre nos merecemos algo mejor. Punto pelota —me repitió hoy otra vez mientras enviaba un sms a Pato.

A mi sólo se me ocurrió preguntarle si iba a borrar las fotos de sus partes íntimas que tan felizmente me había enseñado ayer.

—Claro —asintió encantada—, las tengo descargadas en el ordenador.

La conozco bien y sé que sería incapaz de vincularse emocionalmente a estas alturas con ningún hombre. Quiere sacar todo el jugo que le regala la vida. Si tiene que ser fornicando con jóvenes que la meten en una borrachera hormonal de toma pan y moja pues bienvenida sea la sudoración y el éxtasis. De vez en cuando,

para que no se me olvide, me repite que ESO que algunos llamamos mariposas en el estómago para ella son *posibles leves trastornos digestivos que hay que controlar con una pastillita de Almax.*

19.00 h. Hora del desfile aniversario. Grand Palais de los Campos Elíseos. 125 años del nacimiento de Gabrielle *Coco* Chanel. Hemos estado toda la tarde de tienda en tienda, un recorrido fascinante que hemos empezado en el bulevar Saint-Germain, donde hemos comido algo ligerito para acabar más cómodamente en la zona del hotel, rue Royale.

—Este azul es maravilloso —soltó Marina al ver el escaparate de Dior.

—¿Maravilloso para qué? —quise saber.

Me miró con una media sonrisa jugando a que la descifrara.

—Adivina en qué estoy pensando, querida Marga.

Mientras entrábamos en la tienda para que me probara el modelo del escaparate fue imitándome como si subiera a un escenario a recoger un premio e inclinándose hacia delante en un ademán más principesco que de saludo: «Gra-ci-as Es-pa-ña por es-te pre-mi-o», echándose a reír.

—Ya veo.

—¿... Pero no te das cuenta de que esa noche vas a ser la Reina de la Televisión y que todo el mundo va a aplaudirte como la mejor de las mejores? —dijo animándome porque se me había puesto cara de sota de bastos.

—Yo ya soy la mejor de las mejores,

no necesito que me premien.

—Mujeeer.

—Quiero decir que me premien con un «toda la vida» que parece que me esté muriendo y que tenga que subir al escenario con silla de ruedas en plan mamá cumple cien años.

—Pero si estás divina. Mírate —me dijo pasándome una camisa de corte folk.

—Ya lo creo, pero ¿y si después de este premio empieza la decadencia?... huy, es preciosa... Además, los directivos no son tan humanos como parecen, de pronto me ven con un premio y dicen, a ésta hay que jubilarla. Y me niego.

—Pero, Marga, la televisión es así.

—Bueno, lo que me faltaba, ¡que me vengas ahora de analista televisiva! —le solté girándome hacia las perchas de los pantalones.

—Yo no entiendo de televisión, a mí todos los programas me parecen iguales, de hecho ya sabes que me ponen nerviosa hasta las cámaras de seguridad de los cajeros automáticos. Yo sólo sé reconocer dónde hay una obra de arte con futuro o...

—¡Suéltalo! —me puse en jarras con aire desafiante.

—... un hombre con buen armamento —rió.

—«(¿Puedo ayudarlas?)», en francés.

—«(Gracias, estamos mirando)», en francés.

—Míranos, aquí, en París, comprando cosas que la mayoría no puede comprar. Mira este *twin-set* de color rosa, maravilloso. ¿Me lo quedo yo o te lo quedas tú? Luego tenemos desfile, en Madrid nos vamos de cenas, de pisco-labis con las de la Peña Glamour, de café al

Ritz, nos tomamos el *brunch* algunos domingos con las amigas del Palace, tenemos escapadas a desfiles, pases privados de películas con las estrellas, vamos a las bodas de la jet set, incluso de la hija del ex presidente... ¿Me entiendes qué quiero decir? ¿Me entiendes por dónde voy?

—Supongo. Que tenemos una vida... completa —me costó decirlo.

—Pues eso, Marga. Que estamos en el *top* de nuestra vida, que hacemos los viajes que queremos y que tenemos la mejor cara y el mejor cuerpo que podríamos tener a nuestra edad. ¿Tú recuerdas a tu abuela con sesenta? ¡Eh! El único capricho que tuvieron en su vida es una cajita de polvos de Maderas de Oriente. París no lo conocían ni en fotos. Y en cambio, ¡mírate! —mi amiga me puso

frente al espejo de los probadores—. Eres una mujer de éxito y con éxito, envidiada por millones de mujeres. Imitan cada corte de pelo que te haces, las marcas te prestan ropa porque saben que será un acicate de ventas, tu programa es líder desde hace años... ¿Te suena la letra de esta canción? Que me molesta verte algunos días preocupada simplemente por el tanto por ciento de la audiencia. Que las únicas cifras que deberías ver son las de... por ejemplo... —pasándome una camisa de rayas— esta preciosidad de seda. ¿Te gusta?

—Claro que me gusta —dije confusa con la percha en la mano.

—Me refiero a si te gusta la vida que llevas... ¿Eres feliz?

La blusa la compramos y también unos pantalones de pinzas grises y el *twin-*

set dichoso. En total, no sé cuántos euros costó todo porque no veo bien de cerca y me cuesta horrores ir buscando las gafas en el bolso. Salimos cargadas y con una extraña sensación de duda que, en el fondo, no me estaba amargando. Supongo que me sentía como cuando a Gilda le dan el bofetón.

El desfile del aniversario nos dejó con la boca abierta. Totalmente teatral. El aplauso de cierre duró unos largos y emocionantes minutos que se fueron apagando al mismo tiempo que subía la música, *Vicious*, de Lou Reed. Cuando estábamos en pie saliendo hacia el *kissing* me fijé en el bolero de Cavalli que llevaba la única española que vimos entre las butacas de la fila Vip, la coleccionista de alta costura Eloísa Bercero. ¡Ésa sí que es

la más grande! Nos colamos hacia la zona del champagne para ver y dejarnos ver antes de irnos a cenar.

—Hola —una mano me tocó el hombro—. ¿Qué tal?

Era Willy, el modelo. Intenté no parecer sorprendida, pero lo estaba y esas cosas se me notan. No podía evitar la inquietud y el patatús que me suponía verle de nuevo. Sin embargo, me sentía extraña. Cuando tienes sin vigilancia las fronteras de la timidez, la sonrisa se despliega absurdamente feliz.

—No sabía que vendrías —dije separándome del grupo y colocándome frente a él.

—He visto que te ha gustado el desfile.

—Sí, mucho. ¿Cómo has venido,

invitado también...? —dije con tacto.

—Vaya. Un amigo fotógrafo de la revista *Visionaire* me dijo que me viniera con él y he estado en la zona de prensa, frente a todos los que sois invitados. Allí justo —señalando con la mano.

La llevaba cuidada, una de esas manos masculinas de dedos fuertes y palma amplia.

—Me ha parecido fantástico el final del desfile, la salida de cierre de pasarela, cuando han hecho un repaso por toda la historia de la moda Chanel... —dije.

—Sí, fantástico.

—Mucho.

Los dos alargamos la mano hacia las bandejas que pasaban los chicos del Moët & Chandon para coger una. Brindamos instintivamente. «Salud.»

—... y belleza —añadió mirándome a

la cara.

—Gracias, es de Lanvin —aclaré innecesariamente haciéndole creer que me estaba elogiando el vestido azul petróleo que me había puesto para el desfile. Todas las fibras de la tela se me aliaron con la piel alterada por un cosquilleo adolescente. Escuché en ese momento los flashes de los fotógrafos dando la bienvenida al maestro Lagerfeld en la sala de cristal y me giré para disimular mi escalofrío.

—... tienes unos hombros muy bonitos —me susurró a mis espaldas.

Se dio cuenta de mi nerviosismo y cambió el rumbo de la conversación para alivio mío. Empezó a hablarme de la moda entre bastidores, toda esa batalla por el peso ideal, por la foto perfecta, por ser el seleccionado para abrir un desfile o para salir en las revistas de tendencias aunque

sea a través de una foto mínima. Luego empezó a hablarme de sus clases de arte en la Sorbona, de quién era el profesor más espeso y de lo mucho que le gustaba pasear por el Museo de Orsay.

—Siempre voy a ver las bailarinas de Degas. ¿Las has visto? Son tan sutiles, la crítica de la época dijo que eran horribles. Qué cosas. Hoy tan clásico y entonces tan moderno. ¿Sabes que el Museo de Orsay fue una estación de trenes?...

Me explicaba todo con la frescura y el atrevimiento que tienen los veinte años, con esa mezcla de novedad y desembarazo que se pierde irremediabilmente con los años. Sonriendo, gesticulando abiertamente con las manos, moviendo los hombros hacia los lados al dudar cómo seguir con la frase, mordiéndose la lengua cuando buscaba el mejor de los adjetivos,

guiñándome un ojo para hacerme cómplice de los secretos de su mundo. Y todo el rato sin dejar de mirarme a los ojos. Sin licencias en cambio de ninguna insolencia. Yo habría deseado en ese momento tener veinticinco años para lanzarme a sus hombros despreocupada y salir corriendo de esa sala llena de ricas aburridas para sentarme con él en alguno de los puentes del Sena, abrir una botella de vino barato de cualquier tienda del Barrio Latino y mirar los barcos llenos de turistas bajo nuestras piernas. Pero hoy habría sido grotesco.

—¿Has ido alguna vez al Museo Rodin?

—Humm... ¿Y tú?

—Había mucha cola el día que fuimos, y como es tan pequeño...

—Eso es verdad... Es muy... pequeño

—le indiqué.

—Pero dicen que es precioso.

—Sí, es muy coqueto —susurré—.

Muy personal, dicen las guías.

—¿Podíamos...? —me preguntó dudando si sería mucho descaro salir de allí y aprovechar lo que quedaba de tarde.

—Seguramente estarán ya cerrando —dije.

—Si no lo intentamos no lo sabremos, ¿no crees?

La vida está llena de casualidades y de gente que no tiene barreras a la hora de lanzarse y dar un último acelerón a su autobiografía. Yo no soy de éstas, pero sí creo en los impulsos. Igual que sé dónde descubrir una buena historia para televisión, supe en ese momento que aquello tenía magia. Me miró, le miré y

salimos entre la gente que todavía estiraba su presencia en el desfile del aniversario Chanel. Pensé decirle algo a Marina, pero me sentía tan animada en mi montaña rusa y la vi tan entusiasmada en su conversación que opté por aceptar la mano de Willy y salir de allí. No podía imaginarlo. Me estaba llevando la contraria a mí misma, estaba haciéndome yo sola la oposición en el parlamento de mis recelos. A la salida del Grand Palais cogimos un taxi hacia el distrito 7 de París. Mi acompañante le explicó en un perfecto francés al taxista a dónde nos dirigíamos y yo me di cuenta de que todavía estaba atada al anzuelo, que sin haberme percatado de la situación yo iba aún enganchada a su mano firme y apoyada ligeramente en su hombro en el asiento de atrás.

La música de la radio me bastó para ponerme a tararear la canción que sonaba en ese instante, era *Que c'est triste Venise*. Una cursilada que me sé de memoria: «... *Et que le coeur se serre, en voyant les gondoles, abriter le bonheur des couples amoureux...*». Ha seguido él: «*Que c'est triste Venise, au temps des amours mortes...*».

—¿¡La conoces!?! —le dije.

—Pues claro —echándose a reír—.

Es de Aznavour, ¿me llevo premio?

—Me parece tremendo que te la sepas... ¿tú? —yo seguía sorprendida.

—¿Yo? A ver, dime por qué no me la puedo saber. Va —me soltó.

Efectivamente, no tenía ninguna razón para darle y, efectivamente, el museo estaba cerrado. No sé cuándo abren los franceses sus museos, pero justo

cuando más apetece es cuando te los encuentras cerrados. Estuvimos un rato mirando por los barrotes de la puerta desde donde se divisaba levemente una copia de *El pensador* en escayola. Daban ganas de colarse y perderse por los jardines del pequeño palacio; sin embargo, caminamos charlando hacia el puente de Alejandro.

—Tengo que volver un día a verlo, la parte de las esculturas es muy interesante —me dijo.

—La verdad es que por fuera se hace tan especial que...

—Volveremos —su seguridad fue aplastante al dejarme a mitad de frase. Tanta que me vi volviendo con él al Museo Rodin una tarde cualquiera.

—Sí, no estaría mal —le dije volviéndome hacia su cara.

—¡Es increíble la vista que tenemos

desde aquí! Quédate quieta ahí. No te muevas —me cortó.

Sacó su cámara de fotos del bolsillo y me disparó dos flashes casi sin darme la oportunidad de esbozar mi mejor sonrisa, esa que pongo siempre en las instantáneas de las presentaciones.

—¿¡Qué haces?! —me entró una risa nerviosa—. Voy a salir terrible.

—Haz como las modelos, posa en la barandilla, aprovecha la luz tan elegante que dan las farolas estas.

—Pero si no soy una modelo, soy... —tenía ganas de abrazarle—. Ya me gustaría a mí ser una de esas larguiruchas delgadísimas.

—Bah, ya les gustaría. Eres un lujo.

—¿Así?... ¿o así? —me vi haciendo gestos totalmente desenfadada ante su cámara.

—Ahora verás cómo estás quedando... Tengo buen ojo...

—Desde luego.

—Espera, mucho mejor así. Estás guapísima. ¡Mírame ahora! FLASH.

Los coches pitaban con el claxon y nos daban las luces largas mientras seguíamos de risas con la improvisada sesión de fotos en pleno puente. Me resultaba excitante haber convertido una broma en un coqueteo entre él y yo. Estaba a sus órdenes imitándole los gestos que me proponía, su lenguaje corporal me daba señales que yo copiaba simulando ser una maniquí. Esta pequeña diversión era lo más emocionante que me había pasado en muchos meses y no tenía ningún sentimiento de culpa por estar formando un numerito en el corazón de París.

—Estoy totalmente fatigada —le dije

entre risas—. No me queda aliento.

—Pues a mí no me queda casi batería —dijo levantando las cejas irónicamente—. Esto se ha terminado por hoy —acabamos sentados en un banco y me sentí feliz.

—Ha sido divertido, ¿eh?

—Sí, ha sido genial.

—¿Tienes hambre? ¿Te apetece que cenemos juntos?

—Me encantaría —le dije.

—Pero no en un restaurante, me acompañas... donde yo decida. ¿Vale?

—Sí —no hubo ni un segundo de vacilación porque me sentí segura en su mirada. Me gustó su pausa al decir «¿me acompañas?» y su sonrisa de medio lado haciendo menos grave la invitación. Sentí que de la Torre Eiffel salían fuegos artificiales. ¡No me lo podía creer!

24.00 h. Medianoche. He dicho que sí.

03.00 h. Querido diario: Ahora que han pasado unas horas puedo decir que recordaré toda mi vida el momento en que subí por las escaleras de su casa. Nerviosa como una niña, impaciente por llegar a ese cuarto piso sin ascensor de la *rive gauche*, pensando en quitarme los zapatos al subir o dejármelos puestos por decoro lógico, rozando la barandilla con mi mano mientras le iba mirando subir de dos en dos los peldaños del edificio y sin notar que mi respiración iba agitadísima. Mis fantasías estaban delante de mí y no titubeaba nada en ese momento porque desde hacía horas ese chaval que me precedía vestido de azul había conseguido

que me sintiera como nunca. Joven.
Divertida. Guapa.

El apartamento era una buhardilla con el techo abierto al cielo a través de un gran ventanal que llegaba casi hasta el suelo formando una media cúpula de cristal. También recuerdo el escalón lleno de velas que encendió cuando entramos. Una pared con una enorme litografía de las bailarinas de Degas tras el sofá y frente a él una estantería llena de libros y discos. En el suelo de madera oscura, junto a una cadena de música, había montañas de cedés apilados en grupos. Yo entré con la mente en blanco y con sed acumulada.

—¿Has visto el cuadro? —lo entendí.
Eran las bailarinas de mis sueños.

Hemos estado riéndonos con las fotos del puente, en alguna se me notaba el pulso acelerado, me ha enseñado dos

revistas en las que él salía y me ha dejado jugar a poner música, luego ha abierto una botella de champagne, otra, que tenía fuera de la cristalera. «No tengo más en la nevera, como nunca estoy en casa», se ha excusado sin artificios para no quedar bien ni mal. Hemos cogido dos vasos que tenía en la barra y hemos brindado por las bailarinas de Degas. En pie, frente a mí —yo estaba recostada descalza en el futón—, me ha dicho: «Que nunca dejen de bailar», y me ha vuelto a rellenar el vaso. Yo me he quedado mirándole abiertamente y sin rubor cuando en ese momento se ha acercado a mí como para besarme. Me he puesto ligeramente nerviosa porque sólo iba a limpiarme una gota de champagne que me bajaba por el cuello. Otra vez risas tontas. «Me gusta cómo te ríes», me dice. Y sólo he acertado a decir «tú también»

cuando agachándose hacia el sofá me ha empezado a besar. Un beso largo, casi eterno. La ventana ha golpeado ligeramente el marco de madera, pero no he querido abrir los ojos porque no quería saber si él también los tenía cerrados...

CAPÍTULO 6

EN UNA ALAMBRADA

—Marga, perdona, ¿puedes repetirlo todo otra vez? —me ha dicho el regidor.

—Sí. Lo repito otra vez todo, ya mismo.

—«... A ésta le ha pasado algo, está rara...» —eso era por el pinganillo.

Ya es lunes, 25 de octubre

Ayer volví de París, pero París sigue todavía en mí. En el programa he estado totalmente ausente, dando paso a las noticias de una forma mecánica sin enterarme en absoluto de nada. Willy. Me rebota el eco de su risa entre las sienas y desde que he llegado a los estudios voy buscándole en todas las caras que se me cruzan por los pasillos. Tengo su nombre atrapado en la garganta, su olor en mi piel, su mirada en mis ojos, su voz repitiéndome toda la noche «tranquila, todo está bien...», y así no consigo respirar de forma calmada. El regidor me ha llenado varias veces de agua el vaso de la mesa del plató porque he tenido un carraspeo nervioso que se me ha hecho inmenso. Respiro, inspiro. No sé qué hacer ni cómo afrontar esto que me pasa. Soy de las que siempre lo han contado todo, pero mantener el

silencio y compartir conmigo misma la ansiedad me está matando. Es un ahogo.

—Repito lo que queráis, no tengo problema.

—De acuerdo, Marga, es que no hemos grabado nada. Hemos tenido un problema con la titulara de los rótulos del anunciante. Si te parece... —estaban amables conmigo.

—Sí, sí... voy a ello —me he recolocado en mi sitio, delante del cartel de la agencia de viajes, y he empezado a repetir el texto memorizado. «Seguro que tienes ganas de escaparte con tu pareja, este mes con Viajes EURORUTAS tu amor viaja gratis. Llévate. Enamórate de Londres, Praga, Roma, Pa-rís... o Viena. En tu agencia EURORUTAS de siempre. Créeme.»

—¿Marga? —el regidor me miraba.

—¿Sí? ¿Pasa algo otra vez? —he preguntado nerviosa.

—Hummm... veamos... es que los de realización dicen que has hecho una pausa extraña al decir París. No sé. Suena raro. Si quieres lo escuchamos y vemos si nos sirve —yo sí que estaba extraña, tanto, que en cuanto han dicho que esa grabación servía he salido corriendo hacia el camerino y he roto a llorar. Toda la tensión del viaje en el avión de vuelta, la despedida agitada en las escaleras de su edificio, el mensaje de «Degas y yo te esperamos» mientras imagino su sonrisa abierta han estallado justo ahora. Horror. Y aquí estoy encerrada en mi camerino llorando como una niña enamorada. No me reconozco, ¿ésta soy yo? Hace tiempo que no lloraba con ahogos, con fatiga, llena de

lágrimas. No puedo más. He cerrado con el pestillo para evitar que entrara Angelines a por la ropa de hoy, he abierto la ventana para que se cuele aire fresco y me he quedado sentada en el sofá bajo la foto de mi primera vez en directo. Hoy tiene algo de aquella vez porque no sé qué pasará en adelante, de hecho, mañana veré cómo afrontarlo. Hoy sólo tengo ganas de verle, de volver a plantarme en París como una desconocida y correr hacia el puente de Alejandro a seguir con la sesión de fotos. Todo se me hace ahora pesado, todo lo estoy viendo como en una película rápida pero sin él. Escucho aún su «hola» cuando me paró en el Pompidou y es como si lo reviviera de nuevo al cerrar los ojos. Buf... qué nudo llevo en el estómago, estoy fatal. No, no, no. No respiro bien. Me niego a que no pueda ser lo que quiero que sea. No

es un capricho.

Teléfono. Es Ramiro.

15.00 h. Me he tomado un Lexatin y he dejado la tele encendida. La primera vez no le he cogido el teléfono, la segunda he tenido que decirle que me lo había pasado muy bien, que no le había traído nada y que nos veríamos en casa. Todo bien. Al menos no me ha notado nada.

23.00 h. En la cama me ha dicho que en Santander han hecho nuevas alianzas y que pretenden ampliar capital en Portugal, Turquía y Letonia. ¿Dónde está Letonia? Yo en el mapa sólo veo París.

Miércoles, 27 de octubre

Continúo nerviosa. Me ha enviado un

mail desde París que todavía no tengo fuerzas para leer. No me atrevo a abrirlo. Lo he visto en el buzón electrónico y se me hace un mundo volver a sentirle si le leo. Me apetece. Me estoy volviendo loca. Sólo pienso en él. He perdido peso, me lo noto, Angelines y Anita han sido las primeras en notármelo. «Cuidado, no adelgaces mucho que se te queda cara de colibrí», me ha dicho cuando me maquillaba. Me da igual. Al salir de los estudios he ido directa al masajista tailandés de Rita.

19.20 h. No debería haber ido. No.

19.30 h. Si fuera primavera me iría dando una vuelta por la calle, viendo tiendas. Pero este otoño ha entrado de lleno en Madrid. Estoy helada.

20.25 h. Me he puesto dos gin tónicos sin que se diera cuenta Zulema. Así que han sido sin hielo, directamente de la botella al vaso. Estoy mareada. Mejor. El masaje me ha revuelto todo, al cerrar los ojos he sentido que era Willy el que me pasaba las manos por los tobillos, las rodillas, los muslos... abiertos. Le he dicho a Jin que parara, me estaba encontrando mal y la habitación a oscuras llena de velas de canela ha empezado a resultarme claustrofóbica.

Jueves, 28 de octubre

Marina me ha llamado para invitarme mañana a la renovación de la galería, está muy ilusionada con los cambios. «Será algo novedoso, no se ha visto todavía en España», me explicaba. Sí, sí, sí. Iré.

Según me ha contado, es una alegoría en vivo de un equipo de artistas comprometidos y totalmente alternativos. «Va a venir todo el mundo, me han confirmado de todos los medios: revistas, teles, radios... Ya verás, Marga. Es rompedor.» Me flagelo pensando en volver a verle. Es lo único que me apetece en este momento. Debo leer su *mail*, le necesito cerca. En la tele he encendido dos veces el ordenador pero he tenido que volverlo a cerrar, Antonia merodeaba cerca e iba de aquí para allá husmeando entre mis papeles, haciendo criba de las cartas recibidas y me ha entrado pánico cuando he visto en la bandeja de entrada el sobrecito cerrado (mensaje nuevo, 1 Willy Echevarría). He apagado el PC. No podía. Lo he abierto. Lo he cerrado. Tenía que concentrarme en la entrevista del plató. Me

he ido hacia el estudio sin ganas.

No he podido decirle nada a Marina. Mejor será olvidarlo todo. Hay que ir pensando en otra escapada, me ha dicho por teléfono, según ella nos tenemos que ir los fines de semana para aprovechar la agenda y el dinero. Praga, dice. Que podía ser Praga para airearnos.

16.00 h. Me quedo en el salón. Este jersey me está agobiando, me pongo algo más cómodo. Me hace mayor, es la última vez que me lo pongo. Me lo quito y se lo doy a Zulema. Vale, siento que puedo quitármelo de la cabeza. Willy, Willy, Willy. Más tarde o más temprano voy a tener que hacer algo. Voy a ello. Y si lo leo será mejor. A lo mejor no dice nada. Lo habrá olvidado y yo sólo hago que tenerlo presente. ¿Pero por qué me tiene

que pasar esto ahora? Estoy incómoda, irritada.

16.05 h. Abro el hotmail en el ordenador.

MENSAJE DE WILLY

Hola, ¿todo bien? Seguro que sí. He vuelto de la universidad y he sentido la necesidad de ponerme otra vez la canción de Aznavour. Si quieres puedes ponerla, te acordarás de mí. París se hace extraño sin ti, como Venecia en la canción. No tengo a quien hacer fotos en el puente ni nadie a quien rescatar de entre la multitud para ver si han abierto el Rodin. En fin, París es un poco distante, ya sabes, parece perfecto pero en el fondo uno se siente solo sin nadie con quien pasear.

La próxima semana vienen dos amigos de Madrid a verme, dos ex compañeros de clase, y haré cena. Lo pasaremos bien. En fin. Pero mejor si fueras tú.

Un beso, tu Willy.

*Pd.: ¿Por qué no vienes?
0033625482225.*

21.55 h. Estoy destrozada. Después de 45 minutos releendo el *mail* no he tenido valor de responder, quizás me tumbe en la cama. Mejor que no haga lo que me está apeteciendo, llamarle. Ramiro está en el salón y me resulto ridícula escondida para hacer una llamada a París. El mensaje es tan blanco y tan puro que me siento afortunada. Destila una timidez que me dan ganas de abrazarme al ordenador y besarlo. Uf. Lo he hecho. Es algo especial.

Me he abrazado a la pantalla. Quiero llorar. Qué absurda. Qué bien. No sé. En aquel banco se le veía tan calmado y sin embargo tan lleno de energía... ¿Le mando besos? ¿Le pongo mi teléfono? Huy no, si llama por la mañana lo cogerá Antonia y a ver qué le digo. Lo pilla todo. Y si le llamo ahora... Un mensaje. ¿Cómo firmo? ¿Marga? ¿Margarita? ¿Qué haría mi hija? Dios mío, estoy pensando en mi hija... Es de su quinta. Aggg... No le dije dónde trabajo. No sabe que soy presentadora. Ni que tengo sesenta y un años. Me está faltando el aire y tengo que suspirar a ratos. Dios mío. Es tan joven. Tan guapo.

01.00 h. No me duermo. Ramiro está roncando.

Viernes, 29 de octubre

Me he despertado al escuchar su ducha, yo estaba hecha un trapo, toda llorosa en la cama. Una pesadilla me ha descompuesto: llegaba al cuarto piso de la *rive gauche*, ilusionada como hace días, pero al entrar en la habitación del ventanal me encontraba con Ramiro encendiendo velas. Yo las apagaba calcinándome los dedos. Mi realidad romántica del fin de semana hecha trizas en un santiamén. A veces creo que soy más inteligente soñando que despierta. Será un día estupendo, me he dicho para coger fuerzas y llegar a la cocina. Quizás la fiesta de Marina en su Galería Cuesta Arriba me arregle la semana.

18.05 h. Voy a arreglarme. Y, ¿ahora qué me pongo? Me he quedado desnuda

frente al espejo del baño. Me he repasado de arriba abajo en el reflejo y sólo he conseguido aumentar mi inseguridad. ¿Vio en mí algo especial este chico?

19.00 h. La invitación exige «etiqueta» de cóctel. Voy especial. Espectacular. En esta montaña de emociones que llevo desde que he vuelto de París ahora me encuentro arriba, mejor que esta mañana. Gracias al gin y a Dios. En el fondo soy una agraciada por la fortuna, no me ha tocado la pedrea, me ha tocado el gordo.

Medianoche. Es que me tiene que pasar todo a mí. He venido desgarrada. La galería estaba llena de coleccionistas, casas de subastas, familias bien, marquesas, viudas, famosas, bueno, una curiosa

mezcla que va desde Miss España, un supermodelo de temporada, varios actores en cartel (los de cine dan más caché que los de series) y muchas mujeres de toreros bien. Después un manojito de señoras de mi edad que parecen de su edad. Había deportistas de élite. Decenas de periodistas en la entrada armados con cámaras de fotos. He posado con la sonrisa más falsa que tengo, si quiero enseño hasta las fundas de las muelas del juicio y la operación de anginas. Flash, flash, flash. He sido todo lo encantadora que puedo llegar a ser para que luego no digan en las revistas que soy una mezcla de perversa y dócil. Que me lo expliquen porque no lo entiendo. He pasado directamente al fondo de la galería para juntarme con la Mejillones y la Postizos. Me daban miedo hoy. Las arpías son unos rayos equis de

percepciones y esta vez me he tenido que hacer la escurridiza y dedicarme a dar pases de pecho con las miuras estas. Menudas brujas.

La instalación consistía en una alambrada de espino con un pasto verde sintético de plástico, guantes naranjas puestos en brazos de maniqués descuartizados con armas blancas que simbolizaban el *apartheid* de Sudáfrica. La cerca metálica estaba custodiada por descendientes de esclavos brasileños, de carne y hueso, vestidos de policías. El título de todo este tinglado era *Security*. Un horror.

—Yo esto no lo entiendo —le advertí nerviosa a la Mejillones.

—Es lo de menos, mira quién ha venido, está la *crème de la crème* —me señaló con el dedo—. Beatriz de Orleans.

Divina. No sé qué hace para estar así.

—Lo que tú y lo que yo, querida —
cuchichea la Postizos.

—¿Qué taaaal? —en ese momento se
unió a nosotras la Sapo. «Queriiiidas.» Me
encantaría tenerla en mi programa porque
su agenda es envidiable. Conoce a varios
ministros, se codea tanto con las ex más
millonarias como con las nuevas ricas y,
ahí voy, te destroza una exclusiva de la
competencia con una sola llamada de
teléfono.

—Me han dicho que se casa la
Cuadritos.

—Eso mismo estábamos comentando.

—Que deja la soltería, debe de estar
harta de comprar trastos y tirarse a
escondidas al guardaespaldas.

—No creo que sea cierto —apostilló
la Postizos—. Y eso que dicen que la han

visto con un chavalito que apenas debe de tener veintipocos.

AAAAAH. DIOS MÍO. NO. Alarmada, miré hacia todos lados de la sala buscando una salida digna para huir de la conversación, la edad había sido un disparo en la sien, un mazazo de golpe y con una sola palabra. Veintipocos. Me empezaba el anuncio de una migraña incisiva en la parte derecha, justo en el lado en donde escuché una risa de cacatúa.

—Ja, ja, ja... Ya le gustaría a la ufana esa —rió escandalosa la Mejillones mientras se acercaba su cómplice: el Terciopelos.

—Hola, bellezas castellanas —el Terciopelos es un dandi con una voz absolutamente particular que me entusiasma porque sus abrigos de piel de visón rasado son espectaculares (una vez

coincidimos con el mismo modelo en una fiesta de Mar Flores). Pero en ese momento su presencia podría significar mi hundimiento. Me entró miedo.

—¿Qué comentábais, pérfidas?

—Nada en especial, comentábamos la exposición y esos guantes naranjas —dije intentando desviar la conversación con muy mala fortuna.

—Hija... pareces boba, ¡qué más te da! —soltó la Mejillones—. Que la Cuadritos se casa con un jovencito. CON UN JOVENCITO.

—Ésta se habrá creído que es Demi Moore. Ja, ja.

Tragué saliva y bilis. Yo estaba con la mirada fija en la alambrada de espinos y sintiéndome como Juana de Arco ardiendo en la llama de las zorras envidiosas que me acorralaban. De hecho, me ardía la

garganta y si me ponen un cigarrillo cerca lo enciendo con el aliento como una perroflauta hippy de semáforo en rojo.

—¿Tú qué dices, Marga?, lo comentareis mañana en vuestro programa, ¿no?

—Pues... no sé... no tengo ni idea... es sólo un rumor... no sé... digo... a mí Demi Moore me cae bien. Está enamorada... no sé... es feliz...

—¿Qué? —soltó la Postizos como alterada—. Pero... ¡dónde va esa vejestorio operada enredada con un niño que podría ser su hijo! Me daría vergüenza... a su edad... Asaltacunas.

—Sí, así es. Una buscapañales. Mucho ha tardado, hasta ahora se lo gastaba todo en chulos, al menos que ahora se lo gaste en el mismo —finiquitó rápidamente el Terciopelos mientras yo me

giraba nerviosa para saludar a Cuca Solana, que vestía un impecable traje negro, demasiado negro para un estreno pero perfecto para una galería de arte. «Estás genial en tu programa, pero ya debes de estar cansada de que te lo digan. No me pierdo tu debate.» Nunca se cansa una de que se lo digan. «Monísimo tu vestido», añadió. Yo esta noche fatídica me había puesto un dos piezas de Lacroix en gasa estampada de verde y turquesa que me favorecía discretamente y que el aire de la puerta al abrirse y cerrarse movía suavemente. Esa misma semana Carolina de Mónaco lo llevó en una fiesta de nosequé ONG y no podía tardar más en estrenarlo. Me había encaprichado y era el momento. Hoy quería ir guapa. Más. Un modelo caro pero no demasiado cuando esa misma semana has sido dos veces

portada, *Semana y Lecturas*.

—Precioso vestido, Marga.

—Lo ha sacado Carolina. Es de Lacr... —me quedé con la palabra en la boca. Aturdida. En un segundo comenzó un revuelo extremadamente ruidoso en la sala. El ruido de copas se mezcló con los disparos de flashes de los fotógrafos. Un murmullo recorrió la exposición como una traca valenciana desde el fondo hasta la entrada, que hasta los negros que cuidaban la verja alambrada se giraron hacia la puerta. Era ella. «Acaba de llegar, acaba de llegar», se oía. «Nunca falla.» «Dios Santo, qué escote.» «¡Perfecta, es perfecta! ¡A su edad!» Allí estaba, en el hall, entraba radiante envuelta en una nube de luces que no le inmutaba ni un milímetro el gesto. Los fogonazos de las cámaras hacían brillar los diamantes de sus orejas. El brillo

podía verse desde mi sitio. Miré a mi alrededor y era evidente la admiración que despertaba su presencia. La Mejillones, el Terciopelos y la Postizos empezaron a susurrar pequeños ¡oooh!

El resto de la galería intentaba verla de cerca; ella seguía en la entrada, impertérrita, sonreía escandalosamente y todos los fotógrafos enfocaban su raso fucsia buscando el mejor plano de los objetivos. Levantó la mirada desde su hombro descubierto hacia la multitud como buscando a alguien y, como si fuera lo más normal del mundo, la cabalgata de fotógrafos a sus pies. Yo intentaba esconderme, huir de allí.

—¡Será atrevida la carcamal!

—¡Qué demonios se habrá creído la jubilada!

—Él será un cazafortunas, claro. Y

ella, mírala, tan campante.

—¡Es la Cuadritos! —gritó la Mejillones—. ¡¡¡La Cuadros!!!

—¡¡¡¿Quién?!!! —dijo un camarero girándose cotilla hacia la puerta al escuchar el apodo. En ese momento vi pasar a cámara lenta la bandeja de copas a la altura de mis ojos, intenté esquivar el borde afilado y eché la pierna hacia atrás con tan mala suerte que mi tacón se quedó pegado a la alfombra, el talón se me torció y di de lleno en la alambrada de espinos. Uno de los negros fue a sujetarme pero fue peor, intenté agarrarme de su cintura y le bajé de un tirón sus pantalones de uniforme dejando al descubierto su enorme miembro de color (negro), que quedó a la altura de mi cara. Todos gritaron. Imagino que por el miembro, porque yo seguía apoyada de rodillas en el suelo mientras

los flashes empezaban a girarse hacia mí. La Mejillones abrió los ojos alucinada y consternada porque se temía lo peor, la foto. El Terciopelos hizo lo mismo al ver el aparato. Y yo gritando. ¡¡¡AAAHHH!!! Mi Lacroix de Carolina de Mónaco se había desgarrado literalmente en la alambrada y mi faja, mi culo y mis piernas habían quedado a la vista de toda la sala. El negro seguía intentando ayudarme. Yo seguía en el suelo. Estuve a punto de echarme a llorar o a gritar.

—¡MARGA!... ¡MARGARITA, Dios santo!

Y, mi salvación, Marina desplegó un fular sobre mi cintura anudándolo a la misma velocidad con que todos los fotógrafos conseguían llegar al lugar del siniestro. La foto, por fortuna, no la habían

conseguido. Al menos la mía, porque el pobre soldado brasileño disfrazado se subía los pantalones apresuradamente mientras yo besaba agradecida a la que sin duda es mi mejor amiga.

—¿Has visto eso? —dijo en un primer momento Marina.

—Sí... Gracias... Debe de ser el champagne —susurré aturdida.

—Marga, a mí no me vengas con tonterías.

—No es nada, Marina...

—No te lo voy a volver a decir. Estás rara. Me parece que tenemos que hablar.

CAPÍTULO 7

INTERNET

Lunes, 1 de noviembre. Todos los Santos

Estoy escondida otra vez en el camerino. Hoy ha sido un melodrama. Yo no era Margarita Gayo, era Margarita Xirgú haciendo de Medea en el teatro romano de Mérida. Fatal. Lo peor. He estado a punto de vomitar en directo porque eran mis propios «hijos» los que se estaban convirtiendo en cuervos para

sacarme los ojos. Hoy no debería de haber habido programa, siempre hacemos puente. Pero lo ha habido. Resultado: horror. Me pongo el pinganillo, me arreglan el micro en la solapa, me retocan el maquillaje, cojo mis papeles para ponerme a presentar, toso para aclarar la voz y cuando ya estoy a cinco segundos, cuatro, tres, dos, uno... empieza el sumario. «El otoño empieza con gota fría en el Levante español. Verán las peores imágenes. Además, visitamos los cementerios más famosos y con más famosos... y también... bla, bla... Hoy, ADEMÁS, no se lo pierdan, el listado de las mujeres *baby*, liadas con jovencitos y tan campantes. ¡Demi Moore no es la única! También Susan Sarandon, Madonna, Joan Collins, Sharon Stone... y españolas como... No se muevan.»

¿Cómo? ¡Cómo! ¡Estaba en directo!
Pensé que todo el país se iba a enterar de que estaba follando con un chaval de París. Que llevaba días sin dormir, enamorada. Noches pensando en él. Al enfocarme la cámara me había quedado abducida. Paralizada. Muda. Como E.T. No sabía qué decir.

—«... Marga, Marga... coño... Estamos en directo...» —era la voz por el pinganillo.

—«... ¡¿Adónde vamos?!» —gritaba realización—. «Hacedle señas... Que está en directo, por el amor de Dios y la Santa Madre Iglesia.»

—«... Margaaaa, Maaaarga, leche. Di buenos días» —me dijo el director en el oído enloquecido.

—«... ¿Qué le está pasando?»

—«... ¿Me oyes, Marga?, di buenos días. ¡Estás en directo!»

—Bu-e-nos dí-as, señoras, se-ño-res. Bienve-ni-dos al program...

—«Mierda, ¡Mierda!... a publicidad, a publicidad.»

16.05 h. Llamada de Marina.

—Te he visto en la tele. Están llamándome todas. ¿Me lo explicas? —la voz era seria. Demasiado grave para Marina.

—No sé —seguía aturdida—. No sé qué me ha pasado.

—Marga, por favor. Están repitiendo el *zapping* de tu desmayo en todas las cadenas. Para delante y para atrás, lo rebobinan y lo vuelven a poner. Te has quedado blanca, has abierto la boca y has caído como un membrillo maduro. Me lo

sé de memoria.

—... No me digas que... lo están repitiendo todas las televisiones, son unas ladillas. Aggg. Están aprovechándose de mí para hacer audiencia.

—¡Pero si te has estrellado en el suelo! ¿Cómo no lo van a poner? Además... ¿a que tú lo habrías puesto de la Otra... eh? —en eso Marina tenía razón—. Además, estás supergraciosa, para qué te voy a engañar, parecías un salmonete fuera de la red.

—Debo de estar baja de defensas... como estoy adelgazando.

—Mira, Marga... Algo pasa. El viernes te estampas contra mi alegoría *Security* en plena inauguración. Me comes el protagonismo, con la de invitados que tenía. El negro que dejaste en pelotas lo va a sacar *Interviú* la próxima semana, no te

digo más. Y hoy tu programa se va a negro porque te has comido el parqué... A ver. Dime que no lo estás haciendo por protagonismo. Dime que no es por el premio TP... No me vengas con las mismas, eh.

—Debo de tener las cervicales pinzadas y me dan mareos.

—Vamos a ir eliminado casillas. Embarazada no estás.

—Déjalo, Marina... —intentaba salir por la carretera secundaria urgentemente—. No es cuestión de hablar esto por teléfono. Espera que encienda la tele... huy, huy, huy... que lo están poniendo en el programa de la hija de puta de Luchi. Espera que llame al productor ejecutivo, que la van a tener conmigo.

—Schsssss... Te estoy leyendo el pensamiento. Tienes problemas con la tele.

Te echan —afirmó inquisidoramente.

—¿¡Que me van a echar!?! Estás loca. Tengo contrato por dos temporadas más.

—Pues te cambian de horario por la ñoña esa. La rubia, cómo se llama.

—No.

—Me estás asustando. Júrame por lo que llevo puesto que no has vuelto a caer en la tentación del robo. Dime que no has sido detenida por cleptómana. Ay, Marga, eso es una enfermedad. La policía te busca, la has pringado. Lo estoy viendo, lo estoy vi-en-do.

—¡Pero qué dices! Yo no robo desde que era una adolescente. Y además, no es una enfermedad, es una maña.

—Buf... Déjame que adivine entonces... ¿tele o pareja?

—Calla ya.

—... ¿Ramiro? A ver si va a ser

Ramiro.

Al final me he quedado callada. La broma estaba llegando muy lejos y la bola de ansiedad que tenía en la garganta estaba a punto de convertirse en confeti. Hubo un largo silencio. Estaba a punto de desplomarme otra vez mientras Marina seguía al otro lado del teléfono, «Marga, Marga, Marga, ¿Marga?» A punto de colgarle he tenido el valor suficiente para confesar mi inquietud.

—Marina, sí, ha pasado algo.

—¿A qué te refieres?

—A París.

—¿A París? Caray, te cuelgo. Ahora mismo estoy en tu casa.

17.24 h. He caído como un membrillo. Soy una fruta madura, caduca, pasada. Deberían hacer conmigo un puré,

envasarme y ponerme a la venta en una feria de artesanía. Madura. Recorrido hecho, de verde a rojo, uf... Me fallan las piernas y me caigo. En el cuarto piso no me fallaron, ni me fallarían si vuelvo. Vuelvo. Sigo con el móvil en la mano, tengo su número memorizado con una W.

17.33 h. AAAAAHHHHH...
¡coñocoño! De tanto tocar las teclas tenía que pasar. Acabo de hacerle una llamada perdida. Miro y compruebo. Efectivamente. Registro de llamadas. 17.33 h. Llamada a W.

17.35 h. BIP, BIP. Mensaje recibido.
«Estoy en clase. Te llamo luego. Degas.» Dios mío, sabe que soy yo, habrá visto el número largo. Es tan listo. Tan encantador. Tan sexy. Dios te salve María, llena eres

de gracia, el Señor es contigo, bendita Tú eres entre todas las mujeres... Debo relajarme como sea. Mi cerebro es una Termomix cocinando maravillosas historias junto a él: viviendo en ese apartamento acoplados, estrechos y felices, bajando a desayunar crepes en alguna cafetería desconocida para subir de nuevo a hacer el amor, viajando en pareja a Cayo Levantado y perdiéndonos en una hamaca bajo las palmeras dominicanas bebiendo simplemente agua de coco, casándonos en un impulso en Las Vegas vestidos de Marilyn y Elvis, o en Lourdes, me da igual. El rubio no me sentaría mal. ¿O sí? Uf. Ding, dong. Marina acaba de entrar en casa.

20.00 h. Hemos preferido sentarnos en mi habitación, Zulema estaba limpiando

la plata y pasaba cada dos por tres por el salón. Aquí encerradas he tenido que confesarme con mi mejor amiga. Nos hemos puesto dos gin tónicos con mucho hielo. Me he tenido que rendir como en Breda entregando mis lanzas, mis llaves y soltarlo todo de carrerilla. La noche, el desfile, el hola, el paseo, el museo cerrado, el puente, su casa, la madrugada... y que tengo su teléfono y una invitación en el *mail* para volver. Todo. Marina, era de esperar, se ha puesto a dar saltos por la habitación como una cabra con tacones y gritando «lo sabía, lo sabía, lo sabía».

—¿Cuántos años tiene?

Cerré los ojos y respondí:

—Veintitrés.

—¿Veintitrés? Maaaarga... eres como la...

—... Demi Moore, ya lo sé. No me lo

digas más —me levanté y me puse a dar vueltas.

—VEINTITRÉS. Bendita seas entre todas la mujeres. Qué alegría, Macarena, eyyy.

—No me hagas reír que esto es serio.

—¿Sabe que trabajas en la tele?

—No, no sabe nada.

—¿Se lo vas a decir?

—No sé.

—¿Sabe cuántos años tienes?

—Cincuenta.

—¡Qué arte tienes! Igualita que yo.
¿Folla bien?

—A ti qué te importa.

—Hija... yo te lo cuento todo.

¿Cuándo vuelves a París?

—Mañana mismo iría.

—Huy, estás enamorada. Enamorada, enamorada. Somos almas gemelas. No te

das cuenta, ja, ja, como Pili y Mili, las hermanas Olsen, como Pe y Mónica Cruz, las Azúcar Moreno, Candy Candy. Por cierto, y... ¿Ramiro?

—Supongo que en el salón, viendo la tele.

00.25 h. Me estoy tomando un poco de leche en la cocina con una pastillita para dormir bien. Se me han ido todas las pesadumbres con Marina. No hay nada como quitarle hierro.

Martes, 2 de noviembre

18.00 h. Hoy en la tele parecía una quinceañera; en maquillaje he coincidido con la repelente de Luchi y tenía ganas de quemarle esos rizos que tiene a lo Shirley Temple que le hacen con las tenacillas. No

he llegado a imitar a Nerón pero me he despachado a gusto. «Hola a todas», he dicho al entrar. Ella, desde que sale en la lista de las presentadoras más deseadas, más sexys y más putones verbeneros no devuelve el saludo nunca. A mí, plin. Así que yo me he hecho la despistada como si no supiera que ese abejorro de muchacha estaba allí sentada. «Pobre Luchi —suelto de golpe—, la vi ayer en antena y está superdesmejorada, yo creo que está pasando una mala época, como tenga esas ojeras en Nochevieja será mejor que la disfracen de Miércoles Addams.» Anita, maquillándome, tragaba saliva y carraspeaba haciéndome señales que yo obviaba. He continuado con la mía mientras Christian, el peluquero, ponía todos los secadores en marcha, parecía que iba a despegar un Boeing 747. Las

ayudantes me miraban horrorizadas mientras yo seguía: «La niña me da pena, por los pasillos van diciendo que lo de las uvas es para agradecerle alguna cosita... qué mala es la gente». La bruja no ha abierto la boca. Ha aguantado momificada. Bien sabe ella por qué. Ayer en su programa parecía un abejorro riéndose de mi caída.

18.33 h. Estoy decidida. Mi hija, que es joven, me podría ayudar, pero no puedo llamarla. Me preguntaría para qué. Antonia es la que siempre me compra los billetes de avión. Tampoco puede ser, se enteraría. En una agencia tampoco, llamaré la atención y lo mismo avisan a los fotógrafos. Menudos son. Me toca meterme en Internet y sacarme un billete para el fin de semana. Pongo las fechas,

aeropuerto de salida: Barajas, aeropuerto de llegada: Orly (me lo conozco mejor que De Gaulle), y elijo mi asiento. Estupendo.

18.40 h. A ver, veamos. ¿Cómo? ¿Aceptar condiciones de qué? Vuelvo atrás. Mierda. Todos los datos borrados.

18.43 h. Ahora no hay plazas en ese vuelo. Mal empezamos. Cambio de buscador de compañía. Salida: Madrid. Llegada: París-Orly. Uf... No recuerdo el código postal de la Moraleja. Veamos. Continuar proceso de compra. Ahora dice que me falta información, pero si lo he puesto todo. Reviso. ¿Teléfono de contacto? Para qué quieren éstos mi teléfono de contacto. No me irán a llamar ahora, espero que no. Me reconocerían la voz. Pongo uno falso. Bah.

18.50 h. Llevo diez minutos esperando con los datos metidos y el relojito dando vueltas. Forma de pago. VISA. Hummm. Ok. Aceptar. Confirmación de vuelo. Madrid, 21.45. París, 11.10. Vale. Menos mal que una no es tan mayor para estas cosas. Bien. París, *je t'aime!*

18.51 h. Mierda. ¡La salida la tengo confirmada para el domingo y la vuelta el viernes! Justo al revés. Grrr... 450 euros de regalo perdidos en la red. Vuelvo a empezar. A ver. Las cosas claras, que no me quiero liar otra vez. Salida viernes, llegada domingo. Aeropuerto: Barajas. Aeropuerto: Orly. Todo bien. Mis datos, mi nombre, el código, el correo, la VISA, acepto. Importe a pagar. ¿IMPORTE 2200

euros? ¡Pero qué es esto! No me lo puedo creer, acabo de comprar un billete de adulto acompañada de tres menores de dieciséis años con sus respectivas idas y vueltas. Esto es un castigo del diablo por estar con un... Vale, veamos. Voy a llamar al teléfono del centro de reservas. Comunica. Lo intento de nuevo. Comunica. «Si quiere... pulse el botón 2...», dice la voz electrónica.

20.10 h. Vuelvo a empezar. Calma, Margarita, tú eres capaz. Paz en el mundo. Angelito de mi guarda, dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día hasta que me entregues en los brazos de... ERROR. ¡¿ERROR?! Error de qué. Cambio de página web. Me pongo con otra compañía de vuelos y pensaré que me han quemado un traje en la tintorería. Uggg. La

informática puede conmigo, si sigo así voy a viajar sola en el avión, estoy comprando plazas que no voy a utilizar. Ya llevo cinco. Me he vuelto a hacer un lío con las reservas. Inservibles. Ay, por el amor de Dios... Llamo a Marina, mejor.

21.35 h. Marina me dice que pruebe en VOLARE.COM. Es todo «superintuitivo», me dice. No soporto que me digan que algo es intuitivo cuando llevo embrollada poniendo aeropuertos, horas de salida, VISAS, llegadas y aceptando condiciones desde hace un rato. Estoy mareada. Lo que faltaba. No existe la página. Servidor no encontrado, compruebe que no ha cometido errores al escribir la dirección. Reintentar. Nada.

21.55 h. Volvamos a las ofertas de

antes. ¿Cuál era el código postal de la Moraleja? ¡Otra vez! ¡Cristo de los Puñales, santa Gema de Galgani, las Cinco Farolas y por el arcángel san Gabriel, qué castigo divino es éste! Me voy a volver tarumba. No puedo desfallecer. Mi amor está tras esta pantalla de ofertas. Vuelvo a escribirlo todo y por su orden, me sé por primera vez en mi vida el número de la tarjeta de crédito.

22.05 h. No. No quiero hotel, ni coche en alquiler. Aggg. Repetir operación.

22.20 h. Dios mío. POR FIN. Síííí. ¡Qué excitación! Llevo conectada desde las seis, tengo los ojos sangrando como una Virgen boliviana, me he comprado ocho vuelos a París, dos de ida, uno de

vuelta, tres menores de dieciséis, dos menores de dos años, y he pagado cuatro ofertas por equivocación que no me valen. En total, 5400 euros para ir y volver a París. Acabo de pagar las reformas de todo el aeropuerto de Orly yo solita. La próxima semana me llaman para inaugurar una placa con mi nombre en la zona de objetos perdidos. En taxi hasta la Torre Eiffel habría sido más barato.

22.30 h. Abro el *mail* para ver la comprobación de vuelo. Viva el amor. Viva. Huy, vaya. En la bandeja de correo tengo otro *mail*: «MARGARITA, LAMENTO MUCHO LAS RISAS DE AYER EN EL PROGRAMA POR SU DESMAYO. SÉ QUE NO DEBÍ HACERLO. ACEPTE MIS DISCULPAS. LUCHI LOBO».

Estoy avergonzada pero no pienso contestarle. Las hormonas me están desafiando.

Miércoles, 3 de noviembre

Al llegar al programa el director me mira sonriendo. Eso quiere decir que tiene noticias que contarme y que tengo que aceptar sean como sean.

—Marga, hemos subido la audiencia.

—Lo presentía, las últimas entrevistas han sido geniales —dije, sintiendo mi profesionalidad como unas agujetas de estímulo en el estómago.

—Bueno, en cierta manera no es eso... —la pausa se me hizo embarazosa porque el muy arrogante seguía sonriendo como una morsa en un delfinario. Me daba igual lo que me dijera.

—Veamos, suelta.

—... Pues que hemos subido gracias a tu desmayo. Que el pico de audiencia fue bestial, que si no te importa... podías repetirlo. Ya sabes, esto es tele, espectáculo. *Showbusiness!*

Para matarlo. Había sido humillante. ¡Dos millones de personas me habían visto derrumbarme en directo! ¡Dos millones! Me tuve que agarrar a la butaca de los invitados para no arrancarla del suelo y ponérsela de peineta fallera, me faltó un segundo para mandarlo a la mierda a pleno grito en medio del plató pero me di cuenta de que mi público estaba ya sentadito en sus filas con sus bocadillos y ellos adoran a Margarita Gayo. No hay que dar mala imagen. He hecho un ejercicio de contención digno de un desactivador del TEDAX. Cabrón.

12.00 h. «... arrancamos, con ustedes...» La alimaña del director seguía haciéndome pucheritos con los ojos pidiéndome un show. Yo me he puesto a pensar en W para agarrarme a mis mejores sentimientos.

12.20 h. Durante la pausa de publicidad he hecho lo que tenía que hacer. Llamar a mi hija para decirle que tengo una excursión con las chicas. Llamar a Ramiro para decirle que las de la Peña Glamour han planeado una reunión (divertida) en un balneario. Y, fundamental, llamar a Rita para que me reserve sesión de bótox urgente esta tarde. Unos tres pinchacitos en la frente me harán parecer más joven, más fresca, más tersa, más lozana y más flamante. No quiero

parecer un membrillo maduro en las orillas del Sena. Me tiene que ver estupenda.

18.45 h. Me miro en el espejo y estoy mejor que Nicole Kidman. El veneno no se me notará hasta dentro de unos días, como siempre, pero las dos horas y cuarenta y cinco minutos de tratamientos me han dejado estupenda. Una exfoliación en la cara y en las piernas, una mascarilla griega, otra romana, unas aguas de hidratación, aromaterapia, una crema protectora intensiva, un masaje regenerativo, otro de relajación de áloe, un tratamiento de elasticidad, otro de resplandor y luminosidad con barros, un repaso de mesoterapia, extra de hidratación en el cuello, retoque a la micropigmentación de labios, infiltraciones de vitaminas y mi adorado

bótox. Me voy a casa. Nueva. Al salir de la consulta estaba la Canapés en la entrada, alguien le debe de haber dicho que es mi lugar secreto de peregrinación y aquí se ha plantado. Qué mala suerte, con lo bocazas que es. He intentado coger el teléfono para fingir que hablaba pero me ha pillado a punto de desenfundar el arma del bolso.

—Maaarga, querida.

—Hola, amor. Cómo estás —resoplé al verla entrar.

—Pues mira, he venido a hacerme alguna cosita —soltó la falsa, seguro que la ingresan para darle la vuelta a la piel como una serpiente, he pensado. El veneno en la cara todavía no me hace efecto en la lengua, afortunadamente.

—Pues igual que yo, ya sabes, un ratito de limpieza de cutis apenas. Diez minutitos. El maquillaje de la tele destroza

el pH, pero me basta con una exfoliación.

—Yo también, apenas he venido a hidratarme.

—¡Ajá!

—Tengo una piel fantástica, es superagradecida a cualquier crema.

—Claro, las que sois más relleinitas tenéis la piel más tersa, qué suerte —le he dicho.

—Bueno, Marga, qué valor... —estaba irritada—, llamarme gorda en la cara.

—Ay, de verdad, no te pongas así... Ya sabes... Lo siento, no quería decirte gorda. Digo que la carita así pues está más tersa.

—Sí, sí. Me alegra haberte visto, Marga, voy a pasar, que tengo hora.

—Bueno... Besos.

Creo que las dos hemos dejado un

charco de veneno en el suelo.

Jueves, 4 de noviembre

Eufórica. Todo va como tiene que ir. W me ha llamado antes de entrar en directo en el programa y ha sido un chute de adrenalina. Me ha imaginado guapa, sonriente, feliz, ansiosa. Y yo le he imaginado guapo, sonriente, feliz, ansioso. Me habría quedado hablando con él en voz baja pero junto a la cámara dos, la mía, tenía al director mirándome con cara de «nena, que empezamos en dos minutos, vaaamos». Ha sido verle la cara al avechucho y he sentido una punzada de volver a coger mi móvil y enviar un beso en sms.

—Apaguen los móviles, por favor —
era el regidor dirigiéndose al público—.

Marga, por favor, puede dar interferencias, tú también.

Iba a apagarlo cuando se ha encendido la pantalla en ese preciso instante: 1 mensaje recibido. Huy. «Un beso, tu Degas.»

—Ya lo apago, ya lo apago.

—Ok, treinta segundos. ¡Entramos! Cinco, cuatro... tres... dos...

El plató me parece distinto, a la borde de la subdirectora la ignoro, está hasta mona, el público parece seleccionado de *Supermodelo* y la cara de felicidad que me deja un plural compartido es tan palpitante que todo suena distinto.

—... adelante, Marga... —me ha dicho el director por el pinganillo—. Estás muy guapa, por cierto.

Viernes, 5 de noviembre

Hoy es el día más feliz de mi vida.
Vuelvo a París. «El fin de semana va a ser
fantástico —dije hoy a modo de despedida
—, hasta la semana que viene.»

CAPÍTULO 8

JE T'AIME

Sábado, 6 de noviembre

11.00 h. Se me había olvidado lo maravilloso que puede ser el sexo. Ni me acordaba. Pensé que no volvería a sentirme así nunca más. Deseada. Willy se ha quedado dormido en la cama y sin hacer ningún ruido he bajado a la calle a por unos cruasanes para subirlos y desayunar juntos con algo de café y zumo de naranja. La noche ha sido fascinante, sin más.

Sobre las cinco de la mañana me quedé dormida en su pecho mientras me acariciaba el pelo y jugaba enredándolo en sus dedos. El cansancio empecé a notarlo al relajarme en su silencio. Deseaba que la noche no terminara nunca. Supongo que la música se paró y nos dormimos, me figuro que a la vez. Ahora estaba desnudo, enlazado entre las sábanas con una sonrisa que se me antoja perfecta y apacible. Nada que ver con la mezcla de inofensivo y salvaje que fue anoche cuando llegamos a su casa. Solté la maleta y cerró la puerta. No dijo nada, me miró y empezó a desnudarme mientras yo era espectadora de mi propia pasión. Sentí desde primera fila cómo él me quitaba todo, cómo empezó a rozarme con su cuerpo, cómo me estrechaba fuerte entre sus brazos y cómo buscaba con su piel mi piel. No opuse

resistencia al río de besos en mi cuello, en mis hombros, en los pechos. La ternura era afectuosa, complaciente, delicada...

—Willy...

—Schhhsss, no digas nada —me dijo con su mano. Me había quedado mirándole. Era verdad. Había oído maravillas en decenas de ocasiones a mis amigas pero nunca las había vivido así. Como ahora. Yo.

Sentí ganas de llorar cuando un beso intenso fue el pretexto para romper la dulzura de los gestos, yo perdía por fin el control y entraba en una oleada de deseo absoluto como cuando crujes el azúcar caramelizada de los pasteles. Empecé a sudar, la música iba y venía por mi cabeza, por mis caderas, los abrazos eran excusas para unirse con más fuerza... Era un dios todopoderoso sobre mí. Anoche yo tenía el

corazón desbocado y sumiso por completo a él.

11.30 h. En la *pâtisserie* tenían toda una variedad de pasteles y dulces distribuidos en dos aparadores que eran un espectáculo para la gula; me he llevado un brioche relleno de chocolate (estoy cayendo en todas las tentaciones) antes de ir caminando en busca de una frutería para comprar naranjas. Imagino que él seguirá dormido en la cama, así que desde un café, donde me he quedado a leer la prensa, le he enviado un sms a Marina: «Estoy viva». Marina no ha tardado en responder algo que he borrado sin darme cuenta, no consigo dominar los móviles de tercera generación. Uf. Al subir, W ya estaba despierto, me ha enseñado toda su anatomía desde la puerta del baño, ha

cogido uno de los cruasanes de la bolsa y ha tenido la ocurrencia de abrirlo por la mitad, darle un beso y cerrarlo.

—Seguro que te gusta. Toma. Tu desayuno.

—¿Cómo? —me he quedado alucinada con la tontería tan sofisticada que acababa de hacer.

—Es un beso... dulce —ha añadido con entusiasmo y dedicándome una sonrisa encantadora.

12.00 h. Al salir de la ducha ha habido sexo.

12.40 h. Hemos comido algo de fruta que he pelado cuidadosamente en un bol que tenía lleno de monedas extranjeras. Otra vez ha empezado a besarme en el hombro mientras me humedecía el cuello

con los trocitos de pera y de melón. Me entraba un frío por las entrañas que, admito, se me traducía en sexo. ¿Soy yo?

15.00 h. Acabo de despertarme de nuevo junto a él. Los arrebatos de W y mi ilusión hecha delirio han acabado por agotarnos en una siesta adelantada. *How deep is your love*. Suena esta canción en el cedé que ha puesto antes de caer dormidos y me parece tan romántica... ¿Qué hago? ¿Lloro o le doy gracias a Dios? Uf. Llamaría a todos para contarles que estoy en París, que no quiero volver y que no tengo más aspiraciones que él. De vez en cuando la vida te invita a café. ¿Quién decía esto? ¿Serrat? Creo que sí. Sonaría tan bien ahora aquella canción, pero no creo que la tenga entre las montañas de cedés... ¿Cómo era? La cantaba de

memoria hace años...: «De vez en cuando la vida... nos besa en la boca y a colores se destapa como un atlas». Sí, sí, sí, eso era, «... nos pasea por las calles en volandas y nos sentimos... en buenas manos». Buf... «De vez en cuando la vida se nos brinda en cueros y nos regala un sueño tan escurridizo... que hay que andarlo de puntillas para no romper el hechizo...» Maravillosa. Me he quedado mirando cómo sigue arropado sobre las sábanas con esa postura tan obscena. Es tan guapo, tan irresistible, tan febril... Se desata de tal manera que es imposible no reírle las gracias y jugar con él. No tiene ritual. No hay orden. ¿A quién le digo que estoy felizmente perdida en su laberinto? A quién...

15.25 h. Estoy ahora de pie frente al

ventanal viendo los tejados de la rue Guenegaud, curioseando entre algunas de las ventanas que desde aquí arriba se ven abiertas, hay una especie de cielo gris que anuncia lluvia, leve, pero lluvia. W propone salir al Jardín del Luxemburgo para pasear juntos. «Te gustará si no lo conoces», me ha dicho.

—Es que parece que va a llover. Mira —me he quedado pegada a los cristales.

—¿Y qué?, nos metemos en algún café.

—Pues... tienes razón —y nos hemos vestido entre besos y abrazos. W con unos jeans y una sudadera azul con capucha, yo (estoy sorprendida) hace tiempo que no me hacía una simple coleta para salir a la calle y me ponía un *trench* prestado de un chico. Me da rubor. Al mirarme no me he visto mal, ese pudor de señora que imita a una

joven alocada se me ha quedado entre las sábanas de la cama. He perdido los prejuicios o, no sé, tal vez los estoy masticando poco a poco en el mejor lugar del mundo. Él ha cogido las llaves del piso y yo, por si acaso, un paraguas.

17.20 h. No llueve. Me lleva del brazo por la calle. Es tan jodido no poder contárselo a nadie.

18.40 h. Nos hemos ido callejeando caminando por Saint-Michel hasta el Jardín del Luxemburgo. Precioso. Lo curioso es que yo ya había paseado por aquí, ya me hice fotos en el estanque incluso para una sesión de moda de *Marie Claire* hace cuatro años, y ya me he sentado en las sillas metálicas que salpican todas las arboledas de castaños... Siguen

siendo las mismas desde hace años. Pero hoy es distinto. Con W es distinto.

—Estás guapa, ¿sabes? —esbozando una sonrisa lasciva antes de volver a besarme.

—¡Oye! —le he dicho de pronto—, ¿no crees que es demasiado provocativo?, estamos en la calle, mira cuánto turista.

—¿Y? ¿Alguien ha puesto el cartel de «no besar» junto al de «no pisar las flores»?

He aguantado en silencio porque había unas puñeteras quinceañeras mirándonos sin moderación y, por lo que entiendo de francés, valorando el culo de W con lujuria de adolescentes. Estaba a punto de girarme y decirles algo pero... W se ha dado cuenta y les ha sacado la lengua haciendo gestos de payasete. Las niñas han salido pitando entre risas hacia la zona de

las escaleras del Senado.

—Estabas celosa.

—No, no estaba celosa.

—Síííí.

—¡Qué dices! ¿Celosa yo?

No estoy segura de en qué momento me ha cogido por los dos brazos para zarandearme, ha hecho fuerza de un impulso y me ha colgado de su hombro como un saco de patatas para empezar a girar dándome vueltas.

—PARAAAAA. Me estoy mareaaaaando. ¡Paaraaaa!

—No pararé hasta que no digas que estabas celosa.

—¡Párame, párame, Willy!

—Bah, no mientas. Confiesa. Sé que te gusta.

—Wiiiiillyyyyyy, ¡te estás ganando un bofetón en cuando baje de esta noria!

—Nunca te voy a bajar de esta noria.

Justo ha parado porque yo he sucumbido a sus bromas con un ¡SÍ, TIENES RAZÓN, ESTOY CELOSA! Gritando tanto que me han oído todos los que jugaban con los barquitos en el estanque. Creía que me iba a caer al suelo de la vergüenza y del mareo pero me tenía agarrada por la espalda. Soy una marioneta. En sus hilos. En ese momento ya eran las ocho de la tarde.

23.00 h. Los zapatos sin tacón me hacen más joven. Bueno, me siento más joven. Quedo a la altura de su pecho y su brazo me abriga el cuello cuando vamos paseando. Me ha parecido que estaría bien que fuéramos a cenar juntos a algún restaurante de Le Marais, pero según W es mejor ir mañana domingo a comer antes de

que coja el avión, hoy ha propuesto hacer él la cena en casa y quedarnos escuchando música. Se ha vuelto muy francés, de hecho, ha cocinado dos crepes con mantequilla y nos las hemos comido con jamón york y queso fundido. Para beber, champagne. Dos botellas. Consecuencia, estamos borrachos en el salón, llenos de burbujas, llenos de deseo y libres de complejos (yo). Me hace gracia todo, cuando se hace crestas con el pelo mojado haciéndose el punk, con sus gafas de universitario para leer los títulos de las canciones, incluso cuando ha salido de detrás de la barra de la cocina imitando un desfile de moda con todos los gorros que había colgados en la entrada. En bóxers. Cada vez que daba la vuelta para cambiarse de gorro buscaba un signo de aprobación de su única espectadora.

«¿Bien?» Servidora estaba tirada en el suelo buscando canciones entre las montañas de cedés para ponerlas mientras la pasarela W otoño-invierno desplegaba toda su sensualidad masculina frente a mí. «Perfecto.» El cuerpo está pegado a los músculos, o los músculos están pegados a su cuerpo, el pecho es amplio, el pelo se le alborota por la nuca y las piernas son fuertes, pero no demasiado. El ombligo es como un botón chiquitito donde doy al «play» y él finge ser un robot que me abraza, juega, se ríe, me busca las cosquillas, me besa, me atrapa con las piernas en un zigzag del que es imposible escapar, mordisquea mi espalda, cuenta las vértebras desde el cuello hasta que digo basta... y vuelvo a apretarle el botón, ese «play» que me conecta a la vida. «Play.» Su ombligo es el centro de mi mundo.

Hace un rato le he ido mojando con el poco champagne que quedaba en una botella y él, cerrando los ojos, dejaba que me bebiera el camino de gotas que iban haciendo eses desde el centro del mundo hasta el Himalaya. «Play.»

Mi amante tiene veintitrés años. Recuerdo que una vez alguien me dijo que uno tiene la edad de la persona que ama. En este momento de mi vida tengo veintitrés años también. Le amo.

00.00 h. Medianoche. *Love.*

Domingo, 7 de noviembre

9.45 h. Me ha despertado para ir a desayunar al otro lado del Sena, a un café que no conocía: Le Mauvais Garçon. Unas escaleritas a cada lado de la puerta y una

fachada pintada en verde en la que me he hecho varias fotos. Primero yo sola, luego él y después le hemos pedido al camarero que nos hiciera una foto juntos. Guau. Es la primera foto que nos hacemos. LA PRIMERA FOTO. NOSOTROS. LOS DOS.

Me he pedido un café *au lait* con cruasán, W un zumo de naranja, una *omelette* con queso, tostadas con mantequilla y un café. Dios santo, qué saque. Cómo ha sido capaz de meterse todo eso a primera hora de la mañana, y el colmo: su cuerpo es un orden estructurado de músculos, fibra y piel.

—*Caguiño* —ha dicho con acento francés improvisado—, creía que habías dicho que te levantabas con hambre. ¿Por qué tú no comes nada?

—Sí, claro. Si me como todo lo que te

han puesto a ti no salgo por la puerta del restaurante. A mi edad...

—A tu edad qué. Eh, qué.

—Pues que tampoco puedo ser una loca comiendo y comiendo.

—Estás muy bien —me ha dicho mordiendo la tostada—. Muy bien.

—No me engañes, tú siempre estás entre modelos, todas perfectas, todas delgadas, todas en la talla 36 o menos.

—Eso, ¡o menos! No tienen más que huesos.

—¿En serio, no te atraen? Bah.

—Pues no, si me gustara estaría con una de ésas. ¿No crees?

—Qué seguro de sí mismo, mírale el chulito.

—No, no, no. De eso nada —me ha replicado indignado—. Si yo no voy de seguro, de hecho ya me gustaría tener tu

tranquilidad, esa forma en la que paseas, con la que llegas sonriendo al aeropuerto...

—Bueno... llego sonriendo porque estás tú —me ha salido tono de boba. Boba, boba, boba. Sé perfectamente cuándo se me queda cara de boba: cuando me llega la neurona putón y empieza a jugar con las pestañas, totalmente cómplices, haciendo de los párpados telones de teatro en un intermedio, sonrío, media sonrisa, y queda claro que estoy tontona. Ahora mismo. De hecho, si hubiera un notario evaluaría la situación y extendería un certificado de «Usted Tiene Ojos de Mujer Fatal», ¿quiere firmar aquí? Junto a la casilla de enamoradas bobas. Y habría firmado con una equis o con la huella digital de puro nervio.

—Fue estupendo anoche —he añadido para completar mi coro de ángeles

cerebrales.

—¿Sí?

—No quiero perderte —le he confesado en voz baja.

—¿No?

—Sé que... es... bueno... ya sabes... me gustaría... bueno... siempre...

—*Je t'aime* —me ha dicho.

—¿Eh? —no sabía si había escuchado lo que había escuchado. Pero sólo he podido suspirar, como si me hubieran robado el habla, un burdo «eh».

—Que... *je t'aime* —esta vez el nervioso ha sido él—. No me hagas decirlo en español. Ya que estamos en París...

—... sí... ya que... estamos en... París. Sí —estaba tartamudeando como una gilipollas. Soy irracional, absurda, boba, una fantoche que no recuerda que eso no me lo han dicho desde que los adoquines

de París empezaron a levantarlos los estudiantes buscando la playa. Me ha empezado a faltar el aire de una forma ilógica. Tenía ganas de decirle «yo también», o como se diga en francés, pero no podía, no me salía, no tenía texto en mi guión, no tenía un pinganillo que me gritara «Marga, estás en directo, te acaban de decir te quiero». El *je t'aime* me ha arrastrado a un silencio insensato y atragantado. Yo sin decir nada, él mirándome a la espera de algo, de una migaja de un «sí», y yo muda, sin palabras. Necesitaba una guionista rápida, ágil y sensible que pusiera todo lo que pensaba, todo lo que siento por él, en mi boca. Un tic me ha hecho colocarme el dedo en el oído buscando la palabra, buscando el verbo para decirle simplemente que «estoy loca de amor por ti». Y sin embargo... me

he quedado callada. Willy ha tenido que reaccionar ante la sequía de palabras.

—¿Quieres que salgamos a la calle? Podíamos ir paseando para comer por Saint-Germain, cerca de casa. Así salimos con las maletas hacia Orly.

—Vale.

11.25 h. El nudo en el estómago, su declaración tan limpia, tan pura, me estaba arañando las tripas. No merezco todo el amor que me está dando y quiero echar marcha atrás. Pero no un poco, quiero echar mi reloj treinta años atrás. Quiero quedarme, al menos, con treinta y un años. Me está pesando la maleta de la edad como nunca me había pesado hasta este momento, sé que soy mayor, que tengo los sesenta cumplidos, que no debería besarle, ni acostarme con él, que qué estoy

haciendo, que soy una inconsecuente, que no tengo derecho, que adónde voy. Si tengo sesenta y uno y él tiene veintitrés, tendrá treinta y tres cuando yo ya tenga setenta y uno... setenta y uno. Y él será un niño y yo seré lo que estoy empezando a ser ya, una señora mayor. No debería estar aquí. Señor.

Me acabo de apoyar en el muro del Sena porque siento ganas de vomitar.

—¿Qué te pasa, Marga?

—Estoy mareada.

—Marga, Marga... estás llorando. Marga, abrázame. Qué te pasa. Te quiero, Marga, no llores.

12.10 h. ¿Cómo ha sabido en ese momento que estaba llorando por él? ¿Cómo ha tenido el sexto sentido tan abierto para darme el abrazo que estaba

suplicando con un rostro destrozado por las lágrimas? ¿Cómo le digo que debería dejarle porque soy mayor para él? Que debería salir ya en dirección a Madrid.

13.00 h. «Respira, Marga, mírame a la cara, respira.» Y con esa receta me he puesto a coger aire como una niña angustiada y mocosa que siente un adiós prematuro frente a ella. Me parecía que iba a despedirme para siempre de él y en cambio W me estaba abrazando como nunca. ¿Por qué todo es *como nunca* últimamente? Ha sido viril, amante, incluso ahora, paternal conmigo. Vergüenza debería darme el teatro que estoy montando en plena calle y sin motivo alguno más que mi desequilibrio emocional digno de una teleserie de sobremesa. Me ha secado las lágrimas con

la manga de su camisa y me ha puesto un beso sobre la frente con sus dedos. El ahogo se me ha ido pasando pero todavía temblaba cuando me he puesto a verbalizar todo lo que se me estaba pasando por la cabeza.

—Soy mayor, Willy, soy mayor para ti.

—Marga... Y yo soy joven para ti. ¿Qué? No podemos hacer nada con eso ni contra eso.

—Ya, pero... tengo sesenta y uno.

—Vaya, pues qué bien los llevas. Y yo veintitrés.

—¡Pero es que podría ser tu madre!

—Uf, mejor no.

—¡Es que tienes veintitrés!

Solamente tienes veintitrés...

—Pues lo siento, eso es culpa mía. Veintitrés es por haber llegado tarde, debía

de haber retrasos en mis vuelos con la cigüeña y a mi madre le dio por tenerme en los ochenta. Olvídalo. Además, tú también los has tenido y yo también tendré los sesenta. Es ley de vida, pero ahora estamos tú y yo. Aquí, en París. No hagas grande la diferencia, está ahí y punto.

—Qué fácil es decirlo, ¿eh?

—Mira: bebemos champagne, paseamos, ponemos canciones, desayunamos desnudos, follamos, nos hacemos fotos, reímos, follamos, nos abrazamos, nos queremos, follamos, cenamos juntos...

—Crepes —he dicho sonriendo medio aliviada.

—Sí, crepes. Viva, ¡por fin una sonrisa! Hacemos un montón de cosas juntos, Marga, y además todavía no hemos ido ni al Museo Rodin. Tenemos todo por

delante.

—Ya... y ¿la edad? ¿Qué hacemos con la edad, Willy? —mi voz era resignada.

—¿Te parece que hagamos la media como en los sondeos? A partir de hoy, tú y yo... Veamos, sesenta y uno más veintitrés cuántos son... ochenta y cuatro, ¿no? Pues tenemos la mitad, desde hoy cuarenta y dos años para cada uno. Estamos en la flor de la vida. ¿Te parece bien?

La sonrisa que me ha regalado en ese momento ha sido el mejor monumento de París. Una vida no es suficiente para amar, lo sé. Pero por qué no aprovechar la que tengo en las manos. Buf... He cogido aire, le he mirado, me he agarrado segura a su mano derecha y cuando he sentido que me apretaba fuerte para hacerme sentir que él estaba allí, yo he sido ahora la que le he

dicho:

—*Je t'aime.*

14.00 h. Mi vuelo sale a las 18 h. Todavía hemos tenido un rato para pasear por las librerías de Saint-Michel, mirar los escaparates de antigüedades e ir soltando mi ansiedad a modo de lastre para seguir volando en este globo. De hecho, me quedaba lastre que soltar.

—Hay algo que todavía no te he explicado —mi voz ha sido tan seria, tan seria, que ha roto el ritmo del paseo. Willy se ha parado en plan frenazo burlón.

—Deja que me ría, ahora resulta que no les has dicho a tus padres que estás en París con un jovencito...

—No ironices, por favor. Pero... más o menos.

—Que tienes contactos peligrosos con

la mafia francesa. No, no. ¡Que has robado algo en Lafayette!

—Yo no robo.

—¿Ni a mí?

—Bueno... va, déjame que te explique. Hay algo que debería decirte, no hemos hablado mucho del tema y supongo —solté una risita— que es importante que te lo diga.

—Bien, genial. Dime.

—Soy presentadora de televisión. Bastante famosa, bueno, muy famosa.

—Ya lo sé.

—¿Cómo que ya lo sé, desde cuándo lo sabes? —debo reconocer que me sentí ligeramente engañada por su silencio al respecto.

—Desde que te vi.

—Y ¿por qué no dijiste nada?

—Pues porque tú no dijiste nada. Y si

no has querido sacar el tema antes pues no lo iba a sacar yo. A mí es algo que no me... no sé cómo decirte, no sé, es tu trabajo.

—Entonces... ¿te acercaste porque soy la de la tele?

—Me acerqué porque me acerqué, sin más. Nos pusimos a hablar y —dijo encogiéndose de hombros —surgió.

—Willy.

—Marga. Yo no quiero meterme en tus cosas de trabajo, a mí la que me importa eres tú. A la de la tele no la veo.

—Ya. ¡Pero la de la tele soy yo!

—Pues ya lo sé, y lo entiendo, sé perfectamente que cuando me besabas mirabas alrededor. Supongo que buscando segundos de discreción.

—Buscando paparazis —apunté.

—Ah, pensaba que sería por mirar si había españoles o así.

—Entonces, lo de la tele no te importa —le pregunté algo insegura.

—No —y me apretó fuertemente la mano, mientras me sonreía seguro. La noche empezaba a caer sobre las buhardillas parisinas.

—Es que hay algo más... —añadí casi como una presentadora de continuidad—. Una cosa más.

—¡Dios mío! —exclamó Willy—. ¿Y lo siguiente tiene solución?

—Hummm... Estoy casada.

Willy me miró intentando evaluar la situación, se le notó algo quebrado por mi segundo dato en apenas cinco minutos. Soy poco oportuna, lo sé, debería haber repartido todo en varios bloques, con publicidad por el medio como en el programa, o incluso haber esperado a otra escapada a París, pero me sentía (me

siento) tan a gusto con él que necesitaba (necesito) sacar toda mi bola de fuego fuera del cuerpo. Cuando ha vuelto a hablar me ha dicho que imaginaba que tal vez estaba divorciada, que tal vez era viuda, que no se le pasó por la cabeza en ningún momento mi situación emocional... Que desnudos en la cama no pensó en maridos ni en mi fama al otro lado de los Pirineos. Tiene razón. Después de todo lo que estamos viviendo qué importa la situación.

—Bueno, pues ya está dicho todo —y se ha echado a reír. Ninguno de los dos sabía cómo continuar la conversación por motivos obvios, el jarro de agua fría estaba calándonos los huesos. Sin embargo, veinte segundos después de su risa se ha levantado de la silla, me ha besado con fuerza, con todas sus fuerzas, me ha

pellizcado el culo después de estrecharme con sus brazos y ha pedido la cuenta.

—Ya sabes lo que siento por ti.

—Yo también. Y me siento afortunada.

—Estamos juntos y *rien de rien*. Sin lamentos, sin pasado y sin pensar demasiado en el mundo exterior de cada uno. Sin años auestas, sin meses, sin días, sin complicaciones. No, *rien de rien*.

—Te quiero, Willy.

—Humm... a ver, ¿cómo se dice en francés? —y así ha vuelto mi cara de boba. De un plumazo, como él sabe sacarme la risa, ponerme en ebullición, soltarme la adrenalina con un beso, con una mirada canalla. No soy la protagonista de una novela rosa, pero tengo intención de escribir todo lo que me provoca cuando pase el tiempo. Yo no he amado así en la

vida. Por eso, después de provocarme un terremoto de emociones, me he serenado frente a él calmada y me he dicho para adentro: Marga, eres feliz. No le des más vueltas.

—*Pegdonen* —ha llegado el camarero con la cuenta justo detrás de mi espalda—. ¿No querrán tomar algún postre? Tenemos unas *tagtas* fantásticas.

—No, *merci* —ha dicho Willy, apartando un instante la mirada de mí.

—Y su *madgue*... ¿tampoco *quegá tomag* nada...?

CAPÍTULO 9

ÁNGEL DE LA
GUARDA, DULCE
COMPAÑÍA,
NO ME DESAMPARES
NI DE NOCHE NI DE
DÍA...

Miércoles, 10 de noviembre

05.00 h. Estoy soñando mucho últimamente. Sueños eróticos y sueños adolescentes. Es una mezcla rara pero que la disfruto sabe Dios cómo. En ellos aparezco con veinte años, sin un grano en la cara (porque siempre he tenido una piel buenísima), y voy de mochilera con mi carné joven haciendo el interraíl por toda Europa con W. Vamos parando en todas las ciudades, en todos los pueblos, en todas las iglesias y en todas nos colamos para casarnos. Siempre oficia el mismo cura y siempre acuden los mismos invitados. Es rarísimo. A la salida todo está lleno de fotógrafos y cámaras de televisión. Lo único malo del sueño que me seduce cada noche de forma reiterativa es que siempre me despierto sobresaltada porque a la hora de los anillos éstos nunca aparecen. W se mete la mano en el bolsillo para buscarlos

y no los encuentra. Cuando parece por fin que van a asomar las alianzas el cura nos increpa con un «¡dense prisa, que no son los únicos!», y al verle la cara... ¡coño! ¡Es Ramiro! El sacerdote de mis sueños/pesadillas es el señor que en la vida real sigue dándome las buenas noches como si estuviera enferma, con un beso en la mejilla. Me pongo mala.

14.05 h. El programa ha estado genial. Antonia me ha sacado una batería de *mails* que han llegado a la redacción y todos dicen que estoy monísima. «Marga, te sigo siempre, estás fantástica, muy bien», «Doña Margarita (esto del doña no me gusta nada pero, a pesar del mal enfoque inicial, el *mail* mejoraba sustancialmente una línea más abajo), me gustaría tener una foto suya dedicada y a

ser posible poder conocerla en persona, soy de Cáceres, estoy divorciado y aunque debo de ser mayor que usted, tengo cincuenta años, la quiero». ¡Me echa menos de cincuenta!, me encanta. Y también éste: «Es un *crack*, es la mejor, no cambie nunca. Nos gustaría saber de dónde su nuevo corte de pelo. Besos del gremio de peluqueras de Castellón». «Maravillosa Margarita, se le ve una cara estupenda y refleja felicidad. Somos de una asociación de amas de casa del Bierzo y usted nos hace mucha compañía, nos moderniza y queremos ser todas como usted. ¿Podemos ir a verla en el plató todas en grupo? La queremos.»

Me he ido a casa estupenda después de pedirle a Antonia que contestara a todos con una foto firmada. Muchas señoras me preguntan si me he hecho algo en la cara

porque estoy radiante y con un cutis luminoso, otras se interesan por adónde voy de compras. A lo segundo contesto, a lo primero no.

17.00 h. Bueno, mala, mala, malísima me he puesto hoy en vestuario con la prueba de los trajes de la promoción de Navidad en la cadena. Cada vez la grabamos antes, ya parecemos los del Ayuntamiento colgando luces a principios de noviembre. Para Todos los Santos. Nos han dicho que vamos a salir en un estudio completamente nevado caminando entre los copos y que sería bonito que ya que yo soy la imagen de la cadena desde hace años apareciera en un trineo con un abrigo de pieles en medio de todas las compañeras de la cadena diciendo «Feliiiiiz Navidad». A mí las pieles me

dan una grima tremenda porque soy ecológica y de pequeña tenía perro, además las pieles engordan y, lo peor, ¡te echan más años! Sólo se los ponen las de la generación anterior a la existencia de Greenpeace. En cuanto me pongo el abrigo tengo la sensación de que soy el oso Yogui y noto que salgo de paseo por Yellowstone o Asturias. Les he dicho que no, que si quieren pieles que se las ponga la Loba. Que yo, ni muerta con pelliza. Oye, me parto, ha sido decir que se lo pusiera la rizo y entra en ese momento en sastrería con una sonrisa blanqueada que hacía daño a la vista.

—Hola, buenos días a todas, buenos días, Marga —ahora sí saluda.

—Buenos días, querida —le he dicho «querida» de buena fe, porque últimamente no quiero hacerme mala

sangre.

—Huy, qué abrigo más mono... —le ha faltado tiempo para cogerlo de la percha, ponérselo y preguntarnos—: ¿Qué os parece, chicas?

—Monísima. Muy hecho para ti, es de zorr... o.

Se me ha notado en la cara, me lo ha dicho Angelines haciendo espasmos con las cejas, así que he tenido que hacer mutis por el foro.

—Hija, Luchi, es que yo soy ecológica y las pieles no me van. Qué necesidad tengo de ponerme en contra a los verdes, sobre todo siendo presentadora. No. Yo, no.

—Sobre todo —ha murmurado ella —, hacen tan mayor...

La mato. Ya le gustaría tener a ésta mis visones rasados en su armario de Ikea.

A la Postizos su marido le regaló uno pero no se lo suele poner, dice que es ecológica como yo pero lo que pasa es que le faltan veinte centímetros o le sobran veinte kilos. Vamos, que yo la vi un día con él puesto y es un cuadro, parece un Cheetos. Redonda, redonda. Y le dije, hija, recuérdale a tu marido que eres verde y que no te pones pieles, que reciclas vidrio y esas cosas. Pero me dijo que no, que las ecologistas son unas guarras. «¿Me estás llamando guarra a mí?», le solté. Y me argumentó que yo no soy ecologista ni nada, que si fuera ecologista no llevaría bolsos de cocodrilo. ¡Qué tendrá que ver, digo yo, una cosa con la otra!, los cocodrilos son como lagartijas grandes, son bichos, no es lo mismo que los osos, que son como peluches.

14.10 h. En plató me ha pasado una cosa rarísima; al finalizar el programa el técnico de sonido me ha quitado el micro y, como siempre acabo agotada, he inspirado profundamente para coger aire y... qué cosas... he sentido el olor de su pelo. El de W. Y justo en ese momento me ha llegado un sms al móvil. De W.

15.15 h. Hace tres días que no le veo.

16.00 h. Zulema dice que no como nada últimamente, que me estoy quedando en los huesos, que si sigo así voy a acabar siendo un espíritu como las modelos, «sin carne, sin sustancia». Yo me veo divina porque se me marcan los huesos de la clavícula y a mí siempre me ha gustado ese aire de maniquí arquitectónica. Su famoso pollo criollo, que cocina una semana sí y

una semana también, lleva ahora más calorías que un horno de mazapanes, le ha dado por sobrealimentarme y está detrás de mí toda la tarde.

—Le pongo unas frutitas troceadas, señora... Le parece bien un tentempié con pastitas de mantequilla... si quiere un caldito, me ha salido buenísimo... ¿Y un café bombón? ¿Quiere yemas de Santa Teresa? Tenemos una caja todavía...

—¿Yemas?! Nada más, Zulema. Eso es todo. Está bien, está bien.

18.30 h. Lo peor (llevo un rato dándole vueltas a la cabeza) es que con las pieles y subida en un trineo iba a parecer un reno borracho. Una bola de pelos. Un adorno de esos de Navidad que se cuelgan en el árbol y que todos acaban por cogerlo para dárselo al perro.

A los directores de la campaña de Feliz Navidad les he dicho que buscaré algo más apropiado para el anuncio, de hecho estaría bien salir patinando en la pista de hielo de Nueva York, justo debajo del árbol del Rockefeller Center, pero cuando les hago la moción me suelta el productor que no hay presupuesto, que «creen» que estaría bien todos caminando entre la nieve artificial en el estudio número 4. Ya veremos. De momento, hoy en el programa...

Teléfono. Es Marina.

18.45 h. LLAMADA DE TELÉFONO.

—Estoy sola, sí, ¿qué pasa, Marina?

—...

—¡No!

—...

—Júrame que es cierto.

—...

—Oh, Dios mío. Esto es el acabose.

—...

—¿Es posible? Dime, por todos tus muertos, Marina, que eso es cierto... Dime que no te han mentado, dime que no es una broma que me estás gastando, por el amor de Dios y de todos los santos del calendario, por el Cristo de Medinaceli, dime que no...

—...

—... Me quieres decir que... no puedo... ay... ¿tú lo sabías?

—...

—¿Yo? No. No, no, no. ¡Yo!
¿Margarita Gayo?

—...

—... Uf.

—...

—Bien, gracias por llamar, Marina.

Adiós.

Nada más colgar me ha sobrevenido una parálisis facial. La conmoción es demasiado fuerte. Me he quedado aplastada.

19.00 h. Acabo de ver pasar por delante de mí todo mi futuro como una película a cámara lenta, esto es una pesadilla. No me puede estar pasando a mí. Yo fui una presentadora del tiempo, he sido una mujer de éxito, una señora casada feliz, tengo una hija maravillosa, tengo casa en la sierra, amigas entre la jet set madrileña y entre la burguesía catalana, tengo un público que me adora, tengo mesa en Lhardy, en el Ritz, en Embassy, silla en la primera fila de la Pasarela Cibeles, conozco a tanta gente y me

conoce tanta gente... No dejo de pensar que bufffff, bufffff... De momento no sé qué hacer. Posiblemente tenga que... Agggggg. Me van a matar todos. Se van a cebar conmigo. Me voy a morir. Me estoy ahogando. Uf.

19.15 h. He salido disparada a la nevera como una perra sarnosa para comerme todo. He terminado con los huevos rellenos que tenía Zulema, con la tarrina de queso de untar, con la crema de verduras, con los pepinillos en vinagre, con el pastel de pescado, con el paté de finas hierbas, con la cecina, con la mortadela de aceitunas, con el pincho de tortilla, con dos tomates, con las yemas de Santa Teresa. Estoy acabada. Me van a ingresar.

19.18 h. Voy a vomitar.

23.00 h. Ramiro está en el salón. He desenchufado el teléfono disimuladamente para que no suene. He quitado el sonido de mi móvil. Me voy a la cama con un Orfidal. Mejor dos.

Jueves, 11 de noviembre

7.00 h. No he dormido. O sí, ya no lo sé. Estoy descompuesta. No he tenido sueños, ni pesadillas ni voluntad de quedarme diez minutos bajo la ducha intentando ablandar la lápida de cemento que se ha colocado estratégicamente entre mis sienes. Todavía es jueves y se avecina el peor momento de mi historia en la televisión.

15.00 h. No suelo ir a la iglesia pero Fernando me ha llevado a la basílica de la Virgen de Atocha en cuanto ha acabado el programa. Le he dicho que se fuera, que tenía un funeral de una amiga y que la cosa iba para largo. «De acuerdo, señora Gayo, mi pésame más profundo por su amiga.» Casi le digo que la muerta soy yo.

De pequeña me encantaba leer en misa y modular como una locutora de radio todas las lecturas, en la primera comunión fui la elegida entre todas mis compañeras para hacer las preces y el salmo responsorial con mi maravillosa voz de futura promesa adolescente. «¡Que lea Margarita!, ¡que lea Margarita!», me decían siempre las monjas. Y yo, encantada, me hacía la remolona. En ese momento estaba llena de sueños y confiaba mucho en mí misma, y eso que mi padre

me decía que sería una profesión difícil, que en casa no teníamos periodistas, que el único esfuerzo que iban a poder hacer por mí iba a ser económico, recortando presupuestos. Recé mucho entonces y puse muchas velas, encendía cada domingo dos candelas bajo la imagen de santa Rita, una pequeña figurita delante de la que mis padres se paraban en silencio para persignarse. Yo jugaba con los restos de cera que goteaban calientes en la peana, haciendo figuritas y bolas que se me secaban entre los dedos hasta que un día mi madre me dio un botefón porque acababa de mancharme el único vestido de domingo que tenía. El impacto de la palma de su mano en mis mofletes resonó con eco en toda la iglesia. Me hizo un daño horrible, pero ahora necesitaría que sonara en mi cara de la misma manera, que mi

madre volviera a pegarme un bofetón con todas sus fuerzas por jugar con cera caliente. A estas alturas de mi vida tengo mil trajes para manchar y todas las velas que he encendido desde niña las siento atragantadas en la garganta y, lo peor, no encuentro fuerzas para acercarme a la imagen. Estoy avergonzada. No, estoy con miedo. No sé qué va a pasar a partir de ahora.

—«Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo...»

El silencio roto por el rosario y el ruido de la madera de los bancos en hilera me crujen como los huesos. «Angelito de mi guarda, dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día hasta que me entregues en los brazos de Jesús y de María, con tus alas me persigno y me abrazo a la Cruz, en mi corazón te llevo,

oh dulcísimo Jesús.» Bien. Es la única oración que recuerdo de cuando era pequeña.

18.30 h. Llevo horas sentada en el banco, incómoda, preguntándome por qué me puede pasar esto a mí en este momento de mi vida. Todo estaba bien, todo resultaba divertido, feliz.

18.55 h. La misa de diario ha sido reconfortante porque aquí dentro me siento resguardada de todo lo que puede sucederme más allá de estas puertas. Me he relajado pensando en el día de la boda real, menudo éxito tuve con aquel programa en directo de varias horas, alcanzamos una audiencia envidiable. Letizia estaba como asustada, como yo ahora. La que se le venía encima... Ay.

—«... podéis ir en paz.»

—«Demos gracias a Dios.»

Me he incorporado del banco con la energía justa para salir y buscar un taxi para refugiarme en casa, pero me ha parado una señora que quería darme la paz y dos besos. La señora iba de negro riguroso, por la intensidad habría dicho que era luto.

—Doña Margarita, la sigo siempre, me parece una bellísima persona. Ojalá hubiera muchas mujeres como usted...

—No sé, no sé.

—No la había visto aquí nunca, y eso que yo vengo todas las tardes desde que murió mi muchacho de un accidente de moto. En la flor de la vida. Ay... —bajó la mirada en una ausencia momentánea y enseguida volvió a mirarme con viveza—. Bueno, encantada, qué bueno verla aquí.

Ya se lo diré a las de la parroquia.

—Oiga, ¿su hijo era joven?

—Pues veintitrés, figúrese —qué necesidad más tonta tengo de preguntar y hacerme la periodista, me arrepiento inmediatamente.

—Va-aya —tartamudeé.

19.15 h. Los taxis pasan ocupados. Me acabo de imaginar subida en uno de éstos en París, con W, tarareando *Venecia sin ti* y cruzando el puente de Alejandro felices como aquella tarde-noche de improvisación enamorada; sin embargo, me he ido caminando unos metros para que se me enfriaran los pensamientos.

20.00 h. En casa me ha vuelto la sensación de pánico. Tengo la cabeza exhausta de tanto pensar qué hacer a partir

de ahora, cómo explicarlo, qué decidir, qué cara poner y cómo van a venir a preguntarme todas las alimañas en busca de carnaza. Voy a llamar a Marina.

—¿Qué pasa, Marga? —me ha cogido el teléfono al segundo tono.

—¿Has oído algo más? Te llamaba para ver si te habías enterado de algún detalle. Estoy perdida, te lo imaginas, verdad...

—Sí, te comprendo, pero déjame decirte algo. No me seas obtusa. Vamos a pensar que no sea cierto del todo o que las fotos de las que me hablan sean de mala calidad, que las haya vendido algún turista con cámara cutre.

—No tengo fuerzas para verme en una portada, Marina. Sobre todo por mi hija, por Ramiro... ¡por mí!

—Evidentemente estás callada, no has

dicho nada en casa, ¿no? —me ha preguntado Marina.

—... Nada —he contestado bajando la voz.

—Vamos a tener que coger las riendas. Lo primero que habrá que hacer es llamar al director de la revista para preguntarle qué tipo de imágenes son. Que nos explique si se te ve bien y si se reconoce al otro.

—El «otro» se llama Willy.

—Hija, tampoco vengas ahora a hacerte la digna, que no eres Madame Bovary, aunque te encuentres en la misma situación...

—No me digas eso, que aquélla, por no decidirse, acaba fatal... Calla, calla, calla. Y, por cierto, tengo muy malas relaciones con ese director cotilla, estará frotándose las manos. No hace falta ser

muy lista para imaginar qué maniobras están preparando. Me pregunto cuánto habrán pagado.

—Pues habrá que desmentirlo en el

¡Hola!

—Sólo si salen las fotos, ¿no?

—Claro, claro, lo desmentimos sólo si salen las fotos. Si lo hacemos antes le daríamos mucha más publicidad y sería un escándalo.

—¿... y mi marido?

—¿Te preocupa Ramiro o te preocupa Willy?

—Me preocupa perderlos a los dos. No lo sé, Marina, no lo sé.

—Sabes que siempre podemos decir que es un amigo o que era un periodista que te entrevistaba para un reportaje.

—¿EN PARÍS?! Pero si le dije a Ramiro que me iba con vosotras a un

balneario.

—¡Coño, Margaaa...! —su voz sonó a «te lo he dicho mil veces».

—Lo ves, un escándalo. Se me avecina un escándalo y yo aquí atada de manos.

—Bueno, guapa, muy atadas no las has tenido... que las manos van al pan y te has pasado tres panaderías.

—Aaaay... me voy a poner a llorar o a gritar porque los de las revistas de cotilleo no van a ser nada piadosos conmigo. Uf. Mira, mañana hablamos cuando salga del programa. Me voy a acostar, que estoy rendida. Soy incapaz de entender por qué me tiene que pasar a mí esto ahora.

—Déjame decirte algo para que descanses tranquila...

—Marina, no puedo más... —le interrumpí, rendida ante la situación.

—Tómate un Orfidal.

Viernes, 12 de noviembre

Querido diario, sé que soy una indigna adúltera que ha traicionado su matrimonio con una nueva relación. Me gustaría decir que es una aventura, que me he metido en arenas movedizas y que estoy saliendo agarrada a una rama como en las películas de Tarzán. Sin embargo, no sé si quiero salir de allí, no sé si quiero abandonar este lío amoroso en el que ando dudosa. Me gusta Willy aunque estoy casada con Ramiro, cansada. Me gusta mucho, hoy mismo habría vuelto a refugiarme a París huyendo de la catástrofe que se me avecina y de la que no encuentro manera de solucionarla. Mi foto ha sido vendida por algún maldito turista a las

revistas y me pasa por imprudente, por besarme en cualquier calle de París con W. Alguno me habrá reconocido y se ha puesto las botas con la venta de la tontería. No hago más que cruzar los dedos en busca de un golpe de suerte, tal vez uno parecido al que me ha llevado a encontrarme con este amor... ¿juvenil? Pues sí, qué pasa. Qué voy a hacer, ¿negarme a mí misma porque tengo equis años?... Sesenta y uno, sí, querido diario, sesenta y uno. Un montón de años que puedo repartir en tres mujeres de veinte. Willy ha conseguido separarlas, hacer que haya una de veinte en su cama, otra en sus brazos y otra en sus labios. Es la mejor división de mi vida, mejor que la división del átomo. Llevo tiempo cansada de mi marido, con un hastío que se me ha ido pegando a los huesos como una escarcha, y

si no fuera así no habría caído en los brazos de W, no habría empez... ¿Cómo era aquello que escribí hace semanas? Me daba vueltas un presentimiento...

Aquella dama desafió al destino. Hace semanas escribí esta frase. Curioso.

Aquella dama desafió al destino. Al destino.

Te quiero, Willy.

Lunes, 15 de noviembre

9.00 h. Maquillaje. Me han cardado tanto que parezco Nati Abascal. No he dicho nada para no herir la sensibilidad de la pobre peluquera nueva que ha venido en sustitución. Ha empezado a poner laca y laca y laca y laca que si llego a encender un cigarrillo estallan los estudios de la cadena de televisión enteros. No habría

sido mala forma de suicidarse ante la que se avecina. «La presentadora Margarita Gayo muere en una nube de gas» o, mucho mejor, «La laca acaba con Margarita Gayo». Así me habría evitado la posibilidad de que este miércoles mi ROMANCE sea portada.

—¿Qué? —farfullé entre una tos seca—. ¿Vas a seguir con la fumigación?

—Ay, perdone, doña Margarita, que no me he dado cuenta, es que como no la había peinado nunca...

—Si sigues con la desinfección puede ser la última, bonita. Vamos a morir.

Me pongo irónica cuando estoy temblorosa. Es mi manera de huir de los miedos que me acosan. Antonia lo sabe muy bien y por eso ha venido hasta el plató con los folios del guión por duplicado fotocopiados en dos carpetas,

una naranja y otra azul. «Por si no te combina con el traje», me suelta precavida. Y se ha dado media vuelta.

—Ah, que no se te olvide —ha seguido hablando mientras salía del plató —, el 4 de diciembre próximo te ponen la calle en tu pueblo, será comida con el alcalde y por la tarde inauguración de la placa.

—¿No era una plaza? —le he dicho.

—Es una calle. Una calle con tu nombre —me aclara.

—Pues menuda papeleta...

—¿Por qué?

—Por nada...

Martes, 16 de noviembre

9.00 h. Se avecina una hecatombe. Lo presiento como si de nuevo fuera una

mujer del tiempo porque se me han activado todas las alertas... La luz roja de mi sentido común está intermitente haciendo señales de peligro, peligro, peligro. Tengo la cara tersa como la portada de una revista pero las articulaciones no hay cirujano que me las controle. Me están haciendo «ñaca, ñaca, ñaca», avisándome de que arrecia tormenta. No tengo salida para este laberinto ni forma de arreglar la situación, así que voy a pensar que no voy a perder mi estatus, que no voy a perder a mi hija y que mi marido no me va a mandar a hacer puñetas.

12.00 h. Sumario. Voz en *off*: «Con ustedes, Margarita Gayo». Aplausos del público y BOOOOOOOM.

12.25 h. Debería poner una consulta de videncia; hoy, hasta el horóscopo me advertía: «La vida está movida, agárrese a Marte porque se tambalea Mercurio». Sabía que iba a pasar algo. El programa ha empezado con veinticinco minutos de retraso porque el control de realización ha sido boicoteado por una gotera que debe de conocer lo mío; se ha mojado por la noche todo el sistema eléctrico y cuando teníamos que poner la cabecera un cortocircuito ha hecho estallar todo como un petardazo y han tenido que correr todos hacia la sala 2. Se ha oído tal estruendo que he pensado que era el fin del mundo. Yo, en directo, vestida de Missoni, tacones de Prada y broche de Dior, me he dicho: mira, si fenezco aquí al menos me pilla mona.

—Buenos días y perdonen el retraso,

un asunto técnico nos ha eclipsado nuestra hora de entrada. Pero estamos aquí con las mismas ganas de entretenerles y proponerles varios temas de actualidad...

—«... di que hoy hablaremos de la infidelidad...» —me ha soplado la voz del director.

—Tenemos muchas entrevistas y noticias de actualidad —he mirado el guión fingiendo no oír.

—«... Marga, di que hablaremos de la infidelidad en la mujer...» —seguía él.

—Saben que estamos pendientes de conocer los últimos datos del paro.

—«... ¡Qué paro ni qué leches!... Hoy hablamos de por qué las mujeres son más difíciles de pillar cuando tienen una aventura...» —me empezaba a gritar.

—La moda y el cine van a ser hoy protagonistas... —he seguido disimulando

porque me había leído las frases destacadas por la guionista, una casada feliz con tres hijos, pero no tenía cuerpo para anunciar lo que pretendían.

—«¡... Maaaarga, coño!, in-fi-de-li-dad. Di que tenemos dos invitadas que son infieles y que nos contarán su caso y cómo han engañado a sus maridos... ¡Por primera vez en televisión!» —gritó con total tranquilidad por el pinganillo el director.

—¿Qué?

—«... Que digas que tenemos dos infieles que dan la cara» —estaba furioso.

—... ¡No me lo puedo creer! —se me ha escapado en directo.

—«... Marga, Marga, Marga, se te está oyendo, se te está oyendo...»

—Pues hoy tendremos a dos adúlteras, perdón, a dos mujeres que han sido infieles y lo han ocultado hasta hoy...

—«¡... Hurra!»

12.50 h. A la primera pausa de publicidad me he venido abajo, me han tenido que socorrer Anita y Angelines y darme agua fresca para que recuperara la tensión y un café para ver si revivía. Uff. Esto es un caos. Aggg. ¡Ayyy! Agggg. ¡Ayyy! Me he quemado la lengua con el café hirviendo que me ha traído la azafata a treinta segundos de sentarme junto a las adúlteras. Sólo han podido solucionarlo desde realización enfocándome la cara en primer plano para evitar sacar en imagen la mancha de todo el café en mi blusa de Missoni. «Parece un mapa de Grecia» he oído por el pinganillo. «Venga, venga, Marga, que estas dos tienen miga, sácales jugo a estas pájaras», me ha soltado para animarme con las dos invitadas. Lo

primero que he pensado es en pedirles el folleto de la asociación, darles dos fotos tamaño carné, fotocopia del DNI y afiliarme con ellas, pero me he puesto en plan profesional. La idea era saber las claves de por qué una mujer comete una infidelidad, pero cada vez que pronunciaba la palabra INFIEL me veía de reojo en el monitor en primer plano con cara de YO NO HE SIDO. ¡Y en hora de máxima audiencia!

—Resulta, queridos espectadores, que el 22% de las mujeres admite haber tenido relaciones sexuales engañando a su pareja —he empezado a decir.

De repente oigo por el pinganillo: «... Cuánta fresca, ¿eh, Marga?». Yo ni mú, callada como Belinda. Y continúa: «... Qué te pasa... tienes un tic en el ojo...».

Efectivamente. En directo. Manchada.

Con tic. Cuando esperas cosechar ese día menos audiencia que ninguna otra jornada va y resulta que haces pico para desastre tuyo. Varios millones de personas mirando el programa y yo con espasmos en el párpado que me estaban contrayendo la mejilla sin posibilidad alguna de dominarlo. El temblor ha ido aumentando hasta que en realización han optado por no enfocarme. «Miradla, la pobre, ¡qué lástima de entrevista!», he pillado a los de sonido colándose en mi oído.

—Las mujeres somos discretas, no vamos alardeando por ahí de que somos infieles, pero si nos atrevemos a contarlo aquí en tu programa es porque estamos hartas de que se burlen de nosotras —me ha dicho la primera de las adúlteras.

—De hecho, a veces es muy difícil evitar una infidelidad —ha dicho la otra.

—Pues sí. Supongo —dije.

23.00 h. Estoy deshidratada.

23.40 h. Quiero esconderme como una rata por algún rincón de esta casa. Ramiro está ya en la cama y cuando me ha dado el beso de buenas noches para irse disparado a la habitación me ha recorrido un escalofrío por todo el cuerpo como si fuera el último beso que me da. Si fuera el último qué. ¿Qué pasaría? ¿Cómo puede ser que en pleno noviembre esté sudorosa, pegajosa, chorreante como si me colara en un bazar de Tetuán? Tengo ganas de coger unas tijeras y rasgar todas las cortinas. Querido diario: me he hecho mayor y me he enamorado, ¿qué mal he hecho?

Ramiro está roncando ajeno a todo lo que sucede en mi corazón, se ha dejado la

luz del baño encendida y el periódico junto a la taza del wáter. La colonia está medio acabada, no sé por qué me he fijado en su frasco, ha sido algo instintivo al bajar la mirada del espejo. Nunca me ha gustado su colonia, ni su olor a *aftershave*, ni su manía por los cinturones de hebilla dorada, ni el sonido absurdo de su móvil con la sintonía de la Eurocopa. Me irrita. Es curioso lo cerca que lo tengo y lo lejos que lo estoy sintiendo en este momento de la noche, como si su cuerpo estuviera aquí y el espíritu se hubiera ido de cañas con los amigos hace ya años. Un día los maridos se van y parece que vuelven absorbidos por otros que no son tu marido, diferentes, inexpertos, maduros, antiguos, desmemoriados y clónicos. Aquel del que te enamoraste debe de seguir de cañas...

Me acabo de poner las aguamarinas

que me regaló el día de nuestro último aniversario sólo un segundo para verme cómo soy a estas horas de la madrugada. He cerrado su frasco de colonia, he doblado el periódico después de quedarme mirando la fecha y he apagado la luz del baño...

Son las tantas de la noche, mañana todo cambia.

Miércoles, 17 de noviembre

7.30 h. Ramiro me ha dado los buenos días como todas las mañanas antes de irse al despacho, yo he fingido naturalidad y me he tomado el café en su taza.

—Cariño, buenos días, luego nos vemos. Creo que llegaré tarde, hay reunión con los de Santander.

—¡Ah! —me he hecho la distraída matutina.

—Que tengas buen programa.

—Ramiro.

—¿Qué, Marga?

—Que... que... nada. Estás guapo.

—... ¿A qué viene eso? Anda, hasta luego —ha dicho saliendo de la cocina.

—Mira... me he puesto tus pendientes...

Sólo me ha contestado el ruido de la puerta.

HAN SALIDO LAS REVISTAS.

Nadie en el programa ha dicho nada. Antonia estaba en silencio, Anita maquillaba en silencio. Angelines estaba en silencio. Los técnicos estaban en silencio. Las azafatas estaban en silencio. José Luis me ha subido el café en silencio.

Hacia el plató, los que me cruzaba por los pasillos me han mirado en silencio. El director estaba en silencio, su pinganillo también. Sólo he ido oyendo el sonido de mi respiración y los aplausos huecos del público forzados por el regidor que me ha mirado en silencio. Yo estaba en medio del plató, rígida, agarrotada, como si me acabaran de almidonar. Voz en *off*, sumario: «... Con ustedes, Margarita Gayo».

En la mesa de mi camerino se han quedado las revistas que no he querido abrir: «Margarita Gayo con un joven». «La Gayo, infiel.» «Marga, la presentadora, ¡con otro!» «Las imágenes de la relación de Margarita Gayo con un joven en París.» «Deshojando la Margarita.» «Amarga Margarita pillada.»

87 llamadas perdidas.

64 mensajes de texto.

23 números privados desconocidos.

1 llamada de mi hija.

0 de Ramiro.

CAPÍTULO 10

UNA CALLE CON MI NOMBRE

Viernes, 3 de diciembre

Hace dieciséis días que no sé nada de Ramiro. Cuando llegué a casa aquella tarde al acabar el programa más agrio de mi vida Zulema estaba en la cocina llorando y me anunció simplemente: «El señor se ha marchado». Al subir a la habitación me di cuenta de que se había marchado para

siempre. La habitación estaba revuelta, una maleta abierta sobre la cama y la mayoría de sus perchas vacías, con restos de ropa que había decidido no llevarse. Me fijé en los tres pares de zapatos que se habían quedado sobre las cajas, curiosamente los que yo le había regalado en los últimos meses. También estaba por el suelo el abrigo de paño marrón de Etro que compramos en Milán, lo doblé con cuidado para volverlo a colgar como un muerto pendulante en su percha. Ahí se habían quedado los restos, incluida yo. Me abracé a la prenda en un gesto absurdo de desesperación y ausencia.

Esa aciaga mañana en que salieron las revistas subí al coche de Fernando sabiendo que iba al matadero, pero viajaba extrañamente llena de amor y cargada de sms de W en mi móvil que iba releendo

para tranquilizarme. Le dije que quitara la radio para evitar cualquier avance informativo que me destruyera antes de lo previsto. Tal cual. Fue espeluznante. El apagado de la radio coincidió cuando el locutor empezaba a leer las portadas del corazón: «¿Lo dejo, señora Gayo? Parece que van a hablar de usted...», me preguntó Fernando. *OFF*.

—Apaga y abre las ventanillas.

De pronto se produjo un silencio. Pensé en llamar a mi hija para avisarla, pero sólo pude marcar su número y colgar. Desde que era una niña está totalmente aferrada a su padre y con el tiempo no he podido ganarme más que la visita casual de los fines de semana para comer en familia. Al llegar a los estudios crucé la puerta con prisa en medio de los buenos días de los de seguridad, que estaban a lo suyo a punto

de cambiar el turno para irse a dormir. Utilicé el pasillo de vestuario, que está menos transitado, para llegar a mi camerino y refugiarme en el sofá durante los minutos previos al desastre. Oh, casualidad. Esa mañana habían llegado unas flores con tarjeta y estaban ya puestas en un jarrón, seguramente alguna de las azafatas de producción las había colocado. Oían deliciosamente, y más cuando leí la nota: «Hay una bailarina rondando por mi cabeza, te quiero, W». Inspiré profundamente el olor de las rosas blancas para sumergirme en el mar de los comentarios perversos que se avecinaban sobre mí, lo hice como cuando vas a bucear y coges mucho aire para aguantar bajo el agua largo rato. Por el pasillo, tras la puerta del camerino, escuché un schhhhhhhh de los que pasaban

murmurando. TOC, TOC. Era la fiel Antonia.

—Marga, buenos días. Ehmmmm... ¿necesitas algo?

—Gracias. Sólo necesito fuerza —le dije.

—Entiendo. Supongo que no querrás que te explique que a la puerta principal de la cadena acaban de llegar decenas de fotógrafos y periodistas. No los habrás visto porque le he dado orden a tu coche para que entrara por la zona B. No te has dado cuenta, ¿no?

—No... no me he dado ni cuenta...

Antonia me mostró las revistas una a una y allí, en todas la portadas, estaba mi foto con todos aquellos titulares amarillos, rosas, verdes y, fundamentalmente, negros. Me hizo daño especialmente el de «Amarga Margarita» porque no podía ser

más fiel a mi estado de ánimo a esa hora. «La famosa presentadora Marga Gayo ha sido sorprendida en París en compañía de un desconocido joven de “veintipocos” años paseando en actitud cariñosa y con profusión de besos, según muestran las imágenes. El entorno no puede ser más romántico para esta segunda luna de miel de la estrella televisiva, que en la actualidad sigue casada con Ramiro... bla, bla... madre de una hija y conductora de uno de los espacios de más éxito de la televisión... bla bla... Al parecer, su nuevo amigo es estudiante de la Sorbona y, a juzgar por las fotos, un apuesto modelo que... bla, bla...» La puñetera foto principal que habían seleccionado era en las escaleras de Le Mauvais Garçon aquella mañana de domingo, cuando posamos juntos por primera vez.

—Qué fuerte... la Gayo con un modelo de «veintialgo»... —oí comentar a alguien camino del plató.

La vuelta a casa fue en el coche blindado del consejero delegado, uno que lleva las lunas tintadas de negro. Para despistar a la marabunta de fotógrafos Fernando salió de vacío hacia la M-40 y todos le siguieron pensando que yo iba dentro agazapada. La protección de mi imagen se debió al equipo de prensa de la cadena, que reaccionó rápidamente al finalizar el programa, gracias a Dios y a santa Lara Croft. Lo tenían todo listo como si fuera a abandonar la nación fugándome como el Dioni, con peluca rubia y lentillas de colores. Me habían dejado el coche pegado a la puerta de salida de los viejos decorados, tanto que casi no entro por la puerta. Ya dentro, a oscuras, rompí a

llorar.

Es extraño cómo han pasado los días. La mañana siguiente a las revistas no fui al trabajo, el director puso a una de las colaboradoras a presentar para sustituirme. Además, mandaron un comunicado a los medios diciendo que «doña Margarita ha sufrido una indisposición por una alergia provocada por el maquillaje». ¡Yo! ¡¿Alergia al maquillaje?! Algo absurdo de creer, sobre todo porque todo el mundo sabe que uso potingues exclusivísimos. Me parecía indignante la opción del comunicado, hubiera preferido que la excusa se la endilgaran a una colitis galopante culpa de una ensaladilla rusa de un bar de carretera. Prefiero que me vean jacarandosa y golfota antes que una rácana de tres al cuarto con los maquillajes. Mi cara es el espejo de mi alma, pero, sobre

todo, es la envidia de todo el país, la verdad sea dicha. Servidora es una adúltera pública pero todo quisque reconoce que deberían estudiarme genéticamente para encontrar el gen de la adolescencia perpetua de mi piel. La Otra no sale en imagen sin diez capas de maquillaje como si fueran los diez mandamientos de la ley divina. Pues bien, aquella noche, desmaquillada e hidratada, me metí en la cama para estar ajena a todo y a todos. Durante la primera semana de mi martirio mediático la entrada de la Moraleja fue un campo de minas que tuve que ir sorteando como en las películas de guerra para evitar flashes y micrófonos de las agencias. Pero con los días fue pasando la intensidad... pasando... pasando... se relajó todo al séptimo día. De hecho, esta semana la Lunares ha vuelto a ser portada de todas

las revistas por no sé qué de su hijo con una rubia. Se lo agradezco, al hijo, a la rubia y a la tonadillera.

Zulema ha dejado metida en tres maletas toda la ropa de Ramiro por si pide que le enviemos sus cosas a Barquillo 40, la casa de mi hija, donde se han instalado los dos en amor y compañía. Ha empaquetado todo menos su colonia, que he preferido dejarla escondida en un cajón. No sé por qué. Lo mismo tengo que ir a un psicoanalista a preguntarlo.

Por cierto, la mañana de autos fue un éxito de audiencia. El hijoputa del director tuvo el valor de enviarme un sms: «A pesar de todo, hemos hecho un 32%, líderes, gracias, Marga».

¿¡Gracias!? Qué espanto, casi me da un soponcio.

18 h. Merienda. Té con leche y dos galletas de mantequilla. A veces pienso que la culpa de todo la tiene Internet. Si no llego a dejarme la vista buscando billetes para París no habría pasado nada, pero me recuerdo con las hormonas revolucionadas como si me hubiera atado una túrmix a la ingle. En mis entrañas sentía las bujías de todo el equipo de Renault en funcionamiento, grrrr... rugiendo y pidiendo subirme al avión, llegar a Orly, coger un taxi, llegar a su casa, abrir la puerta, dejarle en cueros vivos y entregarme de lleno a la verbena de los sentidos. Soy muy Kurosawa cuando me pongo en situación amorosa, ni recordaba que yo era así. Mis amigas me llamaban la Susana Estrada de la clase de gimnasia y todo porque en mis años mozos me gustaba ir por las duchas despelotada como

una valquiria. Eran tiempos de transición y a mí, por aquel entonces, reparos, los justos. W ha recuperado en mí ese gen que tenía anestesiado por los años, de hecho me descompongo cada vez que pienso en W. De perdidos al río, enamorada como estoy del modelo más guapo de toda Europa, lo mejor es que se venga a Madrid, aquí a casa. Se lo he dicho y me ha contestado, feliz, que sí, que viene. Ay, qué bien.

Sábado, 4 de diciembre

9.30 h. Por la mañana. Me han puesto una calle en mi pueblo. De bien nacida es ser agradecida y en hora y media Marina y yo salimos hacia la tierra que me vio nacer, crecer y huir. Preferiría que me llevara Fernando, pero los del Ayuntamiento se

han empeñado en que vienen a recogerme en un coche de la corporación municipal. Dicho y hecho. BIIIIIP BIPPPPPP.

—Señora, hay un... coche en la puerta. Digamos que parece un automóvil... Y preguntan por usted.

11.00 h. ¡Por los clavos de Cristo! Por si no quiero llamar la atención en estos últimos días de calendario, el mismísimo alcalde se ha plantado en una limusina blanca de diez metros de largo en la puerta de mi casa. Tan poco sobria y elegante por fuera como por dentro, ni más ni menos que al abrir la puerta me han cegado decenas de tubos fluorescentes que giraban reflejándose en los espejos del techo formando destellos de neón azules. He estado a punto de subir a casa y vestirme como la Primera Vedette del Folies

Bergère, era lo único equivalente a semejante exceso de ostentación. En mi pueblo son así. La tapicería blanca salpicada con cojines rosa fucsia bordados con la imagen de la patrona en negro me ha dejado muda, MUDA. Esa forma de tunear una limusina ha llegado también a las cubiteras de champagne, en las que han dispuesto botellas de vino del pueblo. Un detalle, y me quedo corta.

—¡Coño, Marga! Una limusina, si vamos a parecer las hermanas de Ivana Trump. ¡Pero qué agasajo es éste! ¿Dónde te ponen la calle? ¿En Las Vegas? — Marina no podía contener la risa y la estupefacción ante el despliegue de medios de mi villa natal.

—Marina, Marina, Marina... Vas a permanecer callada, vas a saludar al alcalde y, como si fuéramos lesbianas, no

te vas a despegar de mi brazo en toda la mañana.

—Pues sí que estás moderna tú últimamente... A mí, almejas, ni en arroz caldoso, ¿eh?

—Anda, sube a mi vestidor un minuto y que se espere el de la limusina. Dime qué abrigo me pongo, el de paño negro o el visón rasado. Estoy con una duda que me ataca los nervios...

—Podemos pedir mensajes de móvil. Si quiere negro, envíe MARGA espacio NEG, si quiere visón, envíe MARGA espacio VIS al 5557 —Marina seguía de chirigota.

—Déjate de bromas. El negro o el visón. Elige.

—Pues con el coche en el que vamos a llegar a tu bendito pueblo mejor ser y parecer dos mujeres discretas, ponte el

negro porque con el visón podemos parecer sacadas del Paralelo, ¡con ustedes, Raquel Meller y Merche Mar! —ha gritado desde las escaleras Marina como si fuera la presentadora de un musical.

El alcalde no se ha callado en todo el trayecto, ha empezado hablándome de la maravillosa calle que me han puesto, justo a dos manzanas de donde yo nací, y ha seguido anunciándome la espectacular verbena que tienen preparada para esta noche en el salón del club de jubilados. Le he dicho que no podremos quedarnos, que se nos hará muy tarde y que mañana domingo tengo unas grabaciones de anuncios. Pero él insistía en que tenía que quedarme a cenar las costillas de cerdo típicas, el ajoarriero con morcillas y oreja frita que han preparado las amas de casa de la asociación comarcal.

—¿Llevas Almax en el bolso? —ha soltado Marina en voz bajita.

—Me temo que no, pero si quieres Lexatin... —le he dicho.

—Les va a sentar genial —ha reaccionado el alcalde al oírnos—. No teman, que es todo del pueblo, sanísimo y hecho con manos expertas.

Resulta que la solemne plaza que me iban a dedicar en un principio se la pusieron al dueño de la empresa de jamones porque amenazaba con no pagar las aceras ni la contribución o se iba con los cerdos a otro pueblo. De modo que mi cambio ha venido a solucionar el producto interior bruto de los vecinos y, de paso, a bajarme los humos de mi añorada plaza pública. Me quedo con las ganas. Según lo que me ha explicado el alcalde durante el viaje, ahora me va a tocar hacer esquina

con la calle que hace dos años le rotularon a Rosa de España aprovechando que venía con los espectáculos de verano. En Rosa de España 14 está el estanco de mi tía Josefa, allí llegan los tabacos... y también las revistas.

—La hemos visto mucho estos días en las portadas, se ha hablado mucho de usted, doña Margarita.

—¿Y qué se ha dicho? Cuéntenos... —ha tenido que intervenir Marina cuando no hacía ninguna falta preguntar nada.

Nos hemos mirado desconcertadas porque la respuesta del alcalde no ha sido más que «huy, mucho, mucho, se ha dicho mucho». Glups. De modo que tal y como están las cosas me planto en el pueblo de mi niñez con la sensación de que voy a estar en boca de todos como una adúltera televisiva con calle propia para que puedan

pintar en la fachada cualquier cosa. ¡Virgen Santa! Ni que decir tiene que al llegar a nuestro destino se ha montado la jarana padre, deberían aprender los del Orgullo Gay a montar shows en directo. Primero, unas tracas que han convertido mi salida del coche en un espectáculo de Lluvia de Estrellas, segundo, las campanas de la iglesia tocando fuerte, y tercero, la megafonía anunciando mi nombre con música de *We Are the Champions*. El humo de la pólvora me ha provocado un picor de ojos tremendo y una tos que me arrancaba hasta la molleja.

—¡Está llorando, está llorando! — gritaban las vecinas de la primera fila.

—Aplausos para doña Margarita, aplausos y vivas —animaban por los altavoces.

—¡Viva! ¡Vivaaaa!

—He aquí a tu público —me susurró cínica Marina.

En ese momento, la banda municipal Santa Cecilia se ha arrancado con el pasodoble *Marcial, eres el más grande* ante mi estupefacción y turbación. Con paso firme hemos caminado en dirección al ayuntamiento para firmar en el libro de honor y hacerme unas fotos con la corporación municipal en la fuente del Álamo, que es donde todas las novias se hacen los reportajes desde que yo era cría. El del bombo ha dado con toda su saña para animar la fiesta y lo he llevado los trescientos metros de recorrido detrás de mis sienes.

—¡Fotos! ¡Una foto con la de la tele!

—Yo también quiero.

—Ahora, después conmigo, ¡por favor!

—Aquí, todos juntos, doña Margarita, acérquese por favor. Ésta es mi madre.

He posado sola, he posado con el alcalde, he posado con la mujer del alcalde, he posado con los seis concejales, he posado con las mujeres de los seis concejales, después con los hijos de los seis concejales, con todas las damas de la feria y fiestas vestidas de traje típico, luego con el cura y los monaguillos, y cuando ha empezado el pasodoble *El gato montés* se ha abierto la veda de las fotos particulares. «Vengaaaaa, todos con la de la tele.» Una catarsis inexplicable.

La *Perlitas*, María *Perlitas*, que era mi compañera de colegio y siempre llevaba pendientes de perlas en las orejas, ha sido la primera en acercarse de entre la multitud, a codazos. Estaba impresionadísima por lo bien que me

conservaba y los arreglos que, según ella, me debía de haber hecho para estar tan guapa y tan joven. La verdad es que la Perlitas, al verla, no parecía de mi edad, ni de mi década, aunque ella a gritos iba diciendo entre las vecindonas:

—¡Soy de su quinta, somos igualitas, miradnos, compartíamos pupitre!

¡Cómo se estropean algunos cuerpos, Dios santo! Yo iba como borracha entre tirón de brazo y besucón a golpe de saludo en hilera. El alcalde, feliz como una perdiz, estaba mirando desde la puerta de su edificio encantado de ver la que se había montado dos meses antes de las elecciones. Además estaba de cháchara con Marina, que disparaba fotos desde la distancia. «Paisana, paisana.» De pronto me giré y era un muchacho con su madre, que me sonaba la cara.

—Marga, ¿no me reconoces?

—Pues no caigo ahora.

—¡Qué mala memoria!, mira mi muchacho, es de la edad de tu hija.

—¡Qué guapo el chico! —esto lo he dicho con recelos por si levantaba polémica y me veía robándole al hijo.

—Anda, que no reconocirme, soy la Merche, la hija de la Claudia, que era vecina de tu madre.

—¡Ay... qué cabeza más mala tengo que no me viene ahora! —me estaba excusando—. Pero encantada de verla, sin duda, Merche.

—Sí que tienes buena cabeza para otras cosas, ¿eh? Menuda cabra has sido siempre... ¡Ay, qué sultana estás hecha, Margarita! ¡Qué sultana...!

Me he quedado aturdida unos segundos, como perdida entre que no sabía

ya a quién besaba y quién me abrazaba a empujones. Tenía los brazos llenos de moratones de cariño excesivo. A mí los entusiasmos me gustan, me hacen sentir Ava Gardner, pero lo que estaba viviendo era un latigazo a la autoestima y una expoliación de mi maquillaje, que estaba ya repartido en todas las mejillas de las vecinas de mi pueblo. El rescate de este barullo no ha sido de manos de Bruce Willis, sino del alcalde, que, con un gesto fascista, ha levantado la barbilla y ha mandado tocar de nuevo a la banda. Ante mi incredulidad ha empezado a sonar *Islas Canarias*, que, según me ha dicho luego camino de la comida, era su pasodoble favorito. Mira por dónde, me ha entrado tal ataque de risa que me ha abierto el apetito.

18.00 h. Se me han dormido las

piernas. Las dos. Llevo tres horas sentada en una mesa embutida por morcillas, ajoarriero, tortilla de panceta, quesos curados, quesos sin curar, queso en aceite, vino blanco, vino tinto, picadillo de cerdo, pan untado con mantecas, carnes variadas a la plancha, longanizas fritas, secas y en rodajas, chorizo, parrillada... He perdido la memoria. La circulación no me llega más que al estómago para triturar como una batidora todo lo que me han ido volcando en el plato. Después de tres horas de comida viendo pasar platos llenos de calorías ha llegado la repostería. Variada, según ponía en el cartoncito del menú «Homenaje a Margarita Gayo».

Me he pasado una toallita húmeda por las rodillas a ver si reaccionaban de alguna manera. Nada. He tenido que abrir el móvil, mirar los mensajes y comprobar

que W había enviado varios tequieros que han acalorado mi destrozada salud. Yo estaba grogui. Marina, mucho peor: borracha, porque como no quiere comer grasas se ha alimentado solamente de vinos, todos. Los blancos, los tintos y los mal llamados licores de hierbas digestivas. Así que hemos salido del salón de bodas, bautizos y comuniones a la puerta de la calle con cierta descompostura para dirigirnos al descubrimiento de la placa. GRAN MOMENTO. Me ha sorprendido que nadie, en ningún momento, me ha preguntado por Ramiro, ni por mi separación pública, ni por el nuevo amor de mi vida. Parecía una consigna pública que me estaba dando miedo.

Todo bien hasta ese GRAN MOMENTO. La placa en la fachada, la banda de música detrás de nosotros y el

alcalde abriendo el homenaje con unas sentidas palabras.

—Nuestra Margarita, nuestra vecina de toda la vida, esta gran mujer que hoy nos acompaña, merecía tener una calle en el corazón de nuestra localidad por el cariño, el amor, la entrega y la luz con la que siempre ha iluminado nuestras calles. Ella ha sido una farola más que ha dado brillo a los vecinos y vecinas de... ¡BROUUP!

—¡¡¡Salud, alcalde!!! —han coreado varios muchachos desde la primera fila.

—¿Ha eructado, Marina? Dime que no ha eructado... —le he dicho alucinada.

—Sí, querida —ha confirmado Marina con estupor.

—Perdonad, paisanos, sigo. Nuestra gran mujer merecía tener una calle con su nombre para que todos recordemos que

hace sesenta y un años nació en nuestro seno...

—¿Ha dicho mi edad?! —le he preguntado aterrorizada a Marina.

—Sí, querida —me ha respondido haciendo equilibrios en la silla.

—... sesenta y un años que no debemos pasar por alto, ni su sensibilidad por nuestras costumbres, recordemos que fue reina de las fiestas en...

—¡ATCHISSSS! —me he visto obligada a estornudar.

—¡Jesús!, doña Margarita, salud —ha dicho el concejal de fiestas mirándome de reojo.

—Bueno, y su gran profesionalidad en la televisión, donde la hemos conocido todos y todas, por lo que nos sentimos orgullosos de que una vecina de nuestro pueblo haya llegado tan alto. Por eso hoy

descubrimos esta placa con su nombre. Un aplauso para doña Margarita Gayo. Viva Margarita. ¡Viva!

Los aplausos me han salvado del ataque de histeria que se me revelaba por minutos como una salmonelosis galopante. He sonreído para la foto y al descorrer la cortina el grito ha sido para que me encerraran en la López Ibor, planta de Psiquiatría. Me preparé en casa para todo tipo de insultos, pero no para esto.

Habían escrito FRESCA con letras grandes justo debajo de unos azulejos con mi nombre, CALLE DE MARGARITA GAYO, donde estaba mi cara retratada por los alumnos del taller de formación profesional, evidentemente los menos profesionales de la clase. Mi cara era un «tetris». Ugfff. Si se llega a abrir la tierra en canal y sale una hidra de doce cabezas

me asusto menos que con la humillación que estaba viviendo. Las carcajadas se han oído hasta en el campanario del pueblo vecino. FRESCA.

—¿¡Qué es esto!?! —no he podido evitar ocultar mi indignación en medio de tanta gente que seguía aplaudiendo entre risas.

—¿Qué? Son unos profesionales, sabía que le iba a gustar...

—¿¡Fresca?! ¡¿Qué insulto es ese?!

—¿Qué le pasa? —me ha preguntado el alcalde como si tal cosa.

—Que me parece terrible. ¡Han colgado una pintada en mi calle! ¿Pero qué burla es ésta? Lo de FRESCA es un ultraje en pleno homenaje a mi persona. Una ofensa vergonzante. Una insolencia que deberían haber revisado. FRESCA, me están llamando fresca en mi día de halagos

y todo porque estoy saliendo con un joven que ya les gustaría a la cantidad de amargadas que han venido aquí a reírse de mí. En su puñetera vida, repito: ¡en su puñetera vida tendrán en la cama un hombre como el que tengo yo!

—Di que sí, Margarita —me avivaba Marina totalmente ebria.

—Y es la última vez que piso este pueblo, ¿sabe?, y por mí como si le dedican la calle a Margarita Seisdedos, a Tamara Falcó o a la ganadora de Gran Hermano 12. He venido a desgana porque es un cumplido que me hacen en mi pueblo, porque todavía tengo decencia, porque la tierra de mis antepasados es la sangre que corre por mis venas, porque... no se lo consiento. Yo seré lo que sea, pero no merecía tal accidente, tal insulto, tal... ¡mofa!

—Es que... —ha arrancado a hablar el alcalde cuando Marina y yo agarradas del brazo hemos dado media vuelta— a los alumnos no les ha dado tiempo a que... se secase la pintura. El cartel lo han puesto para que... nadie... doña Margarita... tocara los azulejos... disculpe, señora, pero la pintura aún está fresca.

Me he tragado la bilis y nos hemos largado pitando.

CAPÍTULO 11

LES DESEO FELIZ NAVIDAD

Lunes, 6 de diciembre

Lunes. Todavía estoy avergonzada de la pataleta que he montado en mi pueblo delante de las vecinas, del alcalde y de mis tías. Menos mal que a mí se me pasan pronto los disgustos. Me los quito con dos compras por Serrano, un Lexatin y un café con leche desnatada. Así que el tormento

me durará hasta mañana porque hoy, como es la Constitución y no hay programa, me toca aguantarme con el Lexatin y el café con leche desnatada. W llega mañana, nos hemos estado enviando mensajes. Marina me ha preguntado por Ramiro y lo único que sé es que mi hija parecía muy contenta cuando la llamé.

—Hola, hija. Sólo llamaba para ver qué tal estás.

—Muy bien, mamá... —tonillo musical en su voz.

—Me alegro. ¿Y cómo va tu vida laboral?

—Sigo buscando, pero genial, he hecho dos entrevistas y me parece que bien.

—¿Todavía no has conseguido trabajo? Hija... A ver si tienes suerte esta vez, o te pones en serio.

—Mamá, en serio estoy siempre, yo no tengo la culpa de que todo lo que me ofrezcan sean curros de mil euros, ¿sabes?

—Hija, es que si no empiezas en algo que te guste más o menos no vas a tener nunca nada importante. Sé sensata, que ya eres mayor.

—Tú también eres mayor, mamá, y...

—¿Qué me estás diciendo?, ¡soy tu madre! Soy-tu-ma-dre. No me hables así.

—No soy yo la que se está tirando a un...

—¡¿Cómo?! Te recuerdo que eres mi hija. No tienes derecho a hablarme con ese tono de barrio. Las cosas entre tu padre y yo son como son, y si ha pasado lo que ha pasado es cosa nuestra. Ha sido inevitable y un día lo entenderás...

—... Mamá, perdona, te tengo que cortar que papá está poniendo la mesa.

Hoy ha cocinado pescado a la sal.

—¿Pescado a la sal? —solté incrédula.

—Sí.

—No sabía que papá cocinara... —me entró un nosequé en la columna vertebral que parecía el espinazo del diablo pegada al teléfono, creo que era la primera vez que oía semejante hobby de Ramiro tan lejos de su afición habitual a recorrer los concesionarios de coches y a los Reader's Digest.

—¿Quién? ¿Papá? Huy, cocina genial. De hecho, me está enseñando. Ayer hice berenjenas rellenas.

—...

—Mamá, es un experto. Ni te imaginas —me ha dicho.

—Vaya.

—Te dejo, que se me caen los vasos.

Besos.

—... Un beso, hija.

12.00 h. No importa, voy a hacer como que no me importa, no quiero parecer una mujer desesperada que se tambalea porque ahora su ex pareja/marido haga lo que no ha hecho en toda su puta vida. Es tiempo de Adviento navideño y me tengo que ordenar de cara a los buenos propósitos del año que viene, nada peor que una mujer con cara de amargada producto de una contrariedad semejante, lo dicen todas las psicólogas en las revistas. Aunque si fuera como tengo que ser me plantaba hoy festivo en la puerta de su casa y le pedía que me hiciera treinta y cinco pescados a la sal, uno por cada año que llevamos de casados. Porque todavía estamos casados, que no se le olvide. Se

me agría la garganta de pensar que me tengo que acostumbrar ahora a que se convierta en un hombre moderno que pone la mesa, que ayuda en casa y que recoge las migas del mantel. Hay que ver, hay que ver... ¡Coño! Se me llevan los diablos.

—Venga, Marga, qué más te da. No necesitas ponerte así. Mira qué bien te va todo a tu alrededor. Además has tenido las últimas semanas una buena audiencia. Sea por lo que sea, llámale morbo o interés, pero audiencia histórica...

—Morbo. Es morbo.

—... y un buen aliciente que te llega mañana mismito... —era Marina, me ha llamado para ver juntas el dvd de las colecciones de primavera que regalaba el *Vogue* y contarme unos cotilleos cara a cara sobre la Cuadritos.

—¿Tú te crees que es normal,

Marina?... Déjame que te diga algo. Un marido que aprovecha para ponerse de Arguiñano justo cuando sale por la puerta de su casa huyendo y sin afrontar el problema no es un marido, es un canalla. ¡Aunque sea mi culpa! Es que me confirma que ha sido toda su vida un manta, un pusilánime, un calzonazos que se ha ido con el rabo entre las piernas...

—En esto último te doy la razón. Por eso yo no me he casado —afirmó cómodamente tumbada en su *chaise longue*.

—Dios mío, es que me ha dicho mi hija esta mañana que la sota de bastos se había puesto con los delantales a los fogones y que era «un experto». ¡Un experto! —no podía estarme quieta.

—... ¡Ay, qué arte! ¿Y a ti qué? Has cambiado un nuevo cocinero que sólo

calienta el horno por otro que te lo calienta sin necesidad de manoplas. Qué dolores de cabeza más tontos te pones a veces, Marga...

Bueno, yo soy así. Marina seguía hablando, hablando, hablando, hablando... y no hacía más que darle vueltas a la cabeza con la mano muerta en el auricular del teléfono. Me he puesto un cedé de Olivia Newton-John, esto lo resume todo. *Xanadú*, que es mi favorita. Escuchándola me siento más libre, todo va sobre patines... ¡Soy una chica Martini! Lo mismo es que tengo ganas de que llegue mañana W y me ponga la autoestima a punto de nieve, que me la suba a la estantería más alta del armario de mi personalidad. O quizás es que... que se acerca la Navidad y de algún modo me siento rematadamente sola.

18.00 h. No creo que Willy haya vendido las fotos. Es algo que se me ha pasado por la cabeza, lo reconozco. Imposible, porque las fotos las hicimos con mi cámara y no las tengo descargadas todavía en el ordenador. En las revistas ya he visto alguna notita en la que insinúan que ha sido «ese chico desconocido el posible autor del chantaje a la estrella y que ha destrozado su matrimonio». No. Qué ganas tienen de enredar y de mortificarme con bobadas. Mi W es lo más bonito que me ha pasado en la vida en un momento en el que creía perdida mi juventud. La culpa es mía, coño, que me creo que soy una anónima en cuanto cruzo los Pirineos, ¡con la de gente que había por la calle! Qué imprudente, no se me va a olvidar nunca. La de cosas que estarán

diciendo de mí en las peluquerías que amontonan revistas durante semanas como si fuera la Biblioteca Nacional, y lo mismo te encuentras el bautizo de Chabelita que el secuestro de Julio Iglesias padre y te llevas tan pronto otro disgusto. Marina sabría llevar la golfería que me ha entrado a mí mucho mejor. Sin duda. Yo, por culpa de tanto colegio de monjas, me estoy mortificando.

18.20 h. No sé qué ponerme en la gala de los TP. Tengo el vestido azul por estrenar que me compré en París y uno rojo que me encanta pero que me recuerda a Ramiro. Estoy narcotizada.

23.00 h. Al final Marina no ha venido con el dvd de la colección. Me habría venido bien para coger ideas y salir de esta

confusión. Cuando no tengo nada que hacer acabo chamuscándome los pensamientos con ideas absurdas. ¿Me querrá? ¿Debería llamar a Ramiro? ¿Estará bien salir con W a cenar?... Me he puesto a arreglar la habitación con sábanas de hilo (me daba vergüenza pedírselo a Zulema y ponerla en un compromiso, aunque tendrá que ir acostumbrándose, como yo) y con la tontería he acabado haciéndome las uñas, los pies, los codos, las rodillas, las ingles... Voy tan hidratada que si me abraza desnuda igual salgo disparada hacia el techo como una sardinilla. La Mejillones y la Postizos me han dejado dos llamadas perdidas a la misma hora, imagino que me habrán llamado desde el Club para animarse la tarde, pero si quieren entretenimiento que se metan en el cine. Llevan días preguntando «¿cuándo llega tu

Aston, cuándo llega tu Aston?» como si les fuera la vida en ello. Lo mismo que la Canapés, que le llama «bomboncito» y le tengo dicho que no le llame así. La Forense al menos permanece callada como una muerta.

Estoy segura de que todo irá bien. Este diciembre ha empezado extraño. Un día de éstos empiezan las castañeras a montar sus hogueras en la calle y los escaparates anuncian la Navidad. Cómo pasa el tiempo. Me he dormido pensando en cuánto me apetecería dejar la tele y escapar con W de por vida. Estaba abrazada a la almohada cuando ha sonado el teléfono.

Bip, bip. Mensaje. «Mañana, recuerda, entrevista con el ministro del Interior. Ven un poco antes para repasar los temas. Tu amado director.»

Martes, 7 de diciembre

10.30 h. Estudios de la televisión.

Siento que todos los que me rodean se están acostumbrando a disimular. Anita, cuando me maquilla, saca temas rarísimos. Hoy mismo me ha contado que han detenido a una compañera suya de la otra cadena que traficaba con drogas: resulta que las pasaba dentro de los botes de polvos translúcidos y por confusión ha empolvado a una presentadora del tiempo que se ha vuelto loca en directo. Cuando han ido los servicios sanitarios a atender a la pobre meteoróloga han visto que estaba completamente drogada, tenía una intoxicación aguda de cocaína, vamos, una sobredosis.

—No me lo puedo creer. Lo mismo la

pobre ha estado confundíéndose con los polvos y ha puesto del revés a toda la cadena. Así van de audiencia —le he dicho.

—Está detenida, la han llevado a los calabozos de plaza de Castilla y ahora han hecho un control antidoping a todas las presentadoras. No se fían de nadie. Tienen todo etiquetado como si fuera el CSI.

—¡Qué vergüenza! Claro, aquí cualquiera se cree que es maquilladora porque distingue una pestaña de un bigote postizo.

—Y lo peor es que están revisando todos los botes porque ahora no hay nadie que quiera maquillarse por si son polvos adulterados —me ha dicho Anita.

—¡Lo ves! Lo que siempre te digo. No es bueno ir tan maquillada.

Miércoles, 8 de diciembre. Mi habitación

Hemos despertado juntos, enredados por las sábanas. W se queda hasta el domingo porque tiene exámenes de fin de trimestre en la universidad y debe volver a París, pero si vuelvo a amanecer tan feliz y satisfecha como esta mañana prometo llamar a la Sorbona con un aviso de bomba para anular la convocatoria. Así se vuelve directo a mi casa y montamos el espectáculo de anoche. Cuando llegué a casa, después de los ensayos de la promoción de Navidad que grabaremos mañana, él estaba sentado en la cocina con un yogur en las manos. Lo soltó cuando abrí la puerta y nos vimos cara a cara de nuevo. ¡Willy! Me abrazó con tal fuerza que me sentí renacer entre sus brazos,

emocionada y caliente. Muy caliente. De repente, no sé cómo, estaba montada en su espalda como una cría subiendo las escaleras de las habitaciones sin que nadie le hubiera enseñado el camino del epicentro del deseo.

—Bájame, que nos vamos a matar, Willy, ¡bájame! —le supliqué aferrada a su clavícula.

—No quiero —y continuó con paso firme.

—No me puedes hacer esto. Willy, soy una señora mayor —notaba que me estaba cayendo.

—Ya estamos con que la abuela fuma... Agárrate fuerte —me dijo.

Me agarré fuerte para no caerme y, creo que sin soltarme de sus hombros, acabé desnuda en mi cama con las fuerzas de una batidora-licuadora nueva.

¡Brrrrmmmm...!

—Te he echado de menos... mucho, mucho —le confesé.

—Yo también —dijo pasándome la mano por el cuello hasta besarme.

—¿Has cerrado la puerta de la habitación? —saltó en mí el instinto de una mujer casada.

—No te preocupes... le he dicho a Zulema, ¿se llama Zulema, no?, que aprovechara para disfrutar de la televisión.

—¡Estás loco! —me ruboricé completamente porque noté que se me aceleraba el pulso cuando sentí su piel desnuda en mis piernas y su respiración en mis labios. Había esperado este momento desde hace días, la inconsciencia de la separación de Ramiro se me olvida cuando me ato al instinto más genital de mis pensamientos con W, y ahora estaban otra

vez en mis manos. Se hacen realidad los sueños de estas últimas noches sin necesidad de fantasía. Me rodeó con sus brazos y descubrí alguna técnica que no sabía.

Querido diario: no me apetece pasar la Navidad sola.

Jueves, 9 de diciembre

A las nueve de esta mañana estaba en los estudios mirando a cámara y repitiendo la frase una y otra vez. LES DESEAMOS FELIZ NAVIDAD.

—Otra vez, Margarita, ahora mirando a la cámara grúa. Por favor, sonríe al acabar y mantén la mirada unos segundos.

—Es lo que estoy haciendo desde el principio —contesté impaciente.

—Ya lo sé, pero se ha colado un sonido extraño cuando has pisado la nieve.

—Es que no es nieve, es que es corcho. Si me muevo se escucha. O camino o hablo, pero las dos cosas no puedo —estaba harta de tanta repetición.

—Ok, prosigamos. ¡Atención todos, vamos a probar de nuevo! Cinco y grabando.

El plató número cinco estaba convertido en una gran balsa de bolitas de poliespan para imitar una copiosa nevada entre la que íbamos apareciendo todos los presentadores de la cadena. Yo era la última en grabar porque mi saludo de **LES DESEAMOS FELIZ NAVIDAD** es el que cierra el anuncio. Al fondo, la fachada de una casa tipo Hansel y Gretel y, a los lados, árboles falsos de plástico llenos de bolitas de Navidad y... nevados también.

«Todo un esfuerzo de producción que impresionará a los espectadores por su realismo», según realización. Yo, la verdad, me estaba emocionando con el aire dickensiano de toda la parafernalia a mi alrededor.

—Este año emociona, ¡eh! —me ha dicho Angelines mientras tiraba de mi vestido para evitar arrugas.

—Valeeee, he dicho cinco y grabando. La sastra, que salga de la escena, por favor... —ha indicado el regidor.

—Perdonad —ha dicho modestamente Angelines mientras se sentaba cerca de los técnicos.

—Margarita, ¿quieres que te pongamos el autocue?

—¡¡¡Cómo!!! Pero qué te crees, ¿que soy la Rizos? Total, sólo tengo que decir

LES DESEAMOS FELIZ NAVIDAD.

—De acuerdo, de acuerdo. «... Hay que ver la Gayo cómo se las gasta, va sobrada de mala leche...» —se ha escuchado al de realización murmurando en mi pinganillo.

—¡Os estoy oyendo!

—¡GRABANDO!

—... Les deseo feliz Navidad.

Hemos tenido que parar para que el de iluminación ajustara unos cables que estaban fallando, y como se las da un poco de intelectual lo hace todo a cámara lenta. Con él podemos tardar seis años en grabar diez segundos de televisión, pero resulta que es de los fijos y si se queja alguien de cómo hace su trabajo le monta un pollo con el comité de empresa. Así que he salido de la marabunta de bolitas de corcho y me he sentado con Angelines a coger

aire, soltar mala leche y mirar el móvil. Un mensaje recibido: «Estoy por el centro, calle Fuencarral, comprando ropa. Un beso». Era W. A mí me cambia la cara. RESPONDER SMS: «Muack». Qué boba soy. Me dan ganas de dejar la *Marie Claire* y comprarme la *Ragazza* para saber cómo tratar a un veinteañero: «Obligadas a seducir», «Dónde está tu punto G», «Aprende a amarle», «Cómo robarle el novio a tu mejor amiga», bla, bla, pura filantropía, vaya. Estoy totalmente decidida a estar con él el resto de mis días. Cuando me despierto a su lado siento que toda esa literatura de Almudena Grandes sucede ahora en el escenario de mi cama, sin llegar a ser Lulú. O queriéndolo ser. Hummm... Temo que he heredado de forma tardía el espíritu rebelde de mi abuela y sin una pizca de remordimiento

estoy disfrutando, disfrutando, disfrutando... Qué bien.

—Atención, volvemos a grabar. Margarita, ¿estás lista?

—Sí, sí. Me pongo en la señal — vuelvo al punto exacto del plató donde estaba.

—De acuerdo, lo de siempre... Cinco y grabando... ¡La puerta, por favor! ¿Quién entra ahora? —el realizador no podía más.

Ha entrado la boba de Luchi Lobo en el plató con un peinador sobre los hombros, los papeles de plata en la cabeza distribuidos en tablas para las mechas del pelo y un cigarrillo encendido.

—... Ay... lo siento... Es que venía a ver que... ¡MARGARITA! ¡Lo siento! No sabía que...

En ese momento ha dejado caer el cigarrillo y en un segundo un fogonazo ha

prendido las bolas de corcho de la nave. La llamarada ha sido tan rápida que hemos salido huyendo todos de la Navidad. SOCORRO. Alarma. Biiiiiiiiii, biiiiiiiiiiii. El sistema antiincendios se ha activado y ha empezado a llover una espuma blanca que se ha mezclado con la humareda. Millones de bolas de poliespan estaban ardiendo junto a la casa de Hansel y Gretel, que ha quedado convertida en una bola negra de plástico junto a mi móvil. La muy perra ha sido la primera en salir del estudio hacia los pasillos gritando «fuego, fuego». La habría matado a bolsazos *over size* si no fuera porque me ha dado pena, la pobre estaba agarrotada en cafetería avergonzada por la que había montado.

—¡Es una auténtica miss! Se ha ido llorando.

—¿Cómo? —yo estaba indignada con

las palabras del realizador—. Pero cómo la justificas, si casi morimos en medio de la fogata que ha provocado.

—Ya.

—¡Es tonta! ¡Es imbécil!

—Pero es tan mona y tiene tanto futuro. Mírala.

Lunes, 13 de diciembre

19.30 h. He discutido con la Mejillones hace apenas media hora. Es triste que una amiga, ¡una amiga!, se tome la licencia de dudar de mi amor. Hemos quedado en Embassy a tomar un té después de unos pinchacitos en Rita Navarro para darle brillo a la piel de cara a las Navidades. Marina sigue de viaje en Roma con la apertura de su tercera galería de arte, así que hemos quedado las dos.

—He esperado a que se fuera tu...

Willy.

—¿Por qué utilizas ese tono? —le he dicho.

—Pues porque no sé a qué estás jugando, Marga. No lo sé, ni lo sé yo ni lo saben las chicas. Todas coincidimos en que no lo vemos normal.

—Ah, no lo veis normal. Ajá —separé la jarrita de leche con indisimulada indignación—. Y habéis hecho un referéndum o... esto lo deduces tú por tu propia cuenta.

—Marga, no sé si te viene bien tanta publicidad con un chico tan joven —me ha dicho.

—¿En qué quedamos? ¿No lo veis bien por mi profesión o no lo veis normal? Porque a mí lo que me parece es que estáis siendo unas hipócritas, y dejo a un lado a

Marina.

—Claro, ella no cuenta porque parece que la estás imitando. Ella es soltera, ella siempre ha sido así, una buscona... Mira, ya sabes a qué me refiero.

—No, me gustaría que me lo explicaras —dije sarcástica.

—Pues que de ella nos esperamos cualquier cosa, desde que se divorció de su marido ha ido de niño en niño. Y todos le sacan la sangre y el dinero. Bueno, no te digo que no lo disfrute, pero ella es así. Pero tú no, Marga, tú no. Tú eres diferente.

—Pues bueno, ya soy así, he cambiado. Si os parece tan mal y tan denigrante que esté con un chico de veintitrés años que me ama y al que amo os tendréis que aguantar porque va para largo.

—No estoy diciendo que sea

denigrante, digo que estamos preocupadas. Tú sabes bien a lo que te enfrentas, y no eres precisamente una descerebrada que pierde los estribos. Ramiro...

—Ramiro, ¿qué? —interrumpí subiendo el tono y atrayendo las miradas de las mesas de alrededor.

—Ramiro se ha puesto en contacto conmigo. Quería hablar —respondió bajito.

—Mira qué bien, si te gusta, te lo quedas. No hacéis mala pareja. Yo nunca te he dicho nada de tus parejas, nunca he opinado, nunca me he metido con esas que tú llamabas «amigas íntimas». No eres la más adecuada para darme lecciones. Te recuerdo que estuviste liada con la folclórica.

—...

La Mejillones palideció en un

instante.

—No es ningún secreto que... —tuve que parar, la Mejillones se había puesto a llorar delante de mí por primera vez. Me he callado y le he cogido la mano para que me insultara si lo creía oportuno, para que soltara toda la mierda que llevaba dentro. En un primer momento he sentido la necesidad de gritarle «a ti qué te pasa ahora», sobre todo porque la que se siente juzgada soy yo. Pero no. La Mejillones siempre ha ocultado su intimidad con tanta fuerza que me he sentido avergonzada de hacerla llorar. Siempre me he quejado de esos enamorados que porque se creen felices van humillando al resto con sus gestos de pareja en público, con ese exceso de seguridad, con esa soberbia que da el tener pareja sobre los que no la tienen. Tenía ganas de pedir perdón, pero entre

amigas cuesta más. Que alguien me explique por qué.

—No te preocupes —me ha dicho todavía sollozando.

—... Tal vez no esté bien. Lo sé. Tal vez estar enamorada de un chico joven sea sombrío, pero no soy una pusilánime. No me he acobardado nunca ante la vida y para una vez que se me presenta desnuda quiero bebérmela. Tengo sesenta y un años, lo sabes. Me van a dar un premio en dos meses que ha hecho saltar todas las compuertas de mi tranquilidad. No sabía que ya era mayor. ¿Sabes? No sabía que ya tenía toda una vida detrás y muy poca por delante. Ni me acordaba de que habían pasado los años... Tal vez lo de Willy no sea la mejor forma de darle un revulsivo a mi vida, entiéndeme, entendedme... no sé qué más puedo hacer.

—...

—Willy, ese del que todas habláis, me besa, me quiere, me abraza, me desea, me hace reír. Y sé también que no durará siempre... Pero ¿y si dura? Y si sigo con él el resto de mi vida... ¿cuántos años me quedan para estar así? ¡Todavía parezco una mujer! En cinco años me llamarán abuela. No te acuerdas de aquel día en el que te empiezan a llamar de usted para pedir la hora, ¿eh? Ese día empieza todo a acelerarse, un día tienes treinta y nueve y al siguiente te levantas con cuarenta y cinco. Los cincuenta se pasan sin darte cuenta. Mírame. Sesenta y uno. He intentado parar todo con la cirugía, con las vitaminas, con las cremas... poniendo un foco que suavice la piel justo encima de mi cámara principal... He intentado todo, pero el tiempo es un hijo de puta. Un hijo de la

gran puta.

—Ya lo sé... —continuaba apenada, pero con esa cara que se queda cuando escuchas tus propios pensamientos en otro altavoz.

—Las manos siguen marcando la edad. ¿Las ves? No hay solución. Son viejas por arriba pero por la palma sigo sintiendo lo mismo que cuando tenía veinte años. El tacto es el único sentido que se mantiene joven, el único que nos salva. Pierdes vista, pierdes oído, pierdes el gusto, el olfato... todo menos el tacto. Por eso me paso horas tocándole la piel a Willy. Porque se me eriza todavía toda la carne...

—¿Qué hora es?

—Las siete.

—Te llevo a casa.

Viernes, 17 de diciembre

El Corte Inglés. Acabo de salir del programa directa a los grandes almacenes de la Castellana. Se me echa la Navidad encima como un alud de nieve. A estas alturas ni he comprado los regalos ni sé dónde pasaré las Navidades. Willy me recordó que se quedará con sus padres en Bilbao y que pensará mucho en mí.

«Oh, blanca Navidad, sueño... y con la nieve alrededor... Blanca es mi quimera... y es mensajera de paz... y de puro amor... Oh, blanca Navidad, nieve...» La megafonía de la entrada a perfumería ha sido un viaje ultrarrápido a la infancia como lo son siempre todas las Navidades, año tras año. Me he quedado mirando todos los espumillones en forma de luna creciente que estaban cubriendo todo el

techo, sobre mi cabeza una gran estrella de plata llena de luces y al fondo un enorme árbol de Navidad cargado hasta el infinito de regalos. Después de probar los nuevos perfumes, invitada por una señorita vestida de Papá Noel pero con un escote de Barbie, me he introducido en la magia de las compras a contrarreloj empapada de melancolía y de preguntas. ¿Qué va a ser de mí?

17.00 h. No sé cómo he acabado en informática y juguetería. El último día, W me dijo que le apetecía una PSP Nintendo y como no fui capaz de acordarme del nombre lo apunté en la cuenta del restaurante cuando él se fue al baño.

—Señorita, estaba buscando la PSP.

—Nintendo DS o Sony PSP.

—Ay, pues no sé. Es una consola de

juegos, creo.

—Sí, sí. Pero tenemos la Nintendo DS o la Sony PSP.

—Y, ¿cuál es mejor?

—Hummm, los chicos tienen sus preferencias. La Nintendo DS tiene pantalla táctil, doble pantalla y se puede cerrar. Y en la PSP se puede escuchar música, ver vídeos, descargarse juegos, tiene el Tekken Dark Resurrection y es un poco más cara.

—Ahmm... Pues ésta. La cara.

—De acuerdo, la señora se lleva la PSP. ¿Quiere que sea de regalo?

—Sí, de regalo. Le pago con tarjeta.

—De acuerdo. A su nietito le va a encantar.

—... No. NO. No es para mi nieto. Es para... —he querido gritar que era para mi novio de veintitrés años, abdominales

perfectos, hombros de waterpolista y culo de escándalo, pero no he podido— es para mi hijo.

—Ok. Ah, usted es la de la tele. Encantada. Éste es su recibo, firme aquí.

Nadie sabe aporrear un teclado con uñas esculpidas como una dependiente del Corte Inglés de TODA LA VIDA.

He llamado a Marina para contárselo y salir huyendo de la Navidad agarrada al teléfono. Aunque al bajar las escaleras me he distraído absurdamente con los perfumes de caballero. El de Ramiro está de oferta en *pack* doble con *aftershave* y desodorante.

Lunes, 20 de diciembre

Este fin de semana es Nochebuena y me aterran los presentimientos de soledad

que se me han instalado en la cabeza. Hace treinta y tres días que vivo sola con Zulema. Tampoco me ha costado mucho acostumbrarme al abandono porque los años de matrimonio han ido desgastándose en la rutina, la cama es demasiado grande y las buenas noches han ido pegándose como chicles a los zapatos. Molestaba más que acompañaba verle irse como un fantasma a la habitación noche tras noche. El desierto no empezó el día que conocí a W en París, hace años que me levanto deshidratada.

Jueves, 23 de diciembre

Me ha llamado mi hija. Ella y papá se van a pasar la Navidad a Londres con mi cuñada y sus hijas. «Luego iré a verte para darte un beso y tu regalo, mamá», me ha

dicho.

—No cojas frío, hija. Llévate abrigo. Si Madrid está helado, imagina Inglaterra...

Oh, Dios mío. Para qué voy a enfadarme. No voy a empezar monólogos de soledad. No soy de éstas.

Viernes, 24 de diciembre.
NOCHEBUENA

Mensajes recibidos: 45. En este momento, bip-bip, 46.

Llamadas recibidas: 20. Dieciocho de ellas de los colaboradores de mi programa. Una de una oferta de Vodafone Navidad y otra de Zulema.

Llamadas perdidas: 0

He contestado a todos durante toda la mañana con una voz alegre y jubilosa

deseando FELIZ NAVIDAD porque no quiero despertar ni la más remota condescendencia. Hace quince años contraté a un equipo de actores para que montaran un espectáculo navideño en el jardín y mi hija trajo a sus amigas para compartir su ilusión. Llené el salón de regalos y todas iban eligiendo cajas en medio de una emoción absolutamente adolescente, yo las miraba encantada desde la puerta y, recuerdo, Ramiro me pasó por el hombro un regalo. Era un anillo precioso, diamantes baguette, que perdí en la grabación de un programa. Nunca me perdoné aquel descuido al desmaquillarme, y menos cuando él me dijo para reconfortarme: tranquila, seguro que quien lo lleva ahora no es tan guapa como tú.

No sé por qué me estoy acordando de esto ahora. Me gustaría que pasara ya la

Navidad.

13.00 h. Me siento fatal. DING, DONG. Otra cesta de regalo, ésta viene directamente de los estudios de televisión porque viene firmada por el consejero delegado. Voy a tener que hacer una subasta: en la cocina ya hay cuatro cajas cargadas de turrónes, tres paletillas, cuatro jamones ibéricos de pata negra, doce cestas de dulces y más de treinta botellas de vino y otras tantas de champagne.

13.35 h. Estoy borracha en el salón con el móvil en la mano contestando sms que me envían repetidos con nosequé historia de «doce renos azules traen doce regalos, si lo reenvías a doce amigos se cumplirán tus doce deseos». NO TENGO TANTOS DESEOS pero lo he reenviado

por si acaso.

16.10 h. He abierto una caja de embutidos que ha venido de regalo desde la revista *Teleprograma* y me he puesto morada de chorizo curado, fuet y huevas de atún. Dos copas de vino más. Es tan estúpido todo. He abierto las castañas de marrón glacé y me he puesto a encender velas por toda la casa para crear el espíritu navideño a fuerza de decoración. Al encender la tele me he visto a mí misma deseando feliz Navidad en el único plano que les debe de haber quedado antes de la catástrofe, no he salido muy favorecida pero como dura dos segundos me da absolutamente igual. «Les deseo feliz Navidad...» En otro momento habría llamado al director y habría mandado eliminar ese anuncio con una única

llamada. Este año no lo haré. Demasiado buena o demasiado tonta me ha puesto este último trago de champagne.

18.00 h. No hay ni un solo regalo bajo el árbol.

18.30 h. Me he refugiado en el trastero del garaje abriendo cajas viejas, todavía tengo guardados todos los juguetes de mi hija y sus libros del colegio con sus trabajos de fin de curso. Un diez, otro diez, un nueve y medio, un ocho setenta y cinco, un diez... qué buena estudiante era de pequeña. Miro ahora su letra de niña y me entra nostalgia, puedo ir repasando su caligrafía con el dedo y siento que se ha quedado en Madrid conmigo. No sé si he sido la mejor madre pero sí la que más ha apostado por ella. Intenté que los deseos

que tenía fueran realidad, como estas dos orejas de Mickey o el disfraz de Blancanieves que le compré en Disneylandia aquel cumpleaños. Se empeñó en ir un día que lo escuchó en el colegio y hasta que no salimos en avión su padre, ella y yo no paró de pedirlo. A la vuelta se pasó meses dibujando castillos y manzanas envenenadas como las que me estoy tragando yo ahora, confundida. Los álbumes de fotos deben de estar por aquí también... en esa caja... Qué sentido tiene esta ausencia. Se me ha caído encima una bolsa llena de muñecas desnudas, en su día iban todas vestidas de tenista, de bailarina, de fiesta... «Mira, mamá, qué guapa está, mira lo que le he puesto ahora, la ves, es la princesa... ¿cuándo llega Papá Noel?»... Me he quedado abrazada a un nenuco pelón lleno de rayajos con su nombre. Eva.

Medianoche. Es Nochebuena. Feliz Navidad.

NOTA DE PRENSA PREMIO TP

Publicado en todos los periódicos del país, hoy, 30 de diciembre. La reproduzco aquí en mi diario porque es la traca final de mis días en la televisión. Al menos lo siento así.

Margarita Gayo, Premio Toda una Vida 2008. El Consejo Editorial de la revista *Teleprograma* ha decidido premiar con este galardón a la veterana profesional.

La homenajeadada recibirá el reconocimiento el próximo 23 de febrero durante la gala de los premios anuales de la revista *Teleprograma*. La ceremonia

será conducida por Carlos Sobera y emitida en *prime time* por Televisión Española desde el Palacio de Congresos del recinto ferial Juan Carlos I.

El Consejo de la revista TP, en su última reunión —celebrada ayer en Madrid—, ha decidido conceder el Premio Especial Toda una Vida 2008 a la veterana periodista y presentadora **Margarita Gayo** como reconocimiento a una trayectoria profesional ligada al medio televisivo.

En anteriores convocatorias este premio ha recaído en importantes figuras del mundo televisivo: Jesús Hermida, Miguel de la Quadra Salcedo, Antonio Mercero, Chicho Ibáñez Serrador, Josefina Molina, Matías Prats Jr. y Emilio Aragón, *Miliki*. En su última edición la revista reconoció con este premio a Raffaella Carrà.

Margarita Gayo es la profesional que más programas ha presentado en la televisión de nuestro país. Inició su trayectoria profesional en TVE, donde ingresó por oposición como locutora de continuidad. En 1966 se incorpora a los servicios meteorológicos de Televisión Española, cadena en la que desarrolla gran parte de su carrera en programas como *La vida alegre*, *Hablemos del amor*, Festival de la OTI, *Míreme a los ojos...* Desde 1993 conduce el magazine de más éxito de la televisión europea.

La labor de **Margarita Gayo** ha sido distinguida con otros premios de comunicación como el Premio Ondas, la Antena de Oro o el Micrófono de Oro.

CAPÍTULO 12

TODA UNA VIDA

Sábado, 1 de enero

Es la una del mediodía. Me despierto con una resaca del diablo, pegada a las sábanas y con W todavía durmiendo a mi lado. He tenido que levantar su brazo para poder salir de la cama y recuperar la libertad de una noche loca producto del alcohol y las hormonas. Sus hormonas. Las mías deben de estar desperdigadas por las cañerías del baño, porque he estado toda la

noche vomitando como una veinteañera...
Claro. Qué cosas.

La verdad es que si no hubiera sido por la nota de prensa que publicaron todos los periódicos el jueves 30 no hubiera cometido la locura de hacer una maleta con cuatro cosas, irme al aeropuerto a todo meter, llamarle desde el mostrador de facturación y secuestrarle de su fiesta de Nochevieja. Estaba con sus amigos en Puigcerdà, en los Pirineos catalanes, pasando unos días de vacaciones en la nieve.

—W, ¿te parece que pasemos la Nochevieja juntos?

—Señora, ¿prefiere ventanilla o pasillo? —me preguntó la de Iberia.

—¿Marga? ¿Estás en el aeropuerto? ¿Qué haces a estas horas llamando! —eran las siete de la mañana.

—No consigo conciliar el sueño desde que viniste. Llevo toda la noche despierta. Además, el programa está siendo un aburrimiento y necesito cargar pilas... No sé, me parecía que..., tal vez, a lo mejor sería buena idea... ¿Te apetece? —le dije a Willy.

—Cla-ro que me apetece, tonta.

—No lo dices muy convencido.

—¡Son las seis y... casi las siete de la mañana! Estaba tirado en la cama y están dormidos todos.

—Me parecía divertido pasar la Nochevieja contigo —comenté ilusionada.

—... y a mí. Pero no habíamos hecho planes juntos... ¿Qué les digo a éstos? Hemos pagado la casa a medias y los alquileres de los esquís hasta el día dos...

—Si quieres te llamo mañana... Lo siento. Llevo varias noches que ni con

somníferos consigo dormir... Hoy es una de éstas... Un beso —le dije intentando colgar y sintiéndome culpable de haberlo despertado a deshoras.

—Tome su DNI.

—No, no, no. Marga, no me cuelgues. Estoy ya en el salón, he salido de la habitación para poder hablar tranquilos. Hummm... espera que piense... ¿Quieres que les diga que me voy urgente, me cojo un autobús a Barcelona y pasamos allí el 31?

—... ¿Quieres tú? —le dije.

—Claro que quiero.

—... ¿De verdad? —insistí.

—Maaarga. Estoy diciendo que sí.

—No me des la razón como a los tontos.

—¡Es que eres tonta! Te pones tonta por teléfono...

—Soy débil. Dame un beso.

—Perdone, señora, es por la puerta A, embarque en veinte minutos. Gracias.

13.30 h. Los besos me los dio anoche todos, uno por cada campanada. Se nos olvidó pedir las uvas en el restaurante del hotel (no me parecía oportuno cenar entre tanta gente) y ya en la habitación preferimos montar las campanadas de otra manera. Los sueños perversos me dejan convertida en una dehesa de su propiedad. Soy coto privado para su ingeniería sexual. Hoy mismo, como siempre con él, voy directa al pastillero para solucionar este dolor muscular en la columna. Demasiada fuerza, demasiado impulso no debe de ser bueno. Menos mal que consigue ahuyentar el dolor con un masaje, más juego digital que masaje, en el que presiona mis

hombros y retuerce mi cuello liberándome de tensiones. Cuánto he tenido que esperar para disfrutar así, cuánto.

13.50 h. Cuando W se ha despertado yo estaba duchándome por segunda vez. La primera ha sido poco efectiva. La segunda, el agua tibia ha pasado a fría, sin aviso previo, con lo que odio esta sensación, para intentar despejarme del todo. No soy una mujer decente, no lo parezco, no lo soy. Me ha llamado mi hija varias veces y he conseguido contestar de puro milagro y con una voz terrible, como si tuviera una pandilla *skin* paseando por mi garganta.

—Dime.

—Mamá, ¿dónde estás? Te he llamado varias veces.

—Lo siento, hija, tenía el móvil

silenciado.

—¿Silenciado? Pero si también he llamado a casa y no cogías el teléfono.

—Es que... No estoy en casa. Estoy fuera.

—¿Dónde?

—En Barcelona. Me he venido con Marina.

—Caray, mamá, me tenías preocupada... Te he llamado un montón de veces.

—...

—Quería felicitarte el año nuevo y papá me ha dicho que te mandara muchos recuerdos.

—¿Muchos recuerdos? ¿De verdad?

—Que te felicitara en su nombre.

14.20 h. Me quedé muda un largo rato. Al colgar comprobé que tenía doce

llamadas perdidas de mi hija y un sms: «TE DESEAMOS FELIZ AÑO. Papá y yo».

15.00 h. Willy se ha duchado y hemos salido a comer algo por la calle. Los unos de enero son terriblemente vacíos, todo el mundo se ha quedado en casa y se respira un olor a domingo elevado al cuadrado que da asco. No hay ruidos, ni coches, ni vida de ciudad, sólo persianas cerradas, cafeterías abiertas a medio gas y grupos de borrachos que vuelven de sus antros con una especie de gesto perdido en el calendario. El uno de enero no debería existir. Me retumba la cabeza tanto o más que la sensación de ver anoche a Luchi Lobo dando las uvas desde la Puerta del Sol embutida en un vestido verde pistacho absurdo y exagerado. «Recuerden que los

cuartos van antes que las campanadas», dijo. Ya le vale. Habría pagado la retransmisión de mi bolsillo porque le estallara el escote en directo. O peor, que se liara con las campanadas en plan Carmen Sevilla. No tuve suerte. Mi suerte se llama W, porque cuando empecé a criticarla cogió el mando y cambió de canal.

—Tanta Luchi, tanta Luchi. ¡Si se llama Luciana! —me salió la vena Gracita Morales.

—Olvídate de ella —sentenció—. Es nuestra noche.

Ramblas arriba hemos encontrado una hamburguesería de donde salían jóvenes con bolsas de papel grasientas. Ha sido la única opción para empezar el año, y eso que podíamos haber vuelto al hotel Arts porque la reserva que hice era pensión

completa. Sin embargo, el paseo agarrados con la doble cheeseburger nos ha venido estupendamente para volver a sentir la inercia del caminar sin rumbo. El enamoramiento se hace real cuando uno se calla y siente que el amado también se ha callado y el silencio es el que hace alianzas invisibles. Sólo los ingenuos y los hoscos se sienten incómodos cuando callan.

—Estás chiflada. ¡Cómo vas a venirte a vivir a París!

—A que sería bonito, ¿eh? —me parecía una idea loca pero apetecible—. Puedo irme por las calles, de compras, buscar verduras frescas, frutas... esperarte en casa con la comida hecha como una enamorada.

—Me parto. Pero si no sabes cocinar.

—Eso es lo que tú te crees, lo que pasa es que me aburre meterme en los

fogones y siempre acaba por faltarme algo. Cuando no es la cebolla es el ajo, y cuando tengo cebolla no hay carne, y siempre me olvido de la sal.

—Lo ves. No sabes.

—Bueno, de acuerdo. Pues bajaría al restaurante y subiría el menú para comerlo juntos en la terraza del ático.

—Ah, bien. O sea, que tendríamos ático.

—Ajá. Un ático por Saint-Germain. Y luego iríamos al cine. Yo me apuntaría a un curso de arte en la universidad. O mejor, me iría con algún pintor de Montmartre a su estudio para aprender a pintar.

—Bailarinas.

—Imitaría a Degas, claro.

—¿Por qué temo que me estás tomando el pelo? ¿Y qué más sueñas?,

cuéntame.

—Pues... bajaría por la tarde al Jardín del Luxemburgo, mientras tú posabas para los fotógrafos, a pasear los galgos. Y me quedaría escribiendo mi diario.

—¿Escribes un diario? —me preguntó vehemente.

—Sí.

—¿Puedo leer qué escribes?

—No. Es íntimo. Son bobadas, cuento todo lo que me pasa, todo lo que siento, lo que me gustaría hacer, dónde voy, qué tal ha ido el programa, cuánta audiencia hemos tenido, los *shares* de la competencia, los vestidos que quiero comprar, los que ya he comprado, las citas de escritores que me gustan, los libros que quiero leer... Escribo todo.

—Y... ¿has escrito que me quieres?

—Claro que te quiero, Ramiro.

¡Horror! Lancé un grito apagado. Pensé cortarme la lengua y arrojarla al café moka hirviendo que llevaba en las manos. Pensé echarme a reír y frivolar la metedura de pata que me había provocado el inconsciente. Pero me callé. ¿Por qué había dicho Ramiro? Dios mío. W no se lo tomó a mal. Me dijo que era la segunda vez que me pasaba y lo consideraba normal después de tantos años con el mismo hombre a mi lado. Según me recordó, la vez anterior lo dije en la cama. Uf. Dios, Dios, Dios. Yo asentí para evitar corregirle el argumento, paralizada como estaba delante de él. No puedo creer lo que me ha ocurrido. ¿Soy idiota?

Domingo, 2 de enero

Sigo horrorizada y avergonzada

cuando miro a W. Si intento ser consciente de lo que me ha pasado me sulfuro y me entran vértigos. El nombre de Ramiro se me ha escapado sin sentido en un absurdo desliz que me está torturando. No debería ni acordarme de él y menos desde que sé que se ha puesto a cocinar con, según mi hija, especialidades gastronómicas. Qué valor de hombre. Estoy contentísima de estar con W, estoy delgada, estoy elegante, estoy feliz, estoy satisfecha, estoy todo lo completa que debe estar una mujer a mi edad y... ahora, ¡ahora!, me viene a la boca el nombre de ÉL.

Me he pasado el día dándole besos a W. No se lo merece. Ni el otro tampoco. Además, ni me ha llamado. Seguro que el mensaje se lo ha inventado mi hija para hacerle quedar bien.

Lunes, 10 de enero

El programa ha vuelto hoy a la pantalla, nos han anunciado a bombo y platillo con un *spot* promocional precioso: VUELVE MARGARITA GAYO. Yo estaba acojonada, lo digo tal cual porque llevo doce entrevistas diciendo que «me encantan los retos, que tenía muchas ganas de volver, que el programa viene cargado de novedades tras las Navidades y que estoy ajena a mil rumores que se han publicado sobre mí». La verdad es que no tenía ganas de volver a pantalla, ni de maquillarme ni de cruzarme por los pasillos con la nueva Miss Incendios, antes conocida como Luchi Lobo. Pero la vida es como es y basta que tengas pocas ganas de algo para que te pongan dos tazas. Dicho y hecho, nada más entrar a la

televisión me he tropezado literalmente con ella y con su representante, un tipejo gordo, mal vestido y con cara de jugador de rugby, que estrecha la mano como si fuera a trocearte las costillas. Yo creo que se ha creído que es La Toya Jackson con semejante orangután que la persigue con gafas negras y cartera en mano. Menuda pieza está hecha la muchacha últimamente, más crecida que si le hubieran puesto levadura Royal en el desayuno. Huy, qué humos, me da hasta risa verla. Pero es que no me extraña nada: él es un bicho, una larva que debe de estar sacándole los dineros o las bragas. Una de dos. Y por eso ahora ella va así de ufana por los pasillos. Es la reina del sambódromo. Sólo le faltan un par de bragas comestibles.

12.00 h. «... y con ustedes, Margarita

Gayo.» Aplausos. Estaba nerviosa, siempre me pongo nerviosa cuando he pasado unos días sin presentar, porque me da pánico que el público haya elegido a la Otra. «...Vamos, Marga, que estás bellísima...» me ha animado el director, que me conoce como las ratas a los venenos, pero yo estaba ausente. Correcta, pero ausente. Me aterra que las estrellas como yo pasemos de moda y que el día menos pensado las audiencias me sean infieles con vedetillas de tres al cuarto sacadas de una fábrica de silicona. ¡Yo soy auténtica! Pero... ¡quién soy yo para hablar de infidelidad! Caray, las palabras las carga el diablo. No quiero mentar la bicha, ni siquiera aquí en secreto, pero un día, igual que las estrellas del cine mudo se quedaron sin películas para actuar, nosotras nos vamos a quedar sin público,

es que lo presiento... Lo presiento. Ugf. Las Grandes de la Televisión somos pocas, dos o tres, y hay mucha arribista a la espera de su oportunidad con las uñas pintadas para meterse en mi camerino y escribir su nombre, pero yo me voy a ir antes de que me echen. La tele es como Sunset Boulevard. O peor. La pobre Gloria Swanson es una santa comparada con las aprendices de Leviatán que corren por estos pasillos. Hoy mismo, una de esas rubias de mechas me ha mirado como poseída por el demonio de puro orgullo. Y todo porque la han cogido para anunciar decolorantes de vello facial. Lo que yo digo: Sunset Boulevard.

Miércoles, 12 de enero

LLAMADA DE MARINA CUESTA.

Teléfono.

—Marga, todavía no hemos elegido el vestido de los premios.

—Ay, tienes razón, qué cabeza. Debería mirar qué piensan llevar las presentadoras de la gala.

—Pero, incauta, ¿tú te crees que vas a coincidir con ellas? No me hagas reír. La Otra, un año parecía que lo hubiera sacado del catálogo Venca.

—Me acuerdo perfectamente —le dije—. Llena de gasas. ¿Qué te parece algo de Felipe Varela o de Lorenzo Caprile?, a mí me sentaría muy Letizia Ortiz para recoger el TP, estaría elegantísima. Me encanta.

—¿Perdona? ¡Pero qué dices! Tú tienes que ir vestida como una reina, déjate de princesas. Eres la reina de la televisión. Escúchame: la Reina. Y con esos modelos

corres peligro de parecer una infanta, no, no, no, por Dios, se me aparece el fantasma de Mette Marit. Mira, debemos acudir a algo de gran *atelier*...

—Hummm... ¿En quién estás pensando? —le pregunté golosa.

—Christian Lacroix, algo carísimo. Y mejor si nos vamos a sus talleres de París a decidirlo de cerca, hay que tocar las telas, sentirlo, olerlo... Cariño, puede ser ideal. Además, Betsy me ha dicho que coincidiríamos con ella, está eligiendo *haute couture* para llevársela a la City.

—Qué bien vive la muy canalla, ¡Dios santo!

—Mira, hablando de vivir... He estado hablando con un amigo cardiólogo y me ha dicho que los enfermos que se mueren y luego reaniman le cuentan que al final del túnel no hay nada... ni luces, ni

ovnis, ni verbenas de la Paloma; por lo que, nena, hay que disfrutar lo más posible de lo que tenemos ahora. Yo me lo he tomado al pie de la letra. Este fin de semana he estado en el Algarve viendo la final de la MedCup de vela, en Sevilla de tapas y hoy miércoles he ido a jugar un torneo de golf durante toda la mañana. ¡Qué privilegio, coño! En un rato me iré a tu casa a ver revistas tiradas en el sofá y miramos modelazos.

—Genial, genial. Estoy más animada que antes, Marina. Prefiero hablar de Lacroix antes que del dichoso túnel, hija, que siempre me lo sacas.

—Por cierto, me encontré con Iñaki en el aeropuerto. Volaba a Bruselas. No nos veíamos desde el verano. Una pena que hay que solucionar *as soon as possible*.

—Pues si hay que ir a París a buscar vestido para el dichoso premio habrá que ir pensando en irnos cuanto antes... —le dije.

—¡Mírala cómo se le calientan los motores! Oyes París y entras en pista, ja, ja.

—No me hagas reír, que estoy en el camerino y me escuchan. Ayer pillé a las sastras al abrir la puerta, se despistaron un segundo y cuando salí me las tropecé agachadas como urracas. «Se nos han caído los alfileres», me dijeron. Ayyyyy... los alfileres.

—Lo mismo querían saber de dónde son tus zapatos. No seas malpensada. ¡Huy!, pues ahora que me acuerdo, y ya que estás ahí: ayer te vi. Por el amor de Dios y la Virgen de Lourdes. Ni se te ocurra volverte a poner la bata esa de flores.

—¡¡¡Pero si era de Diane von Furstenberg!!!

—Era una bata. Igualita que las que llevaban en tu pueblo el día de la puñetera calle.

—¿Me hacía mayor? Miénteme.

—Hijaaa, qué obsesión. Estás divina, estamos divinas, pero no te la pongas más. Y si quieres que lo estemos más aún nos vamos esta tarde a la Navarra.

—Pero si hace cuatro días que nos pinchamos.

—Soy una yonqui, ya lo sabes. Una yonqui del bótox.

—Pues ea, si quieres le digo a Antonia que llame y que pida cita para las dos y nos drogamos juntas como en los ochenta.

—*Okey...* Nunca se está suficientemente estirada.

—Ni suficientemente follada. Ja, ja, ja, ja.

—Por cierto, ¿te he dicho que la galería de Roma es un éxito?, no damos abasto desde que ha pasado el hijo de Berlusconi a comprar dos obras. Es un sinvivir.

—¿Estarás encantada, no? Madrid, París, Roma... Pareces Zara. Hija, qué imperio te has montado con los grifos del argentino.

—Obras de arte, guapa. No te pongas burra, que bien que te vino a ti venirme a la remodelación parisina, entre unas cosas y otras has rejuvenecido doscientos años. Un día te veo con la carpeta forrada de High School Musical 5.

—No te voy a seguir el juego. Pareces la Mejillones, que me pegó hace unas semanas una chapa por culpa de mi

relación que todavía estoy amargada del espanto. Se me puso a llorar por nada, cuando la que tenía que haber llorado era yo.

—Marga, le insinuaste que es lesbiana.

—Es que lo es, yo no tengo la culpa. Que no me hubiera echado en cara lo de Willy.

—Mira, déjate de conflictos que bastante tenemos con el traje. A ver, hay que decidirse.

TOC, TOC. Sonó la puerta. «Margarita, a plató. Urgente. Empezamos en diez minutos y hay que microfonarla todavía.»

—Te dejo, Marina, luego te llamo. Tengo una exclusiva en plató, resulta que la mitad de los bolsos de marca que venden en las tiendas son falsos. Ya te

contaré. No podemos ya fiarnos de nadie.

—Huy, eso es garrafón, como en los bares.

—Ya, pero con bolsos. Peor aún.

TOC, TOC, TOC. «... A platóóó!»

Lunes, 17 de enero

Willy ha suspendido los exámenes y me siento culpable de su derrota; no sólo eso, me dice que le hacen una recuperación forzosa dentro de dos semanas y que hasta mediados de febrero no podrá venir a verme. Lo peor no es que suspenda, es que me he tenido que comportar como una madre con mi propio novio, así somos las mujeres. «Estudia, estudia, ya nos veremos, lo importante es que apruebes para buscar salidas laborales.» Cuando he terminado mi discurso maternal una

manifestación de larvas se me ha aparecido en los pensamientos. Es como insultarse a una misma. Nos pasamos la vida siendo madres, de pequeñas jugamos con las muñecas, de adolescentes pensamos en bodas de princesas, a los treinta nos tropezamos con bobos malcriados y ya casadas seguimos comprándoles los calzoncillos a nuestros maridos. Es una maternidad inacabable. Las mujeres nos pasamos la vida pariendo.

Jueves, 20 de enero

Tomo nota de este jueves. Tiene razón Bibiana, soy una mujer en tránsito. A las nueve, el chófer me ha dejado en la puerta de la tele. Unas cincuenta personas de público para el concurso estaban abandonadas en la entrada a la espera de

las azafatas.

—Felicidades, Margarita, hemos leído en las revistas que le dan el Premio TP.

—Gracias, es un homenaje —he dicho agradecida.

— *Toda una vida* en la tele, felicidades.

He ido directa a la cafetería, José Luis guarda bajo llave una botella de coñac y cuando le hago un gesto se mete para dentro y sale con un falso café con leche. Me he tomado el copazo y he salido airosa a la redacción del programa. Deberían haber sido dos lingotazos porque nada mas entrar en el despacho había un inmenso ramo de flores con tarjetita. TE LO MERECE.

18.00 h. Estoy extraña. Incluso

Zulema lo nota. La última idea que me podía venir a la cabeza en este momento es un ramo de flores.

18.45 h. Sigo extraña. Cuarenta y cinco minutos dan para tomarse un Lexatin y buscar relax en los programas que echan por la tarde. Ahora me vendría muy bien un *Estrenos TV* de esos que ponían antes en la Primera con madres maltratadas, niños que desaparecen en una tubería en el jardín, enfermas terminales que salen a flote, asesinatos en trasatlánticos... Pero qué más me da a mí el novio de la ex novia del hijo de la folclórica. Huy, qué mal. No tenía que haber encendido la tele ni que haber abierto la tarjetita. **TE LO MERECE.**

20.00 h. ¿Me lo merezco? Bueno, no

sé. Llamé de inmediato a Marina para contárselo, pero su móvil estaba apagado y su secretaria me dijo que no estaba. El director del programa dice que la audiencia está estable, que nos mantenemos firmes, etc. La curva de la audiencia indica que tanto la clase baja, la clase media y la clase alta están firmes con mi producto. «Somos los más sólidos», repite. Todo está estable menos yo.

23.00 h. Ramiro no debería haber enviado las flores ni la tarjetita. Quizás sí. No sé si me quiere felicitar o si pretende buscar una reconciliación. Oh, qué más da. Quizás debería volver a su lado... A veces soy un mar de dudas.

Medianoche. De tanto follar con Willy estoy perdiendo la razón. Lo mismo

se me han activado los cromosomas que estaban dormidos y no carburo bien. Soy un seiscientos en un circuito de carreras.

Viernes, 21 de enero

Programa del viernes. En la pausa de publicidad, Anita y Angelines han venido en plan Hermanas Gilda a comentarme los últimos rumores. «Tápate el micro», me ha requerido la primera. Según han oído en la sala de maquillaje, el consejero delegado va a revolucionar la cúpula directiva de la cadena, lo anunciarán mañana, y el nuevo director de contenidos será el que trajo a Luchi Lobo a los estudios. Uggggf. Maldita sea. Unos del comité de empresa les han asegurado que esto lleva cocinándose desde hace cinco meses y que ya está todo listo para dar una salida digna

al actual director. ¡Mi mentor! Es la prueba que me faltaba por tener en el sumario de mi jubilaciónn. Las primeras impresiones son las que valen. Ya lo sabía yo.

—«... ¡Volvemos a directo, chicas!»
—era el regidor avisando del fin de la pausa.

Esperé un instante para reaccionar y pensar alguna maniobra. En ese momento sólo he podido decir «hola, buenos días a todos y bienvenidos al programa...». Sin embargo, por dentro de mí se estaba montando un torrente de emociones al más puro estilo Scarlett O'Hara. ¡A Dios pongo por testigo! ¡Coño!

14.00 h. Tengo la confirmación a las sospechas de mis confidentes. Ahora entiendo que la Rizos circule con esos aires de Loewe por los pasillos, que tenga

representante desde hace poquito y que haya abandonado los camerinos del lado izquierdo para pasar a los del lado derecho, con ventana y vistas al parque. Ajá. Pienso. Pienso. Pienso. No me van a tomar el pelo a estas alturas de mi vida, cuando incluso estoy planeando mi divorcio o pedir la nulidad matrimonial en la Rota. Mi querida Sole, la marquesa viuda de Monte-Aliento, es intimísima de un cura catedrático de Derecho Eclesiástico con muchos contactos en el Tribunal. Seguramente me corresponderían pronto con la solicitud. Te quiero, Willy. No tengo dudas. He roto la tarjeta de Ramiro.

19.20 h. La verdad es que ya se me ha olvidado por completo el ramo de flores.

Domingo, 23 de enero

Queda un mes para el asalto al Congreso de la nueva Tejero. Mi «Operación Galaxia» va viento en popa. Bueno, la verdad es que no sé muy bien cómo explicarlo, pero estoy asimilando poco a poco y como puedo el Premio TP Toda una Vida que me darán en breve. No es que trate de recordar, pero es que hace cuatro días que empecé a trabajar como mujer del tiempo, que me puse delante de una cámara de televisión... cómo han pasado los años. Caramba. No me he dado ni cuenta. Una vez me dijo mi madre: «Se te van a cumplir todos los sueños, cuidado, que eres una pedigüeña». Y aquí los tengo, recién despertada de la marea de historias cumplidas sobre mi espalda y a punto de que me homenajeen como a una vieja leyenda. Si tuviera las hechuras de Tina

Turner, que debemos ser de la quinta, me negaría a recoger el galardón. Pero conforme han ido pasando los meses me he ido convenciendo de que tal vez lo mejor será subir como una REINA y agradecer el premio a... Hummm... Se me está ocurriendo una cosa... Maravillosa. Je, je, je. No estaría bien. No sé.

El primer premio que recibí en mi carrera lo recogí temblorosa. El temor no era verme subida a un escenario del Patronato de Estudiantes delante de mis profesores, qué va, no me han temblado nunca los pies. Ni para recibir, ni para dar ni para despedir a algún colaborador; aquel temor era el puro miedo a que fuera el único premio que recibiera en mi vida.

—Margarita tiene futuro. Miradla qué seguridad —decía mi padrino. No he visto hombre más orgulloso de mí que él. Se

hartaba a aplaudir sin necesidad de regidor.

Anotación: a veces se disfruta más cuando los sueños están por cumplir; cumplidos ya tienen menos valor. Son papel mojado. Podríamos tener la opción de vivir dos vidas, una para ver qué tal y otra para corregir lo que no nos ha gustado.

Miércoles, 26 de enero

Calle Ortega y Gasset. Vamos, la calle Lista de toda la vida. La Postizos, la Forense y la Mejillones se han empeñado en regalarme los zapatos para la GALA. Son un cielo. Nos hemos venido a merendar juntas y dar una vuelta mirando escaparates. Primera parada, Burberry, segunda, Chanel, tercera, Vuitton, cuarta...

A punto de empezar la quinta parada de nuestro vía crucis comercial, la Postizos nos ha detenido a todas.

—Anda, Margarita, mira quién está saliendo de Jimmy Choo.

—La de la tarde. ¿Cómo se llama? — preguntó la Forense, que no se entera nunca de nada.

—Luchi Lobo, disimulad.

No daba crédito, la miss salía cargada de bolsas y acompañada del nuevo director de contenidos de mi cadena. Los dos con gafas de sol y charlando amigablemente como dos enamorados. Igualita que yo en París. Ay, ay, ay.

—¡Se están besando! Ay, que es...

—¡Son amantes! Zorra. Bueno, eso — me he mordido la lengua.

—La Lobo tiene más peligro que el espejo de la madrastra de Blancanieves —

dijo la Postizos.

—¡Ésa! Ésa es una bicha de charca. Hace tiempo me dijeron que era la candidata a sustituirme en el programa, que pensaban hacer una remodelación y que ella, tan mona y tan fresca, se iba a quedar con mi franja.

—¡Qué me dices!

—Lo que oyes. Y, queridas amigas, a mí no me pasan por encima por muchas tetas mirando al cielo que tengan. Se acabó. Hasta aquí hemos llegado —y entré con paso firme en Escada, dispuesta a encontrar los zapatos de mis sueños.

—Me das miedo.

Miércoles, 2 de febrero

8.00 h. La acidez no me ha dejado dormir. La cena no le sentó nada bien a

este cuerpo de copla y claveles y Zulema me ha preparado el zumo de medio limón con un chorrito de agua antes del café. Y ya está, mano de santo, con un solo trago la copla ha reducido, como el jerez, y ha quedado en cuplé.

Removiendo la cucharilla me he dado cuenta de que tengo las uñas de porcelana para repasar. Si lo llego a saber no me hago esta cochinada y me las pongo postizas. En estos dos últimos años me han inyectado más gel en las uñas del que he usado en la ducha en toda mi vida. A veces me siento un bonsái con tanto injerto, lo reconozco.

8.35 h. Al llegar a la tele he ido directa al baño de la planta baja. Entre el limón y el café...

Al sentarme en la taza he descubierto

una pintada en la puerta, y eso que entro con la revista y nunca me paro a mirar. «EL TRONO DE LA REINA DE LA TELE.» ¡La madre que los parió! Sin duda ha sido gente del equipo y no sé si es bueno o malo, pero digo yo que me querrán un poco con tantos años que llevamos juntos. Pasmada me he quedado leyendo el resto de literatura popular de urinario grabada sobre la puerta entre nombres y fechas. Eso me pasa por no esperar a subir a mi camerino y colarme en el primer baño que he visto. Son cosas del destino y de las tripas revueltas por culpa de... Ay. Quizás sea cosa del becario nuevo, que ha llegado en plan gracioso. Creen que paso de ellos y, sí, lo hago, pero los conozco. Son ya muchas corridas de toros. Porque como descubra por la letra que ha sido una pintada de la dichosa

Luciana me la como con salsa agridulce. Me ha dolido, ¡coño! Me he sentido chiquitina y vulnerable frente a la pintada con rotulador. Y menos mal que no ponía «La reina Margarita también hace caquita...». Agg. He salido como si no me hubiera enterado de nada. ¡A mí me van a venir ahora con bromitas! Bastante tengo con lo que tengo.

11.00 h. Leía correos personales y las últimas actualizaciones de los periódicos digitales cuando el becario ha llamado a la puerta del despacho.

—Hola. Buenos días. Perdone que la moleste, *majestad*, pero es que desde el lunes me han pedido que lleve los contenidos de la página web del programa y he pensado que quizá podría usted hacer un pequeño editorial con los contenidos

del día...

He de reconocer que el jodido tiene gracia. No es la gracia del andaluz que se lo hace y se parodia a sí mismo. Es la gracia de quien quiere agradar y a mí me ha podido su frescura.

—Perdona, ¿tú quién eres? —sabía que le molestaría.

—Trabajo como becario en su programa, Margarita.

—¿Eso del editorial quién te lo ha pedido? —le dije con el tono y la frialdad que la madre Visitación, directora del colegio religioso al que fui en mi niñez, usaba conmigo.

—No, se me ha ocurrido a mí que quizá...

—Hummm... ¿Crees que se nota mucho que tengo las uñas para repasar? —pregunté con indiferencia a su propuesta.

—Si evita coger las gafas más de ocho veces en la entrevista del bloque de actualidad, que es toda de planos cortos, no se le verá nada.

Cabronazo. Este chico sabe. Le he pedido que me busque el mejor centro de belleza para repasarme las uñas porque donde voy no me gusta tener que esperar. Parece que Rita haya pregonado que soy su mejor clienta y es la cola del pan. Sé que esto le ha tocado la moral, pero así aprenderá un poco de humildad. Y sí, la semana que viene, cuando ya no se acuerde del editorial para la web del programa, lo llamaré al despacho y le pediré que me explique su idea. Hoy he sido una hijadeputa con él.

11.50 h. Todavía en el camerino, a punto de bajar al plató. Tengo a Camilo

Sesto sonando en la cadena musical. Definitivamente, hoy no es un día con brillo, a pesar de las lentejuelas del cuello de la blusa.

Jueves, 10 de febrero

Estoy cagada de miedo. Ahí sí que tenía razón la pintada, cagada de pánico ante el tictac de las decisiones que debo tomar. Es el reloj biológico que también tenemos las estrellas. Que también nos enamoramamos, tememos el fracaso, dudamos ante las críticas, lloramos por las noches, bailamos de los nervios y... sí, también cagamos. No merece la pena ni que me amargue, ni que me aturulle como otras veces ni que salga haciendo otro papel. Soy la que soy, que bastante me ha costado.

Viernes, 11 de febrero

RAMIRO vendrá a la gala. Mi hija y él.

Sábado, 12 de febrero

Cuando ayer mi hija me dijo que vendrían los dos a la entrega de premios mezclé una ración de alegría con otra de disgusto. ¿Por qué me hace ilusión que venga Ramiro? ¿Por qué me pongo nerviosa de pensar que estará mirándome desde el patio de butacas? ¿Por qué me entran ganas de llamarle y decirle, como otras veces: Ramiro, ponte la camisa de gemelos? Y, ¿por qué me pongo a llorar ahora?...

Domingo, 13 de febrero

Otro día más. Otro día menos.

Martes, 15 de febrero

Estoy contenta. Es lo primero que tengo que decir hoy. Y lo segundo, que me he emocionado cuando he entrado al plató porque las señoras han estado un minuto largo aplaudiéndome. Mira que me cuesta dar besos cuando voy maquillada, pero es que la señora del cardado imposible me ha dicho que soy como Rania de Jordania y se me han puesto los vellos como escarpías. Qué mona. Le he estampado dos besos que han sonado a período electoral. Luego me he dado cuenta de que quería decir la Noor. Que es la vieja. Pero me da igual, lo importante es lo importante. Que todas las

del público han empezado a jalearme «ea, ea, ea, Marga de Jordania, Mar-ga de Jordania». Monísimas. Soy otra. Con levantamientos populares como éstos una entiende a Agustina de Aragón perfectamente. Hace más el estímulo de las dos primeras filas que los opiáceos a los que soy tan aficionada.

He pedido invitaciones para todas mis fieles. Quiero que estén conmigo Angelines, Anita, también José Luis, que lleva toda la vida subiéndome los cafés, para mi director, para Fernando, para las chicas de la pandilla y para Zulema, que le hacía ilusión venir.

—Debe de ser precioso el acto ese en que la premian, señora —me ha dicho en el cuarto de la plancha con su voz melosa.

—Eso espero, eso espero.

—Va a estar bellísima con el vestido,

señora. Lo he dejado bien colgado en el vestidor. No quiero que se lastime, debe de ser carísimo.

—Más de lo que crees —«con eso pagamos el vestuario de toda tu familia», he pensado. Llevo el veneno dentro.

—La veré desde la tele. Me hace ilusión que le reconozcan su trabajo.

—... ¿Te gustaría venir, Zulema? — no lo he dudado un instante. Ella es parte de mi vida, de la de puertas adentro.

—Ay, señora —se ha puesto colorada —, pero si eso debe de ser elegantísimo y no pinto nada allí, deben de ir todas bellísimas.

—Elige lo que te venga bien. Si no has ido nunca al circo esto te va a encantar... Está lleno de fieras...

Miércoles, 16 de febrero

WILLY se sentará con Marina. A él también le hace ilusión. De todas maneras, he pensado entrar caminando sola en el edificio. Por mí y por el vestido que hemos traído de París. 5000 euros de alta costura. Modelo exclusivo.

Domingo, 20 de febrero

Querido diario: ¿dónde estabas? Menos mal que has aparecido. Llevas tres días desaparecido, desde el miércoles. Casi me ahogo del susto, pensé que me lo había dejado en la tele y que ahora estaban todos disfrutando de mis intimidades, como si no hubieran publicado ya bastantes. Sale esto a la luz y me muero. He llamado a Antonia, le he dicho que registrara todos los cajones de mi camerino, que bajara a

maquillaje a ver si estaba por encima de alguna butaca, que le diera mil vueltas a las cajas de zapatos, que se colara en el despacho a ver si estaba con las revistas... Ay, pensaba que me moría. Uf. He tenido que sentarme y recuperar el aliento porque Zulema ha puesto patas arriba todos los rincones de la casa, aunque yo estaba convencida de que me lo había dejado en la tele. «Dónde vas cargada con eso», me lo recuerda doscientas veces Marina. Qué razón tiene. Gracias a Dios, cuando estaba a punto de volverme loca y harta de rezarle a san Antonio tres padrenuestros, me ha llamado Fernando.

—Señora, es domingo, perdone que la moleste, pero al bajar a limpiar el coche me he encontrado una libretita negra... Creo que es de usted. Es su letra.

—Ay, Dios mío. GRACIAS.

Bendición, bendición, bendición.

21.00 h. Desde que me ha dicho «creo que es de usted» tengo la sensación de que se lo ha leído todo. No pone mi nombre ni en la primera página, así que para adivinarlo habrá tenido que mirar algo... ¡Algo! Y, claro, las ocho de la tarde no son horas para lavar el coche. Lo habrá visto esta mañana y se lo habrá merendado enterito tomándose unas magdalenas. Uf. Un Lexatin, necesito un Lexatin.

MARGARITA GAYO SERÁ
PREMIADA MAÑANA
CON EL GALARDÓN A TODA
UNA VIDA

Madrid, 22 de febrero. La conocida presentadora de televisión Margarita Gayo

será la estrella indiscutible mañana en el Palacio de Congresos de Madrid. Durante la Gala de los Premios TP (TVE, 21.45 horas) se premiará toda su larga y exitosa carrera delante de las cámaras. Gayo, de sesenta y un años, tiene en su currículum un innumerable catálogo de premios, pero sin duda éste viene a culminar su trayectoria. «Estoy emocionada y temblorosa porque para mí es un orgullo haber llegado hasta aquí», ha manifestado la comunicadora. Bla, bla, bla...

Con más de cuatro décadas de trayectoria televisiva, la «Reina de la Televisión» celebrará sus continuados éxitos, bla, bla, bla...

LUCHI LOBO, CANDIDATA

El ascenso de Luchi Lobo no ha

pasado desapercibido en la cadena y, según se ha rumoreado, podría convertirse en la nueva imagen pública que pretende articular el recién nombrado director de contenidos en su renovada estructura. A lo largo de la semana pasada tanto la ex miss como el consejero delegado se habrían reunido para llegar a un acuerdo de cara a la nueva temporada. Bla, bla...

Martes, 22 de febrero

15.00 h. Recién comida y con mala digestión. ¿Y si paro los relojes de todo el país y no se hace mañana nunca? ¿Y si hago una locura y me escapo y no voy a los TP de mañana? ¿Huyo? ¿Y si se anula la fiesta porque en el Palacio de Congresos cae la perra *Laika*? ¿Y si mando a que lo recoja Willy? Estoy loca. Ya no tengo

salida, mañana, media España pegada a la televisión para ver la entrega de premios y el homenaje de los cojones a Margarita Gayo. Que soy yo, por si no me acordaba. Vamos, qué necesidad tenían de premiarme por toda mi carrera si no tengo ninguna gana de morirme. Que se esperen, coño, que se hubieran esperado unos años. Yo es que aún sigo imaginándome a Bette Davis arrugadita como una pasa y dando las gracias a los de San Sebastián por la Concha de Oro. Dos días después la palmó. Es un decir. Es que me da un nosequé que se me eriza la piel... Me tocará tragarme mi orgullo, subir al escenario y decir:

—*Gracias, España.*

Huy, no. Así no puedo empezar. Debo sacudirme la pompa de encima. A ver qué digo. Debería... Llevo muchos

años en la televisión y... Sí. ¡Oh, Dios mío! Es el momento para la narración más importante de mi vida. Los sueños se han cumplido, mamá tenía razón, «*no pidas más, que se cumplen*». Los días más aciagos pasaron y algunos de los más buenos también. Me pertenece todo lo que tengo, incluso la decisión que albergo entre ceja y ceja totalmente convencida de ella. No estoy borracha, no estoy drogada, no estoy hipnotizada por lexatines, ni siquiera por tilas. Creo que por primera vez en muchos meses estoy serena, tranquila y segura de mi decisión. Voy a llamar a Marina. Cojo aire.

TELÉFONO. Marina tardó algo más de un minuto en contestar, que se dice pronto.

—Marina, quería comentarte unas

cosas. Sobre el vestido, todo perfecto, y los zapatos de las chicas también. Me los he puesto esta tarde para ensancharlos y que no me hagan daño mañana, a ver si con lo delicados que tengo los pies me voy a poner a cojear como...

—...

—Sí, como él. Qué arte tienes. Bueno, que te llamaba para explicarte una idea que tengo para el discurso de mañana. Ya sabes que hemos hablado mil veces lo de...

—...

—Eso, lo que me dijiste en París. Que si ya está bien, que si a disfrutar... Y más teniendo en cuenta los rumores de la Loba con el director de contenidos. El nuevo, ése. Se lo está tirando y la van a poner en mi lugar. Así que lo mejor es que...

—...

—Qué gusto que me des la bendición. Uf, eres mi madrina más que mi amiga. Es justo lo que tenía en mente. Ya está bien de recorrido televisivo, ¿verdad?

—...

—Me debería tomar lo de mañana como una apoteosis.

—...

—No, un Kit-kat, no. No pienso volver. Ya está bien. Ya he trabajado bastante.

—...

—Eso, ¡a disfrutar!, a disfrutar de la vida. De toda una vida.

—...

—Convencidísima, Marina, convencidísima.

18.00 h. Rita Navarro me ha subido a la sala de hidratación para estar fantástica

mañana miércoles. EL GRAN DÍA. No paraba de decirme que seré la mujer más bella de la fiesta. Sus peluqueras de confianza vendrán a casa para maquillarme y peinarme para la Gala TP DE ORO. «¿Sobre qué hora quieres que estén en tu casa?», me preguntó. «A las seis estará bien, la gala es a las nueve», dije mientras me sentaba en el sofá de espera. Eché un vistazo a la cesta de las revistas. No se hablaba de otra cosa que del Oscar a Penélope. Sin embargo, en uno de los montones de abajo me pareció ver mi cara asomando entre las otras. «¡ESCÁNDALO DE LA PRESENTADORA!», anunciaba *Lecturas*. Era una de las revistas de noviembre que todavía estaban rondando entre la actualidad de febrero; al cogerla me di cuenta de que estaba manoseada como la que más. Signo evidente de los

dedos y los ojos que habrían pasado interesados por mi abandono. Hablaban del precioso, sexy y divertido novio de la presentadora de televisión de sesenta y un años. «Silvia Tortosa, Olivia Newton-John y Margarita Gayo, tres modelos para las señoras sexagenarias.» Tal cual, escrito con todas sus letras y sin anestesia.

—Ahhhhh. Horror.

—Perdona, Marga, ahora mismo quito las revistas —se excusó Rita ante la cara de sota de bastos que se me había quedado portada en mano—. No deberían tenerlas todavía ahí. Les tengo dicho a las chicas que cambien las nuevas por las viejas.

—Ahí tienes razón. Las viejas no cambiamos nunca, Rita. Mírame. Por mucha crema, por mucho LPG que me hagas, soy la que soy.

—Tienes una genética estupenda y con los tratamientos adecuados se te ve divina —dijo acariciándome la mano como a un pekinés.

—Tengo una genética estupenda, cierto. Y el mejor tratamiento ha sido el amor.

21.00 h. Salí directa a casa sin hacerme nada de lo que tenía previsto. La belleza es honesta, igual que la edad.

Medianoche. Querido diario: W está dormido después de haber hecho el amor como si fuéramos a hundirnos en el *Titanic* esta misma noche. Ese momento en que los violinistas se ponen a celebrar en la cubierta su penúltimo concierto ajenos al final. Parece nuestra última vez. La Charlize Theron que hay en mi interior

está revolucionada como una moto... y agotada. Nerviosa como si vinieran los Reyes Magos de madrugada. Niña e inocente a pesar de mis sesenta y un años. Querido diario, ¿por qué sólo envejecemos a trozos?...

Miércoles, 23 de febrero. YA SOY MAYOR. «El Gran Día»

—«Muchas gracias a todos. Buenas noches a los que estáis en casa y a los que os veo desde aquí. ¡Cuánta cara conocida, cuánta cara amiga entre las butacas! Sois adorables. Todos y cada uno de los que estáis esta noche compartiendo el premio conmigo formáis parte de la misma ilusión, la televisión. Me siento una privilegiada de haber llegado hasta aquí después de muchas alegrías, después de muchos

sufrimientos y, sobre todo, después de mucho esfuerzo por intentar ser siempre la mejor. Hoy tengo olvidadas todas las zancadillas que me han puesto, no tengo rencores ni quistes que me amarguen una noche como ésta. Vengo limpia, feliz y absolutamente satisfecha de toda una vida dedicada a esto.

»Gracias por este premio, porque me lo merezco. Sí, me lo merezco. Para mí este TP DE ORO no es un premio cualquiera, es el regalo que me hacéis en el cenit de mi carrera. Hoy por hoy soy feliz y con este galardón en las manos lo soy todavía más. Muchísimo más. Asumo mis errores, entiendo lo que ni siquiera a mí me gustó tener que hacer en televisión, el mea culpa lo admito y pido disculpas por todo lo que no os haya gustado alguna vez. Pero, bueno, la tele es así. ¿No? Un día nos

toca ir de entierro, otro de boda y, al siguiente, disfrazarnos de carnaval. La hoguera de las vanidades a veces me ha pesado y otras la he disfrutado como una boba aunque haya salido escaldada de mil tirones de orejas. Me quedo, hoy, esta noche, con todos los besos que he ido sumando porque es la colección más hermosa que he podido tener desde que empecé en este negocio. Y con esos besos me quiero vestir siempre.

»Os quiero contar —no me alargaré mucho— que de pequeña, a la salida de un cine de verano en mi pueblo, deseé ser actriz como las de la gran pantalla y durante semanas, meses tal vez, me veía desfilando con grandes vestidos por aquellas escenas del technicolor. Cualquier adolescente se enamora del cine. Lo soñé tantas veces que una mañana me levanté

revolucionada y se lo conté a mi madre. Si cierro los ojos puedo recordar todavía su cara de asombro y compasión por su niña Margarita. «Mamá, que sí, que ya verás, que seré actriz», le decía. El aplauso que toda la sala daba a los actores al final de la película me resultaba tan mágico que empecé a pedirlo cada noche en mis oraciones a mi Virgen. Mi madre, cuando me abrigaba, me decía que si lo pedía con fuerza y con muchos avemarías seguro que la madre de Dios me lo daría. Ay, pobre... Cuántas ilusiones he puesto, amigos, cuántas. Ya veis cómo son los sueños de una niña. Todos habéis sido niños y todos hemos soñado. No tengo nada de especial, si soy especial es porque me habéis hecho vosotros. Nada más.

»Cuando trabajé en el tiempo, como meteoróloga, cuando fui reportera, cuando

me quedé en paro, cuando supliqué trabajo a algunos de los que ya no están aquí, siempre he seguido con aquella sensación de abrazo nocturno, con la ilusión de la niña Margarita... En todos aquellos momentos seguí recordando las palabras de mi madre y seguí cruzando los dedos cada noche con mi sueño a cuestas en la almohada. No fui actriz, no lo he sido y ya nunca lo seré. Menos mal, porque nunca consigo aprenderme un texto de memoria, eso lo saben muy bien todos los directores del programa que he tenido y siempre me han dejado improvisar todo... a pesar de mí. Lo que hoy siento es que aquello ha valido la pena. Porque recuerdo perfectamente la emoción que sentí cuando la televisión llegó a casa. Aquella niña de coletas empezó a tener el cine en casa para ella solita. No lo podéis imaginar. Mi

abuelo, que ya estaba flojito el pobre, contestaba “buenas noches” cada vez que la locutora decía “buenas noches, señoras y señores”. A mí me entraba risa, pero disimulaba embobada pegada a la pantalla y sonreía porque se me electrizaban los deditos al tocar el cristal. Un día, mi padre me pilló disfrazada con las ropas de mi madre e imitando a una presentadora del Telediario en medio del salón y me preguntó: “¿Pero no querías ser actriz?”. Hoy —ha pasado ya mucho tiempo, inevitablemente— me tenéis aquí, recordando a aquella niña que sigue totalmente emocionada. Sé que hoy es la meta final. Millones de gracias por este premio.

»Quiero compartir este TP DE ORO
Toda una Vida con toda la gente que ha
hecho que yo sea la que soy; sin ellos,

Margarita Gayo habría continuado en el periódico de su pueblo. Gracias a mi equipo, con el que llevo tantos años trabajando, porque ellos son gran parte de este premio. Un beso enorme de agradecimiento y amor a mis padres, que me dieron siempre todo lo que necesitaba, desde el cariño inmenso a aquellas torrijas de leche que no he conseguido volver a saborear. Les quiero y les querré siempre. Quiero también dedicar este premio a mi hija, que me está mirando con ojos de “mamá, ve acabando”. Querida hija: sé que la distancia, la edad y tal vez mis errores como madre han hecho que alguna vez no haya estado a la altura de la vida que te mereces, pero te quiero tanto... Tanto, Eva. Gracias también a Ramiro, amor, por hacerme crecer como mujer. Y a ti, Willy, por recordarme que lo sigo siendo. Este

premio va por ellos.

»Hoy, 23 de febrero, además, quisiera compartir con vosotros, con toda España, mi decisión irrevocable, que he tomado con la serenidad de la mujer madura que soy ya y después de mucho pensarlo en casa. Quiero comunicar en este momento de la noche... es algo que he meditado mucho... Queridos amigos y amigas de la pequeña pantalla, ha llegado el momento de dejar la televisión y dar paso a las nuevas jóvenes que empiezan en este negocio. ¡Hasta aquí he llegado! Punto final. Me voy. Me largo. Quiero descansar y disfrutar de todo lo que me queda de trayecto. EL PREMIO que hoy tengo entre las manos quiero que sea el alimento profesional de todas las demás aspirantes a presentadoras, todas esas misses, putones verbeneros, lobas, carroñeras, perras,

busconas, zorrongas, descentradas, arribistas, liantas, zorras, alimañas peliteñidas, siliconadas, bichos, perversas, sabandijas, bestias, musarañas, rastreras escotadas, minifalderas golfas y frescas que empiezan en la televisión.»

Humm... voy a ver qué tacho de todo esto. Mejor que quede como una señora.

9.00 h.

—Buenos días, señora —Zulema ha abierto las persianas mientras me sonreía intentando contagiarme—. Hoy es el gran día.

—Eso dijo Tejero otro 23-F y mira cómo acabó la cosa. Estoy que reviento.

Bueno, el traje me sienta estupendamente, soy una diva. A mi edad

es increíble ver cómo un vestidazo de alta costura me sigue haciendo eternamente joven. Estoy igualita, igualita, que Sharon Stone, y sin tantos retoques. Me pregunto qué harán las que no pueden ponerse nunca un botín textil como éste. Me he mirado doscientas veces delante del espejo y doscientas veces he ensayado el discurso de esta noche con el vestido puesto. Tengo que ensayar cómo sentarme y cómo levantarme de la butaca. Lo he dicho en jarras, apoyada con los brazos en el lavabo como si fuera el atril, con una mano en la barbilla, con los dedos entrelazados en plan santa Teresa, jugando con el anillo para que se crean que estoy nerviosa, incluso lo he ensayado con un abanico que me hace españolísima y me evita posibles sofocos... Al final lo he eliminado del atrezzo porque puedo parecer una

menopáusica con calores de autobús. ¡No quiera Dios! Nada de abanicos. Mejor subir lentamente al escenario —tal y como hacía Maria Callas— para que todas las cámaras del realizador me puedan enfocar la espalda desnuda y el recogido que pienso llevar en el pelo y quedarme tipo cariátide en el centro del escenario aguantando los aplausos emocionada. Sé cómo ponerme a llorar, me lo enseñó la cuñada de Rocío Jurado. Basta con pellizcarse los lagrimales, mirar a los focos y la gota brota fácil. Es cuestión de práctica. La mejor foto será cuando abra los brazos en medio de la escena y vocalice g-r-a-c-i-a-s. Presiento los flashes como los gatos vislumbran el peligro. Los huelo. Espero que me pongan el micro a mi altura para evitar sorpresas del tándem escotazo-tetas.

—Cariño, ¿estás hablando sola? — Willy me ha mirado asustado, el pobre tenía la misma cara que Belén Rueda en *El orfanato*.

—Estoy ensayando el discurso.

—Me parecía que me nombrabas, he oído que decías Willy. ¿Me vas a nombrar? ¿Delante de todo el mundo? — dijo con tono de emoción.

—Humm... Sí.

—Y... ¿esos pendientes que llevas? Son bonitos.

—Ahmmm... son aguamarinas. Me las compré... ejemmm... hace tiempo...

18.50 h. Se acaba de ir de casa mi peluquera de siempre. Ha venido acompañada de su sobrina, que según me ha dicho quiere trabajar en la tele, «a ver si

la coloca, doña Margarita, que es muy apañada y trabajadora». Para probarla, se ha puesto a hacerme las uñas. Me ha retocado el gel y las ha limado con fuerza.

—No se las toque ni cierre los puños durante un ratito —me ha dicho la muchacha.

Me he comido un plátano hace un minutito para no tener que picar en la gala, que hace feísimo y corro el peligro de salir en alguna foto masticando como una cerda. Al cabo de unos segundos ha llamado al timbre Fernando con el coche totalmente resplandeciente. Tal y como le dije, ha venido vestido de traje y corbata. La entrada del IFEMA va a ser una marabunta de fotógrafos y periodistas, no debe quedar un detalle suelto. Ya que me abrirá la puerta a la vista de mil cámaras mejor que se le vea estupendo.

20.30 h. Fernando ha parado en la gasolinera para llenar el depósito. ¿No lo podía haber hecho antes? Siempre quedan detalles sueltos. Mientras, he llamado a Marina. Me acababa de mandar un sms diciendo que ya está con Willy cerca del recinto ferial, «estamos haciendo tiempo en una cafetería de Sofitel, tenemos ganas de verte, ya verás cómo va vestido tu chico... va a ser la envidia de todas las zorras que nos critican». Toc, toc. Me giro. Hay alguien junto a la ventana del coche. Qué querrá ésta. Toc, toc, toc. «Margarita, ¡Margarita!» Oh, Dios, que me ha reconocido. Olvidaba que estos cristales no están tintados. La chica de la gasolinera ha tocado la ventanilla haciéndome señales para que bajara el cristal. Dichosas uñas de gel, no tengo sensibilidad, me ha costado

acertar con el botón.

—¡Ay, qué ilusión me hace verla aquí! La sigo por la tele, felicidades. Es usted bellísima. He leído que le dan un premio esta noche. Lo he leído en la prensa.

—Voy a recoger el premio TP. No es un día cualquiera —sonreí agradecida.

—¡Qué bonito!, a mí un día me dieron un premio en el colegio. Conocí incluso al Rey. Fuimos a la Zarzuela. Me fui con las compañeras de clase. Era «¿Qué es un rey para ti?».

—¿Cómo?

—No, que ése era el título del concurso. «Qué es un rey para ti.» Y conocí a Juan Carlos I. Y estaba la Reina. Tan guapa, tan alta... Por cierto, ¿me puede firmar un autógrafo? —me ha dicho mientras me pasaba un recibo y un

bolígrafo por la ventanilla—. Mi madre es superfan suya.

—¿Cómo se llama tu madre, bonita?

—Margarita, como usted.

—«De Margarita a Margarita, muchas flores», toma. Dale besos de mi parte.

—Gracias, se va a emocionar. La he visto esta mañana en la tele. Qué gracia cuando se han puesto a buscar la manera de meter un huevo en una botella, qué cosas. ¡Con vinagre! Estaban tan graciosos intentando no mancharse.

—Cosas que hay que hacer para ganarse la vida...

—Me lo va a decir a mí, que me paso todo el día oliendo a gasolina.

Glups.

Al subir la ventanilla me he visto reflejada en el cristal con el brillo de las aguamarinas en mis orejas. Me gusta

moverlas como cuando era pequeña. Lo hacía Marisol en sus películas y yo ya era una muchachita ansiosa de fama y de pendientes caros cuando la imitaba frente al espejo. El primer piropo vino cuando me olvidé de mis complejos, los defectos que nunca le he dicho a nadie.

«Se hace tarde, es ya la hora», ha dicho Fernando. «Siga otro momento en marcha, necesito coger aire, me espera el fusilamiento del Dos de Mayo para mí sola», exclamé asumiendo mi reto. Dicho y hecho, dimos dos vueltas por el recinto ferial para hacer tiempo y recordar todo lo que tenía que decir en ese patíbulo escenario. Las estrellas y las novias tenemos salvoconducto y licencia para tardar un ratito más, porque sin nosotras no hay ni boda ni fiesta. El mundo está dividido en dos tipos de personas, los que

miran y los que son mirados. Yo pertenezco a los segundos, la adicción de sentirme mirada es droga pura, aunque hoy me espera demasiado, mi sobredosis de fama. Mi gran noche. Tic, tac. Son las nueve y algo. He apagado el móvil. Me he repasado los labios. Ya estamos, por Dios, qué barullo. Por la señal de la Santa Cruz, de nuestros enemigos líbranos, Señor Dios nuestro. En el nombre del Padre. Y del Hijo. Y del Espíritu Santo. Amén. Y... con las ansias de lucir palmito dispuesta a todo he salido del coche radiante. Aquí me tienen.

FLASH. Flash, flash.

«¡Margarita, Margarita!... ¡aquí, aquí! A su derecha, míreme. Margarita, para el *¡Hola!* Por favor, una foto. No se mueva. A la izquierda... ¡Aguante ahí!... Margarita, una sonrisa.»

Flash, flash. Decenas de fotógrafos esperaban a los dos lados de la alfombra roja. Fernando cerró la puerta del coche y le dije: gracias. Por todo.

Empecé a subir las escaleras atestadas de público en este frío febrero que congela las afueras de Madrid y los tuétanos. Todos gritaban mi nombre enloquecidos, madres con sus niñas, adolescentes, parejas, señoras de mi edad y parecidas. Vi una foto de un póster antiguo que me hizo gracia, era de mi primera portada en las revistas. «Margarita, felicidades», gritaban. Era ensordecedor pero gratificante. Lo más hermoso de esta vida de locos. Yo no dejé de sonreír hasta llegar al último escalón. Las puertas se abrieron y dentro, ya en el hall, una aglomeración de periodistas que se distribuían a codazos entre invitados, cámaras y teleobjetivos se abalanzaron

sobre mí. Los de seguridad empezaron a separarlos creando un cordón de seguridad a mi alrededor. Era una sensación comparable a la que deben de sentir la princesa Letizia o David Bisbal. ¡Qué emoción al levantar la vista hacia el techo! Desde el balcón del segundo piso colgaba un gran cartel con mi cara y mi nombre, «al menos me reconozco». HOMENAJE A MARGARITA GAYO. Premio TP Toda una Vida.

Flash, flash, flash.

Me quedé posando durante más de quince minutos delante de los muchachos de la prensa, estirando el cuello y saboreando la miel del éxito. Estaba cómoda. Estaba a gusto. Estaba emocionada, qué coño.

—Margarita, ¿de quién va vestida? — me preguntó uno de esos mariquitas del

corazón a grito pelado.

—Christian Lacroix —aclaré feliz.

—Ohh.

—Su marido está aquí... ¿Le ha invitado? —dijo una voz femenina.

—Y también hemos visto al joven —siguió otra, preguntando—: ¿Con quién ha venido, Margarita?

Seguí sonriendo a las cámaras ajena a las preguntas y a mis preguntas. Con un poco de suerte hasta podría decidir con quién acabar la noche. Después de meses intensos, vividos tensos en compartimentos estancos, sellados y separados, tenía toda mi vida dentro del mismo edificio.

—¡Marga! Qué alegría verte.

—Sí. Lo mismo digo —era Concha con su hijo Manuel.

—Vas guapa, guapa —me dijo.

—Pues a ti el violeta te sienta fenomenal.

—Qué emoción darte el premio esta noche. Le he dicho a mi hijo que he venido por ti, que amigas hasta en momentos de reconocimiento, tortura o trasplantes. Tú una vez me diste uno a mí, recuerda.

—Qué mayores nos hacen con esto, ¿eh, querida Concha? —le confié por lo bajini.

—Inmensamente —y sonrió como sólo ella sabe hacerlo, con brillo en la mirada, arrugando la nariz y usando todos los labios.

—Ay, no me lo digas —murmuré jugueteando con las aguamarinas.

—¿Sigues con él? —me preguntó picaronamente.

—Ay, Concha... Creo que ya he tenido bastantes cambios estos meses. Han

pasado demasiadas cosas.

—Dime que eres feliz.

—Hija, la felicidad es a ratos.

—Tan cortitos, ¿eh? —volvió ese brillo compasivo a los ojos.

—Sin duda.

—¿Y esa relación?

—Pues... —tragué saliva.

—No me digas más.

—Bueno...

—Qué necesidad tenemos, Marga, qué necesidad.

«Por favor, ¿pueden posar juntas?» Seguimos charlando delante de los fotógrafos hasta que una azafata nos llevó hasta la entrada al teatro. Todo lleno. Afluencia confirmada de todas las caras y apellidos de la televisión. Anne Igartiburu, finísima de blanco, me saludó. Dos butacas a su derecha estaba Isabel Gemio con

alguien guapísimo. «Hoola, Marga.» Constantino Romero, Ana García-Siñeriz, Jaime Cantizano, acompañado, Jesús Vázquez, «un beso, Marga», «¿y Roberto?», le pregunté. Nuria Roca hablaba con Paula Vázquez, las dos monísimas de Ion Fiz. «Muchos besos, Marga.» Gonzalo Miró, de negro, al lado de Concha García Campoy, vestidos a juego los dos. «¡Qué locura, querida Gayo!», me dijo Ana Rosa Quintana. «Y que lo digas, tenemos que hablar —le dije—, un beso a los niños», añadí. Bajé las escaleras hasta la quinta fila, desde donde vi a la Campos. «Besos y felicidades», me soltó María Teresa en medio de una carcajada provocada por Pedro Piqueras, que la había pellizcado un segundo antes. Matías Prats iba con Susanna Griso, eterna pareja, y a su lado una irreconocible

Carme Chaparro con Emma García. «Cuánta estrella, eh», sonrió Boris junto a Loles León. «¿Y Bibiana?», les pregunté. «Huy... con uno en Tánger.» «Ella puede.» Ana Blanco, Jesús Álvarez, Olga Viza, Sánchez Dragó, Hermida, Pepa Bueno, David Cantero, Pedro Jota & Agatha, Ansón, Hilario Pino, Ana García Lozano y su amado productor, Belén Rueda, Manuel Torreiglesias... «Mira qué arte tiene la Gayo», me dijo Mercedes Milá.

—Ésta es su butaca, señora Gayo — me indicó una de las azafatas. Marina Cuesta y Willy Echevarría estaban ya sentados en las dos butacas siguientes a la mía. Esperándome ambos con una sonrisa de buenos amigos. W lo entendió todo al mirarme y eso me relajó.

—Muy buenas noches y bienvenidos

todos a la fiesta de la televisión —era una voz en *off* que anunciaba el inicio de la gran fiesta. Carlos Sobera salió al escenario después de un vídeo de imágenes mías. Lo proyectaban todo, desde el espantoso *flashback* de los principios de mi carrera a la admiración de hoy en día. Bravo, bravo. Me ahogaba la emoción. Volví a mirar hacia atrás buscando a mi hija... y a Ramiro. Ahí estaban. Los dos, mirándome satisfechos. Felices. Les sonreí escarmentada de la experiencia. Ramiro bajó los párpados en un gesto de comprensión y me mandó un beso que devolví. Uf. Qué san Martín me espera en el escenario...

Empezaron a subir algunos de los programas premiados, los de la serie de los domingos, las chicas del baile de la competencia, el musculoso que fue míster

y ahora actor, la niña dulce de la Primera, el abuelo que presentaba con la de mi tierra y que nunca me acuerdo de su nombre, la niña de Lolita... mi momento estaba en ciernes. «Empieza la cuenta atrás, Marga», me dijo Marina en voz baja.

—¿Bien?

—Estoy segura.

—Me alegro.

Tres, dos, uno. ¡Cero! Se oyó la imponente voz de nuevo: «La mujer más importante de la televisión actual. La historia viva de nuestras pantallas. Una chica que empezó como mujer del tiempo y que hoy es la presentadora más imitada, admirada y valorada de las 625 líneas. Tras una carrera jalonada de éxito y profesionalidad, hoy Margarita Gayo recibe el Premio Toda una Vida. Os pido un fuerte aplauso a la mujer, a la estrella, a

la presentadora... ¡Margarita Gayo!».

Aplausos, aplausos, aplausos... Aplausos. Flashes. Un foco entero que iluminó de lleno mi butaca. Sonreí. Seguían aplaudiendo. Uf... Hummm... Subí al escenario despacito y repetí la escena ensayada mil veces esta mañana en el baño. Parada en el centro de las tablas, abierta de brazos como el Pan de Azúcar de Brasil, delante de una gran foto mía en blanco y negro y mirando al cielo conmovida por el sonoro aplauso. Aguanté minutos, respirando intensamente cuando comprobé que todos estaban en pie a mis pies...

—Gracias a todos... Os quiero. Para mí es todo un orgullo haber llegado hasta aquí... Nunca se conoce una vida hasta que no llega el final. Aquí me tenéis —cada una de mis palabras de agradecimiento

quedaba ensordecida con otro aplauso de los presentes. Solté todo mi rollo del tirón, sin pausas, sin dudas.

Me quedé pasmada de mi propia sangre fría. Acababa de dar las gracias a Willy por ser el revulsivo de mi vida en la madurez y en la misma frase a Ramiro por haberme acompañado tantos años desde mi juventud. «Suenan a locura, pero son los hombres de mi vida...», dije. No entendí la ovación ni los fogonazos de *¡vivas!* y *¡bravos!* que salían de las butacas. Todavía tuve fuerza para recordar una lista de nombres de amigas y acabar con un regalo lleno de ruidoso celofán. «Luchi, Luchi, Luciana, es tu momento, aprovéchalo, dejo la televisión hoy mismo.» El realizador debió de enfocarla sorprendida en la retransmisión en directo, y por lo que me dijeron al salir parecía sacada de *El*

resplandor. «Y a todos y todas los que empezáis en esta carrera de locos y focos, maquillajes y pillajes, de envidias. Protegeos y disfrutad.» A continuación intenté emocionarlos a todos y desenfundé mis armas de actriz para cerrar el discurso, y mis gestos de diosa derrumbada, entregada y emocionada en busca de la megaovación, pero no salió ninguna lágrima. Ninguna. No conseguía llorar como tenía previsto y tuve que forzarlas.

22.30 h. Cuando fui a pellizcarme los lagrimales, tal y como me dijo la cuñada de la Jurado, me hice algo de daño, «estas malditas uñas que no siento del todo», pensé, pero resultó efectivo. Justo en ese instante de la pulgarada sentí cómo caían las lágrimas por mis pómulos. El equipo entero de realización debería de estar

bailando una lambada del gusto al tener a la estrella emocionada en uno de los programas más vistos del año. Margarita Gayo llorando en su última aparición. «Va por vosotros, os quiero, querido público.» Sin embargo, algo pasaba ahí abajo. Empecé a oír murmullos en el patio de butacas. Sentí como se movían en sus asientos. Vislumbré que estaban totalmente nerviosos, de hecho, algunos me miraban asustados, alucinaban.

—¡¡¡Está llorando sangre!!! —gritó uno de primera fila entre el barullo.

—¿Cómo?

Miré al pantallón de la retransmisión. Veinte gigantescos metros cuadrados de *videowall* a mi espalda. Allí estaba mi cara en grande ante los gritos de pánico de casi todas las filas. ¡Dios santo! ¡Virgen del Remedio! ¡Cristo de Medinaceli! ¡Froilán

de Todos los Santos! Estaba estigmatizada, como una Virgen llena de llagas, como una santa, toda desangrada por la cara y goteando desde el escote hasta el escenario. No eran lágrimas.

—¡¡¡ES SANGRE!!!

«... Putas uñas.»

EPÍLOGO

POR LA PUERTA GRANDE

Lo de aquella noche en los TP, a Dios gracias, pasó de largo. Menos mal que en la tele todo dura dos días. La tele es así de puta. Luchi, de hecho, ya está en mi plató con sus nuevos colaboradores. Está mona. Willy ha vuelto a París, Ramiro piensa irse a vivir a Santander y yo me he cortado el pelo. Antonia sigue siendo mi secretaria, son demasiados años juntas. Hoy me ha

enviado dos mensajes. Por lo visto, en la editorial Planeta están interesados en mis memorias. Menos mal que lo escribo todo desde que soy pequeña, va a ser divertido empezar a organizar fotos antiguas. «Marina quiere recordarle que la semana pasada confirmó su asistencia con usted a la corrida benéfica de esta tarde. Besos, Antonia.» Su puta madre. ¡No tengo yo el cuerpo para toros hoy!

16.30 h. Fernando me ha dejado en la puerta de la plaza. Los alrededores de las Ventas me recuerdan a las fiestas de mi pueblo con los puestos de hierros y lona, tan de mercado ambulante, con las bolsas de patatas y botellas colgando como jamones. Es lo que tiene Madrid, que es la capital, pero cada uno ha traído a ella lo mejor de cada pueblo. Madrid es el gran

pueblo.

Me he quitado el iPod antes de bajar del coche. No quiero perderme ningún «hola, Margarita», que tanto me sigue poniendo. A la entrada de la plaza me ha tocado lidiar el primer toro de la tarde. La Barbie —así es como se la conoce— me ha enchufado el micro y me ha hecho sentir mayor. En menos de dos minutos he escuchado las palabras jubilación, retirada y vejez más de tres veces. Indignante. Estos reporteros no son periodistas ni son nada. Antes preguntábamos y lo importante era la respuesta, ahora parece que con su protagonismo ya les basta. Hay mucho reportero con demasiadas ganas de presentar. Tengo un programa —tenía, no me acostumbro— desde hace años y jamás le he pedido a un reportero que se comiera un cactus ni que metiera el brazo en la

jaula de un león. Así que me he limitado a sonreír a la Barbie diciéndole:

—Menudo lío tenéis montado con las muñecas Bratz. Anda, guapa.

Olé, olé, qué torera soy. Total, me van a criticar de todas formas, así que al menos lo hagan con una buena frase para poder cebarse cuatro o cinco días.

17.00 h. Hoy torea el pequeño de los Montoya. Cómo está el niño, Señor mío Jesucristo. Cuando se ha acercado al callejón tras el paseíllo he podido examinarlo de cerca. El traje de luces no deja lugar a la imaginación. Creo que he adivinado cada uno de sus músculos a través de la seda... Iba vestido de tórtola y oro, como Manolete. Gris y medias rosa como un pajarillo de cintura estrecha que ya quisiera para mí.

En el primer toro ha estado *sembrao*. Variado. Con aplomo. Mostrando raza y oficio. Templado con la derecha y muy ortodoxo al natural, con la pierna izquierda avanzada y sin mover los pies del suelo, como una estatua. Grande. Menudo culo tiene el niño. Y su madre al lado, estrujando la medalla del Gran Poder. «Cómo son esta gente del sur...» ha dicho Marina, que es la única persona que conozco en el mundo que se lleva unos prismáticos de la ópera a la plaza de toros.

—Es para no perder detalle —me dice siempre con voz sarcástica—. Enfoco al torero, le veo el culo en primer plano, en plena faena... ¡eso sí que es arte!

Se ha acercado a brindar el segundo toro y yo pensaba que iba a ser para su madre. Pero me ha hecho levantarme a mí. Huy, qué emoción más grande. Marina ha

seguido con los prismáticos puestos...

—Margarita, permítame dedicarle la muerte de este toro. Mi madre y mi abuela siempre la han admirado mucho como Reina de la Tele. Va por usted y por ellas.

He pensado en matarlo. Pero me he limitado a sonreír. Me sentía impotente y humillada. Me ha llamado vieja, coño. Luego ha movido la cabeza con gracia para apartarse la melena azabache. Eso basta para perdonarle el «vieja», porque tengo capacidad de ver a cámara lenta aquellos gestos que me aceleran el pulso.

Mientras su fuerza y su sudor bailaban a ritmo de pases cambiados, pases de pecho y desplantes, he asumido el Premio a Toda una Vida. A mí me ha venido a la mente la copla *Madrina*, por lo que dice y por lo que ni la gente ni la madre que lo parió se imaginan. El niño

brindándome un toro y a mí sin importarme volverme vaquilla y ser tentada por el moreno.

Al terminar la corrida nos hemos ido juntas al Ritz a cenar. La sorpresa ha sido encontrar mesa para cuatro. Al cabo de media hora ha bajado Montoya padre, que ahora es apoderado, y el hijo. Duchado. Con una chaqueta a medida de sastre, con pañuelo en el talle, una rosa de té en el ojal y pelo engominado. Guapo a rabiar. Después de una botella de vino y dos de champagne nos hemos retirado detrás de la escalinata, junto al guardarropa, y hemos intercambiado los teléfonos.

—Que sea la última vez que me llamas la Reina de la Tele, recuerda que soy sólo una mujer.

Mañana por la tarde no hay corrida. Ni toros. Pero el pequeño de los Montoya

viene a casa a vestirse de torero. Le he dicho que es un capricho que tengo desde hace muchos años... Siempre tuve la ilusión de salir por la puerta grande.

AGRADECIMIENTOS

Ane Campillo, Fernando Lázaro, María José Pou, Germán Fernández, Manu Mercadal, Joan López, Raquel y Beatriz Hernández y, por supuesto, a la editorial Martínez Roca, con la que tan a gusto he trabajado.

Todos me han ayudado en este libro. Mucho. Gracias también a mis amigos, a mis compañeros de trabajo y a todas esas mujeres que me han inspirado.

Que sea la última vez...

Màxim Huerta

© de la imagen de la portada, Sally Waterman/Millennium Images, UK y Shutterstock

© Màxim Huerta, 2009

© Ediciones Planeta Madrid, S.A.,
2012

Ediciones Martínez Roca es un sello editorial de Ediciones Planeta Madrid, S.A.

Paseo de Recoletos, 4, 28001 Madrid
(España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico

(epub): febrero de 2012

ISBN: 978-84-270-2847-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A.

Diseño Editorial, S.L.

Table of Contents

CAPÍTULO 1 DÍA DE ANIVERSARIO

CAPÍTULO 2 UNA SEMANA DE
PREMONICIONES

CAPÍTULO 3 LOS JUEVES, MILAGRO

CAPÍTULO 4 SANGRE POR
APLAUSOS

CAPÍTULO 5 Ô LÀ, LÀ!

CAPÍTULO 6 EN UNA ALAMBRADA

CAPÍTULO 7 INTERNET

CAPÍTULO 8 JE T'AIME

CAPÍTULO 9 ÁNGEL DE LA GUARDA,
DULCE COMPAÑÍA, NO ME
DESAMPARES NI DE NOCHE NI DE
DÍA...

CAPÍTULO 10 UNA CALLE CON MI
NOMBRE

CAPÍTULO 11 LES DESEO FELIZ

NAVIDAD

CAPÍTULO 12 TODA UNA VIDA

EPÍLOGO POR LA PUERTA GRANDE

AGRADECIMIENTOS